



El rayo dormido
Carmen Amoraga

Lectulandia

Natalia Soler es una periodista que siempre ha querido escribir y que, tras quedarse en paro, se presenta a una beca de investigación con un proyecto sobre dos vecinos de la misma localidad que vivieron la guerra desde bandos enfrentados. Uno de ellos, José Emilio, era cura y fue asesinado durante la contienda. El segundo, Antonio Almenar, fue un activo luchador contra el fascismo, y formó parte de la Nueve, la mítica compañía formada por republicanos españoles que liberó París de los alemanes, y cuya gesta cayó en el olvido histórico.

Al tiempo que recoge testimonios para elaborar su libro, Natalia recibe un mensaje del pasado a través de Facebook. Carmen, una vieja amiga que desapareció de su vida sin previo aviso, quiere quedar con ella, lo que despertará en Natalia el recuerdo de algo que quedó sin esclarecer y que demuestra que una chispa sin consecuencias aparentes puede desencadenar un incendio imprevisible muchos años después...

Dos mujeres y dos partes de un viejo relato que nunca acabó de contarse, poblado con personajes históricos y anónimos de nuestra historia reciente, vencedores y vencidos, cincelados con sabiduría y compasión, con las luces y las sombras de la vida misma.

Lectulandia

Carmen Amoraga

El rayo dormido

ePub r1.0

Mangeloso 28.02.14

Título original: *El rayo dormido*
Carmen Amoraga, 2012
Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Pablo.

*A todos los que, como él, soñaron el mundo
como un lugar más justo, más solidario, mejor,
y que a día de hoy, y a pesar de todo, siguen
creyendo que ese lugar es posible.
Con mi admiración y mi agradecimiento.*

*A Carlos,
que a día de hoy, y a pesar de todo,
sigue construyendo mundos
y sueños, y me incluye en ellos.*

«Te tengo dentro,
atada en la bodega más oscura del alma».

LUIS ALBERTO DE CUENCA

«Todo hombre se parece a su dolor».

ANDRE MALRAUX

«Qué sabes tú...
Sé que no sabes que recuerdo tanto...».

TOMÁS SEGOVIA

«El rayo es una chispa eléctrica que salta entre dos polos opuestos entre los que existe una elevada diferencia potencial [...]. El rayo es el responsable directo de la mayoría de los incendios forestales [...].

»Otra característica importante de los incendios causados por el rayo es que pueden manifestarse muchas horas o incluso días después de producirse la descarga. Si el rayo cae en terreno apropiado puede iniciarse una lenta combustión interna dentro del árbol que puede aflorar más tarde, cuando se produce un cambio en las condiciones meteorológicas que facilitan la propagación, originando un incendio forestal [...]. La búsqueda de los lugares de caída de rayos que pueden producir incendios durmientes, silenciosos o dormidos, es una práctica de obligado cumplimiento».

RICARDO VÉLEZ,

*La defensa contra incendios forestales.
Fundamentos y experiencias*

Antonio

Antonio recuerda perfectamente cómo y cuándo conoció a la que tiempo después sería su mujer. Mi mujer, no, me rectifica. Mi compañera, dice. Porque Manuela ha sido eso, mi compañera. Mi amor, mi amante, mi amiga. Se queda mirando un instante al suelo y luego levanta la vista; la dirige al cielo, y luego la baja de nuevo hasta mis ojos. Casi cincuenta años lleva siendo eso, mi compañera. Insiste.

Yo le sonrío y trato de ser dulce, de parecerlo al menos, porque sé que no lo soy. No quiero violentarle. No hay nada que me parezca más violento que obligar a alguien a que hable de amor.

Cuéntemelo, Antonio. Cómo la conoció.

Me dice que estaba sentado a una mesa de La Fleur en Papier Doré, en Bruselas. Me cuenta que escogieron ese lugar porque les habían dicho que en ese café se reunían artistas y escritores desde principios de siglo y que a él el arte y la escritura siempre le han entusiasmado. Me explica que primero pensaban pedir algo caliente pero que una vez allí, sin saber bien por qué, cambió de idea y pidió dos cervezas. Hace un gesto con los dedos y dice en francés *deux bières s'il vous plaît*. Dice que empezaron a hablar del viaje a Tanganica que estaban preparando. Le pregunto si preparaba ese viaje con Manuela y me mira con ojos risueños. ¡Con Manuela! Responde, y se da una palmada en la rodilla. ¡Qué va ser con Manuela!, repite. Guarda silencio un instante y aprovecha para quitarse algo, algo pequeño, quizá una mota de polvo o una lágrima traidora que se le ha colado en el ojo por la risa o por el recuerdo. No, dice, no estaba con Manuela. Manuela entró en ese momento con una amiga. Era rubia, alta, escultural, ay, dice, ahora es guapa aún, pero qué guapa era entonces... La amiga también estaba bien, también era alta, aunque morena, y algo rellenita. Pero no fue eso lo que le llamó la atención de ellas.

Me mira. Espera mi pregunta. Se la hago. Qué fue, Antonio. Es que hablaban catalán, me dice. Y yo allí, tan lejos de mi casa, preparando un viaje al Congo para entrenar a la guerrilla, al oírla pasar mientras decía *és molt bonic aquest cafè, no et sembla, Maria*, o tal vez no dijo eso y dijo otra cosa, ya no me acuerdo en realidad, no tiene mayor importancia.

Te lo cuento porque, al escucharla, sentí que era como de mi familia, que era como parte de mí, y cuando se sentó a otra mesa, detrás de la mía, yo no dejaba de volverme para mirarla y cada vez la veía más guapa, y cada vez me concentraba menos en lo que estaba haciendo, hasta que al final él me dijo óyeme, chico, ya está bueno, vuelve a esta mesa o te me vas a la otra, pero así no vamos a organizar nada. Yo le contesté es que me quiero casar con esa mujer y le sonreí, pero él no estaba para muchas bromas. Le molestaba que nos distrayésemos. Tenía razón.

Hay que estar en lo que se está. Estaba enfadado. Normal.

Se detiene y yo creo que quiere que le pregunte quién era el enfadado. Se lo pregunto. Quién estaba enfadado. Me mira, y me dice: Ernesto, el Che.

Natalia

Natalia Soler

Querida Carmen:

No, lamento comunicarte que no soy quien buscas, inténtalo en otra parte.

Pues sí, soy Natalia Soler, y sí, me acuerdo de ti. Pero siento mucho decirte que en este momento de mi vida no me apetece volver al pasado como si esto fuera la tercera parte de una película de Zemeckis. Te agradezco el interés, pero no vuelvas a molestarme. Tengo mucho trabajo y no puedo perder el tiempo.

Carmen: No sé si sabes que soy Decana en la Facultad de Filología y Comunicación de la Universitat de València. Aunque valoro positivamente las nuevas tecnologías y las herramientas que nos ofrecen, como comprenderás, no estoy para estas pérdidas de tiempo. Espero que te vaya bien. Un afectuoso abrazo.

Me ha hecho mucha ilusión recibir tu mensaje. ¿Cuánto tiempo hace ya? ¡Madre mía, casi treinta años! Creo que mis alumnos piensan que ya nací vieja, que no tuve adolescencia ni amigos. Me miran como nosotras debíamos mirar a nuestros profesores, que eran más jóvenes de lo que somos ahora. ¡Esto es como un castigo divino! ¿Mantienes contacto con alguien de los de entonces? Yo no. Y no creas que no me gustaría, pero la facultad nos dispersó a todos. Ahora que estoy en el otro lado (soy catedrática y decana de la facultad), me doy cuenta de que lo que en otro momento interpreté como normal no lo era tanto. Quiero decir, que deberíamos habernos esforzado más en mantener los lazos que nos unieron durante tanto tiempo. Y no me refiero a nosotras, sino a todo el grupo. Tú y yo... ¿desde cuándo éramos amigas? ¿Desde crías, desde el parvulario? No, ya sé que no, que nos conocimos en el instituto, pero es que ahora, con la perspectiva de los años, parece que entonces fuéramos unas niñas en lugar de unas adolescentes. Fue una pena perdernos, pero también fue una pena dejar de ver a los demás: Antonio, Carlos, Alberto, Chus, Mar, Mercedes... ¿Qué será de ellos? ¿Y de ti? ¿Qué es de ti? Escríbeme, y cuéntamelo todo.

Me acuerdo de ti. Cómo no acordarme. Quisiera haberte borrado. Tiempo he tenido. Pero siempre has acabado apareciendo, en alguna palabra, en algún silencio. A menudo me lo pregunto, cómo es posible que algo que pasó hace tanto pueda quedar grabado en la memoria de esta manera tan precisa, tan indeleble, como si todo el tiempo transcurrido fuera en vano, como si los minutos, las horas, los días, las semanas, los meses, los años, en fin, se hubieran confabulado para desaparecer y borrar de un plumazo a la mujer que eres hoy, la mujer segura, la mujer que es catedrática, coño, que tiene a sus alumnos sin pestañear mientras da clase porque me tienen más miedo que a un dolor de muelas, pero no los soporto, porque van de progres y son unos carcas, más carcas que sus padres y que los padres de sus padres y lo único que quieren, con excepciones, es follarse y pasarlo bien, especialmente haciendo botellón, poniéndose hasta el culo de bebida de garrafón y luego copian en los exámenes, o se aprenden de memoria datos, fechas, cifras, y se creen que con eso ya lo tienen todo hecho. Me crípa escuchar a las tías contarse las unas a las otras que fulanita ha cortado con menganita, o sea, tía, que tengo vía libre, mola. Me enciende que el aseo de los profesores esté atascado y tener que coincidir en el cuarto de baño con una de ellas que llora desesperadamente porque le han roto el corazón. Me molestan, porque hacen perder el tiempo a sus compañeros que sí trabajan, y a mí también, porque hacen que sienta que todo mi esfuerzo ha sido eso: una pérdida de tiempo. No sé ni por qué te lo cuento. Bueno. Sí. Te lo cuento porque tú sí me has ofendido, con esa pregunta, no por la pregunta, sino porque es una pregunta desenfadada, como quien no quiere la cosa. Si aún conservo recuerdos de esos años, dices.

No te he olvidado.

Soy feliz.
Pero no te he olvidado.

Natalia se queda un buen rato mirando la pantalla del ordenador, el cursor vacilante que parpadea al final de lo último que ha escrito, un punto, y repasa los mensajes que no ha enviado y en los que ni siquiera se ha acordado de puntuar para que quien los leyera supiera que la carta había terminado. Como para creerse que es catedrática. A quién se le ocurre. Se ríe, pero no puede evitar sentirse ridícula. Está en su despacho, aunque no es catedrática, ni mucho menos decana. A saber por qué mecanismos de la mente le ha salido de la yema de los dedos semejante mentira. No es la primera que dice.

De pequeña, sus mayores castigos le venían por eso, por no controlar la sutil diferencia entre fantasear y mentir. Sonríe. De niña, no sabía bien qué distinguía lo que deseaba y lo que tenía, porque estaba segura de que el deseo estaba indisolublemente ligado a la consecución, de que bastaba con soñar para alcanzar el sueño. ¿Qué era lo que quería ella? La sonrisa se le borra de la cara.

Ahora mismo, está en nómina de la empresa más grande del país, el INEM. A duras penas consiguió acabar la carrera antes de que a sus padres se les terminara el dinero y la paciencia. No es que no fuese estudiosa, es que las letras se le emborronaban en la cabeza y se distraía, y nunca fue capaz de entender la macroeconomía, que la aprobó varios cursos más tarde del que le hubiera tocado, ni la sociología, que sólo fue capaz de superarla el año en que le pasaron el examen justo antes de entrar en el aula y memorizó todas las respuestas del test. Verdadero. Verdadero. Falso. Verdadero. Que a ella la economía y la sociología le gustan, pero no las comprende. Por eso no llega nunca a fin de mes ni entiende a las personas cuando están en grupo. Uno a uno, todavía, pero en manada se le escapan. Nunca ha trabajado en equipo. No se le da bien la gente. Ha ido siempre por libre, sola, por su cuenta, para evitarse problemas y malos rollos, para no tener que aguantar memeces, cotilleos, mezquindades, envidias y otras ruindades a las que el ser humano es tan proclive. Verdadero. Se perdía algunas cosas agradables, como las cenas de Navidad, pero le compensaba. Mejor sola que mal acompañada. Falso.

A veces se arrepentía, con lo fácil que hubiera sido trabajar las horas que fuera y cobrar sin tener que preocuparse de buscar clientes, de hacerles la pelota, de convencerles de que tenían un producto maravilloso que todo el mundo necesitaba conocer, Aceites Amanda, Talento Duetto, tanto daba, escuchar sus quejas si tenían demasiadas entrevistas y sus lamentos si no interesaban a la prensa local. Cuando ella empezó no había muchas agencias de comunicación, y no como ahora, que das una patada y te salen veinte, todas peleando entre ellas por el mismo contrato, reventando los precios que tanto había costado conseguir. Y luego los medios de comunicación,

que se han vuelto intratables. Si quieres publicidad, la pagas, que no estamos para bromas. Así ha pasado: unos que no contratan, otros que no publican, los que antes externalizaban el gabinete de comunicación ahora tienen un becario que les escribe las notas de prensa, a veces con faltas de ortografía, y las envía con un golpe de muñeca sin llamar ni siquiera al redactor del medio. Vale. De acuerdo. No es exactamente así. Los becarios de hoy salen mucho mejor preparados que los de entonces, pero es que ella se ha dejado la piel y ahora, hala, al paro, a cerrar la empresa, que sí, que estaba ella sola, pero le había dado para comer, para viajar, para pagar el alquiler, para comprarse ropa, para beber, para vivir, vaya. Y ahora, cerrada. La puta crisis. Tiene derecho a estar enfadada con los clientes, con los becarios, con el fondo monetario internacional, con Zapatero, que no informó de la que se nos venía encima, con Rajoy, que si lo sabía tampoco hizo mucho, con el mundo entero, que ignora su drama, con los que la animan diciendo que esto no es más que una oportunidad para reinventarse y le dan la matraca con que el símbolo chino de la crisis contiene los dos elementos que significan peligro y oportunidad. Coño.

Cuando escucha que periodismo es una carrera fácil no puede evitar que la sangre se acerque al punto de ebullición. Fácil, dicen. A ella le costó lo que no tenía. Los dos primeros años estuvo becada. Sacaba buenas notas, pero pronto comprendió que salir y estudiar no eran del todo compatibles para una cabeza como la suya, tan dada a la dispersión, y los suspensos empezaron a caer como del cielo, nunca mejor dicho, porque le llegaban directamente de Dios. Estudió en el CEU, porque en Valencia no había entonces facultad de periodismo y le dio pereza marcharse fuera. Se quedó y le hacía gracia responsabilizar a la divina providencia de sus suspensos, porque sentía que la culpa tampoco era toda de ella. Estudiaba, se esforzaba, y, a veces, hasta se quedaba sin salir, pero ni por esas la realidad estaba a la altura de sus esfuerzos.

Natalia se ríe. Catedrática. Sí. Catedrática de Cómo Llegar a Fin de Mes, asignatura troncal de la carrera de la vida. Se ríe más. Además de mentirosa y parada, hortera.

Mira de nuevo todos los mensajes que ha escrito, los de me alegro, los de que te den, los de mentira. Cancelar. Eliminar mensaje. Los borra todos.

Antes, antes de borrarlos, lo que había hecho era sentarse y leer una y otra vez, releer, para ser más respetuosos con el lenguaje, el correo de Carmen López. Sorprendida, atónita, contenta, irritada. Pero cómo te atreves a volver a mi vida y a hacerlo como si nada, después de todo este tiempo, como si no hubiese pasado el tiempo, como si la vida se hubiera detenido entonces, como si fuésemos dos adolescentes con la carpeta forrada con fotos de la *Super Pop*, como si no supieras que yo ya no soy esa, hostia, que soy catedrática, coño, que no digo tacos, joder, y me los estás sacando uno a uno de la boca como si fuera una camionera. ¿No eres tú? Chica, pues perdona. ¿Eres tú? Pues a mis brazos, amiga, como si no te hubiera

ignorado durante más de la mitad de su vida. Pues que te den por el culo, pensó. Y brujuleó un buen rato en su perfil. Ahora Carmen es rubia y tiene el pelo corto. Dos hijas. Marido. Perro. Gato. Peces. Una tortuga que se llamaba *Tomasita* y que se murió hace poco. Oh. Es bibliotecaria. Ha ido de crucero al menos una vez. También a la nieve. En esas fotos no ha sido morena ni ha llevado el pelo rizado (es decir, siempre está igual). Y se va de cena con las chicas del *spinning* y las llama golfas y guarrillas porque lo han pasado superbién y tiene 567 amigos de los cuales siete son comunes. Paco González, Gonzalo Conde, Ana Portaceli, Remei Castelló, María Dolores Luján, Daniel González Serisola y Angélica Morales. Hace memoria, y no se acuerda de qué conoce a esos siete, ni qué pueden tener en común entre ella y la aficionada a la bicicleta estática. Se refiere a ella así, como con desdén, para marcar distancias pero también porque no es así como la recuerda. Para ella, Carmen sigue teniendo diecisiete años y es gordita y su relación con el deporte es tan pasiva como la bici en la que se monta para el *spinning* tres veces por semana. Carmen no tenía intención de casarse ni de procrear. Quería vivir la vida loca y ese cambio, ese cambio que debió gestarse hace años pero que para ella es nuevo, reciente, doloroso, se le antoja una traición. Casada. Aficionada al *gym*. Joder. Se toca un michelín, el michelón, le llama ella, como para reafirmar el peso de semejante traición. Natalia no pisa un gimnasio así le vaya la vida en ello. Como mucho, como todos, se matricula y paga las mensualidades entre dos y seis meses, aunque luego no vaya y termine borrándose. Carmen era así también. No leían *Elle* ni *Cosmopolitan*. Se compraban el *Nuevo Vale* y se sentaban en un banco con un paquete de pipas para morir de la risa con las cartas de las lectoras. Mi novio quiere que hagamos el amor, pero a mí me da miedo, qué puedo hacer. Mi novio quiere que le haga una felación, pero me da reparo porque no sé cómo hacerla. Se reían si pensaban que las cartas eran reales, y se reían más todavía si se figuraban que había una persona encargada de formular las preguntas y las respuestas. Pues chúpasela, mujer, como si fuera un helado de cucurucho. Yo seré periodista para trabajar en esta revista, decía Natalia. Y cumplió su promesa. Pero ahora mira a Carmen, mira a la que quería dar la vuelta al mundo con De la Quadra Salcedo, haciendo un crucero con Pulmantur todo incluido en camarote con balcón. Qué deslealtad tan imperdonable. La odia. Tanto. No tiene en cuenta que han pasado, ¿cuántos?, ¿treinta años? (Vale, no tantos, ni siquiera llegan a veinticinco). Ni que ella misma ha evolucionado, algo, un poco, también, ni trabajó nunca en una revista ni hizo el menor esfuerzo por responder las preguntas tontas de un consultorio sentimental y mucho menos, mucho menos, recomendó a nadie hacer nada con algo parecido a un helado de cucurucho. ¿Es verdad que con la luz apagada la primera vez que haces el amor no puedes quedarte embarazada? He perdido mi anillo de boda en la luna de miel y temo que mi marido me abandone por otra. Voy a cumplir diecisiete y nunca me han besado. Hubiera podido hacerlo. Tenía respuestas

para todos, pero nunca se lo planteó en realidad, y eso que envió su currículum a la mayoría de los medios de comunicación del país. No le parece ninguna traición, pero lo de Carmen sí. Porque ella no se marchó, no se fue, no se alejó, no desapareció, no dejó de quererla, no condenó a permanecer en el aire todas aquellas fantasías de crecer y madurar y envejecer juntas y ser amigas para siempre jamás, que hasta hicieron un pacto de sangre sobre una foto de ellas en la playa, medio en broma y medio en serio. En realidad toda la sangre era de ella. A Carmen le daba miedo el alfiler, así que Natalia se hincó de nuevo la punta y dejó que un par de gotas cayeran sobre el pulgar de su amiga. Luego lo aplastaron sobre el reverso de la fotografía, debajo de sus promesas: ver a Madonna en directo, odiar *forever* de la vida a Los del Río, y no desjuntarse nunca. Escribieron eso, desjuntarse, porque a Natalia le pareció que era un verbo más dramático que distanciarse. Ellas no estaban cerca, estaban juntas, unidas, una dentro de la otra. Nadie la había querido tanto, tan profunda y absolutamente. Algún día matarás a alguien y yo encontraré justificación para el crimen, le decía Carmen, entre risas, cuando Natalia le contaba cualquier cosa de la que no se sentía orgullosa y ella conseguía darle un tono de normalidad. No pasa nada si le quitas algo de dinero a tu madre, si copias en los exámenes, si le pones los cuernos a menganito con fulanito. Qué va a pasar. Pues nada, tía. Nunca había querido tanto, tan profunda y absolutamente a nadie. No ha vuelto a hacerlo. Ni han vuelto a hacerlo, tampoco.

Lo tiene guardado, el documento, aunque no recuerda dónde. Reprime un impulso de levantarse a buscarlo y hace un esfuerzo por mantener su discurso irritado: ahora esta aparece como si nada, como si tal cosa, como si el mundo girase alrededor de la rueda de su bicicleta de *spinning*. Vete a la mierda, piensa, ah, no, mejor vete a tomar por el culo, rectifica, porque recuerda aquellas largas discusiones tontas en las que debatían sobre si se decía a tomar por culo o a tomar por el culo. Por el culo, insiste, y se aparta con una mano un mechón de pelo que le cae encima del ojo, y con la que le queda libre hace el ademán de bajar la pantalla del Mac para que se quede en reposo, pero sin apenas darse cuenta teclea:

10 de octubre de 2010

Natalia Soler

Sí, soy yo. Nos vemos el jueves??

José Emilio

—Tomar los hábitos no debió de ser cosa fácil. Era un chico normal, no me malinterprete, no es que los sacerdotes no sean normales, pero es que al padre José Emilio antes de ser el padre José Emilio le gustaban los bailes, estar con las chicas, pasear con los amigos, iba hasta a la verbena del casino en los carnavales y eso que el vicario nos decía que si íbamos a bailar quedábamos excomulgados icsofacto, ¿qué?, ¿de qué se ríe? Ya, ya sé que no se dirá así, mis nietos se ríen de mí por eso. ¿Cómo es? ¿Ipsa? Pues eso, ipso facto, gracias, señora. ¿Qué? Bueno, gracias, señorita. ¿No está casada? Pero novio tendrá, ¿no? Es usted muy guapa, no se preocupe. Lo que pasa es que los hombres de ahora están ciegos, y son tontos y les gustan las mujeres escuchimizadas y no como usted, que se ve que tiene dónde agarrarse. Yo tengo tres nietas y cinco nietos. Las nietas, todas estudiosas. Los nietos, todos unos zopencos. Andan siempre pensando en salir de juerga, no tocan un libro ni vienen a verme. No me mire así. Es que estoy aburrida.

Se detiene un momento, para respirar, y continúa.

—Casi nadie viene a verme ya. Por eso cuando Víctor Fuentes me dijo que quería hablar conmigo le dije que sí sin preguntarle ni qué quería usted, y mire por dónde quiere hablar de mi primo José Emilio, ay, qué alegría y qué pena también. Pobre hombre, bueno, pobre crío, porque murió cuando de hombre no tenía más que las ganas, pero de todas formas, pobre, tan bueno como era, y tan guapo, porque mire que era guapo, alto, moreno, con esos ojos grandes y esa expresión en la cara cuando sonreía, ¿sabe lo que le digo? Hay gente que sonríe y cuando sonríe es como si no sonriera porque con la boca hace el gesto pero con los ojos te está diciendo maldita la gracia que me hace sonreírte, ¿sabe cómo es? Mire, así, más o menos. No sé si me sale. Yo es que soy risueña, no tanto como José Emilio, el pobre, que siempre se estaba riendo pasara lo que pasara.

Mientras la escucho, pienso que no tiene razón. No creo que se riera siempre, pasara lo que pasara. Seguro que no se rio cuando supo lo de la guerra, o cuando se lo llevaron, o cuando le dijeron ponte ahí cura de mierda, de espaldas, y oyó cómo se amartillaban las armas e intuyó que le apuntaban, y supo que su tiempo entre los vivos se estaba terminando de esa manera tan ruin.

Ella prosigue con su relato:

—No es el único pariente que se me ha muerto. Fue el primero, pero no el único. Usted comprenderá, tengo noventa y cuatro años. Han muerto mis padres, algunos de mis hijos, mi marido y todas mis amigas. Pero Emilio fue el primero, y el más injusto. La muerte es injusta, todas las maneras de morir son injustas. Un hijo mío se me murió con tres meses, figúrese, una criatura que todavía no había aprendido a tirarse los aires y se retorció de dolor como una lagartija por las noches, mire si habrá

cosa más injusta que esa, pero es que lo de José Emilio no tuvo perdón porque no tuvo explicación. Era cura, pero ese no es motivo. Cuando la guerra, ¿sabe lo que hizo? Se vino a casa, pero no se escondió, no tenía miedo, qué va, era por ayudar. Se presentó a las autoridades y dijo miren, soy fulanito de tal y me pongo a su disposición para lo que necesiten. Algunos se rieron de él, dijeron cosas por el pueblo, se burlaban, pero este es un pueblo pequeño y entonces más pequeño que era, todos nos conocíamos, todos conocían a su familia, le habían visto echar los dientes y sabían de qué pasta estaba hecho, así que le dejaron en paz. Y como el vicario de aquí, que era de Beneixama, en Alicante, se había ido a su casa, este sí que para esconderse, cuando la República, pues Emilio se hizo cargo de la iglesia. Recogía alimentos para los que no tenían y organizaba el reparto y cosas así. Bueno, y rezaba, claro, y hacía sus misas, que para eso era sacerdote. Pero a dormir, a casa. No se quedaba en la casa parroquial porque eso sí que le daba no sé qué. Era valiente, pero temerario, no. Quién sabe lo que habría tenido que ver para no querer quedarse solo. Pero no recuerdo el momento. El momento exacto, quiero decir. Y mire que soy capaz de recordar cosas absurdas, como la ropa que llevaba el día que mi marido me preguntó si quería casarme con él, o lo que estaba haciendo cuando rompí aguas del primer chiquillo, mi José María, un bocadillo de panceta con pimientos para mi marido, que no sabe usted la manía que le he tenido desde ese día, no a mi marido, sino al bocadillo de panceta con pimientos, pero no recuerdo qué pasó cuando se lo llevaron. A lo mejor ni siquiera estaba con él. Ocurrió cuando llevábamos muchos meses en guerra, pero realmente no sé cuándo fue. ¿Qué es lo que usted quiere saber, exactamente?

—Nada —le digo—, nada en concreto. Lo que usted recuerde de su primo, lo que me quiera contar, no hace falta que sea de cuando se lo llevaron.

—¿Cualquier cosa? —me pregunta.

—Claro, Leo, cualquier cosa que le apetezca.

Me ha hecho varias preguntas sin darse tregua ni darme tiempo para contestar, en este rato, largo, en el que no ha parado de hablar sin decir nada en realidad. Me he acordado de esa canción de Nacha Pop, *Desordenada habitación*, que dice, más o menos, no me canso nunca de hablar porque vivo en el silencio más total. Siempre me ha gustado, la canción, sobre todo por esa frase, porque me he sentido identificada con ella desde la primera vez que la escuché, y ahora he vuelto a acordarme por esta mujer, con esta mujer, a la que acabo de conocer y de la que me siento tan próxima. ¿Cómo puede ser eso posible?

Se llama Leo, de Leovigilda. Es viuda. Normal. Tiene, acaba de decírmelo, noventa y cuatro años, pero se quita tres. Según el DNI que ha insistido en enseñarme, azul, caducado hace diecinueve años, nació el 15 de marzo de 1913, cuatro días antes que su primo hermano José Emilio Almenar, que en principio había

de llamarse solamente Emilio pero que se llamó José Emilio por nacer justo cuando nació.

—¿Estas cosas, le sirven?

—Pues claro que me sirven, cuente lo que quiera.

No le digo que es más vieja de lo que cree, y que si aguanta viva un poco más, probablemente vendrán el alcalde y algún concejal a traerle un ramo de flores y a felicitarla por cumplir cien años y que luego la foto saldrá en el periódico. Leovigilda Vilar cumple cien años rodeada de su familia, será el titular.

Imagino que vive para ese momento y la imagino feliz. Imagino que no vive para ese momento y veo ese salón vacío de gente y vacío de ella, con la carta que cada mes le manda el supermercado Consum, con el cupón de descuento que casi nunca supera el euro y medio pero que a ella le hace feliz porque es de las pocas alegrías que todavía llegan a casa por correo postal.

—¿Desde cuándo vive usted aquí, Leo? —le pregunto, y me dice que desde que se casó.

Baja la voz. Carraspea.

—Bueno —dice—, desde antes de casarme. Es que, sabe, como el vicario se tuvo que ir y nos quedamos sin cura, y total ya lo teníamos todo preparado, y nuestros padres estaban conformes, y mi Vicent era un buen chico pero ya no podía más, pues pensamos que lo mismo nos daba la bendición un día que otro y un domingo de mayo mis padres mataron un par de pollos y un conejo grande y, ya ve, hicimos una paella para veintiocho. Buena no estaba, pero lo pasamos bien. Él vino.

—¿Quién?

—Pues quién va a ser, mi José Emilio, y me dijo que, para él y para su Dios, con eso valía, pero que cuando todo se apaciguase, él mismo nos casaría en la misma iglesia en la que me cristiané. Figúrese, si a él le daba lo mismo, a mí qué me iba a dar, pues cinco veces lo mismo, o más. Creo que esa misma noche mi Vicent me hizo al primer hijo. —Sonríe—. Qué ganas tenía, pobre. Y yo qué susto. Entonces no era como ahora, ¿verdad? Antes éramos todas tontas. Nos hacían tontas, nos metían miedo, nos decían que cerrásemos los ojos y pensásemos en otra cosa, que nos aguantásemos el dolor, que nos encomendásemos a Dios y que nos entregásemos a la idea de que semejante acto abominable era para darle al Señor hijos a su servicio.

Yo también me río, y ella se tapa la cara con ambas manos. Se aparta una lágrima del ojo derecho, y continúa.

—No era por maldad. O sí. Creo que las que lo decían lo decían por reírse de nosotras, las jóvenes, igual que lo habían hecho con ellas. Mi madre, mis tías, mis hermanas mayores, mis primas. Ese día, el de la falsa boda, mi amiga Amparo, que se había casado dos meses antes que yo, vino a felicitar me a la hora del postre y me advirtió: no hagas caso de lo que te han dicho, la noche de bodas es lo mejor de este

día. Pero cuando llegó el momento yo temblaba de miedo. —Se detiene—. Pero esto no hace falta que se lo cuente, ¿no?

—Mujer, Leo —le digo—, usted cuénteme lo que quiera, pero esto no lo voy a incluir en el libro.

Se lo piensa un instante. Me pide que le traiga un vaso de agua.

—Pero de la nevera no, que está demasiado fresca. Del grifo ese pequeño que está junto al grande. Es que mis hijos me han puesto el aparato ese de la osteoporosis inversa en el agua, para que esté más buena.

Sonrío, y no le digo que no se dice osteoporosis sino ósmosis. Le lleno el vaso e imagino que lo ha pedido para hacerse un guión de lo que me quiere contar. Creo que quiere contármelo todo, pero no sólo lo referente al asesinato de su primo hermano José Emilio, porque sobre eso hay bastante poco que contar. Creo que tiene ganas de hablar, simplemente, así que, cuando vuelvo, le pregunto si le apetece que vuelva otro día para que hablemos tranquilamente de todo un poco. Me pregunta si tengo abuela. Le digo que sí, y luego rectifico: no, murió hace unos meses. Me pregunta si tengo madre. Le digo que sí. Me pregunta si tengo padre. Le digo que no, que murió cuando yo tenía veintitrés años. Me pregunta si visito a mi madre con frecuencia. No. Me pregunta si la llamo por teléfono, si me preocupo por ella, si me aseguro de que tiene suficiente comida en la despensa, o de que no se ha caído al salir del baño y está tiritando en el suelo, si le doy conversación, si la invito al cine, si la quiero, si ella lo sabe. Le digo que no hace falta. Que mi madre tiene sesenta y cuatro años y acaba de jubilarse en Telefónica y que en ese mismo instante está recibiendo clases de buceo en el mar Muerto, y que a los cuatro años de que muriera mi padre se echó un novio dominicano que la tiene todo el día bailando merengue, pero que no se quiere casar ni vivir con él porque le da pereza meter a un tío en casa con lo bien que se vive sola sin tener que dar cuentas a nadie, y que es ella la que me llama continuamente para recordarme que soy yo más vieja que ella y que debería esforzarme por ser más feliz.

Leo se ríe y mueve la cabeza un par de veces.

—Ven cualquier día, pero cuando terminen las novelas de la primera, que me encantan aunque no se terminan nunca, sobre todo la de los tiempos revueltos, que hay que ver lo que dura. Pero quédate un poco más hoy, si no te importa, y no te contaré más cosas más, sólo de José Emilio.

Tomo de nuevo el Pilot y le doy al REC de la grabadora. Me imagino que cuando esta mujer muera escucharé su voz temblorosa, cansada pero alegre, y me acordaré de esta tarde, y lloraré, así que, me digo, nada de volver otro día porque aún no se ha muerto y ya tengo ganas de llorar, pero me enfado y se me pasan las ganas. Me cabreo conmigo misma, por esta costumbre de anticiparme al dolor antes de que llegue que tantos dolores me ha evitado, pero quién sabe también cuántas alegrías.

La dejo hablar, pero ya no tomo notas. El bolígrafo está en mi mano, esperando que el cerebro le ordene levantar una línea, bajarla, cruzarla, escribir una A, o una Z, o dibujar una casa con una chimenea humeante y pájaros, o lo que a mí me parecen pájaros, surcando el cielo, mientras la escucho. Y es que no la escucho. Mi pensamiento está lejos, y no me siento culpable, porque sé que Leo no necesita mi atención sino mi presencia. No estás sola, Leo.

Pasan horas. ¿Cuántas? Demasiadas para las cosas que tengo pendientes: tengo que recoger la cocina, que me la he dejado patas arriba antes de salir, tengo que ir a comprar algo para la cena, tengo que escribirle un correo a mi madre, tengo que transcribir la grabación para saber qué es lo que me sirve de todo lo que me ha contado, tengo que hacer un esquema mental del trabajo hecho y del que me queda pendiente. Pero aquí estoy, anclada a esta silla viéndola mover los labios, a veces hablando y a veces sonriendo. No estás sola, Leo. Pobre Leo.

Casi nada de lo que me dice me será de utilidad. Tendré que repetir la entrevista, o inventármela, o rellenar los huecos de la vida de José Emilio con otro pariente vivo. No será difícil. Se ha corrido la voz de que hay una periodista que quiere escribir sobre él, sobre el pobre José Emilio que murió tan pronto, de tan mala manera, de tan bueno que era, ay, José Emilio, que lo daba todo, que tan poco se merecía aparecer en una acequia con un tiro descerrajado en el pecho. Todo el mundo quiere hablar. Van a buscarme al ayuntamiento y preguntan por mí, aunque ni trabajo allí ni tampoco vivo en ese pueblo, ni tengo interés en mantener contacto con la hija de la hermana del señor que le vendía la leche de vaca a la madre de José Emilio en una lechera de latón.

Al principio, esas cosas me irritaban sobremanera, porque me hacían perder el tiempo. Todo el mundo dejaba su teléfono para que les llamara con el pretexto de que tenían información importante, como si anduviera investigando la vida secreta de Adolf Hitler, cuando la realidad era más simple: dos hombres que no llegarían a conocerse compartieron apellido, compartieron entorno, compartieron afectos. Uno se hizo religioso y el otro revolucionario, uno murió asesinado y el otro vivió para contarlo pero también para ver cómo el mundo dejaba caer su sacrificio en el olvido. Ya está. Fin de la investigación. No pretendo cambiar el curso de la historia con este trabajo, tan sólo quiero contarla, la historia, la historia pequeña de dos personas pequeñas que nunca pasarían a la historia grande, la que se escribe con letras mayúsculas, la que permanece, la que los niños estudian en la escuela, la que todo el mundo recuerda.

El 28 de octubre de 2007, José Emilio Almenar fue beatificado por el papa Benedicto XVI en la plaza de San Pedro, junto a otros 497 mártires. Hasta Roma viajaron algunos de sus paisanos, que, junto a decenas de miles de peregrinos, llenaron Roma de cánticos religiosos y de banderas españolas y que en las páginas de

los periódicos y ante los micrófonos de las televisiones declaraban asistir a semejante acontecimiento sin rabia, sin rencor y sin revanchismo y sí con un fuerte espíritu de reconciliación y con el legítimo orgullo de saber que la memoria de sus familiares, conocidos y amigos estaba por fin situada en el lugar en el que merecían: en el de la santidad.

Fue la primera vez que en un periódico salió su fotografía. Su cara está desdibujada por el tiempo, es una foto vieja, pero Leo tiene razón: era un hombre guapo, de mirada franca y de sonrisa sincera. El pelo rizado, algo largo para la época, los ojos grandes y claros, las cejas pobladas, el mentón recio y los labios finos. Nadie en el pueblo sabe demasiado de él, aunque desde poco después de acabar la guerra una de las calles lleva su nombre. Es una calle buena, ancha, de doble carril, algunos comercios y bastante tráfico. Poca gente sabe lo que hay detrás, pocos conocen su renuncia íntima y profunda, su generosidad, y en cambio, son muchos quienes ignoran por qué le pusieron su nombre a aquella avenida, quién era él, por qué se lo mereció. ¿Sabe por qué esta calle se llama José Emilio Almenar? No, ni idea. Lo mataron en la guerra, creo. No, no soy de aquí. Era el cura del pueblo.

Y el otro, el vivo, no tiene mejor suerte. Nadie sabe que luchó y perdió y que aun así no se resignó, que cruzó la frontera y pasó fatigas y penalidades pero nunca renunció a defender lo que él consideraba justo, que estuvo preso, que fue legionario, que vivió con la valentía temeraria de los que nada tienen que perder hasta que se enamoró. Nadie sabe que, a día de hoy, es uno de los pocos supervivientes de la nueve. Casi nadie sabe qué es la Nueve. ¿La tele? ¿El canal Nueve?, dicen si se les pregunta. No. Nadie sabe nada de ese que no le temía a la muerte sino a la injusticia y que ahora se pasea por la calle con un sombrero de paja con una cinta de Águila Amstel y un sonotone en el oído, y que en verano aguarda al sueño sentado en una silla de anea en la acera de la calle mientras escucha *Hora 25* en la SER. Quienes esperan su turno tras él en la frutería y le escuchan pedir kiwis y tomates raf ignoran que la misma voz corrigió al periodista Pierre Crenesse cuando informaba en directo para la radio clandestina francesa de la liberación de París de las manos alemanas, poco antes de que el general De Gaulle pronunciase aquel discurso en el balcón del Hôtel de Ville:

—¡París!, París ultrajado, París roto, París martirizado, pero también París liberado, liberado por sí mismo, liberado por su pueblo con la ayuda del Ejército francés, con el apoyo de toda Francia, de la Francia que lucha, la única Francia, la auténtica Francia, la Francia eterna.

Crenesse, embriagado por el momento que estaba viviendo y protagonizando, cogió del brazo al primer soldado que entró en el Ayuntamiento y dijo de él:

—*C'est un français de cep pur, venu de très loin pour libérer la mère patrie.*

Pero Antonio Almenar, más consciente todavía de la magnitud de aquel instante

en la historia y con la cabeza llena de las caras de los amigos que había perdido por el camino, algunos sólo unos días antes de poder vivir ese glorioso momento, le respondió sin vacilar:

—Señor, soy español.

Y mientras el país entero oía por la radio aquellas tres palabras que no entendió porque no fueron pronunciadas en francés, Antonio lloró, por segunda o tercera vez en la vida, sin saber que aquella gesta protagonizada por hombres valientes quedaría condenada al olvido. Nadie lo sabe. Nadie sabe la dimensión de la deuda, y seguramente todos deberían conocerla.

Carmen

22 de octubre de 2010

Carmen López

Claro que me hubiera encantado verte el jueves... Pero es que he estado una semana sin conectarme, prácticamente desde que te envié el mensaje, porque los críos se han puesto enfermos. ¿Tú recuerdas que nosotras fuéramos un coñazo tan grande para nuestros padres? Porque yo quiero a morir a mis hijos... pero es que a veces... ¡no los aguanto! Soy una madre horrible... Y una amiga horrible también, porque nada más saber de ti, después de todos estos años, me pongo a contarte mis problemas como si te hubiera visto ayer..., ¡¡lo siento!!

Debería haber empezado de otro modo, pero te aseguro que llevo un buen rato haciendo como que estoy trabajando, y en realidad miro la pantalla del ordenador pensando qué decirte. A ver. Qué te digo. Lo primero, está claro, que me alegro mucho de que me hayas contestado. Hace varias semanas que me mensajeo con todas las Natalias Soler del Facebook. ¿Sabes cuántas hay? ¡76! Vale, algunas estaban descartadas desde el principio por el segundo apellido, porque vivían en Las Vegas, porque estudiaron en el María de Molina de Zamora o porque en la foto del perfil estaba claro que no eran tú, pero en muchos casos, las imágenes de Campanilla, de los hijos, de las mascotas, de los pies o de los atardeceres en la playa, no ayudaban a saber si encontraría a mi amiga tras ella. Les he escrito a todas, y casi todas me han contestado diciendo lo mismo: “No, lo siento, no soy quien buscas”, así que cuando he leído tu mensaje esta mañana, después de haber estado sin venir a trabajar una semana por un virus intestinal que ha circulado por casa y que ha aniquilado, por este orden, a mi hijo pequeño (Álvaro, 7 años), a mi marido (Javier, 43 años), a mi hijo mayor (Julián, 10 años) y a mí (Carmen, 41 años), no te puedes imaginar la alegría que me he llevado, y la decepción también, por no haber podido verte, por ni siquiera haberte contestado para decirte “Oye, que estoy enferma, pero me alegro tanto de haberte encontrado...”. Porque es la verdad, Natalia, me alegro tanto de haberte encontrado... ¡Me pongo tonta al escribirlo y se me saltan las lágrimas! ¡Será posible, a mi edad!

A toro pasado era fácil saber que tú eras tú, porque aunque en tu perfil hay pocos datos (¿de verdad te gusta Gran Hermano?), tenemos varios amigos comunes y pones que eres periodista... En fin, tampoco me las voy a dar de Perry Mason. No sé por qué te cuento todo esto. Tal vez quiero que sepas que me ha costado encontrarte, que me he esforzado hasta que he dado contigo, que me acordé inmediatamente de ti cuando a raíz del FB empezaron a reencontrarse viejos amigos y a proliferar los reencuentros de los antiguos compañeros de instituto y del colegio. No he buscado a nadie más, también te lo digo, no porque tenga malos recuerdos, porque, de hecho, los de aquella época son casi los mejores, con esa bendita inconsciencia que nos tenía todo el tiempo como pasmadas, pensando sólo en tíos, en divertirnos, en escabullirnos de la mínima responsabilidad que teníamos y que se reducía a estudiar. Madre mía. Cuando pienso que aquello me venía grande entonces, y que en las épocas de los finales me tenía que medicar para los nervios me entra risa. ¿Qué es un examen comparado con criar a dos niños que se llevan tres años, o con pasar noches enteras sin dormir y luego tener que venir a trabajar, o con vivir la vida real? ¿Me entiendes? Pero bueno, he vuelto a hacerlo... Te cuento mis cosas sin saber ni siquiera si te interesan, y sin preguntarte nada de ti.

En tu perfil no hay casi información. Eso ya te lo he dicho. Y muy pocas fotos, así que como no me puedo hacer una idea de cómo estás ahora te imaginaré como eras entonces, tan alegre, tan divertida, con ese flequillo que te llegaba hasta las gafas, ¿te acuerdas?, ¿sigues llevando gafas? Cuéntame muchas cosas, cómo te va, qué estás haciendo, si estás casada, si tienes hijos... No sé. He leído que has cerrado la empresa (lo siento), que ganaste ese premio de investigación local en Miraval (me alegro), que estás escribiendo (me alegro). Pero háblame de más cosas. Dime cómo están tus padres, dónde vives, y, sobre todo, si eres feliz. Y dime también cuándo podemos volver a vernos.

Yo soy bibliotecaria, saqué la plaza hace ya (muchos) años y trabajo sin mayores sobresaltos, de ocho a tres todos los días y una tarde a la semana, hasta las siete. Presto libros, organizo un club de lectura y hago un cuentacuentos para niños, que es lo que más me gusta, disfrazarme, volverme una cría con ellos. Y eso es todo. Luego llego a casa, y empieza otra batalla: actividades extraescolares, ayudar con los deberes, baños,

cenar, cuentos, y por fin, la paz. Me casé con un compañero de clase. Bueno, fuimos compañeros sólo un año, que me empecé a estudiar criminología, ya ves tú, criminología, y luego lo dejé. Javier continuó un año más, luego también lo dejó, se pasó a derecho, montó un despacho con un socio, un compañero de la facultad que es el padrino de nuestro hijo pequeño, Álvaro, que se llama como él, pero se cansó y se presentó a unas oposiciones de secretario judicial. Tenemos una vida tranquila. Dice que eso es la felicidad. No nos ha pasado lo que a muchas de mis amigas, que son más que nada compañeras de piso de sus maridos. Nosotros no somos así. Nos llevamos bien, nos entendemos, nos comprendemos y nos complementamos. Tratamos de hacer más fácil la vida del otro, y con el tiempo hemos aprendido a driblar los defectos del otro para no chocar como dos trenes, que era algo que al principio nos pasaba mucho. Él sabe que yo tengo cambios de humor y ha sido capaz de no tomarse como algo personal cada vez que el ánimo se me desequilibra, y yo sé que esa dejadez que antes me sacaba de quicio no es indiferencia o falta de interés. Se ocupa de los niños, colabora en casa, se organiza conmigo para que los dos tengamos tiempo libre y vida propia. Y, bueno, con altibajos, como todo el mundo, mantenemos una pasión aceptable. Y nos reímos juntos, mucho. Y de vez en cuando nos vamos de viaje solos un par de días y no paramos de hablar de todo menos de los niños, es una regla no escrita que cumplimos a rajatabla. Nunca nos hemos llamado el uno al otro mamá o papá, porque eso sería como reducirnos sólo a un ámbito de la vida, y nos negamos. Estamos de acuerdo en muchas cosas. Nos peleamos, claro, y mucho. A mí no me importa, bueno, no es que no me importe, pero no me afecta. Ya sabes que soy de carácter discutidor, pero a él le molesta tanto que una vez me planteó que si no éramos capaces de tener una convivencia más tranquila prefería separarse. Yo casi me muero del disgusto, imagínate, pero en lugar de morirme traté de no convertir cada cosa en un motivo de fricción, que era lo que estaba haciendo, creo, cuando mi marido me sugirió aquello. A mi favor diré que Álvaro tenía meses y que yo no dormía nada. Pero no es excusa, ya lo sé. En fin. Lo importante, lo que te quería decir, es que estamos muy bien juntos. Llevamos juntos más de veinte años. Guau. Leo lo que he escrito, y me asusta, porque más de veinte años es como decir la mitad de mi vida. Qué vértigo. Soy feliz, pero ¿sabes? No sé si es esto lo que soñaba cuando estábamos juntas. Soy feliz. De verdad. Pero soy feliz a la manera de Sartre, cuando dijo aquello de que felicidad no es hacer lo que uno quiere, sino querer lo que uno hace. Y a mí me gusta mi trabajo (vale, decir que lo quiero sería exagerado, de acuerdo), pero a mis hijos los adoro, y a Javier también, lo que pasa es que a veces siento, no sé, una especie de vacío en el estómago, una sensación de desencanto, y una pregunta se me viene a la cabeza...: ¿ya está?, ¿es esto?, ¿esto es todo?

Carmen mira el cursor y se concentra en el parpadeo. Nota esa sensación que acaba de describir, ese vacío, esa desolación. Repasa lo que ha escrito y calcula que habrá más de mil palabras. Se retira un mechón de pelo que le cae sobre la mejilla y se lo coloca tras la oreja. Se pregunta qué pensará Natalia cuando las lea. Vacila un instante, como el cursor. Vuelve la mirada al ordenador.

No sabe que en breve va a repetir el mismo gesto que la que fue su mejor amiga durante años hizo hace poco más de una semana. Coge el ratón del ordenador y coloca el dedo índice sobre el botón izquierdo. Cancelar. Eliminar mensaje.

José Emilio

El día del nacimiento de José Emilio Almenar Sanfeliu, un hombre armado disparó y mató a Jorge I de Grecia mientras visitaba Salónica. Las últimas palabras del rey fueron:

—Mañana iré a visitar oficialmente el acorazado alemán *Goeben*.

Aunque hay quien asegura que no fueron esas exactamente, sino estas otras, pronunciadas después del tiroteo, en la cama del hospital:

—Me muero, pero tengo el consuelo de dejarle a mi hijo una Grecia dos veces mayor que la que yo recibí.

Si dijo una cosa como si dijo la otra, tanto daba. Nada de esto, ni el regicidio ni el testimonio, tuvo mayor importancia en la vida de José Emilio, pero curiosamente, fueron estas las páginas del *ABC* del 19 de marzo de 1913 las que le dieron calor en la cuna en sus primeros días de vida. Esas, y las del anuncio de un producto milagroso que costaba treinta pesetas en el país y cuarenta francos en el extranjero, un descubrimiento sensacional sin rival en el mundo contra calvicie, canas y peladas que había sido reconocido en la Exposición Internacional de París con diploma de honor, medalla de oro y gran premio, que se adquiría por correo y que en Valencia cualquiera podía conseguir personándose en Don Juan de Austria, 40.

Su padre carecía de pelo, pero no se le pasó por la cabeza, nunca mejor dicho, comprar el remedio porque como no sabía leer no llegó a enterarse nunca de su existencia, y la calvicie, además, era el más pequeño de todos sus males, muy por detrás de tener comida y salud, dos bienes que solían faltar en esa casa con demasiada frecuencia.

José Emilio Almenar Sanfeliu fue el menor de seis hermanos de los cuales dos hembras murieron a los pocos días de nacer; a una, los padres se la encontraron fría y morada entre las sábanas de la cama y pensaron que la madre, Antonia, la había ahogado mientras dormían, aunque en realidad la pequeña había sufrido una muerte súbita de la que entonces no se tenía conocimiento.

A la segunda, el Señor se la llevó pese a haberla tenido sólo dos semanas entre los vivos, después de unas fuertes fiebres. Antonia, mujer de firmes convicciones religiosas, se conformó con ambas muertes, pues creía que el Altísimo tenía razones secretas para todos los actos, aunque los seres humanos no pudieran comprenderlos, y juró ante Dios, representado en la imagen de la Preciosísima Sangre que coronaba la Iglesia de la Madre de Dios de Montserrat, que si le daba un hijo varón que fuese capaz de vivir y de tener algún talento, lo consagraría a Su cuidado.

No tuvo elección. Nació, vivió, creció y tomó los hábitos. Tampoco opuso resistencia, pues encontraba razones de sobra para acatar los deseos de la madre. Cuando era pequeño, el párroco del pueblo era el único que tomaba chocolate con

picatostes todos los domingos para merendar, y casi siempre comía bien en casa de unos y otros, todo el mundo le quería, le temía o le respetaba, tres sentimientos que le parecían nobles y admirables, y, por lo general, se dedicaba a ayudar y a hacer el bien, excepto cuando se le calentaba la boca en la homilía criticando a quienes querían cambiar el orden de las cosas y cuestionaban la existencia de Dios o la necesidad de que hubiera curas, o la tomaba con las mujeres que querían derechos o se metía con cualquiera que le cayese mal o que hiciera tiempo que no pasaba por el confesionario. Esa era otra razón para querer ser sacerdote. Para hacer las cosas un poco mejor que don Valeriano, y que Dios en su misericordia le perdonara esa soberbia que seguramente era pecado. Estaba convencido de que no todo lo nuevo era peor y, sobre todas las cosas, sabía, sí, lo sabía, que todos los hombres eran iguales ante los ojos del Señor. No. Todos los hombres no, todos los seres humanos, mujeres y pobres incluidos. Es más, mujeres y pobres, especialmente.

Hubo una época, hacia los doce años, estando ya en el seminario, en la que le pareció estar perdidamente enamorado de una vecina, que se llamaba Cristina, y de pronto pensó que quizá sería más productivo para Dios que él se dedicara a la vida familiar, a casarse, a tener hijos, a educarles dentro de la fe cristiana, etcétera, pero para entonces, su madre no dejaba de hablarle de las ventajas de ejercer el sacerdocio. Y aunque no lo supiera, José Emilio compartía con el rey Jorge I, que tanto calor le había dado en sus primeros días, la firmeza de espíritu, la vocación de sacrificio y el carácter bondadoso que le hacía pensar más en los demás que en él mismo, por lo que no contrariar a su madre fue el primer paso que le llevó al seminario, en la calle Trinitarios, cuando hacía muy poco que se entretenía fantaseando con un futuro con Cristina, y con sus ojos verdes, y el color de pelo que heredarían los siete hijos que le gustaría tener con ella.

No le costó acostumbrarse, porque siempre le gustó estudiar y porque comer tres veces al día era un aliciente con el que no había contado. Además, la camaradería entre los jóvenes le entusiasmaba. Aprendía tanto en los libros de humanidades, filosofía, teología o derecho canónico como en los interminables debates sobre cualquier tema que tuviera que ver con la vida y la obra de Jesús, con los milagros, o con la interpretación de sus enseñanzas. Todos estaban de acuerdo en que su labor en el mundo se centraba en hacer el bien a los demás, en amar al prójimo más que a uno mismo, pero las discusiones surgían cuando algunos trataban de profundizar en cuál era la mejor manera de hacer visible ese amor. Unos defendían que no había ni mejor ni peor manera, sino un modo único: obedecer las sagradas escrituras, seguir con firmeza los dictados de Dios nuestro Padre, cumplir los mandamientos, llevar una vida recta, disciplinada y temerosa de Dios, ofrecer dones a la Iglesia, respetar a la autoridad civil y, por supuesto, religiosa, etcétera. Otros, en cambio, pedían a los demás que reflexionaran, que se dieran cuenta de que la Iglesia de hoy no podía

seguir igual que la de Jesús cuando la fundó, y aseguraban que, entonces, el hijo de Dios había sido un revolucionario que dio su vida para que todos tuvieran derechos y nadie fuera el amo de nadie y los hombres y las mujeres fueran libres de elegir y de hacer, siguiendo, claro está, las elementales normas religiosas.

—Dios quiere que las cosas sigan como están —decían unos—. Dios quiere que la Santa Madre Iglesia vele por el alma de sus fieles.

—Sí, pero Dios también querría que la Iglesia tuviera en cuenta el cuerpo de los parroquianos, no sólo en lo tocante al pecado, sino también para que se hiciera todo lo posible por cuidar de su salud, de su alimentación o de sus estudios, o de sus posibilidades de dejar la pobreza aunque hayan nacido pobres. A Dios no le gustaría que unos dominasen a los otros, que les trataran como esclavos —protestaban otros.

—La sabiduría de Dios es infinita.

—Por eso dijo que todos los hombres éramos iguales ante sus ojos.

—Si Dios quisiera que fuésemos comunistas hubiésemos nacido todos en Rusia y no habría otro país en el mundo.

—Si Dios quisiera que los niños muriesen al poco de nacer porque sus madres no tienen leche no los hubiera traído a este mundo.

—Si Dios quisiera que vivieran los habría dejado vivir.

—Si Dios no quisiera que las cosas cambiaran seguiríamos viviendo en la Edad Media.

Y así, con el si Dios quisiera para arriba y para abajo, les daban las luces del alba la mayoría de las noches.

José Emilio no sabía bien qué pensar. Él conocía la pobreza en todos sus grados, desde la miseria hasta la indigencia pasando por la estrechez. Junto a don Valeriano había ayudado a enterrar a esos niños recién nacidos de los que hablaban sus compañeros y le había acompañado a dar la comunión a los más ricos del pueblo, que comulgaban en casa si no podían ir a misa, o si no querían, y ni se esforzaban en disimular que no les apetecía salir porque hacía demasiado frío o demasiado calor, y había podido ver con sus propios ojos las injusticias de las diferencias de clase de las que también se hablaba a media voz durante la noche, pero también sabía que la Iglesia se gobernaba con reglas firmes y antiguas, que la habían llevado a lo más alto y también a lo más bajo. Observaba a sus compañeros, les escuchaba, y mediaba entre ellos cuando la discusión parecía a punto de convertirse en pelea.

—Hermanos, hermanos... Nosotros tenemos que llevar la palabra de Dios a los hombres. No podemos caer en el pecado de la ira —les decía.

O bien:

—No os enojéis... Dios quiere que haya diversidad de opiniones en nuestro seno para que podamos ayudar a enriquecer a nuestros hermanos, no con dinero ni joyas ni riquezas, sino con sabiduría, bondad y modestia.

O bien:

—Pensemos lo que pensemos, hemos de ser respetuosos y humildes, para aceptar que los demás no opinan como nosotros.

Los demás callaban, más por evitar la bronca a esas horas de la madrugada que por hacerle caso a José Emilio, que finalmente se convencía de que el ser humano estaba llamado a entenderse con sus semejantes y de que el futuro se presentaba ante él lleno de luces y música, y se dormía, sin saber que estaba equivocado.

Natalia

Antonio Almenar me invita con frecuencia a su casa, aunque no siempre hablamos de guerras y demás. Al principio me reprochaba que me hubiera presentado a un premio con la idea de investigar su vida sin haberle preguntado antes, y no le falta razón. Le pedí disculpas, le dije que no sabía por qué no se me había ocurrido advertirle de mis intenciones, pero no es cierto. Tal vez no quise que me dijera que no, no quise arriesgarme a quedarme sin el proyecto; no por el proyecto en sí, sino por no perder la ilusión, porque proyectos he tenido muchos y casi todos me han salido mal, algunos, desde el principio, y otros se torcieron al final, pero ninguno había supuesto tanto como escribir ese libro. Sabía que no iba a cambiarme la vida, que no pasaría con él a la historia de la literatura, que no ganaría dinero ni me haría famosa, pero escribirlo me convertía en escritora.

La gente dice por el pueblo hay una escritora que está escribiendo un libro sobre el vicario y otro hombre que no sé quién es, y a mí esa palabra, escritora, referida a mi persona, me da ganas de llorar, pero no de alegría, sino de emoción, porque yo lo que he querido ser durante toda mi vida es eso, escritora. Me hice periodista para que me leyeran, porque me parecía más sencillo escribir crónicas que novelas, y al final, ni una cosa ni la otra, porque al margen de matarme a hacer prácticas sin cobrar, no publiqué gran cosa y al cabo del tiempo decidí dejar de combinar el paro (sin cobrar) con el trabajo en precario (sin cobrar) y me lancé a montármelo por mi cuenta, pero sin escribir, con la sensación de haber perdido mi tiempo porque nada de lo que había hecho me había servido para alcanzar mi sueño. O sí. Quién sabe por qué pasan las cosas. De no haber estudiado periodismo, nunca hubiera sido corresponsal de este pueblo, y nunca hubiera escrito un breve que se publicó el 4 de agosto de 1998 y que se titulaba «La familia de José Emilio Almenar le recuerda sesenta años después de su asesinato», y tampoco me hubiera llamado la atención leer un nombre que me resultaba tan familiar, Antonio Almenar (Miraval, 1922), en un reportaje sobre los supervivientes de la Nueve que publicó *El País* el 24 de agosto de 2004, y al quedarme en paro, nunca se me hubiera ocurrido la idea de enlazar estos dos nombres, estas dos historias, que llevaban tanto tiempo dando vueltas en mi cabeza, guardadas las dos en un álbum de recortes junto con otras noticias que me interesaban («Las cartas de amor del Capitán Nelson», «Aparece el cadáver de un hombre desaparecido en 1976 al desenterrar el ataúd de su esposa abrazado a ella», «Un león salva de morir abrasados a los integrantes de la compañía del Circo Jamaica», «Un niño permanece dos horas atrapado por un bollo») y algunas otras publicadas por mí («Un minusválido de Miraval se cartea con Felipe González desde hace veinte años», «Los hijos del “Pernales” quieren realizar su proyecto para detener la inclinación de la torre de Pisa», «Un comerciante gana el concurso nacional de canto timbrado con

su canario»), junto al justificante de mi primer sueldo como periodista, un abono por valor de 1.900 pesetas hecho efectivo el 20 de noviembre de 1990 por Editorial Prensa Valenciana.

Siempre he tenido la certeza de que las cosas buenas no eran más que un espejismo que tarde o temprano revelaría su auténtica cara, así que el fracaso nunca me pilló desprevenida. Si acaso, con Comunicarte. Eso sí que me dolió, seguramente porque la fantasía había durado mucho tiempo y había conseguido engatusarme. Trabajaba desde casa. Mi despacho estaba en una habitación pequeña, junto al dormitorio, pero todos los días me levantaba a las ocho de la mañana, me duchaba, me vestía, me maquillaba, bajaba a la calle, hacía la compra, tomaba un café, iba a los bancos, subía al piso, leía los periódicos en internet, hacía llamadas, concertaba visitas, cerraba entrevistas, paraba a las dos, comía, volvía a las cuatro y por la tarde repetía la misma rutina, un día tras otro, hasta las siete y media, excepto los días en los que tenía que acompañar a los clientes o hacer gestiones que me quitaban más tiempo. Era metódica y organizada, y me iba bien. Pero vino la crisis y tuve que cerrar. Hubiera podido aguantar un poco más, pero los finales me gustaban rápidos y no quise quemar mis ahorros en una empresa condenada a morir. Porque tenía ahorros. Los tengo todavía gracias a esa decisión. Mi padre, que en vida no me dio más que disgustos, a su muerte me dejó todo lo que tengo. Monté la empresa y me compré el piso en la calle Doctor Chiari, un quinto sin ascensor frente a la piscina cubierta municipal del barrio del Carmen. Dos habitaciones, un baño sin bañera, una cocina americana que me llena la casa de humo y del olor de la comida y un salón con una ventana enorme que da a un patio de luces en el que cada dos por tres aparecen gatos muertos. Pero a mí me da lo mismo, lo de los gatos, lo de los olores y lo del baño sin bañera, porque soy más bien de ducharme y porque, a mí, tener un piso que fuera mío, mío del todo, sin deber nada al banco y sin tener que pagar a un casero, era lo que más ilusión me hacía en este mundo (después de lo de ser escritora). Y a mi madre, también.

Yo me parezco a mi madre. Ella también cree que la vida tiene por objetivo hacerte daño. Desconfía de las buenas noticias, de la gente en general y de los bienintencionados en particular; si pasa algo bueno siempre dice espera a que venga la letra pequeña y cuando llega (porque siempre llega, puntual) entonces se regodea: lo ves, lo sabía, lo sabía, ya te lo dije yo, pero a pesar de ese carácter suele estar de buen humor. Ella dice que son los optimistas quienes están enfadados todo el tiempo, porque a cambio de sus esperanzas la vida sólo les regala fracasos. Mi madre es una mujer alegre y resuelta, seguramente por el mismo motivo que se mantiene animada: porque siempre está alerta a los problemas que han de venir, se anticipa, los soluciona.

Probablemente, desde que se casó estuvo preparándose para el abandono de su

marido porque en el fondo intuía que, de no haberse quedado embarazada de mí, él no se hubiera casado con ella, y más en el fondo sabía que esa intuición no era más que una forma de enmascarar la certeza, así que cuando la dejó por otra lo tenía ya todo previsto. Lo único que no se esperaba fue que le doliera de esa manera, eso sí que la sorprendió; tanto, que no fue capaz de cumplir todos los pasos que formaban su plan: divorciarse, cambiar de trabajo, mejorar su aspecto y rehacer su vida con alguien que sí la quisiera. Lo hizo, todo, excepto lo último. Se divorció, se presentó a las oposiciones de Telefónica y dejó el trabajo de dependienta en una charcutería, se puso a dieta y se tiñó el pelo de rubio y trató de encontrar una pareja, pero a todos les veía pegas. Tuvo algunos romances, pero acabaron siempre mal. Nadie la quería lo suficiente. Me lo contaba de vez en cuando, y, a veces, añadía: y tampoco quieren cargar con la hija de otro. Yo no decía nada, pero ese comentario me dolía en el alma, no por el comentario, que incluso podía comprenderlo, sino por el verbo. Cargar. Yo era una carga. Sabía que la intención de mi madre no era esa, que no pretendía hacerme sentir un estorbo, algo que nadie quiere pero con lo que tiene que apechugar. Lo sabía porque sus muestras de afecto eran constantes y sinceras, porque no tenía reparos en mostrar en público sus sentimientos, fueran buenos o malos. Yo no. Me cuesta dejarme llevar, decir lo que siento.

Tal vez en eso me parezco a mi padre, pero tampoco puedo decirlo con seguridad, porque no lo conocí lo suficiente. Cuando se separó de mi madre también se separó de mí, seguramente porque se fue con otra mujer con la que tenía un hijo de cuatro años y vivir en plenitud un amor que hasta entonces había sido prohibido le absorbía todo su tiempo y todo su cariño.

Mi madre no los podía ni ver. A ella la llamaba zorra y puta y rompematrimonios y al niño, Roberto le llamaba engendro del demonio y decía que era feo y que tenía mirada de alelado, y como tenía los horarios cambiados y lloraba por la noche y dormía por el día, aseguraba que no era más que un castigo divino por el daño que sus padres le habían hecho a ella. A la zorra y puta y rompematrimonios le auguraba una vida desastrosa al lado de mi padre, porque era un hombre de poco fiar que ya le estaría poniendo los cuernos antes de que ella hubiera dejado de amamantar al pequeño y además estaba convencida de que nunca recuperaría la figura, porque después de parir se había quedado gorda, y que sería una mujer obesa y fea para el resto de su vida, lo que contribuiría, sin duda, a que él la abandonara por otra más joven y más guapa y más delgada a la que a su vez preñaría y abandonaría por otra al poco del parto, y así sucesivamente, como una condena bíblica. De Roberto también veía el futuro: sería un niño que crecería sin la figura del padre, que se haría delincuente o putero, que no tendría una vida de provecho y que repetiría la conducta del padre ausente con las pobres mujeres que se cruzaran con él.

Los pronósticos no se cumplieron porque una mañana un adolescente de buena

familia que había consumido drogas y había robado un coche para experimentar lo que era vivir peligrosamente se los llevó por delante cuando estaban en la acera de su casa, en el patio, esperando a su padre.

Roberto, que tenía cinco años, se había dejado encima de la cama su peluche preferido, un gato al que llamaba *Misu*, y no quiso ir al parque sin él, así que se puso a berrear montado en su bicicleta hasta que la cara se le puso roja de tanto llorar. Mi padre y su mujer discutieron porque él pensaba que Roberto era un niño malcriado y caprichoso que siempre se salía con la suya, y ella insistía en que para un rato que pasaban juntos los tres no quería que hubiese llantos de por medio. Él le reprochó que le reprochara que trabajaba demasiado porque, le dijo, si lo hacía era para que a ellos no les faltase de nada. Ella insistió en que no quería pelear. Le dijo que estaba cansada, le recordó que era ella la que se hacía cargo continuamente de Roberto mientras él dormía como un tronco y le pidió, por favor, que subiese a por el juguete (de los cojones) antes de que el crío se pusiera enfermo de tanto llorar y tuvieran que irse a La Fe para que le dieran oxígeno con una mascarilla. Él se dio media vuelta y refunfuñó que aquella era la última vez que hacían lo que al niño le daba la gana, y estaba en lo cierto, porque cuando bajó, con *Misu* en la mano y una cara de enfado que se le quedaría para siempre grabada en el rostro, se encontró a su mujer y a su hijo muertos en el suelo y al asesino todavía dentro del coche con la mirada perdida.

Mi padre no se recuperó y cada dos por tres intentaba suicidarse tirándose por el balcón o dejando abierta la espita del gas. Los médicos decían que en realidad no quería quitarse la vida, sino llamar la atención, pero, por si acaso provocaba una tragedia involuntaria que afectase a otras personas inocentes, sugirieron que no continuara viviendo solo y nos recomendaron que nos lo llevásemos a casa una temporada, que finalmente se prolongó y se prolongó hasta que pasaron once años. Ese fue otro motivo por el que mi madre no pudo cumplir todos los puntos de su plan, porque rehacer la vida era complicado teniendo como tenía a un señor sentado en el sofá del salón que casi no comía y que pasaba las noches sin dormir, bañado en silencioso llanto.

Al final se murió, pero no le mató la pena, sino un cáncer de estómago. Para entonces, había vuelto a la vida. Bueno. Eso es un decir. Había retomado las rutinas de la vida, pero no las ganas de vivir. Cuando se recuperó, vendió su piso, se fue a vivir a una pensión de mala muerte cerca de la estación del Norte, traspasó el negocio (una empresa de reparación de televisores y de instalación de antenas), compró un local sobre plano en un centro comercial que estaba a punto de abrir y montó una pequeña librería. Cuando le diagnosticaron el cáncer, se deshizo de todo lo que tenía, y metió todo el dinero en una cuenta a su nombre y al mío para evitar los impuestos de sucesión, y luego se suicidó de verdad. Al morir, me hizo rica. Pero me dejó triste. Nunca le conocí, nunca supe nada de él. La vida tiene muchas formas de ser trágica.

Cuando le recuerdo, me vienen a la cabeza esos versos de Leopoldo María Panero. La vida, que puede ser piadosa, no tuvo compasión. Mi madre no ha leído el poema de Panero, ni casi ninguno con la excepción del de las golondrinas de Bécquer, pero sabe que la vida es injusta y traidora, por eso me aconseja siempre que me adelante. Adelántate, coño, me dice, y llévate toda la felicidad que puedas antes de que te la quiten.

Por eso no le pedí permiso a Antonio, porque quise hacerle caso a mi madre, y adelantarme por primera vez en la vida. Y cuando voy a su casa a tomar café descafeinado y a que me enseñe las fotografías que tiene guardadas en cajas, algunas de madera, otras de zapatos, me lo reprocha. Me lo podías haber preguntado, ahora todos van a saber cosas de mí. Pero me lo dice sonriendo, y yo me doy cuenta de que en realidad no es que no le importe que la gente sepa, sino que tiene ganas de que alguien le ponga en su lugar.

Y luego sigue protestando:

—Mi vida no es interesante, yo qué tengo que contar, yo sólo soy un viejo, ahora las cosas son distintas, ahora casi nadie se acuerda de aquello, el otro día leí que la mayoría de los jóvenes cree que Franco fue un jugador de fútbol y se disfrazan de nazis para las fiestas como si fuera divertido porque en realidad no tienen ni puñetera idea de qué significa esa cruz gamada.

Y sigue con eso hasta que entra Manuela y le dice o le cuentas algo interesante a la chica o le dejas que se vaya, que la pobre tendrá sus cosas que hacer. Y Antonio sonrío. A veces se calla y me pide que me marche porque está cansado o tiene que ir a hacer la compra o ya es hora de cenar, pero otras, después de un rato de silencio, comienza de nuevo a hablar.

Antonio

No le gustan las películas de guerra. Cuando en la tele ponen una, cambia de canal hasta que encuentra otro que le viene bien. Muchas veces se duerme a mitad de programa, porque la vejez tiene esas cosas, te vuelve niño, te cambia el sueño, hace que casi siempre tengas frío y que te olvides de lo que tienes que hacer, pero, a cambio, te mantiene frescos los recuerdos que creías olvidados, como las caras de los amigos que hace tiempo que se fueron, o la música que sonaba en el Casino Canyon los domingos que había baile, con un acordeonista que lo mismo tocaba un pasodoble que un tango. En carnavales la gente se disfrazaba. Los hombres de mujer, las mujeres de hombre. O de gitana, o de torero, o de El Zorro, o de niño, o de payaso. De lo que fuera. El mundo al revés. Y sorteaban un ramo de flores para la pareja que mejor bailara, o para el mejor disfraz, según la inspiración del momento. El domingo anterior, en misa, don Valeriano advertía a quienes tuvieran intención de ir a ese baile que quedarían inmediatamente fuera de la Iglesia, ex-co-mul-ga-dos (y al decirlo, solía lanzar tres o cuatro escupitajos por el propio enfado del momento y porque le faltaban dos de los incisivos, y por el hueco se le escapaba la saliva y los fideos de la sopa), porque bailar era pecado, porque disfrazarse era pecado, y porque cometer los dos pecados juntos era un signo inequívoco de que el Mal, el Maligno (escupitajo), había entrado en los débiles cuerpos humanos y no les hacía pensar en más cosas que en la fornicación.

Los feligreses miraban hacia otro lado. Le tenían cariño al vicario. Era un hombre bondadoso y compasivo, cariñoso con los niños y con los enfermos, y no imponía penitencias severas porque, por lo general, comprendía las contradicciones humanas, era tolerante con los errores si mediaba el arrepentimiento y sabía que su rebaño no cometía pecados mortales sino que más bien era proclive a pequeñas miserias como envidias, malos pensamientos o insignificantes hurtos, por lo general para poder comer, pero en el púlpito se crecía. Los domingos fingía que sabía secretos que en realidad desconocía, señalaba con el dedo acusador al que se le pusiera a tiro y lanzaba amenazas de proporciones bíblicas que sabían que no se iban a cumplir. Como la de la excomunión, por muchos espumarajos que salieran de su boca, porque al día siguiente del baile la pena quedaba anulada si le llevaban a la Virgen el ramo de flores ganado en el concurso.

La vida era fácil, entonces. Antonio se acuerda a menudo de aquellas tardes. La mayoría de las mujeres bailaban unas con otras entre las mesas, porque no estaba bien visto que una se abrazara con alguien que no fuera un pariente, padre, marido o novio. Él iba con su madre, porque a ella le gustaba bailar más que nada en este mundo, y se quedaba con ella hasta que aparecía su padre, que era maestro, y que solía llegar tarde porque siempre tenía algo que hacer, una reunión, un comité, lo que

fuera. Pero su madre no se enfadaba, no le molestaba que cuando no estuviera trabajando anduviese metido en política. Estaba orgullosa de él. Tu padre quiere que vivas en un mundo mejor que el nuestro, un mundo más libre y más justo, le decía. Eso lo recuerda. Los domingos en el baile le recibía con una sonrisa orgullosa, y le soltaba con una palmada en el hombro, hala, ya puedes irte, que ya ha venido mi hombre.

Se acuerda mucho de ella, de su madre, y del amor profundo y entregado que sentía hacia su marido. Y de sus dos vestidos de los domingos, uno de verano y otro de invierno, los dos morados y rojos con pequeñas flores amarillas, cosidos por ella misma como un homenaje a la República que estaba por llegar; de cómo se ponía agua con una pizca de azúcar en el pelo para marcarse caracolillos en la frente y de la mirada de su padre, pero qué guapa estás, qué guapa estás no, qué guapa eres, coño.

Recuerda también a los niños que evacuaron de Madrid y que se alojaron en las Colonias de los Huertos, tres enormes fincas expropiadas que los niños llamaban hoteles. Su padre fue director de una de ellas, y su madre trabajó allí dos años y medio como profesora, y él pasaba muchas horas allí, como un evacuado más, pero por la noche, cuando se iba a dormir a su casa, con sus padres, la pena por esos críos que se quedaban solos no le dejaba dormir. Cuando las cosas se complicaron, se marcharon todos de allí, amontonados en camiones, hasta Barcelona. Su padre consiguió meterlos en uno, con la promesa de reencontrarse a los pocos días, en Cataluña o en Francia. A veces se pregunta si entonces ya sabía que no podría cumplir su palabra o si la muerte le cogió por sorpresa, desprevenido, confiado, seguro de la naturaleza generosa del ser humano. Tal vez pensó que podría esconderse, escapar, llevar a su mujer al baile todos los domingos aunque fuera en otro país, y no se le pasó por la cabeza que alguien le delataría, que le encerrarían, que le fusilarían contra la tapia de un cementerio y que arrojarían su cadáver a una fosa común después de robarle el anillo de casado y una muela de oro que se había puesto por capricho siete años antes en un dentista de la calle Cirilo Amorós que era camarada del partido y que le había hecho buen precio.

La memoria es caprichosa, y ha borrado lo malo. Lo malo con mayúsculas y lo malo con minúsculas, los enfados, la guerra, la ausencia de su padre, la certeza de su muerte. El camino del exilio, el campo de concentración, el hambre, el frío, la arena helada con la que trataban de engañar al frío, la humillación, la derrota, el miedo a tener miedo, a morir, a volver, a no volver.

—*Hem de tornar*^[1] —decía la madre.

—Yo no quiero volver a ese país de mierda —protestaba él.

—*Hem de tornar a portar flors a la tomba del teu pare*^[2] —insistía la madre.

—Pero si no sabemos ni dónde está enterrado, madre.

—*Doncs la busquem fins a trobar-la. Ningú pot ser tan fill de puta com per a*

deixar que un home bo estiga baix d'una cuneta com si fóra un gos^[3].

—¿Y después, qué? ¿Nos volvemos a Francia?

—*Després ens quedem, per a dur-les de nou al diumenge següent*^[4].

Tampoco le gustan las películas en las que la gente muere en grupo, ni las de catástrofes, ni sobre el Holocausto judío ni de accidentes de aviación, mucho menos en las que los protagonistas pasan frío. Una vez fue al cine a ver *¡Viven!* y se salió de la sala a mitad de la proyección con escalofríos y ganas de vomitar y cuando llegó a casa tuvo el tiempo justo de abrir de un portazo el baño y de devolver en la taza del váter toda la comida, la merienda y las palomitas. Luego se metió en la cama tiritando como si estuviera enfermo, y lo estaba, en realidad. Manuela le hirvió agua, la puso en la bolsa forrada de lana roja y se la colocó en los pies para que entrase en calor, aunque sabía que el frío que se le había colado a su marido en los huesos no se le iría ni con la bolsa ni con las mantas, sino con sus manos acariciándole la frente y recordándole que no tenía diecisiete años sino setenta y dos, que no arrastraba los zapatos rotos sobre la nieve de los Pirineos, sino en su casa, en su cama, a su lado, que no iba a morir de congelación ni de terror, sino que al cabo de un rato se dormiría y cuando se despertara sería como si nada hubiera ocurrido, ni entonces ni ahora.

No era la primera vez que le sucedía. Solía pasar cuando algo, un sabor, un olor, una imagen, o tal vez nada, porque a menudo no era necesario un motivo, le traía a la memoria algún recuerdo doloroso. Insoportablemente doloroso, mejor dicho, porque recuerdos que dolían Antonio los tenía a montones. Manuela no sabía cuántos, porque su marido los había encerrado en algún lugar de su cabeza, y los mantenía ocultos ahí, bajo mil cerrojos. No confías en mí, le reprochaba ella, y se creía en lo cierto porque él no le respondía nunca y Manuela daba por hecho que si callaba era porque otorgaba, hasta que un día la piel de Antonio se volvió púrpura mientras comían y veían en el telediario las imágenes de unos niños muertos con los pies descalzos tras un ataque, en uno de esos países africanos en los que siempre están en guerra y la gente se acostumbra a mirar hacia otro lado para fingir que nada de eso está pasando. Antonio dejó la cuchara en el plato (estaban comiendo lentejas) y le pidió a su mujer que llamara a un taxi para ir al hospital, porque ardía de fiebre y un dolor inaguantable le inmovilizaba la nuca. Allí le hicieron placas, un electro y analíticas y le dejaron nueve horas en observación, más que nada por las manchas de la piel. Cuando descartaron la meningitis y la varicela, le dieron el alta con la recomendación de que acudiera al psiquiatra, porque aquello no era más que la respuesta de su cuerpo somatizando un disgusto. Llegaron a casa de madrugada. Los niños, Ernesto y Pablo, se habían quedado a dormir con una vecina, pero Antonio insistió en ir a verles a pesar de las horas. No les despertó, pero a los pies de la cama, mientras les veía con ese abandono confiado del que no tiene nada que temer porque no conoce las crueldades con las que es capaz de sorprendernos la vida, lloró como

un crío, pero sin hacer ruido, hasta que Manuela consiguió arrastrarlo fuera del cuarto.

—¿Por qué no me cuentas lo que te atormenta? ¿Por qué no confías en mí? —le preguntó.

Y Antonio la miró con una tristeza infinita y esta vez sí le contestó:

—¿No ves que lo único que quiero es protegerte?

Y en esa casa ya nunca más se peleó por el silencio taciturno de Antonio cuando algo le preocupaba, ni por las enfermedades ficticias que le atacaban y que no le dejaban otra opción que meterse en la cama con una bolsa de agua caliente aunque fuera pleno verano, ni por la educación estricta que les daba a sus hijos, por esa exigencia de que fueran honrados, responsables y nobles cuando los pobres críos sólo querían pasar el rato jugando, aunque para ello tuvieran que saltar la tapia del colegio o quitarle a su madre algunas monedas del bolso, como hacían todos los demás.

Cuando piensa en el libro que está escribiendo la periodista, sonrío. Sabe que tendrá poca repercusión, que prácticamente nadie lo va a comprar. Como mucho, aprovechando los antiguos contactos, Natalia le ha dicho que conseguirá que la entreviste algún colega en una tele local, o para las páginas de comarcas del periódico; no aspira a salir en la sección de cultura, ni en el suplemento de libros. Pero lo leerá Manuela, y sus hijos, que se enterarán entonces de que le deben sus nombres a Pablo Iglesias y a Ernesto Guevara. Se pregunta también qué sabrán de él los hijos, porque sabe que ha sido hombre de poco comunicar.

Quería, pero las palabras se le quedaban atascadas en la garganta, sobre todo las de afecto. Ahora, a la vejez, se le ha soltado la lengua y se le ha ido la vergüenza, sobre todo con los nietos. No les cuenta historias de viejo pero les dice que están guapos, o altos, o más gordos, y les felicita cuando hacen algo bien, y le quita importancia a los errores que puedan cometer, y a escondidas les da dinero para que se compren lo que quieran, y se ofrece a servirles de coartada cuando quieren hacer algo sin que sus padres se enteren, y de vez en cuando, porque esto sí le sigue dando pudor, les confiesa que no sabe cuánto tiempo más estará en este mundo, les pide que sean hombres de provecho, les dice lo orgulloso que se siente de ellos, y, sobre todo, les recuerda que les quiere. Con Manuela también habla más. A diario le dice que es la mujer más bella del lugar en el que se encuentran (la calle, el hogar del jubilado, la sala de espera del médico), o la coge del brazo, o de la mano, o la besa en la mejilla, y ella le dice:

—Quita, hombre, a estas alturas te me vas a volver romántico.

O:

—Antonio, que van a pensar que estás senil.

O:

—Si de joven hubieras sido tan sobón otro gallo nos hubiera cantado.

Pero siempre sonríe al decirlo, y si a él se le ocurre retirar la mano, o soltar el abrazo, ella lo sujeta con fuerza y le dice:

—Pero  d onde vas, hombre de Dios? Tú te quedas aquí, y si no, no haber empezado.

Y entonces sonr en los dos, y caminan agarrados.

Por Manuela está tranquilo. Lo que ella no sabe, se lo imagina. Pero sus hijos sí le preocupan. Se pregunta si al leer lo que la periodista escriba de su padre le dar an a Antonio su auténtica y verdadera dimensión, la del hombre hecho a base de renunciadas y de sacrificios, o si se sentir an avergonzados al saberle tan vulnerable a pesar de esa aparente fortaleza moral.

A veces piensa que al leer el libro comprender an todo lo que de niños les pareció incomprendible, como esos cabreos monumentales cada vez que le pedían que para sus cumpleaños les regalase una escopeta de balines y que él nunca les compraba, aunque sabía que sólo la querían para arrancarles de cuajo los rabos a las lagartijas que corrían por las acequias de los campos de naranjos, tan cerca de las enormes casas de los Huertos a los que su padre les tenía prohibido acercarse; o que siempre anduviera con ese rictus tan serio cuando le daban las notas y no había más que un sobresaliente, por no hablar de esos castigos ejemplares si suspendían alguna asignatura. La educación os har a libres, les decía, libres. Y ellos refunfu aban que la única libertad que querían era la de estar lejos de él, coño, que pareci a mentira que fuera tan socialista, tan libertario, y luego les obligara a estudiar con disciplina militar. Ernesto es médico, y Pablo sociólogo. Ahora se alegran de que no les permitiera dejar los estudios, de que les aconsejara hacer el servicio militar voluntarios para estar más cerca y no perder cursos, de que les pidiera que no trabajaran para pagarse los estudios, de que les dejara dormir tres días seguidos después de la época de exámenes, de que les premiase con dinero en metálico para irse de vacaciones solos y donde les saliera de los huevos todos los veranos sin pedir explicaciones a la vuelta con la condición de que estuvieran en casa quince días antes de que comenzaran las clases. Ahora se alegran de que les recomendara no dejarlo todo por la primera tía que les pusiera cachondos, y de que no se los llevara de putas al cumplir los dieciocho, como habían hecho los padres de algunos de sus amigos, y de que nunca les hablase de sexo, pero de que apareciese una caja de preservativos en la mesita como por arte de magia.

Se alegran de todo eso, pero sabe que entonces, cuando tenían siete, nueve, quince, veinte años, les pareci a que su padre era, con diferencia, el peor de todos los que conocían, el más hermético, el más serio, el más inflexible con las debilidades, el más exigente con las virtudes que teóricamente debían atesorar. Hoy, que son hombres honrados, trabajadores y justos, y que saben que eso compensa con creces sus pequeñas miserias, como cuando cambian de humor o de opinión sin motivo, o

cuando se comportan de forma egoísta o caprichosa, saben también que se lo deben a él y a sus esfuerzos por hacer de ellos personas de bien, con sus contradicciones, pero decentes, y le gusta pensar que eso se lo deben a él, a un hombre que se siente cansado pero no arrepentido, a un hombre al que le gustan las flores, sobre todo esas pequeñas amarillas, pero que enferma con las películas de guerra y de sufrimiento.

Natalia

Natalia lee lo que ha escrito. Se pregunta si es eso lo que debe escribir, lo que la gente espera encontrar en ese trabajo. Tiene mil dudas, y eso que al principio le parecía que sería sencillo, pero es que entonces no sabía que conocer a Antonio y enterarse de cómo fue la vida de José Emilio, a través de tantas personas mayores que tenían tanto que contarle porque en realidad no tenían con quién hablar, iba a afectarle tanto.

Claro, que tampoco tenía ni idea de que Antonio era como era, ni de que soñaría con José Emilio noche sí y noche no, y la de en medio sería para Carmen porque hasta que no reapareció tampoco se imaginaba que la ausencia de aquella amiga de la que ya casi ni se acordaba le dolía tanto, tan intensamente.

Una vez estuvo yendo al psicoanalista, después de sufrir una crisis de ansiedad que la tuvo paralizada en el sillón toda la noche, sin atreverse a poner un pie en el suelo. Aparentemente, no tenía ningún motivo, pero de pronto le invadió un miedo insoportable a seguir viviendo. Llamó a una amiga psicóloga, Carmina Palau, que trabajaba en una Unidad de Conductas Adictivas, que al verla tan alterada decidió citarla para que, al día siguiente, la visitara una compañera en la propia UCA. Allí estuvo un rato esperando su turno junto a pacientes que acudían para desengancharse de las drogas, el alcohol o el juego, y justo antes de que la llamaran, una mujer sacó un palo del bolso y se puso a destrozar el mobiliario, las plantas, los cristales y cualquier cosa que se le pusiera por delante. Los celadores lograron inmovilizarla hasta que se la llevó una patrulla de la policía local, y a los cinco minutos todo el mundo se comportaba como si allí no hubiera pasado nada.

—Me siento un poco ridícula —dijo nada más entrar a la consulta.

—¿Por qué? —le preguntó la psicóloga.

—Porque a mí no me pasa nada —respondió.

—Si no te pasara nada, no habrías venido.

—No tengo ningún motivo para estar mal, para haber tenido ese ataque de pánico. Ningún motivo objetivo, quiero decir.

—Aun así, lo has tenido.

—Sí, pero me avergüenza estar aquí, robándole tiempo a esta gente que de verdad tiene problemas, problemas auténticos. ¿Has visto a esa mujer? —la psicóloga asintió—. Eso sí es grave, y ahora ella está en un retén, o en el hospital, y yo aquí, dispuesta a contarte que me da miedo la vida.

—Pero es que a ti ese temor te produce la misma ansiedad que a cualquiera que está ahí afuera el hecho de no poder consumir más drogas, o de no poder seguir jugando, o de no ser capaces de reprimir su violencia... Quiero decir que en esto no hay problemas ridículos, que nada se compara, porque el dolor que tú puedes sentir no es menor que el que pueden sentir otros.

Natalia guardó silencio.

—¿Por qué te da miedo la vida?

Más silencio.

—¿Pasó algo antes?

—No, no ocurrió nada. Estaba en casa, a punto de prepararme la cena, pensando en las cosas que tenía pendientes en el trabajo, y de pronto, no sé, tuve la certeza de que no iba a ser capaz de afrontar lo que me esperaba.

—¿Y qué es lo que te espera?

Natalia se encogió de hombros.

—Nada, supongo.

—¿No te espera nada?

—Bueno, no es que no me espere nada... Es que no me espera nada nuevo, nada fuera de lo común: trabajar, intentar conservar el trabajo, trabajar, salir de vez en cuando, estar sola, tratar de no pelearme demasiado con mi madre..., no sé, lo normal, ¿no?

La psicóloga la miró unos instantes en silencio y a continuación le preguntó por sus relaciones de pareja (pocas, cortas, malas), por sus relaciones familiares (frías, esporádicas, forzadas), por sus relaciones con los demás (distantes, superficiales, planas), y por su relación con ella misma (elemental, difícil, descuidada). La dejó hablar un buen rato, la citó en dos semanas y en la segunda visita le recomendó un psicoanalista.

—Creo que tú no necesitas terapia conductual, porque sabes reconocer cuál es el mejor camino para solucionar tus problemas, sean los que sean, y eres capaz de analizar tus reacciones y de comprender qué es mejor y qué es peor para ti. Sin embargo, pienso que quizá hay conflictos en tu interior que incluso tú desconoces, que te los ocultas a ti misma, y que te hacen ser desconfiada, distante y poco merecedora de atención y afecto.

Natalia se replegó imperceptiblemente en la silla. La psicóloga continuó hablando.

—¿Has oído hablar de Epicuro? —Natalia asintió, aunque en ese momento no sabía bien dónde ubicarlo—. Fue el creador del epicureísmo, cuyo objetivo era la búsqueda de la felicidad. Para Epicuro hay cuatro causas de infelicidad en el ser humano, y propone cuatro remedios, todos basados en la física y la filosofía. La primera causa es el temor al destino, entendido como fuerza ineludible que regula nuestra vida. El remedio físico a este miedo es el conocimiento de que todo fenómeno se explica en función de los átomos, de sus uniones o separaciones; y el remedio filosófico es la aceptación de estas leyes de forma racional y serena: esto es lo que hay, no se puede cambiar. El segundo motivo de infelicidad es el temor a los dioses, pero nos dice que la filosofía nos evita este temor infundado, ya que los dioses, en el

caso de que existan, también están compuestos de átomos muy sutiles, y, además, por si lo de los átomos no nos deja tranquilos, nos dice que los dioses viven en regiones lejanas. Epicuro niega cualquier providencia o gobierno divino. El tercer miedo es el temor a la muerte, pero Epicuro nos dice que es inútil temer lo inevitable y habla de la aceptación de la muerte como una liberación del dolor, de la tristeza y de las amarguras de la vida, como un dulce sueño. El último temor es el del dolor, y para evitar este miedo, Epicuro recomienda, más o menos, vivir el presente, es decir, aceptar el placer presente, no pensar ni en el placer pasado ni en el dolor futuro.

—Sí... Esto. Lo recuerdo del instituto —mintió.

La psicóloga sonrió.

—No te estoy examinando... O, al menos, no en ese sentido —rio—. Pero sí quiero hacerte una pregunta, y me gustaría que me respondieras con sinceridad.

—Adelante.

—¿Tú eres feliz, Natalia?

La miró a los ojos, y Natalia fue incapaz de mantenerle la mirada y de responderle. Suspiró, cerró los párpados y cuando los levantó, ya estaba llorando. Salió de la consulta con el teléfono del doctor Olano y con un ataque de llanto inconsolable que le duró varias semanas. No es que llorase todo el tiempo, pero sí cada vez que se acordaba de la contestación que no había sabido darle a la doctora. No. No era feliz. Y lo peor de todo es que no recordaba haberlo sido nunca.

Tampoco el psicoanalista la alivió. Era un hombre mayor, de barba y pelo cano, que se sentaba tras ella en el diván y la dejaba hablar sin interrumpirla. Era difícil interrumpirla, porque casi siempre permanecía callada porque a menudo no encontraba nada que decir. Y eso que le habló de sus padres, de su separación, de la muerte de su padre, de su empeño por llevar adelante la empresa, de lo aburridas que le parecían todas las personas que amanecían en su cama al día siguiente de haberse enamorado perdidamente de cada una de ellas, de su habilidad para boicotear romances que tenían visos de durar más de unas horas, y, por supuesto, le habló de Carmen, su mejor amiga, su única amiga, su amiga del alma, su alma gemela, que desapareció de su vida después de que una absurda distancia se interpusiera entre ellas.

—¿Se enfadaron?

—No, no que yo recuerde.

—¿Entonces, qué pasó?

—Nada que yo sepa. Es decir, nunca supe qué pasó. Éramos íntimas amigas, lo compartíamos todo, siempre estábamos juntas, y cuando no estábamos juntas hablábamos por teléfono. Estudiábamos juntas, salíamos juntas, y a menudo dormíamos juntas para poder salir por la noche y estudiar al día siguiente, y de pronto, empezó a no llamarme o a no ponerse al teléfono cuando la llamaba yo, y

luego dejó de sentarse a mi lado en el instituto, y cuando yo le proponía algún plan para el fin de semana siempre había quedado con alguien.

—¿Y usted no le preguntó qué le pasaba?

—Bueno... Hice algún intento, pero ella no me contestó y no quise insistir.

—¿Por qué?

—Bueno, pensé que si le pasaba algo y no me lo decía era porque no quería decírmelo... Me parece muy violento forzar a nadie a que me cuente algo que no me quiere contar.

—Usted es periodista, se supone que es parte de su trabajo.

—Me refiero a la vida personal.

—Pero eso es porque a usted le molesta que se lo hagan.

—Sí.

—¿No le parece que dar por sentado que los demás son como nosotros somos es un error?

—¿Qué quiere decir?

—Que se lo podía haber preguntado, haberle dado la oportunidad de que le respondiera o de que no. Es decir: haberse dado la oportunidad a usted misma de saber por qué su mejor amiga quiso dejar de serlo.

—Bueno, es posible... Pero de todos modos, al poco tiempo empezó a salir con un tío, luego vino la universidad, y... supongo que desaparecimos de nuestras vidas.

—Pero ella no ha desaparecido de la suya, aún la recuerda, y además la recuerda con rencor.

—No, con rencor no.

—La recuerda con rencor, reconózcalo. No pasa nada si se reconoce una debilidad, o lo que usted considera una debilidad. Era su amiga y dejó de serlo sin explicación. Eso usted lo considera una traición.

—No pienso que me traicionara. Más bien pienso, sé, que hice algo que la debió de cabrear tanto... Pero es algo que se me escapa, que no tengo ni idea de lo que puede ser... Lo que hace que piense en ella, que la haya mencionado en esta consulta, es que a veces me pregunto si volvería a hacerlo en el caso de...

—¿De permitirse tener una relación tan cercana con alguien como la que tuvo con ella?

—No es tan importante en mi vida, doctor.

—¿En serio?

Silencio.

El doctor Olano no tardó en detectar las causas de sus problemas, que fundamentalmente se resumían en una severa dificultad para relacionarse con el mundo siempre que no fuera por temas de trabajo y en una tremenda facilidad para caer en sentimientos de inferioridad. Le dijo que no sabía dejarse llevar, que quería

tener controlada toda su vida, emociones incluidas, y que eso era una fuente inagotable de conflictos, porque en la vida, le dijo, pocas son las cosas susceptibles de permanecer sujetas a nuestra voluntad a pesar de nuestros esfuerzos. Dejó de ir. No le venía bien rebuscar trapos sucios, cuestionarse continuamente el porqué de cada reacción. Si están escondidos, aunque estén sucios será por algo, pensaba. Y luego estaba el tema económico (70 euros por sesión, 140 a la semana, 560 al mes), y la pérdida de tiempo. Dos visitas por semana, una hora tumbada, más el rato de ir y de venir. Se acordaba de la mujer que sacó el palo en la consulta de la UCA, de la gente que estaba ese día en la sala de espera, o de las personas que ella conocía y que tenían problemas *de verdad*, su padre, sin ir más lejos, que había sobrevivido a aquella tragedia sin necesidad de terapia (vale, la hubiera necesitado, pero no la pidió). Antes de irse, el doctor Olano le dijo ha sido un placer trabajar con usted, no se olvide de que estoy aquí si me necesita alguna vez, y añadió: debería tratar de dejar fluir sus sentimientos, porque hay cosas que sentimos aunque no sepamos que las estamos sintiendo.

Ahora recuerda muchas veces esa frase, la última, porque el regreso de Carmen ha traído con él un dolor del que no había sido consciente hasta ese momento.

José Emilio

La mujer que está frente a mí está nerviosa. Se le nota. Lleva una falda oscura y una camisa negra con pequeños lunares blancos, y encima, una chaqueta granate con hombreras. Es rubia, y lleva el pelo cardado. Seguramente, por ella misma. Me la imagino frente al espejo cada mañana, con un peinador blanco sobre los hombros para que el pelo que se cae no se le quede en la ropa, con el peine en una mano y un mechón de pelo en la otra, arriba y abajo, hasta dejarlo hueco y en su sitio ayudada por la laca. Me pregunto desde cuándo lo hará, y si su madre le enseñaría a peinarse así, pero sin laca, que entonces no se estilaba.

Me ha dicho que se llama Cristina y que tiene setenta y un años, que sus hijos no saben que me ha llamado y que, si vivieran sus padres, no lo habría hecho. Me pregunta si es posible que no la identifique si decido escribir lo que me va a contar, y le respondo la verdad, que no lo sé. Le digo que el libro refleja testimonios orales sobre la vida de José Emilio Almenar y que la mayoría aparecen incluso fotografiados, pero como no quiero perder la oportunidad de escucharla, le prometo que valoraré la posibilidad de dejar un apartado para los testimonios anónimos. Le recuerdo que José Emilio, por desgracia, lleva muchos años muerto y que ya queda viva poca gente que le conoció.

—Lo sé —me dice ella—, murió dos años antes de que yo naciera. Eso nos libró.

—¿Nos libró de qué, Cristina?

Vuelve a ponerse nerviosa.

Me ha citado en su casa. Es viuda, y, como Leo, vive también sola, pero me dice que sus nietos suelen ir a comer casi todos los días.

—Soy una buena madre, una buena abuela, una buena persona. Fui una buena hija y soy una buena cristiana. Voy a misa todos los domingos, y si estoy enferma la veo por La 2, y procuro hacer el bien, no hablar mal de nadie, no mentir, y, por supuesto, ni robar ni matar ni nada de eso —vuelve a sonreír—. Por eso la he llamado.

—¿Por eso?

—Porque soy una buena cristiana, ya se lo he dicho. Porque me pareció que si no le contaba lo que sabía sería como si estuviera mintiendo. O peor...

Se tensa, de nuevo. Se frota las manos, como si tuviera frío. Yo también me pongo nerviosa, me impaciento. Todavía pienso que esta gente lo único que quiere es hacerme perder el tiempo.

—¿Peor?

—Pues sí, peor.

—¿Por qué?

Me mira.

—Igual a usted le parece una tontería.

—Bueno, cuéntemelo y ya veremos...

—Mi madre, que en gloria esté, tenía la misma edad que el vicario.

—¿Qué vicario?, ¿don Valeriano?

Se ríe.

—No, don José Emilio.

—¿Y eran amigos?

Deja de reírse.

—Eran novios. En secreto.

Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Novios? ¿En serio?

—Bueno... No es que fueran Romeo y Julieta... Pero mi madre siempre le tuvo presente..., no sé..., siempre le recordó, se encomendaba a él cuando perdía algo, decía «Ay, José Emilio que estás en el cielo, ayúdame a encontrar la cartilla del médico», por ejemplo, y al rato aparecía. Rezaba mucho por él, por su eterno descanso, por su alma, nos decía. Y tenía una estampita con su fotografía en la mesilla de noche. A mi padre eso le daba mucha rabia, discutían por eso muchas veces, pero no consintió quitar la foto. Nunca la he visto tan feliz como cuando le beatificaron, estaba tan contenta, «se ha hecho justicia, se ha hecho justicia», decía todo el rato. Murió cinco meses después.

—Vaya...

—Por ella, no hubiera vivido tanto. Y mire que estaba bien. Tenía un poco de azúcar, algo de colesterol, de vez en cuando se resfriaba... Pero nada grave, estaba infinitamente mejor que yo. Pero no tenía interés por la vida, aunque sé que se alegró de vivir para poder ver lo de la beatificación. Era una buena mujer, lo que pasa es que tenía mucho resentimiento dentro, mucho dolor. Cuando mi padre murió, se hizo un escapulario con la estampita y no se lo quitaba nunca, y cada vez que se ponía enferma me hacía jurarle que la enterraríamos con él, que no se lo quitaríamos al meterla en el ataúd. A nosotros también nos daba un poco de rabia eso.

—¿Por qué?

—Pues porque parecía sentir más la muerte de ese hombre de Dios que la de mi padre.

—¿Y le contó alguna vez qué pasó entre ellos?

—No.

—¿Entonces? ¿Cómo lo sabe?

—Por lo que decía la gente.

—¿Y qué decían?

—Ya sabe cómo son en los pueblos... Mi madre siempre decía «Más vale que te coja un toro que la gente», porque un toro puede matarte o no, pero la gente con sus

comentarios te destroza la vida con total seguridad.

Sonrió.

—¿Qué decían?

—Bueno, había comentarios buenos, malos y peores. Los buenos sólo decían que eran vecinos, que se habían criado juntos, que la madre de José Emilio amamantó a mi madre porque a mi abuela se le cortó la leche cuando la mula de mi abuelo le pegó una coza en la cabeza y lo mató, que siempre estaban jugando y enredando, y que al crecer, parecía que estaban enamorados, pero José Emilio se fue al seminario, que era el deseo de su madre desde que el crío nació y que después..., bueno, ya sabe lo que pasó después.

—¿Los malos?

—Los malos empezaban igual, pero luego continuaban: la madre de José Emilio los había descubierto besándose y toqueteándose y le adelantó el ingreso en el seminario. Y los peores, imagínese. Empezaban como los buenos, se encadenaban a los malos y seguían diciendo que fueron novios en secreto, incluso después de que José Emilio se fuese al seminario, y que mi abuela casó a mi madre contra su voluntad, porque ella estaba enamorada del otro, del cura. Incluso llegaron a decir que fue mi padre quien lo delató para que le dieran el paseo, y otros fueron más lejos y aseguraban que fue él, mi padre, quien le mató... —la voz se le quiebra—. Eso sí que no me lo creo..., ¿sabe? Mi padre era incapaz de hacer daño a nadie, mucho menos de mandar a morir a otro ser humano. Tenía mal carácter, pero también tenía sus motivos... De pequeño tuvo la polio, y se le quedó inútil una pierna. Por eso no hizo el servicio militar ni fue a la guerra, pero toda la vida fue eso, un inútil. Trabajaba en el ayuntamiento, de alguacil, y con la guerra unos y otros le miraban mal. Los republicanos porque había trabajado allí antes, pero de todos modos le mantuvieron en el puesto porque como le veían así, cojo, con la pierna deformada, pensaban que también era un poco subnormal, que no era verdad, se lo digo también, y además entonces empezaron a decir lo del chivatazo. Luego, los franquistas también le dieron lo suyo. Se lo llevaron preso a San Miguel de los Reyes, y allí estuvo unos meses, pero luego volvió y lo dejaron trabajando en el mismo sitio.

—Se hicieron muchas barbaridades.

—Muchas, no lo sabe usted bien.

Silencio.

—¿Volvieron a verse, su madre y José Emilio?

—Sí, por supuesto. Cuando mis padres se casaron, él asistió a don Valeriano en la ceremonia. Y cuando volvía a su casa, mientras estaba en el seminario, se veían también. Y cuando vino aquí para esconderse imagino que le visitó. Aunque todo lo demás que decía la gente fuera mentira, se habían criado juntos, y ella debía de quererle. Cuando lo mataron, cuando apareció el cuerpo... —guarda silencio y se

santigua—, seguro que fue a casa de sus padres a velar el cadáver, o a ayudarles a amortajarlo, que era lo que se estilaba entonces. Sufro mucho al pensar en ese momento, al imaginarme a mi madre frente al cuerpo sin vida.

La miro, por si se pone a llorar en este punto del relato, pero no.

—Puede que no fuera a velarlo, Cristina. En esos días la gente tenía mucho miedo, nadie quería significarse, todos pensaban que podían ser los siguientes —le digo.

—¿Sabe qué? —niego con la cabeza—. No creo que mi madre tuviera miedo, y estoy convencida de que, si tuvo la oportunidad, fue a acompañar a su cuerpo en su último día en la tierra. He tardado mucho en comprenderla, se lo digo de verdad. Esos comentarios me hicieron mucho daño toda la vida, y ver cómo ella trataba a mi padre, también. No me malinterprete, no es que le maltratara o le faltara al respeto. Siempre le cuidó bien, le atendió cuando estaba enfermo. Lo que pasa es que ahora me doy cuenta de que no le quería, de que quería a otro hombre, y creo que no debe de haber en este mundo una desgracia mayor para una persona... Eso lo he aprendido en la televisión, por las telenovelas. Y también por los libros que he empezado a leer hace poco, porque yo hasta hace muy poco leía los carteles y poco más, porque no sabía.

Sonríe, y yo también.

—Y eso que mi madre sabía leer y escribir. Seguro que se imagina quién le enseñó —me interroga con la mirada—. ¿No? Pues el propio José Emilio. Cuando volvió de la guerra, se puso a dar clases y mi madre fue una de las alumnas.

—¿Y ella no le enseñó a usted?

—No es que no me enseñara: es que nunca volvió a leer. Era como si renegara de ese conocimiento... Nunca he sido capaz de entenderla... En eso, no, nunca...

Como no quiere hablar mal de su madre, retoma el tema del amor.

—Le digo la verdad. A nosotras no nos educaron en eso, en esas tonterías del amor y de la felicidad. O al menos, a mí no me educaron así. Yo me crié haciendo las cosas normales, las que hacía todo el mundo, ya sabe usted que la costumbre tiene rango de ley. No estudié, no supe leer ni escribir hasta hace muy poco, me casé con mi marido porque era un buen chico y me lo pidió antes que ningún otro y con el tiempo le cogí aprecio, luego cariño y, si le digo la verdad, nunca me planteé si eso era o no era suficiente, así que supongo que sí que lo fue.

Toma un sorbo de agua. Sigue hablando.

—Era un buen hombre, trabajador. No se iba de bares ni tenía otras mujeres. Me cuidaba y cuidaba de mis hijos, de que no nos faltara nada. Era cabal y decente. Ahora, con el tiempo, pienso que quizá podía haberle hecho más feliz, haber sido más feliz yo misma... Pero a toro pasado es fácil ver las cosas de otro modo, ¿no le parece? Mientras vives, sólo haces eso, ir viviendo, sin pensar en por qué dices esta palabra o esta otra, por qué haces este gesto y no este otro... Eso sólo lo ves cuando

miras hacia atrás y te dices, ay, Cristina, deberías haberle dicho a tu marido más cosas bonitas, haber sido más cariñosa, podrías haberte preguntado si estabas enamorada... Pero... Esas cosas entonces no se sabían, o era yo sola la que no las sabía... ¿Qué le parece a usted?

Me encojo de hombros. No sé qué decirle.

—Tuve cinco hijos, perdí a dos, mantuve con vida a los otros tres, trabajé lo que pude y más para que no les faltara de nada. Mi marido y yo quisimos que estudiaran, al menos lo elemental, que no fueran unos analfabetos, que nadie pudiera engañarles, estafarles. Ellos no quisieron, prefirieron trabajar, y no les fue mal, pero ahora ni se plantean que sus hijos dejen los estudios. Hacen bien, la educación es lo primero. Mi hija sí estudió y es maestra, y hace unos años me inscribió en la Escuela de Adultos, y, ¿sabe qué? Ya leo y escribo mejor que los jóvenes, que con eso de los móviles se comen todas las letras y no ponen ni los acentos.

Se calla un instante.

—No crea que estoy perdiendo el hilo. No voy a aburrirla con mis cosas. Sólo quiero que entienda por qué he tardado tanto en comprender que mi madre era una mujer que sufría porque no pudo hacer realidad su amor. Y eso es una cosa muy dura, por todo lo que implica.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando la gente piensa en esa época, piensa en la guerra, o en lo que se consiguió, o en lo que se perdió. Decimos «las mujeres», o «los pobres», o «los fascistas», o «los rojos», o «los inocentes», como si todo el mundo hubiera tenido una conciencia política, hubiera estado en un lado o en otro... Y la verdad es que no fue así. Hubo mucha, mucha gente que estuvo al margen, que se preocupó por lo que se había preocupado toda la vida, por sobrevivir y hacer que sus hijos sobrevivieran, sin plantearse que había algo más en la vida que acostarse y levantarse al día siguiente para trabajar como una mula. Esa gente no se imaginaba que las cosas podían ser de otro modo, y como no se lo imaginaban, no intentaban que nada cambiase. Vivían como se había vivido siempre, obedeciendo a los padres, respetando las costumbres fueran las que fuesen. Y si les iba bien, perfecto. Y si les iba mal, o rezaban o se aguantaban. Pienso mucho esto que le acabo de decir, y pienso siempre en mi madre, que era sólo una persona, sólo una mujer infeliz que no pudo hacer nada para ser otra cosa.

—...

—Le cuento todo esto para que sepa que José Emilio Almenar fue un sacerdote, un mártir, una víctima..., pero también fue un hombre. Al final sólo somos eso. ¿Me entiende? ¿Entiende lo que le quiero decir?

Le digo que sí.

Lo entiendo.

Carmen

25 de octubre de 2010

Carmen López

Querida Natalia:

No sabes la alegría que me ha dado leer tu respuesta... Lástima que la haya visto demasiado tarde para poder vernos el jueves, tal como me proponías. He tenido enfermos a los niños, a todos. No sabes cómo son estas cosas, primero coge algo uno, luego se lo pasa al otro y al final caemos todos. O quizá sí lo sabes, no sé por qué he dado por sentado que no tienes niños. Seguramente porque entonces no pensabas tenerlos, pero, claro, tampoco yo pensaba que a los cuarenta (vaaaaaleeeeeee, a los cuarenta y dos...) sería como soy ahora, lo que soy ahora, una madre, una esposa, una bibliotecaria, una mujer con una vida que no es que sea aburrida pero que, desde luego, no era la que soñaba cuando tenía diecisiete años. ¿La tienes tú? ¿Crees que es malo soñar, haber soñado, si llega un momento en el que te das cuenta de que la vida que tienes no se parece a la que habías imaginado?

No me malinterpretes, no soy desgraciada. Mis hijos me hacen feliz, y quiero mucho a Javier (mi marido). Mi trabajo me gusta, y aunque no me gustara, lo tengo, que con la que está cayendo es como para dar saltos de alegría. Miro a mi alrededor y no puedo evitar sentirme afortunada, y si puedo (evitarlo) hago un esfuerzo y pienso en todo lo que tengo, no en el sentido material, sino en el... ¿espiritual?, ¿moral? No sé. Me refiero a que tengo a quien querer y a quien me quiere, y tengo las herramientas para cuidar de los míos, porque tampoco vamos a despreciar el valor del dinero, que es el que nos permite llegar a todos los sitios donde no basta con los buenos sentimientos. Con dinero se puede comprar comida, y comprar medicinas, y comprar libros y material escolar, y comprar ropa, y otras cosas tangibles que contribuyen a que seas un poco más feliz. En fin. No quiero ponerme filosófica. Lo que quiero es que sepas que estoy bien, que las cosas me van bien, que soy moderadamente feliz, y que el hecho de haberte localizado contribuye a que lo sea un poco más. En estos años me he preguntado muchas veces por ti, y no sé si encontrarte hubiera sido fácil, porque di por hecho que no lo sería, no me preguntes por qué. Pensé que habíamos tomado caminos distintos, que cada una estudiaba en una facultad, que habíamos perdido los puntos en común que nos unían, pero, al mismo tiempo, aunque parezca contradictorio, esperaba encontrarte por casualidad en algún sitio inesperado, en un bar, en un pub, en la cola del cine, en un hospital... La gente se reencuentra así montones de veces. Yo misma, una vez, en urgencias del General, me encontré con Juani del Moral, ¿te acuerdas de ella? También venía con nosotras al instituto y también le perdimos la pista (al menos yo) cuando las clases terminaron y empezamos la universidad. Me alegré mucho de verla, a pesar de las circunstancias (yo estaba allí porque mi madre había sufrido un ictus, y ella porque a su padre le pasaba no sé qué cosa), y eso me hizo pensar que tampoco era tan descabellado que a nosotras también nos pasara lo mismo. Pero ya ves que no. No sé si es que tu familia tiene una salud de hierro (espero que sí), o es que no te gusta el cine (espero que no), o es que no tienes costumbre de salir de copas (espero que no), pero la cuestión es que, de no ser por Facebook, hubiéramos pasado la vida sin saber nada la una de la otra. Y yo necesito saber cosas de ti. Ahora ya sé algo más, no mucho, pero sé que tú sí fuiste algo más fiel con tus sueños que yo con los míos, y eso me alegra mucho, me alegra pensar que lo has conseguido, que eres lo que querías ser, periodista. Y además, sé que has ganado un premio y que estás escribiendo un libro. Eso hace que me sienta muy orgullosa de ti, pero también hace que lamente *aberme* perdido el largo camino que has tenido que recorrer para conseguirlo.

Espero que ahora, entre las dos, consigamos enmendar ese error.

Un abrazo, enorme.

C.

Natalia

Natalia lee el correo de Carmen, y no puede evitar reírse. Está contenta, le alegra haberlo recibido, porque de repente le parece que todos esos años sintiéndose inferior, sintiéndose culpable, sintiéndose la responsable única y última de aquella separación, se borran de un plumazo gracias a esa hache olvidada delante del verbo haber. Siento haberme perdido el largo camino, le dice la que fue su alma gemela, la que ha conseguido que no sea capaz de entregarse a las relaciones que vinieron después porque siempre tuvo miedo a que la dejaran de nuevo. Eso se lo dijo Olano, pero no hacía falta pagar 70 euros para que le revelase semejante obviedad. Y Natalia se ríe con ganas. Pero cómo pudo ser amiga de esta zopenca, piensa. Y vuelve a leer el mensaje, por si acaso encuentra otra patada al diccionario que le devuelva algo de autoestima. Pero no la hay, y a la cuarta, quizá la quinta, lectura, empieza a encontrar matices que se le pasaron por alto la primera vez que lo leyó, y piensa que su amiga se esfuerza por ser feliz aunque no parece serlo. Se detiene en una pregunta: «¿Crees que es malo soñar, haber soñado, si llega un momento en el que te das cuenta de que la vida que tienes no se parece a la que habías imaginado?». La respuesta que primero se le viene a la cabeza es no, claro, no es malo soñar, pero luego se da cuenta de que quizá las cosas no son tan sencillas. Ella no puede saberlo, porque sus sueños no han sido grandes y los pocos que tuvo los ha conseguido. Claro que sus sueños se centraban en la vida profesional porque la otra, la sentimental, siempre la ha dado por perdida. Ya sale otra vez ese sentimiento de inferioridad. Pobre Natalia, que nunca ha sido amada, pobre Natalia, que no merece que nadie la quiera, que siempre hará algo que acabará por estropearlo todo.

Lee el mensaje de nuevo y brujulea por los álbumes de fotos (7) de Carmen: mis cosas, en el *gym*, *the best friends*, mis amores, mi vida, fotos de muro y fotos subidas con el móvil. Está guapa. Sus hijos son guapos también, y su marido tiene buena pinta, parece agradable y en todas las fotografías sale con un gesto cariñoso hacia ella, a veces la abraza, a veces le da un beso en la mejilla, a veces la mira con arrobos, y Carmen siempre aparece sonriendo, porque Carmen siempre tuvo la sonrisa fácil (sonríe, tía, que sólo hacen falta diecisiete músculos y usamos cuarenta y tres para fruncir el ceño, le decía), pero a ella las cuentas musculares no le salían, y si le salían, no le compensaban, porque solía parecer enfadada aunque no lo estuviera. Sabía que a menudo le preguntaban a Carmen cómo era posible que siempre estuvieran juntas, si su amiga (ella) era la tía más estirada del mundo, pero Carmen siempre la defendía. Vosotras no la conocéis, les decía a las otras. Y era verdad, no la conocían.

Natalia iba al instituto a estudiar, en clase no abría la boca, tomaba apuntes con caligrafía impecable y, entre clase y clase, subrayaba las partes más importantes de la lección con rotuladores fluorescentes para que no se le escapara nada; en verde para

el enunciado y en rosa para la idea fundamental, y en verde y encima en rosa para remarcar lo que era imprescindible saberse. No es que fuera una empollona, es que era perfectamente consciente de sus limitaciones y sabía que la inteligencia no le había tocado en el reparto de los dones. Si no escribía lo que el profesor explicaba, la cabeza se le iba por los cerros de Úbeda. No era capaz de mantener la atención en la clase y cuando quería darse cuenta estaba pensando en la novela que tenía a medio leer, o en unos zapatos que había visto en un escaparate, o en que su padre parecía un poco más animado, o en que su madre estaba empezando a salir con un señor de Murcia, así que, para evitarlo, tomaba apuntes.

No le costaba memorizar, pero sí tenía dificultades en entender lo que estaba leyendo, en asimilarlo, y una vez aprobado el examen las ideas se le borraban de la cabeza como si fuera agua escapándose de una cesta, de modo que aprendió a hacer una virtud de sus defectos, y por eso estudiaba sin parar. Así comenzó a hacerse amiga de Carmen, porque de vez en cuando coincidían en la biblioteca y Carmen se fijó en que sus apuntes eran, con diferencia, los mejores de la clase. Además, a Carmen le venía bien tener a alguien que la empujase a hincar los codos, porque a ella le ocurría justo lo contrario: sabía que con apretar justo antes de los exámenes tenía suficiente para aprobar, pero desde que empezó a quedar para estudiar con Natalia sus notas mejoraron tanto que decidió darle una oportunidad a la rara de la clase.

Porque era rara, eso lo tiene que reconocer. El primer día de instituto no habló con nadie, ni siquiera con su compañera de mesa, y tardó más de una semana en saber que ella, la compañera, se llamaba Martina. No es que fuera antipática, es que era enfermizamente tímida y (casi) todo le daba un miedo horroroso. Se sentía más segura estando sola, y por eso se concentraba en repasar los apuntes, para no ver que a su alrededor un montón de adolescentes llenos de granos con las hormonas revolucionadas se esforzaban en ligar los unos con los otros.

A ella eso no le interesaba, lo del ligoteo. Ya entonces desconfiaba del amor, y además, su madre le había repetido hasta el hartazgo que si suspendía una sola asignatura la sacarían del instituto y la pondría a trabajar, algo que a ella la espantaba, no por el trabajo, sino porque no quería ser una patana sin estudios que lo mismo trabajaba de dependienta que de reponedora que de charcutera que de telefonista, como su madre. A ver. Que ella no pensaba que su madre fuera una patana, ni mucho menos, lo que pasa es que Natalia quería ser periodista por encima de todas las cosas de este mundo, costase lo que costase, y si para eso era preciso estudiar, pues estudiaba sin parar. Pero con Carmen todo cambió. Bueno. No es que dejara de estudiar, ni mucho menos, pero sí empezó a ser divertido. No sólo estudiar. La vida empezó a hacerle gracia. Seguía siendo callada, y retraída, y hasta antipática, pero con ella todo se volvió alegre. Estudiaban juntas, salían juntas, se divertían juntas. Se

cambiaron el sitio y se sentaron en el mismo pupitre, se contaban cualquier cosa que les pasara por la cabeza, se cambiaban la ropa, se enamoraban de los mismos chicos, inventaban planes para conquistarlos, y proyectaban una vida juntas en las que las dos serían felices. No es que Carmen fuera su primera amiga, ni tampoco la única. Había tenido más, las seguía teniendo. Amigas con las que había jugado en el parque de pequeña, con las que había ido a la escuela, con las que quedaba de vez en cuando para tomar un refresco y hablar de cuatro tonterías, del último capítulo de *Verano azul*, de si Pancho era más guapo que Javi, o de si Bea era una estúpida o la estúpida era Desi. Natalia pensaba que las estúpidas eran ellas por mantener esas conversaciones un día tras otro, como si no hubiera más temas o más series de televisión. Pero no lo decía. Lo pensaba nada más. Había tenido otras amigas. Pero ninguna como Carmen.

No desjuntarnos nunca. Eso pone en la fotografía de Los del Río.

Mira de nuevo el texto de Carmen. Ese *aberme* perdido sin hache ya no le hace gracia sino que la entenece. A ella también le da pena *abérsele* perdido. Lee el mensaje otra vez. Escribe.

Hace aproximadamente una hora

Natalia Soler

Carmen:

Yo también me alegro mucho de encontrarte. La verdad es que al principio me sorprendí un poco, porque no esperaba volver a saber de ti al cabo de tantos años (¿veinte?) (no, veinticuatro) y eso que yo también me he reencontrado con gente del instituto, e incluso del colegio. De la facultad no te digo nada, porque con ellos he mantenido el contacto. De hecho, fue una de mis compañeras de carrera la que me introdujo en esto del Facebook, mandándome una invitación. Mi amiga, que se llama Chelo, vive y trabaja en Madrid, y dijo que así sabríamos la una de la otra en tiempo real aunque no nos escribiésemos; total, que me convenció, porque a mí este rollo de internet no me apetecía para nada, me parecía una pérdida de tiempo y una especie de permiso para figonear, quiero decir: ¿a mí qué me importa lo que esté pensando un fulano al que en realidad ni siquiera conozco? Porque de todos los amigos que tú tienes ¿a cuántos conoces de verdad? He visto que tienes muchos. Yo tengo tres mil doscientos tres, y conocer, lo que se dice conocer, creo que conozco a un diez por ciento, el resto son amigos de amigos de amigos. Pero luego le cogí el gusto porque mi amiga tenía razón y estábamos al tanto la una de la otra, aunque sólo fuera viendo las fotos, y porque, además, me di cuenta de que era una buena herramienta de trabajo, porque me servía para colgar los eventos en los que trabajaba. Hasta me abrí una página de Comunicarte en la que tenía casi cinco mil amigos, no te digo más. Pero luego la cerré, cuando cerré la empresa. No te lo he dicho: Comunicarte era una agencia de comunicación que me monté con el dinero de la herencia de mi padre. Porque mi padre murió, eso tampoco te lo he dicho.

Es que, Carmen, casi ha pasado un cuarto de siglo!! Imagínate las cosas que me falta por contarte. Es verdad lo que dices. Es una lástima que nos hayamos perdido el camino, pero lo importante, y te lo digo de corazón, es que nos hayamos podido encontrar de nuevo. Pero tengo que preguntarte una cosa antes de continuar. No es un reproche. Es sólo que necesito saberlo. ¿Qué nos pasó? ¿Qué te hice? ¿Por qué desapareciste?

Un beso.

Natalia

Carmen López

Natalia:

Llevo un buen rato mirando tu mensaje, pensando en qué contestarte. Estoy en el trabajo, pero por suerte, a estas horas no hay mucha gente que quiera devolver o llevarse libros. Sólo hay estudiantes que preparan trabajos, o parados que leen el periódico, y algún que otro jubilado que se conecta a internet desde aquí. ¿Qué me hiciste? No me hiciste nada. Ni sé por qué lo preguntas así, como si algo hubiera sido responsabilidad tuya..., pero es que ni siquiera existe ese algo... ¿Qué nos pasó? Nos pasó que éramos unas adolescentes con la cabeza llena de pájaros, y que yo empecé a salir con alguien, ni recuerdo el nombre, ya ves tú qué cosas, y eso que entonces me volví del revés por él. Déjame que haga memoria. ¿Cómo se llamaría? ¿Raúl? ¿Carlos? ¿Antonio? ¿Fernando? Joder, es que ni me acuerdo. Soy lo peor, ya es oficial.

Hace mucho tiempo de eso, Natalia. Pero recuerdo que estaba enamoradísima perdida de como se llamara y que dedicar mi atención a cualquier otra cosa me parecía una pérdida de tiempo, lo cual, me temo, te afectó también a ti.

Tú eras mi mejor amiga, lo fuiste desde que te conocí, compartiste todos mis malos momentos, me aguantaste, me animaste, estuviste siempre a mi lado, y a cambio de todo eso, yo te pegué una patada en el culo cuando me enamoré para toda la vida de un chico del que ahora no recuerdo ni el nombre.

No me preguntes qué hiciste, porque tú no hiciste nada. C.

Hace aproximadamente dos minutos

Natalia Soler

Yo no recuerdo que las cosas fueran exactamente así, como tú las cuentas. Es verdad que empezaste a salir con un chico que, por cierto, se llamaba Fernando, y que eso te hizo desaparecer, pero... ¿y el teléfono? ¿Por qué no estabas nunca cuando te llamaba y no me devolvías la llamada después, en algún momento? ¿Por qué te cambiaste de sitio en clase, y dejaste de estudiar conmigo? Eso no pudo ser sólo porque te enamorases locamente de un tío, cosa que, además, ya te había pasado antes millones de veces con mejor o peor suerte. De verdad te lo digo, no es un reproche. Es sólo que por mucho que me alegre de haberte vuelto a encontrar y por mucho que me apetezca que formes de nuevo parte de mi vida, necesito saber qué pasó entre nosotras. Es posible que para ti no fuera importante, pero para mí sí lo ha sido. Tu amistad fue transcendental en mi vida, y perderte tuvo un valor similar. No pretendo hacerte sentir culpable, pero creo que igual que nuestra amistad me cambió, para mejor, nuestro distanciamiento me cambió, para peor. Me volví (mucho más) desconfiada, y no fui capaz de volver a tener ese grado de intimidad con nadie. Bueno. Tú sabes que eso no era muy difícil, porque antes de ti ya tenía ese carácter endemoniadamente retraído, y que la alegría de la huerta nunca he sido. Sólo en el ámbito laboral conseguía sacudirme esa pereza que me daba la gente (eso sí que no tiene nada que ver contigo, claro) y me convertía en una persona simpática, locuaz, habladora, que contaba chistes y que tenía una buena relación con mis semejantes (básicamente, porque mi subsistencia dependía de ellos).

En fin, Carmen. Que me alegro mucho de que estés al otro lado del teclado, pero que necesito que me hagas un favor: cuéntame qué te pasó, qué pasó, qué te hice, qué hice. No sabes cómo me ha atormentado esa duda todos estos años.

Un beso,

Natalia

Antonio

En marzo de 1939, a los pocos días de llegar al campo de concentración, Antonio Almenar se cruzó por primera vez con André Friedmann. Fueron unos segundos, en los que no repararon el uno en el otro. Antonio estaba sentado sobre la arena de la playa del campo de Argelès-sur-Mer, mirando el vaivén de las olas y preguntándose qué iba a hacer con su vida, y André fotografiaba las caras y las manos de los refugiados, tratando de captar en la imagen el miedo, la resignación y la desolación, pero también la dignidad de las personas derrotadas. Antonio no sabía quién era, ni que no se hacía llamar André sino Robert, ni que había pasado años retratando la guerra civil en España desde campos de batalla o ciudades destruidas, indistintamente, ni que era el mismo que, con sus fotografías, había trasladado el horror al mundo entero desde los frentes republicanos.

También ignoraba que, mientras hacía su trabajo, el joven moreno de mirada profunda, más profunda aún a través de los ojos de su cámara, andaba por el mundo con la misma tristeza infinita que él, aunque por razones distintas. O no tan distintas. También Robert, o André, había perdido la guerra, pues aunque no había luchado con armas, sí había apostado por el bando derrotado, y de la misma manera que Antonio había perdido a su padre y a todos sus seres queridos, con la excepción de su madre; el fotógrafo andaba pensando otra muerte, la de Gerta Pohorylle, la mujer a la que más había amado en la vida y a la que le debía la mayor parte de la suya.

Tampoco Gerta Pohorylle se hacía llamar por su nombre, sino Gerda Taro. Como él, era fotógrafa, y como él, no lograba sobrevivir de su trabajo. Fue ella la que ideó el nacimiento de Robert Capa, un prestigioso fotógrafo norteamericano que cobraba tres veces lo que cualquier otro profesional y que se relacionaba con sus clientes a través de sus representantes, Gerda Taro y André Friedmann. La treta de Gerda dio resultado, y por fin la pareja empezó a ganar dinero, aunque fuera por medio de una mentira y sin que nadie supiera qué imagen era de Gerda y qué fotografía era de André. Tampoco les importaba. Al principio, los amantes sienten que son una misma cosa, una misma persona, un mismo ser, y ellos no fueron distintos durante un tiempo. Luego sí. Quién sabe por qué mecanismos de la mente el corazón acaba por corromperse con mezquindades o celos o envidias, o un poco de cada cosa, y finalmente fue él quien se quedó con el nombre y con casi todo el prestigio.

También Gerda estuvo en España y también ella enseñó al mundo la agonía de la guerra y el horror en la mirada de los niños, o en la indiferencia de los milicianos al pasar junto a montones de cadáveres amontonados, pero al contrario que André, ella no sobrevivió. Tal vez era una idea que ambos habían barajado, morir en la batalla, por un obús o por una bala perdida. Ella se acercaba más que él; André prefería la retaguardia para mostrar los efectos de la guerra, consciente de que las víctimas

colaterales son tan importantes como las del frente, pero los dos compartían la misma máxima (si una foto no es buena es porque no estás lo suficientemente cerca), y es probable que ese pensamiento, el saberse tan próximos a la muerte, cada día, les hiciera estrechar el abrazo más de una vez. Sin embargo no fue nada de eso, sino la fatalidad, lo que se llevó a Gerda. Durante el repliegue del ejército republicano en la batalla de Brunete, Gerda se subió al estribo del coche del general Walter, pero un desnivel del terreno y el pánico que reinó en el convoy por el vuelo bajo de los aviones enemigos hicieron que un tanque cayera sobre ella mientras hacía marcha atrás para sortear la elevación del camino, reventándola por dentro seis días antes de cumplir los veintisiete años de edad.

Pero Antonio desconocía todo esto, del mismo modo que tampoco sabía que, algunos años después, entraría con él en el París liberado, ni que, al poco tiempo de salir del campo, el fotógrafo denunciaría al mundo entero que la situación de los refugiados en el Argelès-sur-Mer era un infierno sobre la arena.

«Los hombres allí sobreviven bajo tiendas de fortuna y chozas de paja que ofrecen una miserable protección contra la arena y el viento. Para coronar todo ello, no hay agua potable, sino el agua salobre extraída de agujeros cavados en la arena», diría Capa cuando tuviera oportunidad.

Pero como Antonio no sabía la identidad del hombre que tenía al lado, no pudo reparar en él, ni darle las gracias por todo lo que había hecho, ni pensar en que la mayoría de las veces ignoramos qué tenemos que agradecer y también a quién.

Antonio andaba a lo suyo: sobrevivir. Sobrevivir con su madre en ese panorama desolador. En Argelès-sur-Mer más de ochenta mil personas con la playa a sus espaldas, cercados por alambre de espino y custodiados por unos pocos gendarmes y muchos militares de las tropas coloniales de Marruecos y Senegal, trataban de hacerlo, sobrevivir, con cualquier cosa. Cuando había algo que cocinar, lo cocinaban con el agua salada del mar y cuando no, engañaban el hambre despiojándose unos a otros, o pensando en el viento helado de la tramontana, o en la suerte de no ser uno de los que habían muerto ese día. Ellos mismos construyeron letrinas en la arena, cocinas y chozas con madera, trozos de mantas o de paracaídas e, incluso, con papel. También había quien se refugiaba en lo que se conocía como conejeras, pequeñas zanjas en la arena cubiertas con cañas, cuerdas y una manta.

A diario moría gente de hambre, frío, disentería y sarna, por no hablar de las enfermedades propias del corazón, en sentido literal y también en el figurado. Contaban que, una mañana, uno de los prisioneros enloqueció y avanzó mar adentro con las maletas en la mano, mientras se despedía de sus compañeros diciendo que se iba a México, y que poco después, el mar devolvió su maletas ya abiertas.

Antonio, que desconocía tantas cosas, tampoco sabía que poco tiempo después ya no estaría allí, sino en otros lugares más cálidos. Cuando Hitler invadió Francia, en

junio de 1940, los supervivientes de aquel desastre se dispersaron. Les ofrecieron volver a casa. Muchos lo hicieron, confiando en la promesa de Franco de amnistiar a quienes no tuvieran delitos de sangre. Antonio, desconfiado por naturaleza, no creyó en esa oferta y el escepticismo le salvó la vida, puesto que la mayoría de los que regresaron murieron ejecutados o acabaron en la cárcel. Otros decidieron permanecer en Francia. Su madre encontró un pariente lejano en Carcassonne y creyó que su hijo iría con ella, pero Antonio tenía otros planes: falsificó su documentación, se cambió la fecha de nacimiento y se enroló en la Legión Extranjera Francesa.

Cuatro años más tarde volvería a encontrarse con Robert Capa, pero, para entonces, seguía sin saber quién era ni cuántas cosas tenía que agradecerle.

José Emilio

Aunque ignoraba que viviría poco tiempo, José Emilio Almenar estaba convencido de que amaría a Cristina hasta el último de sus días. Se daba perfecta cuenta de que pensaba en ella más de lo necesario, que cualquier cosa (y cuando decía cualquier cosa era una expresión literal y no una frase que se dice por decir) se la traía a la cabeza. Qué estará haciendo ahora. Se acordará ella de mí. Esto se lo tengo que contar. Quizá podríamos dar un paseo cuando vaya a visitar a mis padres. Qué guapa estaba esta mañana. Para contrarrestar ese sentimiento cálido y cómodo que le hacía sentir escalofríos y malestar, la mayoría de las veces se decía que era un amor fraternal. Otras pensaba que formaba parte de su vocación, porque era su obligación amar al prójimo como a uno mismo y, a menudo, pensaba que el afecto hacia Cristina era aún mayor que el que sentía hacia su propia persona, y otras, se consolaba pensando que Jesús no invita a personas perfectas a seguirlo de cerca, sino a hombres y mujeres humildes y honestos, que era una vasija de barro que Dios moldearía a su voluntad. Había hecho libremente sus votos, se había comprometido con solemnes promesas a entregar su vida a Dios: guardar la castidad, obediencia a sus superiores, vivir una vida sencilla, modesta, libre de todo interés material y de todo apego al dinero y a los bienes. Se había decidido a consagrar por completo su corazón indiviso al servicio de Dios y al de su pueblo, y no dudaba de la firmeza de su vocación, pero como sabía que lo era (humilde y honesto) a veces, muy pocas veces, no podía evitar reconocer que, aunque la amaba de verdad, había decidido renunciar a ese amor profundo casi siempre doloroso, igual que había renunciado a tener hijos que se le parecieran, que heredasen su color de ojos, que le sacasen de quicio, que le enseñasen el verdadero misterio de la vida, que le acompañasen en la vejez, que le dejaran ser mejor hombre para ellos. Se sentía como el centurión de Cafarnaúm, cuando reclamó la presencia de Jesús para que sanase a su sirviente más querido y Jesús quiso ir a su casa y él no pudo evitar responderle: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una sola palabra tuya bastará para sanarme». No era digno, pero, al mismo tiempo, lo era, se decía, porque sabía la magnitud de su renuncia y aun así, la acometía con valor.

Pero cuando don Valeriano le contó que Cristina le había preguntado si él podría ayudarle a celebrar su matrimonio, estuvo tentado de poner cualquier pretexto para evitar ser partícipe de ese momento, aunque al final le avergonzó su mezquindad y aceptó con fingido orgullo el encargo del vicario. Había tomado una decisión, y tendría que vivir sabiendo cuál era la auténtica verdad: la amaba, pero amaba más a Dios. Sin embargo. Cuando llegó el día el pulso le temblaba mientras la veía avanzar hacia el altar, y por un instante, leve, fugaz, efímero, se imaginó que era él quien la estaba esperando al final del pasillo de la iglesia, vestido con un traje oscuro como el

que llevaba el que sería su marido, en lugar del alba blanca y la estola dorada con la que se había cubierto él esa mañana.

Al ponerse el amito sobre los hombros, se arrodilló y murmuró:

—*Impone, Domine, capiti meo galeam salutis, ad expugnandos diabolicos incursus.*

Y fue más consciente que nunca de lo que aquella oración, que a menudo repetía de forma mecánica y ausente, significaba ese día. «Señor, poned sobre mi cabeza la defensa de mi salvación para luchar victorioso contra los embates del demonio». No es que creyese que Cristina era el demonio, ni mucho menos, pero ese día, justo ese día, que él mismo iba a entregarla a otro hombre, tuvo la certeza de que tal vez no la amara como a una hermana aunque sí fuera cierto que la quería más que a sí mismo.

Cristina no se casó de blanco. Entonces no era costumbre. Llevaba un vestido negro con escote de pico, cerrado con un broche regalo de su suegra, y en la cabeza, una corona de azahares que simbolizaba su pureza también servía para ceñir un velo de gasa negro que le llegaba hasta la cintura. Apenas se le veía un trozo de las piernas, vestidas con unas medias, negras, tupidas, y no lucía más adornos que unos minúsculos pendientes de perlas que más tarde tendría que devolverle a la madre de su marido, porque esto no se lo quiso regalar, y una cadena dorada con un crucifijo pequeño que la madre de José Emilio le había entregado el día de antes.

—Dios nuestro señor te hará una mujer digna y honrada —le dijo, al dárselo.

Cristina, que estaba triste y asustada, no tuvo capacidad para tomarse a mal el regalo (envenenado) de la que debía haber sido en realidad su suegra y no sólo la madre del cura que la ayudaría a casar, así que lo aceptó, le besó la mano mientras lo recogía y le aseguró que no se lo quitaría nunca, no porque le gustase especialmente ni porque valorase el gesto de la mujer, sino porque estaba secretamente convencida de que ese crucifijo era el mismo que había llevado José Emilio desde que era un niño hasta que entró en el seminario y tuvo que desprenderse de todos sus objetos terrenales. Estaba equivocada. En realidad, el colgante se lo había dado a su hija la hija de su ama, cansada de llevarlo pero avergonzada de querer tirar a la basura una imagen religiosa, y llevaba años guardado en un cajón de la alacena sin que nadie le hiciese ni caso. Al verlo, la madre de José Emilio pensó que tenía resuelto el regalo de bodas de la vecina pero, al entregárselo, le entraron unas tremendas ganas de quedarse algo que siempre había despreciado, y por eso, y no porque pensara que a su hijo le martirizaban las dudas por culpa de esa mujer, se lo dio de tan mala manera.

Pero esa era la verdad. A su hijo le atormentaría para siempre el recuerdo de Cristina, aunque para siempre fuera poco tiempo en su caso, y aunque ese tormento no viniera de lejos, sino desde el momento en el que decidió cambiar las lecturas que había preparado para ellos, el Eclesiastés 4,9-12 («Dos son mejores que uno, porque ellos tienen un buen retorno para su duro trabajo. Porque si ellos fallan, uno podrá

levantar a su compañero; pero pobre del que esté solo cuando caiga y no tenga otro que lo empuje hacia arriba. Si dos descansan juntos, ellos tendrán calor») y en lugar de ese texto optó por leer con voz temblorosa la primera carta del apóstol Santiago a los Corintios («ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría tener el don de predicción y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es comprensivo, el amor es servicial y no tiene envidia; el amor no presume ni se engríe; no es maleducado ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor nunca termina»).

Hubiera podido recitarlo, porque se sabía de memoria el texto, pero prefirió no mirar a Cristina en el momento en el que le estaba declarando su amor en una historia tan vieja como el mundo. No porque fuera sacerdote, que también, sino porque las mejores páginas de la literatura universal estaban llenas de la misma tragedia, el amor imposible, el sentimiento que nace condenado a morir, la decisión tomada que el tiempo demuestra equivocada.

Y José Emilio, en ese instante, supo (sí, lo supo) que no habría segundo ni minuto ni hora ni día en el que no se sintiera un miserable, pues aunque sabía hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, y tenía el don de la predicción y conocía todos los secretos y todo el saber y su fe era tan grande que podía mover montañas, él no era nada porque no tenía amor y sabía que Cristina tampoco, porque mientras ayudaba a don Valeriano a pasar las hojas de la biblia, o a sujetar el plato y la copa de la comunión, se dio cuenta de que ella le miraba de reojo y le pareció una mirada triste, asustada, y hasta cierto punto avergonzada por lo que estaba haciendo.

José Emilio no sabía tres cosas.

La primera:

Que estaba en lo cierto y Cristina se sentía triste, pero no por él, sino porque le daba pena de su futuro marido, a quien estaba segura de no amar nunca aunque Dios nuestro Señor hubiera previsto para ella una vida larga, aunque también le daba lástima de ella misma, porque por la mirada de él sabía que tampoco es que la amase demasiado e intuía que se había casado con ella porque ninguna otra mujer del pueblo le había querido como esposo porque era cojo y tenía fama de que le faltaba un verano. Ella misma le había aceptado con dejadez, pues aunque era joven y hubiera podido esperar a otro hombre a quien amar, estaba segura de que a ella el amor le estaba prohibido.

Que estaba en lo cierto y Cristina estaba asustada, porque le daba miedo pensar en

lo que le esperaba esa misma noche y las que vendrían después, porque aunque alguna vez había fantaseado con besar en la boca a José Emilio, no tenía ni idea de lo que venía después pero se le antojaba que sería cuando menos pecaminoso, por no mencionar el hecho de que, fuera lo que fuera, no sería con el hombre de quien estaba enamorada sino con otro con el que no tenía ni la menor afinidad.

Que estaba en lo cierto y Cristina estaba avergonzada, porque sabía que aunque no le había dicho a nadie ni lo que sentía por José Emilio ni lo que no sentía por su futuro marido, sí había alguien que lo sabía todo (Dios) y ante él se estaba comprometiendo a respetar y a honrar y a ser fiel a otro hombre, y aunque estaba segura de cumplir las promesas, mientras las hacía pensaba lo diferente que sería todo si, en lugar de estar aguantando el copón para la Eucaristía, José Emilio le estuviera sosteniendo a ella la mano, mirándola con arrobos e imaginando que cuando cayera la noche y todos se marcharan a sus casas haría con ella lo que quiera que hubiese que hacer cuantas veces fuera necesario hacerlo.

La segunda:

Que estaba equivocado y que a los pocos días de concelebrar aquella boda, de ese amor profundo, intenso y eterno que le consumía en ese instante apenas si quedarían los restos, porque él era un hombre de firmes creencias pero de voluntad aún más firme, y se convencería con argumentos variados, y todos válidos, de que lo que había sentido no había sido real sino una fantasía, que donde había creído encontrar amor de hombre no había más que el afecto del amigo que había crecido con ella y ahora la veía ante el altar dispuesta a convertirse en una mujer, y la alegría cristiana de saber que su amiga estaba a un paso de cumplir la voluntad de Dios como decía el libro del Génesis: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra. Y vio Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno».

Que estaba equivocado y que no soñaría con ella todas las noches que le quedaran por vivir, consumido por el deseo de poseerla y por los celos de saber que era otro hombre el que la hacía suya, pues al poco tiempo serían otros motivos los que le quitarían el sueño.

Que estaba equivocado y que Cristina trataría con todas sus fuerzas de vivir la vida de la mejor manera posible, que amaría a sus hijos, que acomodaría su recuerdo en un rincón de su cabeza (y de su corazón) y que se acostumbraría a pensar en él como un hombre de Dios. Casi siempre.

La tercera:

Que no tendría mucho más tiempo para pensar en Cristina y en sus sacrificios, porque muy poco después, a los veinticinco, ya estaría muerto.

Carmen

Se aparta un mechón de la frente y trata de colocárselo tras la oreja, pero se le escapa porque está demasiado corto. La pantalla del ordenador le devuelve una imagen que debería resultarle familiar pero que la desconcierta. Maldice a la peluquera (me cago en la peluquera, dice) y se jura (se jura) que nunca (jamás) volverá a ir a una que no sea la suya (esto me pasa por no serle fiel a María José Zamorano), porque su peluquera de toda la vida no le hubiera asegurado que un *new look* es lo que mejor le venía en ese momento de descorazonamiento vital. Su peluquera, su María José, sabía que los cambios de imagen no le sentaban bien, que ella era de poco arriesgarse, de pequeñas variaciones, tal vez unas mechas más claras, un escalonado más marcado, un tratamiento de queratina y para de contar, porque su peluquera sabía que a ella lo nuevo la desequilibraba, que las costumbres, las rutinas, la hacían sentir segura, fuerte. De acuerdo, tal vez no intuyera esos recovecos de su personalidad, pero se había dado cuenta de que en catorce años de visitas rigurosas nunca había usado un tinte diferente, ni se había hecho la permanente, ni se había dejado llevar por las fotografías que de vez en cuando le enseñaba mientras mantenían un diálogo corto:

—¿Qué tal un giro en tu imagen? —le preguntaba.

—Ni de coña —contestaba ella.

Fin de la conversación.

Pero ese día, después de leer los mensajes de Natalia, se sintió triste. Su compañera le dijo:

—¿Tienes motivos para estar triste?

Ella mintió:

—No.

Y la otra:

—Pues entonces lo mejor es que le des una alegría al cuerpo. ¿Está tu marido en casa? ¿Quieres irte? Yo te cubro, decimos que te has puesto mala y que tu señor esposo te pegue un señor polvo.

—Imposible.

—¿Por qué?

Carmen no quiso darle los detalles de los motivos que hacían inviable la sugerencia (Javier sí estaba, pero trabajando, y no se le podía molestar; la chica que venía a limpiar dos veces por semana hoy iba a casa y con gente ella no se concentraba; hacía, ¿cuánto?, ¿mes y medio?, que no hacían el amor porque ella había tenido la regla, y luego migraña, y luego dolor de riñones, y luego le molestaron las muelas, y luego los niños tosían, y luego virus intestinal, y una noche que empezaron a hacerlo Javier le dijo que así no le apetecía, que ella estaba quieta mirando al techo y a saber en qué estaría pensando y para eso se hacía una paja

cuando ella se durmiese, y se había retirado de encima de ella y ella, de reojo, le había visto una erección tremenda que le había dado pena pero también grima), así que dijo simplemente:

—Pues porque es imposible.

Y ante la mirada desconcertada de su compañera se vio obligada a añadir:

—Está en un juicio.

La otra pareció aliviada y continuó:

—Entonces ve a que te den un masaje, o córtate el pelo.

Le pareció mejor idea. Llamó a su peluquería, pero estaba cerrada por descanso del personal.

Y la otra:

—Pues aquí enfrente hay una que tiene buena pinta.

Y Carmen, que nunca lo hacía, ese día se dejó llevar directa a la tragedia griega de un corte de pelo que no le sentaba bien. Era demasiado corto, no le acertó con el color, rubio en exceso, y el escalonado le dejaba a la vista las orejas de soplillo que tanto la avergonzaban (eh, que te has dejado abiertas las puertas del coche, le decían en el colegio) (cabrones).

No era para tanto. Lo sabía. Su marido se rio por lo bajini al verla, pero le susurró:

—No te sienta tan mal, mujer.

Su hijo mayor le dijo:

—¡Pero qué te has hecho!

Y su hijo pequeño:

—No te preocupes, el pelo crece.

Ya habían pasado dos semanas. No se había atrevido a ir a su peluquería porque no quería reconocer esa infidelidad estética. El pelo le había crecido algo, era la verdad, y además se había acostumbrado un poco a verse y le parecía que la (guarra de la) peluquera tenía algo de razón y el pelo corto le acentuaba los pómulos y le afinaba la cara, y el color le suavizaba la expresión, tal vez demasiado dura con un tono más oscuro, pero lo de las orejas no se lo perdonaba, ni se lo perdonaría nunca. La odiaba. Incluso había colgado en su muro del Facebook esta advertencia:

Si no queréis acabar hechas un ADEFESIO no vayáis nunca, nunca, NUNCA a la peluquería AlmuMar de Valencia.

Avisados quedáis.

Fue una venganza absurda, que no la hizo sentir mejor, pero tampoco borró el texto a pesar de que la idea (borrarlo) se le vino a la cabeza en alguna ocasión porque pensó que quizá le estaba haciendo un daño innecesario a la pobre peluquera, que a lo mejor tenía hijos y una madre enferma y que por su culpa perdería clientas y perdería dinero y perdería prestigio (etcétera), pero luego se dijo que ella no tenía capacidad

suficiente para hacerle tanto daño y que, aunque la tuviera, se merecía todo su desprecio y el mayor de los castigos que pudiera infligirle.

Eso era algo que hacía a menudo (no calibrar las consecuencias de sus acciones, no compadecerse de los demás y pensar que lo suyo, siempre, fuera lo que fuera, era infinitamente peor que cualquier otra cosa que le sucediera a los demás), pero, con todo, dejó la declaración tal y como estaba y tranquilizó su (escasa) mala conciencia porque nadie clicó ni una sola vez en «me gusta» y, por supuesto, nadie añadió ni un comentario a su acusación.

Así que esa mañana de noviembre que ha amanecido nublada y que amenaza con una lluvia que no llega a caer, Carmen se mira en el reflejo que le devuelve la pantalla del ordenador y no se reconoce, pero empieza a hacerlo. No se gusta del todo, pero empieza a no disgustarse tanto, y se da cuenta de que está entrando en un estado de ánimo no del todo negativo, que es lo que la ha mantenido allá abajo, en el fondo de su melancolía y de su mezquindad, varias semanas (sí, desde los correos de Natalia). A sus hijos no los ha tratado bien, no ha sido cariñosa ni les ha regalado besos ni buenos gestos, más bien al contrario, los ha castigado sin televisión a diario, no les ha contado un cuento al acostarse ninguna noche (no, ninguna noche) ni les ha llevado al cine ni les ha hecho su plato favorito el domingo ni les ha felicitado por nada que hayan hecho bien. Se da cuenta ahora, y le duele. Con Javier la cosa no ha ido mejor, claro que con Javier la cosa no suele ir como para echar cohetes (casi) nunca. Que la quiere, no lo duda. La quiere incondicionalmente, a pesar de su carácter podrido, de sus ciclos de altibajos anímicos que cada vez son más bajos y menos altos, de sus malas caras y de sus prontos malhumorados.

A menudo ella le pregunta:

—¿Por qué me aguantas?

Y él contesta:

—Por los niños.

O:

—Porque es más barato pagar la hipoteca a medias.

O:

—Porque así no tengo que buscar con quien ir al cine.

O:

—Porque te quiero.

Cuando le contesta lo último, ella contraataca con una nueva pregunta:

—¿Y por qué me quieres?

Pero entonces Javier sabe que lo mejor es no continuar, porque por su trabajo está acostumbrado a los enfrentamientos baldíos que no llevan a ninguna parte más que al agotamiento del contrario, que, por lo general, acaba confesando lo que uno quiere que confiese, y porque sabe que en realidad no tiene respuesta para esa pregunta: no

sabe por qué la quiere, ni tampoco sabe si la quiere. ¿Cómo quererla? Si (casi) siempre está de mal humor, si (casi) siempre parece que la vida no es bastante para ella, si (casi) nunca le viene bien nada de lo que él hace, dice o piensa; si (casi) siempre se queja de que no colabora y cuando colabora anda tras él rehaciendo lo que él acaba de hacer. Entonces no la quiere. Es más, la detesta. Pero otras veces sale del fondo como si flotara, y durante unas semanas la sonrisa no se le borra de la cara; está amable, divertida, cariñosa y hace planes, y si la racha es suficientemente larga, los cumple, y tiene ganas de hacer el amor todo el tiempo, como si el estar contenta por el simple hecho de vivir trajese aparejada una fogosidad que él, para qué engañarse, recibe sin cuestionársela apenas, con los brazos abiertos. Bienvenida, Carmen.

Cuando vienen esos tiempos, los buenos, la casa parece otra. Todo funciona, todo es real. ¿Qué quiere decir eso? Pues justo eso: que es real, que nada es fingido ni impostado, y no como cuando Carmen se esfuerza en aparentar que todo es perfecto. Eso es lo peor. Fingir que no ocurre nada, porque aunque él no tenga la menor idea de qué es lo que pasa, sí sabe que algo no va bien en su mujer, dentro de ella, y lo sabe desde siempre, desde que la conoció y pensó, inconsciente, que a su lado todo sería distinto, que él la cambiaría, que le contagiaría sus ganas de vivir, de comerse el mundo, de ser feliz. Aún no ha tirado la toalla. Quizá el día menos pensado averigüe qué es eso que la hace odiar el mundo y luego arrepentirse de ese odio y, en medio de todo eso, qué es lo que la obliga a representar que su vida es perfecta, que la felicidad existe y es nada más que de ella, y el día que sepa lo que es, quizá, tal vez, pueda decirle: Carmen, vamos, que podemos con esto.

Así que no le responde nada cuando le hace esa otra pregunta. Sabe que nada de lo que diga la hará sentir satisfecha, mucho menos la auténtica razón de ese amor que se empecina en no irse incluso en los peores momentos: porque lo bello del desierto, como decía Saint-Exupéry, es que en cualquier lugar se esconde un pozo.

Ella lo ignora, lo del pozo y demás, pero sí intuye que el amor de Javier ha de ser más profundo que su desconcierto, porque sabe que su forma de ser es así, desconcertante. No le gusta darle vueltas al asunto. Ha aprendido a aceptarse como es, a asumir ese espíritu de contradicción que la hace querer y no querer y que la obliga (sí, la obliga) a llevar al límite a los que la quieren, quién sabe si para saber que seguirán ahí, pase lo que pase, haga lo que haga, diga lo que diga, se ponga como se ponga. Su familia la hace sentir segura, anclada a la tierra, y cree que, sólo por ellos, es capaz de nadar hasta salir a flote cuando algo, lo que sea, no tiene por qué ser nada importante, la desnivela y la lleva a ese lugar oscuro en el que nada le gusta y todo le estorba. A veces se siente tan infeliz que sólo puede superarlo si hace como que es feliz, que todo va bien, que la vida es perfecta, que su vida es perfecta, que no hay dolor ni problema ni desequilibrio ni frustración ni tampoco miedo.

Mira el ordenador, y hace un esfuerzo por apartar de su cabeza la imagen que no le gusta aunque ya no le disgusta (la suya). Mira a su alrededor y comprueba que nadie va a molestarla. Se conecta al Facebook y lee de nuevo el último mensaje de Natalia, dispuesta a contestarle como lo hace todo en esta vida: fingiendo. No piensa decirle qué fue lo que le pasó, lo que les pasó, cuál fue la causa de esa distancia que ahora quiere deshacer, aunque sea a costa de no revelar la verdad.

La verdad. Lo piensa y no puede evitar reírse. Ha oído, leído y repetido tantas veces que la verdad no existe, que cada uno tiene la suya, que todas las verdades forman una gran verdad, que ella misma ha acabado creyéndolo.

No. No va a decirle la verdad, su verdad, esa verdad pequeña, perversa y despreciable, aunque ese silencio la haga sentir miserable y cobarde. No fue para tanto. No es para tanto. No fue culpa de Natalia. No es culpa de Natalia. Pero.

Escribe:

9 de noviembre de 2010

Carmen López

Natalia:

Empiezo de nuevo pidiéndote disculpas, aunque esta vez te ahorraré las excusas, o, mejor dicho, te las resumiré. Cuando me acordaba de escribirte, no podía hacerlo, y cuando podía hacerlo, no me acordaba... ¡Lo siento! Sin darme cuenta he dejado que pasaran más de quince días... Me consuelo pensando que tú también habrás andado liada, con tu libro (por cierto, aún no me has contado de qué trata), y que no me lo vas a tener en cuenta.

Respecto a tu pregunta... Es que no sé qué decirte, de verdad. Trato de hacer memoria, y no consigo recordar que ocurriese nada entre nosotras, nada grave, aparte de lo que ya te he comentado, que me encoñé como una burra por un tío y el mundo entero desapareció para mí.

No te atormentes, no le des vueltas a algo que no vale la pena. Es decir, no es que nuestra amistad no valiese la pena (no me malinterpretes, por favor). Lo que no vale la pena es culparte por algo que no fue culpa tuya, responsabilizarte de algo que no llegaste a hacer.

Y ahora, dime, amiga mía: ¿cuándo nos vemos?

Natalia

Manuela tiene pocas arrugas, a pesar de tener los setenta y tres cumplidos. Se lo digo, y asiente con la cabeza.

—Es que tengo la piel muy grasa, de joven me salían granos enormes —se ríe—. Pero ahora me alegro, porque arrugas tengo pocas, es la verdad.

Suspira.

—Pero siempre tengo la cara brillante, como mojada... ¿Te has dado cuenta?

Le digo que no.

—Es como sudor. Al principio me incomodaba, pero al poco tiempo me di cuenta de que no pasaba nada.

—Pues claro que no, Manuela, ¿qué importancia va a tener?

—Mujer, es desagradable acercarte a dar un beso a alguien que tiene la cara húmeda, ¿no? —me encojo de hombros—. Pero ¿sabes qué pasa? —le digo que no—. Que nadie se acerca a dar besos a los viejos. Bueno, nadie que no sea de su familia. A mí me besan mis hijos, mis nietos y mi marido, y ya está. En total, dos hijos, cuatro nietos y un marido, pero no hacen siete personas porque mi nieta la pequeña sólo tiene cinco meses y no sabe besar, y la segunda por abajo, Lola, tiene dos años y medio y no le da la gana dar besos y sus padres, bueno, su madre, que es muy moderna, dice que no hay que obligarla a hacer lo que no quiere hacer, sobre todo si son cosas físicas, porque dice que así se ayuda a evitar los abusos y esas cosas, porque los críos aprenden a decir que no si es que no quieren un beso, o una caricia.

—No le falta razón...

—¡Pero es que yo soy su abuela! Y cuando le viene bien que me la quede para irse al cine o a comer o a cenar no le importa que la bese, que la abrace o que la malcríe, pero cuando no necesita nada de mí todo le parece mal.

—¿Se lleva mal con ella?

—Yo no me llevo mal con nadie.

—Eso es imposible, nadie se lleva bien con todo el mundo...

Se piensa su respuesta un instante.

—Es verdad, es verdad... Sí, no me llevo bien con ella, lo reconozco. Es la mujer del mayor, Ernesto. Es médico, ¿lo sabías? —sí, lo sabía—. Ella también. Se conocen desde la universidad, y se llevan muy bien, a pesar de que ella es... —baja la voz— ... de derechas.

Sonríe. A Manuela mi sonrisa no le hace gracia.

—Manuela, ¿y qué importancia tiene eso?

—Nosotros lo hemos pasado muy mal, tú deberías saberlo.

—Sí, pero nada de lo que ocurrió es culpa de su nuera. La derecha de hoy no tiene

nada que ver con la derecha de entonces...

—¿Seguro?

—Seguro, y menos si nos referimos a una persona de su edad... ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta?

—Cuarenta y tres.

—Razón de más...

—Pero es que es muy reaccionaria... Pertenece a esa generación que lo tuvo todo fácil, que no valora los logros que se han conseguido con tanto esfuerzo, que los asume como naturales. Y no lo es, ¿sabes? Ahora sí, ahora naces y nada más nacer tienes unos derechos por el simple hecho de haber nacido, la sanidad, la educación. Ahora se nace con dignidad. Pero antes no era así. Yo nací durante la guerra, y cuando tenía dos años mi padre desapareció —sonríe con ironía, y repite—: Desapareció... Se lo llevaron una noche de casa porque un vecino dijo que era rojo. Tenía cuarenta y seis años, y no había ido a la guerra por la edad. Ya no volvió. Nos dijeron que se bajó en marcha del camión que le llevaba a la cárcel y que se escabulló por las calles de Valencia. Nos dijeron que les había dicho que tenía una amante, una mujer que era prostituta en el barrio chino, que él era su chulo, que estaba harto de una vida de responsabilidades, que estaba harto de su familia, que si le dejaban libre ya no volvería a meterse en política, y dijeron que le dejaron marchar. ¿Te imaginas una mentira más burda?

Guardo silencio.

—Mi padre se afilió al Frente Popular en el treinta y seis porque admiraba al doctor Peset, supongo que sabrás quién era —le digo que sí—. Le admiraba muchísimo. Mi madre decía que él decía que gracias a él mis hermanos mayores pudieron vacunarse y no morir de miseria. Le admiraba mucho, sí, y además estaba harto de que unos pocos lo tuviesen todo y la mayoría no tuviese nada, y por eso se afilió. Pero nunca hizo nada, nada de nada. Sólo trabajar, y estar con nosotros, con mi madre y con mis hermanos, y conmigo, claro. Trabajaba en un banco, en la Sociéte Générale, era portero, y como el interventor, que se llamaba don Patricio, le había dicho que si se esforzaba podría ascender, había aprendido a chapurrear un poco de francés y le enseñaba a mi madre, sin imaginar de cuánta utilidad nos sería aquello tiempo después. Cuando se lo llevaron, mi madre se quedó sola con cuatro hijos, yo, que era la pequeña, y mis hermanos mayores, que tenían cuatro, cinco y siete años. Fue a buscar a don Patricio, pero a él, que también estaba en el Frente Popular, lo habían depurado y ya no podía hacer nada por nosotros. Al poco tiempo, mi madre se enteró de que al pobre hombre le había dado un infarto, seguramente por el disgusto, y había muerto en plena calle. El hambre que pasamos no se la puede imaginar nadie. Y las fatigas, tampoco. Bueno, quienes también las vivieron, que fueron muchos.

Me mira, con los ojos secos.

—No pretendo contarte cosas que ya sabes. Te supongo enterada de todo lo que pasó en esta guerra, y lo que vino después, que fue casi peor..., esa humillación, esa venganza continua contra los perdedores. Lo que sí quiero decirte es que nada de lo que tú tienes ahora nos ha salido gratis. Antes te he hablado del doctor Peset. ¿Sabes lo que le ocurrió?

Lo sé, por supuesto, pero le digo que no para que me lo cuente.

—Le fusilaron contra la tapia del cementerio de Paterna, el mismo lugar donde seguramente murió mi padre y quizá donde también asesinaron al padre de Antonio. Antes, le quitaron la cátedra, y le llevaron por los peores campos de concentración. Le condenaron a muerte, pero en la condena recomendaban que no le fusilaran, sino que le conmutaran la pena por treinta años de cárcel. Pero otro doctor le denunció nuevamente y llevó un discurso que Peset había dado en el treinta y siete en el que criticaba a los sublevados, a los franquistas, por no haber aceptado el resultado de las elecciones. Peset salvó a muchos franquistas de ser asesinados por milicianos durante la guerra, pero a él no hubo nadie que le salvara y sí muchos que le acusaron. Algunos de ellos tienen también calles en esta ciudad, como el doctor Marco Merenciano, uno de los primeros en denunciarle.

—Sí, es terrible que todavía se mantengan esas nomenclaturas...

—Esta ciudad es así. Vicent Andrés Estellés le dedicó un poema al doctor Peset. ¿Lo conoces?

Le digo que no. Manuela mueve la cabeza con desaprobación. Se levanta y rebusca entre los libros de la estantería del comedor.

—A mí me encanta leer. Devoro todo lo que cae en mis manos, excepto los libros de Pío Moa —se ríe—. De Estellés seguro que sólo conoces el del *Llibre de Meravelles*, ¿verdad? «*No hi havia a València dos amants com nosaltres, feroçment ens amàvem del matí a la nit*^[5]»... —No espera mi contestación, por suerte, porque tiene razón, y continúa hablando—. Este se titula «*Ofici permanent a la memòria de Joan B. Peset*». Es muy largo, no te lo voy a recitar entero. Pero tiene unos fragmentos que me gustan mucho —busca el verso, y comienza a leer—: «*Jo no vull la mort, vull la vida que podrà ser útil encara*^[6]».

—Me mira, y continúa—: «*I tu ciutat, ciutat que oblides massa fàcilment i hauràs de purgar les teues culpes*^[7]». A veces me acuerdo de esta estrofa y pienso que sí, que las culpas ya se han purgado, pero otras veces... Otras creo que no, y entonces se me hace difícil mirar a mi alrededor como si nada hubiera ocurrido, porque es que pasó, pasó, y no hace tanto tiempo.

Bebe agua y se pasa un pañuelo por la cara, por el sudor.

—Eso es lo que más me duele: que no se valore el pasado. Yo puedo asumir que no se recuerde lo que hizo tanta gente que se dejó la vida por el camino, entiendo que hay que olvidar, pasar página, deshacerse del rencor... Pero que no se aprecie lo que

se tiene ahora..., por ahí no paso... Es superior a mis fuerzas. Me encanta que se conozca ese poema de amor de Estellés, pero me repatea que se ignoren los otros, o que quien pase por la calle Marco Merenciano no sepa que fue un... En fin, no me quiero calentar... Me duele que se piense que ahora ya da todo igual, porque no da igual. Esas cosas pasaron, y, puesto que pasaron, ahora estamos como estamos, y tenemos lo que tenemos, por todos esos sacrificios de tantas personas que ni siquiera tienen un lugar donde sus parientes puedan llevar flores. Mi madre nunca pudo ir a la tumba de mi padre, ni tampoco la madre de Antonio. Eso me duele. Pero que no se valore que gracias a ellos hoy tenemos este Estado de bienestar... me indigna. Por eso me da tanto coraje lo de mi nuera.

—...

—Ella es de las que piensan que la izquierda y la derecha son lo mismo, que todos los políticos son lo mismo, son iguales, que todos quieren enriquecerse y poco más. Es de las que piensan que el que tiene poco es porque trabaja poco, y que el que tiene mucho es porque se lo ha trabajado. Por no mencionar que está en contra del aborto, o del matrimonio homosexual, de las que creen que el feminismo está trasnochado y de las que aplaudió a Arias Cañete cuando dijo que los camareros de ahora no son como los de antes porque todos son extranjeros... Pero por lo demás, es buena chica.

Reímos.

—Sé que quiere mucho a mi hijo, y es una buena madre.

—¿Y qué le parece todo esto a Antonio?

—Antonio no se mete, no dice nada, todo le parece bien, todo le viene bien... A veces pienso que ya luchó todo lo que tenía que luchar en esta vida.

—¿Cree que está cansado?

—¿Tú no lo estarías?

La verdad es tan obvia que prefiero no contestar.

—¿Por qué no me cuenta cómo acabó en Bruselas, Manuela?

—Por las clases de francés que mi padre le dio a mi madre, ya ves tú las vueltas que da la vida. En algún lugar he leído que la vida rima, que todo acaba encontrando un lugar y un porqué. Si no hubiera llegado la República, mi padre nunca hubiera pensado que podía ascender; si no hubiera estudiado francés, nunca se lo hubiera enseñado a mi madre; si no hubiera querido mejorar su vida, nunca lo hubieran matado; si no lo hubieran matado, nadie nos habría dado la espalda, mi hermano mediano no se hubiera muerto de miseria, y mi madre no hubiera pensado que lo mejor era que nos marchásemos de Valencia; si mi padre no hubiera aprendido francés, nunca nos hubiéramos marchado a Francia y de Francia a Bélgica; si no hubiésemos ido a Bélgica no hubiera trabajado de cocinera en la casa de los Lazer, que eran fabricantes de cascos para motos, y aún lo son, de los mejores del mundo —

se siente orgullosa, es evidente—; y si no hubiera estado allí, no habría podido ir a tomar un chocolate caliente a ese bar, La Fleur en Papier Doré. Y lo demás, ya lo sabes.

—No lo sé todo.

—Con Antonio nunca se sabe todo... O una nunca está segura de saberlo todo... Es parte de su atractivo.

Las dos sonreímos.

De repente, imagino cómo sería Antonio casi medio siglo atrás. En realidad, no tengo que esforzarme: puedo verlo. Aparte de las fotografías que me enseñan cada dos por tres, sólo tengo que mirar encima de la tele, o en la estantería, ante los libros, o junto al teléfono. Le veo envejecer delante de mí. Le veo siendo un niño en una foto borrosa, entre su padre y su madre; le veo abrazado a Manuela en la plaza de la Virgen, delante del tapiz de flores de la Mare de Déu dels Desamparats después de la ofrenda de flores, en fallas (Manuela lleva un clavel, seguramente recogido del suelo o arrancado del manto); le veo sosteniendo a su hijo recién nacido; le veo con una rodilla sobre la arena de la playa (la Malvarrosa, me dice Manuela) mientras abraza a los dos niños; le veo sentado en el camión de Campsa que condujo hasta que se jubiló; le veo delante del Ayuntamiento, ondeando la bandera del Partido Socialista (las primeras elecciones de la democracia —me apunta, orgullosa, Manuela—, se echó a la calle y fue la primera vez que le vi llorar); le veo en la boda de Ernesto, y en la de Pablo; le veo con el sombrero de paja. Le veo. Era un hombre guapo. Aún lo es, a pesar del sonotone, de las arrugas y de la muleta en la que se sostiene cuando le falla la pierna, porque no ha perdido (todavía) el brillo travieso de la mirada ni (tampoco) la sonrisa. Los ojos oscuros; el pelo negro; el bigote fino, a veces, barba poblada, otras, la piel suave como la de un bebé; los hombros anchos, los muslos potentes; las manos grandes; los dedos cortos, romos, el meñique y el anular de la mano izquierda cortados a la altura de la falange por la explosión de una bomba, o por una bala perdida, o por un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con bayoneta. Lo supongo apasionado, vehemente y me figuro sus enfados desmedidos, sus reconciliaciones proporcionales a la desproporción de la pelea. No puedo evitar imaginar la manera de hacerle el amor a Manuela, la primera vez que la desnudó. Me pregunto qué le diría el hombre acostumbrado a matar y acomodado a la idea de morir para vencer esa resistencia, última, íntima. Me vienen a la cabeza los versos de Estellés que me acaba de recitar Manuela.

«Yo no quiero la muerte, quiero la vida que podrá ser útil todavía».

Me entran ganas de llorar. Carraspeo. Bebo agua. Me tiembla un poco la mano cuando cojo el vaso. Creo que ella lo ha notado, no que acabo de pensar en su cuerpo desnudo entre el cuerpo desnudo de su marido, sino que siento una tremenda y desconcertante ternura hacia ellos.

Me concentro en la entrevista.

—¿Se dio cuenta de quién era el que estaba con él en ese local?

Se ríe. Cada vez que la veo reír, entiendo por qué Antonio se enamoró de ella.

—¡Qué va! Yo entonces no tenía ni conciencia ni interés por nada que no fuera sobrevivir. Imagínate. Nos fuimos de este país y era como el juego de la oca: de posguerra en posguerra y tiro porque me toca —ríe, y la quiero, definitivamente—. Yo sólo quería cocinar bien para que no me echaran. Entré a trabajar con quince años, limpiando la casa, y un día, hablando con la cocinera, que era nacida allí pero de padres gallegos, le dije que yo era valenciana y ella me preguntó que cuál era el plato típico de aquí, yo le dije que la paella, me dijo que cómo se hacía, y yo: pues con conejo, con pollo, con judías verdes, garrofón, que no sabían ni lo que era, azafrán, pimentón, alcachofas, arroz... Y nos escuchó la señora Lazer y dijo «*j'en ai l'eau qui me vient à la bouche*», que quería decir que la boca se le estaba haciendo agua, claro. Total, que les hice la paella en un caldero, no en una paella, porque ahí no se usaba para nada, y ya no volví a limpiar más. Salí de esa casa catorce años después, para casarme con Antonio, y la señora lloraba como una magdalena. «*Plus jamais je ne mangerai bien*», lo repetía sin parar, una y otra vez —vuelve a reír, y vuelvo a caer rendida a sus pies—. La pobre, que decía que nunca volvería a comer bien... Nadie se hubiera creído que alguien que había pasado tanta hambre como yo supiera cocinar así, pero es que cuanta más hambre tenía, más me entretenía imaginando los platos que me gustaría comerme —risa por su parte, amor por la mía—. Mi madre se quedó en la casa, como sirvienta. Mi hermano trabajaba haciendo cascots, los más antiguos del mundo, ¿te lo he dicho ya? Ah, sí, ya te lo había dicho. Pero yo me vine con Antonio. Yo, siempre con Antonio, desde que lo conocí, siempre con él, siempre juntitos los dos...

—Fueron novios poco tiempo para la época, ¿no?

—Sí, muy poco. Menos de un año. Pero es que yo tenía casi treinta años, bueno, veintiséis o veintisiete, y él unos cuarenta, o cuarenta y dos, ¡nunca he sabido bien qué edad tiene! —se ríe—. Ahora eso no es nada, pero entonces ya se decía que se nos pasaba el arroz. No estábamos para tonterías. Y además, como él me metió en la cabeza todas esas ideas libertarias... Pues no quería que me ocurriera nada, ¿me entiendes? Yo entonces empecé a ser de izquierdas, pero hasta ese momento, aunque hubiera sido por miedo, era católica a más no poder, y me daba todo un poco de reparo... Imagínate que me tengo que casar embarazada, qué apuro me hubiera dado. Ahora lo pienso y me da risa, pero entonces... ¡era tan pánfila! —se queda pensando y añade—: Y que se fuera con otra también me daba miedo, como era tan guapo... Y los críos también vinieron enseguida, porque no queríamos perder más tiempo.

—¿No le dio miedo volver a España? Franco aún no había muerto...

—Antonio me dijo que no teníamos nada que temer, que él tenía la nacionalidad

francesa, y que como era ciudadano francés estaba protegido internacionalmente, y luego sacó de un cajón... ¡yo qué sé cuántos pasaportes! Me dijo mira, si las cosas se ponen feas, cambio de personalidad y nos volvemos. Pero pasé muchos años con el miedo en el cuerpo, no te creas, porque como él quiso volver aquí, a su pueblo, me daba no sé qué que alguien le delatara, le denunciara, dijera mirad el hijo del director de las colonias... Pero él me decía que, en realidad, aquí no había nada contra él, que era menor cuando salió de España, y es verdad, era menor, pero mintió sobre su edad cuando se enroló en el ejército francés, en el cuarenta, y también cuando se fue con la legión. Yo pasé mucho miedo, pero él decía la verdad: no tenían nada contra él.

—¿Le denunciaron?

—Claro, por supuesto que sí... Todavía no habíamos acabado de sacar las cosas de las cajas y ya se lo había llevado la policía; venían a por él cada primero de mayo hasta que murió Franco. Leí una cosa parecida en un libro de Dulce Chacón, *La voz dormida*, pero en el libro ponía que el último día que fueron a buscarlo acababa de morir —por primera vez, parece a punto de llorar—. Pienso la suerte inmensa que hemos tenido de vivir todo lo que hemos vivido, y de haber llegado hasta aquí... Esos malnacidos siguieron haciendo de las suyas durante mucho tiempo con toda la impunidad. Y ahora van y admiten esa querrela contra Garzón por investigar los crímenes del franquismo...

Hago de abogado del diablo y digo:

—Tiene toda la razón, pero no podemos negar que poco antes se inhibió de investigar las muertes de Paracuellos del Jarama...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué los de Manos limpias tienen razón? —se indigna. Me mira con furia. También la quiero por eso.

—No, no, por supuesto que no... No tienen razón en absoluto, aunque eso lo tendrá que decidir un juez. Está claro que los crímenes del franquismo quedaron impunes por motivos obvios, pero también durante la República y durante la guerra civil se cometieron muchos desmanes por parte de los milicianos republicanos...

Manuela guarda silencio. Yo continúo y le digo lo primero que se me ocurre.

—Ya sabe que parte del trabajo de investigación de este libro también se centra en recuperar testimonios sobre un sacerdote que mataron aquí mismo, prácticamente al final de la guerra.

—No tenía ni idea. Pensaba que sólo trataba de la historia de Antonio.

—No... La parte de Antonio es fundamental, pero hay otra muy importante también, la del cura. La idea es tratar de demostrar, a través de los testimonios, que dos personas tan alejadas, con ideas tan opuestas, en realidad tenían el mismo objetivo, que era hacer un mundo mejor para los demás. No llegaron a conocerse, pero son dos personas con muchos más puntos en común que en contra, además, compartían apellido: Almenar.

Manuela se levanta de la silla, como si hubiera sentido un dolor repentino.

—¿Te refieres a José Emilio Almenar?

—Sí, el mismo. También tiene una calle en el pueblo.

Me da la sensación de que se ha puesto pálida.

—¿Antonio lo sabe?

Encojo los hombros.

—Nunca hemos hablado del tema, pero imagino que sí... Cuando gané el premio la noticia salió en la web del ayuntamiento, en el periódico local y creo que también en el *Levante*.

Niega con la cabeza, en silencio.

—No lo sabe.

—Bueno, se lo diré cuando le vea, si usted cree que es importante.

—¿Que si es importante?

No entiendo nada.

—¿Qué problema hay, Manuela? ¿Cree que Antonio preferiría que el libro se centrara en él únicamente?

—No es eso. Pero debes decírselo.

—Pero ¿por qué reacciona así, Manuela? ¿Ocurre algo que yo deba saber?

—Siempre ocurre algo que una debería saber y que luego querría no haber sabido. Vuelve a retirarse la humedad de la cara con un pañuelo.

—Habla con Antonio. Sólo puedo decirte eso. Habla con Antonio. Él decidirá si quiere continuar con esto, y también decidirá qué es lo que quiere contarte.

Asiento, pero la voz que escucho dentro de mi cabeza no es la suya; es la de mi madre. Adelántate, coño. Así que le digo que sí, que lo haré, pero no tengo la menor intención de hacerlo, no haré nada que ponga en riesgo este trabajo, no sólo por el trabajo. No quiero perder esta oportunidad. Pero no me refiero a escribir un libro que van a leer siete personas, con suerte. Me refiero a la oportunidad de estar con ellos, de tenerles cerca, de sentirme parte de sus vidas, de sentir que son parte de la mía. No. Definitivamente.

Antonio

En el campo de instrucción de Temara había un mono. Era tan grande como un hombre de estatura mediana. Formaba como los demás, con un pequeño fusil de madera que le había hecho un soldado con una navaja, guardaba la cola con un plato en la mano para que le echaran una cucharada (o más) de rancho y, por la noche, esperaba agazapado a que los hombres montaran las tiendas de campaña para deslizarse, rápido y sigiloso, en una de ellas y taparse con una manta, para disgusto de los humanos, que no tenían manera de que el mono saliese de allí y se veían obligados a buscarse otro lugar para dormir. Se llamaba *Saud*, el mono. Tenía buen carácter, y hacía reír a unos hombres que, por lo general, no encontraban demasiados motivos para hacerlo.

Antonio se acuerda a menudo del mono. Piensa que habrá muerto. Han pasado más de sesenta años, y ya entonces *Saud* debía de tener unos diez. Le alegra el recuerdo, pero también le entristece. Le entenece, mejor dicho, ese afán del mono por ser uno de ellos, esa camaradería que lo mismo le hacía compartir un dátil que enfadarse hasta el punto de destrozar lo que le pillase por el camino si descubría que le habían querido engañar poniendo una piedra dentro del papel de un caramelo. Ay. *Saud*. Lo dejaron con una familia de Rabat cuando recibieron la orden de salir hacia Casablanca, y a veces se sorprende preguntándose cómo sería la vida del chimpancé lejos de ese puñado de individuos ruidosos, sin tener que caminar con un rifle de mentira echado al hombro, sin una manta con la que taparse en la noche, sin nadie con quien jugar a ser hombre.

Se acuerda del mono porque, a veces, se sentía como él: un niño que fingía ser un adulto. De hecho, todo en él era falso, desde su nombre hasta su edad pasando por su experiencia. Mintió cuando se enroló en la Legión Francesa y dijo que tenía veintidós años cuando en realidad aún no había cumplido los dieciocho; contó que había hecho la guerra con los republicanos, y que fue militarizado con la quinta del biberón a los diecisiete. Dijo que había luchado en Gerona, Teruel, Zaragoza y Lérida, desde donde había cruzado la frontera con Francia. Explicó que allí le habían despojado de las armas, del uniforme, de un anillo que le había dado su madre y de un reloj que había sido de su abuelo primero y de su padre después. No tuvo que esforzarse, pues todo lo que contó lo había visto con sus propios ojos: unos soldados curtidos en infinitas batallas llorando como críos al verse privados de su dignidad, otros rompiendo sus cosas contra el suelo, a golpes, con tal de no entregar las armas; otros, escarbando en la tierra para enterrar ese recuerdo que no querían que perteneciese a nadie más; otros, tragándose el anillo o el colgante. Nada de lo que dijo se lo inventó: todo lo había visto, o se lo habían contado con tanto detalle que cuando le llegó la hora de hacer trincheras, de disparar, de enfrentarse a otro hombre que quería matarle y que

también le temía, lo hizo como si todo lo contado hubiera sido verdad.

Hoy sabe que todo lo que le dijeron fue cierto, y sabe también detalles que entonces no llegó a conocer. Le gusta leer. Lee casi todo lo que cae en sus manos, aunque le ha costado tiempo atreverse con los libros de historia que hablan de la guerra civil y de la guerra mundial. Le parecen o demasiado próximos o demasiado lejanos. En el primer caso, le duelen como duele una herida reciente, como si acabara de hacerse un corte, como si se hubiera caído de rodillas al suelo y tuviera una fractura abierta, con un dolor insoportable. En el segundo caso, la profusión de números, nombres, cifras, como si no hubiera hombres con sus historias detrás, hombres que amaron, que tuvieron miedo, que murieron, que sobrevivieron, hace que la sangre le hierva dentro de las venas. Pero ha leído muchos. Algunos esperan su turno en la estantería. Otros, no piensa leerlos jamás. Le gustaría, pero sabe que no va a poder. Esto es lo que ocurre con *La Nueve. Los españoles que liberaron París*, de una periodista que se llama Evelyn Mesquida y que ha entrevistado a muchos de los supervivientes. Ese lo tiene desde hace dos años. Leyó en el periódico que el libro se presentaba en el Club Diario Levante, y fue al acto solo, sin decírselo a Manuela. No había mucha gente. Se sentó de los últimos y se levantó el primero, antes de que le ocurriera lo que ya sabía que le iba a ocurrir: sudores, palpitaciones, erupciones por el cuerpo, tal vez un desmayo. Pero tenía que ir. Se lo debía a sus compañeros, a sus camaradas, a sus amigos. Eran más de ciento cincuenta. Al final, sólo quedaban vivos dieciséis. Compró el libro. Lo dejó guardado dentro de la mesita. Querría leerlo y de vez en cuando abre el cajón, lo saca, acaricia la portada y repasa con el dedo los rostros conocidos. Granell, Arrúe, Fernández, Royo, Lantes, el mexicano, Putz, Montoya, Campos, Fábregas. Recuerda los nombres de casi todos, las muertes de casi todos, las ganas de entrar en batalla. De todos. Guarda el libro. Piensa que, algún día, quizá sí pueda leerlo. Sabe que nada de lo que ahí está escrito le va a sorprender, pero también sabe cuánto dolor le va a traer de vuelta, como si el tiempo no hubiera pasado y todavía estuvieran posando para el fotógrafo que les retrató, vestidos de uniforme, alegres, dándose codazos o poniéndose cuernos con la mano para hacerse rabiar, como críos, esperando la orden para embarcar rumbo a las playas de Normandía. Qué necesitan, les preguntaban. Enfrentarnos pronto a los alemanes, señor, contestaban todos los hombres con una sola voz.

Recuerda la tranquilidad de esos días, y el trabajo duro, y las tardes en las tabernas, jugando a las cartas o a los dardos y tratando de seducir a las inglesas. Sonríe. El capitán Dronne tuvo que mediar muchas veces en disputas amorosas entre los propios soldados, y también entre los españoles y los ingleses, pues los ingleses decían, con razón, que los de la Nueve les quitaban todas las novias.

Dronne les amonestaba:

—Vuestro país será juzgado por vuestro comportamiento.

Pero ellos no le hacían demasiado caso. Estar cerca de la muerte les hacía sentir vivos. Muchos conocían esa sensación desde hacía tanto tiempo que ya no recordaban que la vida podía ser plácida, tranquila; habían empezado a luchar en 1936, y ocho años más tarde seguían con una guerra que sentían como propia. No era contra los nazis por el simple hecho de serlo, aunque muchos les odiaban por las mil perrerías que habían sufrido de sus manos durante la guerra civil, al caer presos, en los penales franquistas. Lo que pensaban, todos, era que si les ganaban, que si vencían a Hitler y a Mussolini, los aliados irían después a por el único fascista que quedaría en Europa, Franco, culpable de encender la mecha que luego haría estallar la segunda guerra mundial, y ellos podrían terminar lo que habían empezado años atrás. Por suerte, no sabían entonces lo equivocados que estaban y por eso el mayor de todos los sentimientos que compartían aquellos hombres era la impaciencia por comenzar, cuanto antes, el camino que les llevaría de regreso a casa.

Al día siguiente de la presentación del libro de Evelyn Mesquida, leyó, recortó y guardó entre las páginas del libro este artículo en el *Levante*:

Traición a los hombres de la Nueve

Mesquida rescata la memoria de los soldados españoles que liberaron París y fueron olvidados

María Tomás, Valencia

Hoy mucha gente se sorprende de que París fuera liberada el 24 de agosto de 1944 por los soldados españoles en vanguardia. Entre ellos, los valencianos Germán Arrúe, Amado Granell y Juan Benito.

El libro de la periodista alicantina Evelyn Mesquida, titulado *La Nueve. Los españoles que liberaron París* (Ediciones B), y presentado en el Club Diario Levante, viene a cubrir este hueco. Aunque más que una falta de memoria, lo que ha ocurrido ha sido un fallo oficial de la memoria francesa encabezada por el mismísimo De Gaulle.

No es que no se les reconociera su acto heroico. Es que, como dice en el prólogo Jorge Semprún, tras la derrota alemana y la liberación de Francia «se afrancesó la lucha» como acto consciente y político de los gaullistas y los dirigentes del partido comunista francés, y los españoles que combatían junto a los franceses por causa de la libertad «se esfumaron de la historia oficial». Ya dijo convenientemente el que sería presidente de la República: París, liberada por sí misma.

Una frase bonita, sólo que incompleta. Porque en esa liberación participaba la Nueve, la compañía de la Segunda División Blindada del general Leclerc en la que «las órdenes se daban en español y los hombres llevaban al lado de la insignia de la Francia libre la bandera de la España republicana». Su misión era la avanzadilla de tropas y enfrentar en primera línea al enemigo.

La periodista ha realizado una tarea intensa que el presidente federal de Izquierda Republicana, Pablo Rodríguez, le reconocía «como republicanos demócratas y amantes de la libertad». Investigadora insistente, Mesquida conoció la historia de estos españoles ya en el avanzado año de 1998. «Un anciano luchador me enseñaba a un grupo de militares uniformados posando poco antes de partir hacia la gran batalla contra los alemanes. Era la Nueve. Y lo que me llamó la atención es que, de 160, 146 eran españoles». Según sus pesquisas, llegaron hasta el mismo Nido del Águila de Hitler, en Berchtesgaden.

«La mayoría de estos hombres tenía menos de veinte años cuando en el 36 cogieron las armas por primera vez para defender la República española. Ninguno sabía entonces que los supervivientes ya no las abandonarían hasta ocho años después, cuando serían los primeros en liberar París». Según narró la autora, entremedias de esta historia hay que mencionar la retirada. Más de 500.000 personas cruzando por los Pirineos hacia la frontera en el 36; lo que se ha dado en llamar los campos de retención (más de 60 en

Francia) cercados por barreras de alambre de espino, el hambre, la sed, el frío, los piojos y la sarna, la humillación y la brutalidad. «Esas son las primeras experiencias francesas narradas por la gran mayoría de los refugiados», asegura. Como también, «las tropas coloniales senegalesas que tiraban a matar».

O a España o a la Legión

«En vísperas de la segunda guerra mundial, miles de estos refugiados fueron incorporados obligatoriamente a la industria de la guerra francesa», decía. «La disyuntiva fue volver a España o entrar en la Legión». Así fue como, según Mesquida, «los republicanos españoles continuaron en la lucha, casi siempre en primera línea de combate al lado de los franceses y de las fuerzas aliadas».

No eran un puñado de hombres. «Los republicanos españoles en la lucha por toda Francia fueron decenas de miles», añade Semprún. Según las palabras de Leclerc, «convencidos, estos españoles son invencibles». El capitán Dronne también dijo de ellos: «Eran individualistas, idealistas, valientes y daban prueba de un valor algo insensato, no tenían el espíritu militar, eran incluso antimilitaristas, pero todos eran magníficos soldados. Si abrazaron nuestra causa fue porque era la causa de la libertad».

Reconocer que aquellos combatientes «contribuyeron a restablecer en Europa las condiciones de una vida libre» era lo menos, afirma Semprún. Pero no.

Mesquida hablaba en el Club de su «soledad y nostalgia de España»; de su apariencia y su vida de «hombres normales. Ninguno me pareció un héroe y, sin embargo, al hablar con ellos, eran hombres cuyas convicciones firmes les habían hecho llegar hasta el final». Aunque muchos decidieron permanecer en silencio. «Cuando vencieron en Alemania el 8 de mayo de 1945 y De Gaulle dijo que la guerra había terminado, todos me dijeron lo mismo: aquello fue una traición». Luchaban contra el fascismo y en Alemania terminaba una parte de la guerra. El fascismo estaba vivo. Su tarea fue luchar. Su sueño, liberar España. «Por eso lucharon con tanta fuerza», dijo Mesquida. «Su empeño fue luchar por una Europa libre de la tiranía», decía Rodríguez. «Formaron, de manera inconsciente, el primer esbozo de una futura Unión Europea», añade Semprún.

Manuela encontró el libro y decidió leerlo. No se ocultó. A ella le gustaba leer en un sillón orejero tapizado con cuadros grises y verdes que ya habían perdido el color y que parecían blancos y marrones, pero ese lo leyó en la cama, a su lado, durante varias noches. A veces la veía llorar, en silencio, otras sonreía, y otras se indignaba con la lectura y murmuraba pero qué hijos de puta, qué hijos de puta, qué hijos de la grandísima puta. Cuando lo terminó, le miró y le dijo:

—Tú sabes que yo te quiero, ¿verdad?

Y él, que lo sabía pero que por carácter no acababa de acostumbrarse a que se lo dijeran, contestó:

—¿Es que me pasa algo? ¿Me voy a morir?

Manuela se rio.

—¿Vas a morirte tú?

Manuela volvió a reírse.

—De lo que me alegro es de que no te hayas muerto tú.

Le acarició la cara.

—¿Por qué no sale tu nombre ni en el libro ni en el reportaje?

—Sí que sale. Lo que pasa es que entonces no me llamaba Antonio Almenar.

—...

—...

—Me alegro de que fueras uno de los dieciséis.

Y le besó, apagó la luz y se dio media vuelta para fingir que dormía. Ninguno de los dos lo hizo. En realidad, ambos estuvieron pensando mucho rato, seguramente hasta que tuvieron que levantarse para comenzar un nuevo día, en todo lo que Antonio había vivido hasta llegar a esa noche, a ese momento, un momento cualquiera, una noche más, una de tantas, con esa apariencia de normalidad de la que hablaba la autora del libro, con ese aspecto de no ser lo que en realidad habían sido. Héroe.

Natalia

Me distraigo con facilidad. Me ha pasado siempre, toda la vida. Ahora mismo debería estar redactando las últimas entrevistas. Tengo varios testimonios a los que he atendido por cortesía, porque nada de lo que me han dicho me va a servir, para el libro pero no tengo corazón para decirles que no puedo escucharles, que me hacen perder el tiempo. Van a buscarme al ayuntamiento, y dejan sus teléfonos para que les llame y cuando lo hago me hablan de usted y me invitan a sus casas, y cuando acudo me están esperando con café y pastas, o con coca-cola y patatas fritas, o con horchata y *fartons*, y si se hace la hora de comer insisten en que me quede con ellos porque casualmente han hecho paella de sobra, por si a última hora tenían un invitado inesperado, y cuando dicen eso, sonrían porque se dan cuenta de que es evidente que pensaban invitarme a comer desde el primer momento. No es que todos estén solos. Algunos tienen mujer, o marido, y aunque sean viudos siempre hay un hijo, un nieto o un sobrino que se pasa de vez en cuando a comprobar que todo va bien. Muchos viven con una cuidadora, boliviana o ecuatoriana, por lo general, que les limpia la casa, les hace la comida, va a por las recetas al médico y a la farmacia y empuja la silla de ruedas, si es necesario, para que les dé un rato el sol en la plaza o en el parque. Están contentos, dicen. No les gusta quejarse, dicen. Pero se quejan. Se acuerdan de sus padres, que murieron en su cama, con todos sus hijos a su alrededor, y piensan que ellos deberían morir de la misma manera. Se sienten afortunados, en todo caso, porque podrían estar en una residencia y en cambio siguen ahí, en casa, con sus recuerdos de toda la vida, aunque sea a costa de pasar tanto tiempo solos o de compartir espacio con una señora que, vale, sí, es cariñosa, pero no sabe dónde está la mitad de las cosas y cocinan de otra manera, no mal, pero de otra manera, que hay que ver lo que les ha costado cogerle el punto a la paella, con lo fácil que es, ¿no le parece a usted? La queja, la que no quieren hacer, siempre es la misma. Y la disculpa, también. Comprenden a sus hijos, que tienen tanto que hacer y que aun así se preocupan por ella, o por él, o por ellos, y que pagan de su bolsillo el sueldo de la asistente, y que les llaman tres veces al día, como si la llamada fuera un antibiótico que hay que tomar cada ocho horas. Pero es que les tratan como a niños. De eso también se quejan. Como a niños o como a viejos, lo mismo da. Da igual que tuvieran cuatro o que tengan setenta, ochenta o noventa años. Los hijos toman decisiones por ellos, les hablan con condescendencia, hacen y deshacen a su antojo, y, a veces, se llevan cosas de la casa como si ellos ya se hubiesen muerto, cosas sin importancia, una foto, un crucifijo, un vestido de cuando eran jóvenes para que se disfracen sus nietos en carnaval, y estoy segura de que si no fuera porque los han parido y los han criado y los han querido más que a su vida, cuando me cuentan eso, añadirían: hijos de puta.

Les escucho y me enternecen. A mí, que nunca he sido familiar, me salen ahora abuelos por las esquinas. Más de una vez he estado tentada de llamarles por teléfono y de preguntarles ¿qué tal? ¿Cómo les va?, y eso me gusta. Me gusta, sobre todo, el hecho de que me guste. Me siento cómoda con ellos, escuchándoles, diciéndoles que el café está muy bueno, o que es la mejor paella que he probado nunca, o mostrando interés por lo que me cuentan aunque sepa que no lo voy a utilizar. Al principio pensaba que era por educación; luego me dije que era posible que al revisar las cintas me diese cuenta de que en realidad algo de lo que me estaban contando sí tenía interés y en ese momento no me había percatado, pero, al final, comprendí que nada de lo que hacía era gratuito, que todo tenía un sentido, que tal vez era verdad que aquello no iba a servirme para ese trabajo, pero sí sería de utilidad para los que escribiría después. Porque de eso estoy segura: escribiré más, muchos más, cuando termine este libro vendrán otros que seguramente terminarán como este, en el olvido, en el orgullo de mi estantería, pero ahora soy consciente de que los escribiré por el puro placer de escribirlos, al margen de lo que pase después.

¿Qué es lo que me cuentan? Aparte de sus problemas familiares, me explican cómo era la situación en el pueblo antes de que estallara la guerra.

Me dicen que la República trajo la felicidad, o así lo recuerdan ahora, tal vez porque luego todo se emborronó con la guerra, y con lo que vino después, que no fue moco de pavo, todo el mundo expuesto a que alguien les denunciara porque les diera la gana, o porque en realidad sí hubiera habido motivos para el chivatazo, quién sabe, porque te hubiera pillado la guerra donde no tenía que pillarte y te hubiera tocado hacerla con los del otro bando, o porque en verdad creyeras que hombres y mujeres eran iguales, o que la sanidad y la educación eran un derecho, o que había llegado el fin de los días en los que los ricos mandaban sobre los pobres por el simple hecho de serlo.

Recuerdan que el suyo era un pueblo tranquilo, que la gente trabajaba en el campo, que las mujeres jóvenes servían en la capital desde que no eran más que unas niñas.

Me cuentan anécdotas.

Un hombre que se llama Pepe y tiene ochenta y ocho años me dice que en agosto del 1931 fueron a otro pueblo a un concurso de sandías con una que pesaba sesenta y seis kilos con doscientos veinte gramos, y que llevaron la sandía en un carro de madera verde y rojo tirado por un caballo cruzado de árabe e inglés, y que, aunque no ganaron y quedaron en segundo lugar y no tuvieron premio, fue uno de los mejores días que recuerda porque entonces aún no había pasado nada malo y todos eran tan felices nada más que porque tenían una fruta de verano enorme, y que a menudo, después, se ha acordado de ese día, cuando ha tenido muchas cosas que no le han parecido suficientes y ha pensado que nunca valoramos nada de lo que tenemos hasta

que ya no lo tenemos, pero esto a usted no le vale de nada, ¿verdad? Y me encojo de hombros y le sonrío.

Otro que se llama Anastasio y que va en silla de ruedas me dice que tiene noventa y un años y me cuenta, y esto sí que me sirve, que al vicario, a don Valeriano, le pusieron una multa de las gordas (no recuerda cuánto) antes de las elecciones de 1933 (no recuerda cuándo) porque desde el púlpito, los domingos, pedía a los parroquianos que se afiliasen a los partidos de la derecha y que se enfrentasen a los republicanos, y que más tarde (sigue sin recordar cuándo), le cayó otra igualmente gorda (sigue sin recordar cuánto) porque volvió a utilizar el sermón del domingo para arengar a los feligreses contra la República, y que ya después, esto sí lo recuerda, cogió sus bártulos y se marchó del pueblo, pero entonces llegó el otro, que era de allí y era un crío y les costaba llamarle de usted porque le conocían desde que nació, y se puso a decir misa como si nada, y pedía calma, y ayudaba igual a unos que a otros, y unos y otros le apreciaban igual (mucho) porque los jóvenes habían jugado con él y los mayores le habían visto jugar con sus hijos, y se comportaba como si en realidad no estuvieran en guerra, de lo tranquilo que parecía todo el tiempo, y que cuando lo mataron todo el mundo se sorprendió y lo lamentó y muchos lloraron y fueron a enterrarlo en sagrado sin que nadie se opusiera, y vino un cura de no se sabía dónde y le hizo un funeral como Dios manda, sin esconderse de nadie, y nadie le hizo nada y le dejaron marcharse por donde había venido, porque el cura muerto era un hombre bueno que no merecía que le pasara lo que le pasó.

Una mujer que tiene ochenta y siete y se llama Dolores y tiene que apagarse el sonotone porque la pila no le funciona bien y se escucha todo el rato un pitido muy molesto, hasta que se lo desconecta, me dice que en 1932 fue con su madre a una charla que daba una señora muy guapa y muy moderna, que fumaba y todo, que hablaba sobre el papel de la mujer en la política y que salió de allí tan impresionada que le dijo que ella de mayor quería afiliarse al Partido Radical Socialista, porque la conferenciante había dicho que Clara Campoamor era de ese partido, y había dicho también que la tal Clara (que ella no sabía quién era entonces y tardó años y años en saberlo después) había sido la mayor defensora de que las mujeres pudieran votar, en contra de quienes pensaban que su voto estaría condicionado por la derecha, por la Iglesia o por sus maridos, y su madre se paró en seco, la miró fijamente y le arreó un bofetón que la dejó seca en mitad de la calle, y luego la abrazó y le dijo: «No vuelvas a decir eso en tu vida, la política sólo nos traerá desgracias, no teníamos ni que haber venido». Dolores guarda silencio un instante, me mira, me hace un gesto con la cabeza como preguntándome si quiero añadir algo, y me lo pregunta de viva voz:

—¿Quieres decir algo?

Le digo que no.

—Si quieres, tienes que tocarme el brazo, o algo, porque con el aparato apagado

no te voy a oír.

Insisto y niego con la cabeza.

Continúa.

—Mi madre tenía razón. Al acabar la guerra a muchas de las mujeres que habían venido con nosotras a esa charla las detuvieron, aunque muchas habían ido como si fueran a una excursión y, en realidad, cuando pudieron votar, votaron a la derecha. Pero igual se las llevaron. A mi madre también. La devolvieron con el pelo rapado al cero, y se murió de un ataque al corazón unos meses después, sin que le hubiera crecido el pelo del todo. No sabes cómo le picaba, cuando salía. Estoy segura de que el corazón se le paró por miedo, por miedo de lo que había visto mientras estuvo detenida y por miedo a que se me llevaran a mí. Yo tenía nueve años cuando fui a la charla, y trece cuando acabó la guerra. Nunca me hicieron nada, aunque a algunas niñas más mayores sí que les raparon el pelo.

Le toco el brazo. Se enciende el audífono.

—¿Y qué hizo usted, después?

—...

—Con lo de la política, digo. ¿Qué hizo usted?

—Me afilié al Partido Socialista en el setenta y siete, y fui concejala en el pueblo unos años después.

Sonreímos, las dos, satisfechas.

—Creo que es lo que mi madre hubiera querido.

—Yo también lo creo, Dolores.

Y Dolores se calla, definitivamente, y no vuelve a hablar hasta que le aprieto el brazo para decirle que me marchó. Cuando me voy, Dolores tiene los ojos húmedos. Yo también.

No es por esos ancianos que me retienen en su casa a fuerza de rellenarme el vaso con refresco, pero ahora sé cosas que antes no me permitía saber. No sé cómo las sé, pero ahí están, con tanta fuerza que parece que hayan estado dentro de mí toda la vida.

Sé por ejemplo:

Que siempre he sido una reprimida y una amargada, probablemente porque pensaba que no merecía que me pasaran cosas buenas y que, en cambio, tenía un inevitable poder de atracción para las penalidades.

Que yo misma soy responsable de que llegaran (las penalidades) porque la ley de la atracción había sido creada para mi persona: nadie más que yo era la responsable de que mis pensamientos negativos me trajesen de vuelta ondas negativas.

Que los problemas de los demás no son siempre menos graves que los míos.

Que permanecer dentro de una coraza te libra de muchos sufrimientos pero también te priva de muchas satisfacciones.

Que no merece la pena vivir pensando en los errores que has cometido ni dejar que te consuma el rencor.

Que es importante mantener el aprecio de las personas que te han querido y a las que quisiste.

Que es verdad que si das afecto recibes afecto.

Sé otras muchas cosas parecidas a estas. Seguramente por eso, y porque me distraigo con facilidad, llevo el cursor al botón amarillo de la parte izquierda del documento de Word en el que escribo el texto de mis entrevistas y se reduce hasta desaparecer por la parte derecha, abajo, de la pantalla del ordenador, y luego hago doble clic en la bola del mundo del Firefox que también está abajo, a la izquierda, y abro el Facebook, e introduzco mi clave, y busco los mensajes de Carmen y le contesto al que me escribió hace una semana.

Le cuento el libro que estoy escribiendo. Le digo que no es una novela, sino una especie de ensayo novelado, si es que existe ese género. Le hablo de Antonio Almenar, de su magnetismo, de su fuerza, del efecto que me está causando, y también le escribo sobre José Emilio, sobre su muerte absurda y, hasta ahora, incomprensible para mí, porque según parece nadie le odiaba tanto como para matarlo y fue la única muerte violenta que se produjo en el pueblo durante la guerra. Le digo que me noto más cambiada en estos meses que en los años que llevamos sin vernos, que me siento feliz, satisfecha, que me gusta relacionarme con las personas a las que entrevisto porque son sabias, aunque muchos no sepan hacer la o con un canuto. Escribo que la mayoría de las mujeres no saben ni leer ni escribir y las que saben lo han aprendido hace poco, y que siempre salgo de sus casas con la sensación de que además de enseñarme cosas que me son de provecho para mi trabajo, también aprendo de ellas, con ellas, por ellas, los verdaderos misterios de la vida. Le digo que tengo el síndrome de Estocolmo y pongo entre paréntesis unas carcajadas (jajaja) para que note que estoy bromeando, pero adaptado a la recopilación de testimonios orales, porque no puede ser cierto que una persona como yo, tan fría, tan espartana, se despida de cada entrevistado perdidamente enamorada, y luego pase días pensando en él, o en ella.

Le cuento que de todas las personas con las que me he visto, sólo dos han despotricado contra los asesinos de José Emilio (eran unos cobardes hijos de puta que mataron al cura porque no podían matar a Jesucristo), contra la República (lo que pretendían los republicanos era hacer de España una colonia de la Unión Soviética), contra los socialistas (unos ateos que sólo quieren dar derechos a los maricones y a las mujeres, que son unas putas para que puedan abortar), pero no me han aportado ningún dato que me ayude a averiguar cómo y por qué le asesinaron en realidad.

Le escribo que me sorprende encontrar a tantas personas que recuerdan aquellos años con la memoria distorsionada, como si la guerra no hubiese sido un suceso de tal

envergadura. Por ejemplo, le cuento que entrevisté a uno de los niños que estuvieron en las Colonias Escolares de los Huertos. Se llama Mariano Cambronero, y estuvo en Miraval desde el principio hasta que les evacuaron a todos. Llegó a los siete años y salió de allí con casi once. De Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona y de Barcelona a Panazol, un pequeño pueblo de Francia donde sobrevivió a la guerra mundial, pudo recuperar a sus padres, se enamoró, se casó, tuvo hijos y nietos y, prácticamente al final de su vida, se reencontró con todos aquellos recuerdos de infancia porque Panazol y Miraval se hermanaron y todos los años se organizaban intercambios escolares y culturales que le trajeron, de vuelta, a aquellas tardes de verano entre los huertos de naranjos.

Le entrevisto por teléfono, porque el presidente de la Asociación de Hermanamiento me facilita su número, después de repetirme cinco (o seis) veces vaya por Dios, menuda casualidad, menuda casualidad.

Eso es lo que me cuenta, lo que recuerda, no la tristeza de estar separado de su familia, de vivir en guerra, de tener que salir de la cama en pijama a esconderse de las bombas en las acequias de los campos, sino esto otro:

Que estudiaba aritmética, geografía, lenguaje, fisiología o historia general.

Que les enseñaban a dibujar y lo mismo les ponían un botijo delante y les decían: venga, a pintarlo, que les dejaban libertad para que expresaran en el papel lo primero que se les pasara por la cabeza.

Que una vez hicieron una exposición, en Valencia, con los mejores dibujos, y el suyo fue uno de ellos.

Que el cuarto de baño de los chicos era azul, y había unas perchas con el número de cada uno de ellos, y que en las perchas colgaban la bolsa de aseo con los cepillos o la pasta de dientes.

Que su número era el veintisiete.

Que la primera vez que fue al mar casi se murió del gusto.

Que a Valencia sólo fue en dos ocasiones: una a ver la exposición de dibujos y otra, al dentista, y que como el niño que entró delante de él se puso a gritar, él se escapó corriendo y lo atraparon en la calle.

Que les leían cuentos, como *Los tres cerditos* o *La vendedora de fósforos*, pero que también les recitaban a García Lorca, a Machado, a Alberti o a Juan Ramón Jiménez.

Que la canción que más le gustaba era una de la que no entendía ni papa, que se la aprendió de memoria y se la enseñó una maestra holandesa.

Que la canción se llamaba *Gaudeamus Igitur*, y que, a día de hoy, todavía es capaz de cantarla.

Que de merendar les daban chocolate crudo, o leche condensada untada en pan.

Que lo que más les gustaba comer era la carne rusa que venía en lata. Que nunca

ha vuelto a probar una delicia semejante, ni la de las vacas lemosinas, fíjese lo que le digo.

Que lo peor era el aceite de hígado de bacalao.

Que había inventado un código con su padre para la correspondencia familiar que se escribían cada sábado: si las letras estaban bien abiertas, era que algo malo pasaba.

Que él nunca, nunca, nunca, dejó sin cerrar ninguna vocal, porque todo lo que allí pasaba era maravilloso.

Que una vez pasó mucho miedo porque fueron tres milicianos a buscar al director, don Miguel.

Que se bañaron en la alberca, y se marcharon de allí de mala manera, porque don Miguel les obligó a irse.

Que al día siguiente les dijeron que el cura, que a veces también iba a verles, había aparecido muerto en una acequia.

Que al siguiente sábado estuvo tentado de dejar abierta una letra.

Que no lo hizo.

Que era feliz.

Le digo a Carmen que uno de los que entrevisté murió unas semanas después y estuve varios días llorando la pérdida. Le cuento que era previsible, que en la grabación se escuchaban los pitos de sus pulmones cada vez que respiraba, que él también sabía que le quedaba poco tiempo, pero que se le veía contento, contento con la vida que había vivido, satisfecho de no haberse dejado llevar por la ira ni por el rencor. Se llamaba Daniel y me contó cosas sobre los padres de José Emilio, que no me sirvieron ni mucho ni poco pero que me ayudaron a hacerme una composición de lugar de cómo fue su infancia, su educación, siempre temeroso de Dios y aceptando la idea de hacer bien al prójimo como una obligación y la de pensar en uno mismo como un signo inequívoco de indignidad; por él supe también que José Emilio fue un buen sacerdote, íntegro, satisfecho de su fe, y convencido de que gracias a ella podría hacer muchas cosas para mejorar la vida de la gente.

Cambio de tema. No te quiero aburrir, le digo.

Trato de contarle algo divertido de mi vida en estos años, pero no hay mucho donde elegir, que si una vez fui en el metro con un saltamontes en la cabeza que se me debió de colocar ahí mientras esperaba en el andén y nadie me dijo nada aunque todo el mundo me miraba (con esto le quiero decir que la gente no es de fiar); que si una vez me fracturé el tobillo porque me caí en el penúltimo escalón de una escalera (con esto le quiero decir que he tenido mala suerte); que si una vez llevé la comunicación de un festival de música y conocí a James Brown, pero no me entendí con él porque el inglés escribirlo lo escribo bien pero al hablarlo la fastidio (con esto le quiero decir que soy una zopenca).

Me despido de ella todo lo cariñosamente que puedo. Quiero que me cuente por

qué se distanció de mí, qué le hice, qué pasó entre nosotras, pero me doy cuenta de que no me lo quiere contar y yo quiero que esté en mi vida, me alegro de haberla recuperado. Se lo digo. Le mando un beso. Le digo hasta pronto. Y a los pocos minutos recibo su respuesta.

Hace cinco minutos

Carmen López

Natalia:

No dejo de pensar que cuando nos conocimos, a la edad en la que nos conocimos, pocos tienen claro lo que quieren hacer, pero tú querías ser escritora y estudiar periodismo... Conozco a mucha gente que ha cambiado de carrera, que ha estudiado obligada (yo misma), que lo ha dejado a mitad (yo misma), que se dedica a cosas nada relacionadas con sus estudios etc. Tú habrás conocido a mucha gente que lo ha intentado y a otra mucha que lo habrá conseguido, pero yo sólo conozco a una chica que creía, amaba y le gustaba la literatura como a ti. Sí que he conocido a mucha gente a la que le gusta leer (cómo no, si soy bibliotecaria!!). Incluso a gente que gustándole leer me ha expresado, así en general, que escribir tiene que ser muy bonito y gratificante pero hacerlo bien muy difícil (yo es que soy muy de verlo todo fácil y posible..., a menudo me equivoco, claro), pero bueno, has perseguido tu sueño, has sabido hacerlo es evidente que sabes escribir, pero también sabes qué escribir, cuándo hacerlo, y dónde (me refiero para quién). No sé si este libro lo leerá mucha gente o poca, pero de lo que estoy completamente segura es de que tú, amiga mía, eres una escritora. Ya lo eras antes, cuando escribías esos relatos en el instituto. Todavía me acuerdo de ese cuento sobre una chica gordita a la que nadie miraba, porque pasaba desapercibida, hasta que un día empezó a salirle un grano enorme en la nariz, y fue creciendo y creciendo hasta que la internaron en un hospital, y se convirtió en un fenómeno de feria. ¿Te acuerdas tú? Me impactó una cosa que ella decía, algo así como que nadie la había visto nunca y que ahora que pagaban por verla se iban de la misma manera, sin haberla visto, porque no podían ver lo esencial, lo que ella era en realidad. Yo me sentía igual entonces, pensaba que nadie, ni siquiera tú, que eras la persona que más me conocía, sabía lo que en realidad había dentro de mí, escondido. Yo misma, a veces, creo que tampoco lo sabía.

Le contesto.

Hace un minuto

Natalia Soler

¿Y qué era eso que ocultabas? Cuéntamelo.

Pasan horas. No hay respuesta.

José Emilio

José Emilio Almenar vivió con intensidad los días previos al estallido de la guerra civil. Los años previos, mejor dicho. Aunque no creía en las premoniciones, o, al menos, no en las premoniciones de los hombres normales y corrientes (y él se consideraba uno de ellos, a pesar de vestir con sotana y alzacuellos), estaba convencido de que las cosas no podían seguir por ese camino. Y eso que él, en secreto, se había alegrado de la llegada de la República, aunque no les había votado porque no tenía edad, y había salido a la calle a festejar, o a ver cómo festejaba la gente, el fin de la monarquía, de la opresión, y la llegada de la esperanza, de la justicia y la modernidad. Se coló entre la multitud que enarbolaba banderas tricolores, orgulloso de lo que estaba viendo a pesar de que no agitó nada ni cantó el himno de Riego, mucho menos cuando escuchó lo que la letra anunciaba: si los curas y frailes supieran la paliza que se van a llevar subirían al coro cantando libertad, libertad, libertad.

No le hizo gracia ninguna, y quizá fue ese el primer momento en el que pensó que las cosas no acabarían saliendo como auguraba ese día de fiesta, ese día de primavera, en el que todo parecían promesas de felicidad, y los hombres cantaban y las mujeres bailaban y los niños correteaban por las calles a la manera de los niños, felices de ver la felicidad, contentos por compartirla, pero sin saber demasiado bien qué era lo que se estaba celebrando.

¿Y qué era lo que se celebraba? A José Emilio le parecía que era la ilusión por las cosas que cambiaban. En ese momento, nadie podía saber que dos años después el informe del fiscal de la República diría que en ese período se habían producido más de quince mil huelgas, que el terror acabaría campando a sus anchas y que quienes prometían justicia terminarían siendo también injustos, y, como no lo sabían, de lo que se alegraban era de ser libres, de que ya nadie mandara sobre ellos, de que las mujeres fueran a tener los mismos derechos que los hombres, de que todos los niños pudieran ir a la escuela, porque la educación les daría la posibilidad de tener un futuro mejor, más digno, y el hijo del campesino, o del carbonero, o del pastor, no tendría por qué ser campesino, o carbonero, o pastor.

Y se entusiasmaban también porque las niñas no tendrían que ser o costureras o sirvientas o mujeres de sus maridos, y podrían ser maestras, o, ¿por qué no?, médicas, o abogadas, o políticas, y se acabaría el caciquismo, y todo sería de todos, y podrían decir lo que se les pasara por la cabeza sin temor de que se los llevaran presos porque a alguien no le pareciera bien lo que estaban pensando. Algunos también se regocijaban porque la República era el primer paso para acabar con el poder, con el control del Estado, y proclamar la anarquía, y otros, que culpaban a la Iglesia de todos sus males, y estaban entusiasmados porque podrían gritar arengas contra curas,

monjas, frailes y otros religiosos, para espanto de José Emilio, que lo único que hacía, aparte de rezar y administrar sacramentos, que era lo que le correspondía como coadjutor auxiliar, era ayudar en lo que podía al que lo necesitaba.

Por ejemplo:

Por las mañanas, cuando acababa el culto en su parroquia (San Miguel y San Sebastián), iba a la Casa de la Caridad, en el Paseo de la Pechina, frente al río Turia, y no se marchaba de allí hasta asegurarse de que todos los pobres sin techo bajo el que guarecerse habían comido o retiraban del ropero algo para abrigarse, y si había niños, se entretenía hablando con ellos y les preguntaba si sabían leer o escribir y, les decía si venís mañana traeré unos lápices, y al día siguiente volvía y llevaba lapiceros y hojas y les enseñaba a escribir sus nombres y al día siguiente les enseñaba otras letras, y así había formado un pequeño grupo de chavales que al menos sabían garabatear que se llamaban Mario Guillem, o Carlos Marzo, o José María Chamorro.

Por las noches, después de la última misa, regresaba de nuevo, ayudaba con el servicio de cenas y no se iba hasta que todos estaban en el catre.

Los pocos domingos que iba a comer a casa de sus padres se llevaba libros de la biblioteca de la iglesia, y hacía correr la voz de que leería a las cinco de la tarde en el patio de la casa, y a su alrededor se arremolinaba la gente, que después de oírle un buen rato leer, por ejemplo, las vidas de los santos, le tendían con timidez un ejemplar de *El Pueblo* de hacía varios días, o uno de *El Mercantil Valenciano*, o, muy raras veces, uno de *La Libertad*, y él los leía y no les decía que en el talego llevaba los ABC de toda la semana junto a una Biblia y un misal, porque sabía que a ellos no les interesaba lo que contase la derecha, que estaban hasta el gorro de la religión y que esa mañana, la mayoría por obligación, ya habían estado escuchando a don Valeriano, que con la República se había desatado y aprovechaba sus sermones para despotricar contra los socialistas, los anarquistas, los cenetistas, los republicanos en general y, sobre todas las cosas de este mundo, contra los comunistas.

Pero hasta que llegaron las quemas de los conventos, un mes después de esa mañana primaveral, José Emilio simpatizaba con ellos, porque prefería que cada uno tuviese un poco a que unos pocos lo tuviesen todo, y estaba secreta y firmemente convencido de que si Dios Nuestro Señor enviase de nuevo a la tierra a su hijo en estas fechas Jesucristo sería comunista convencido porque, ¿acaso no era eso lo que venía a decir el milagro de los panes y los peces? Eso quedaba probado cuando después de hacer el prodigio de la multiplicación, se dirigió a sus apóstoles y les dijo:

—Bienaventurados todos aquellos que han sido perseguidos, que serán perseguidos por mi nombre, porque ellos heredarán la gloria del cielo, bienaventurados aquellos a los que ultrajan, aquellos a los que maltraten y maldigan, porque ellos heredarán la tierra.

Y a continuación, prosiguió:

—Todo lo que deis en mi nombre, aunque sea un vaso de agua, no quedará sin recompensa, porque Dios es justo y misericordioso.

Y además añadió:

—No acumuléis riquezas en la tierra, donde el robín y la polilla las corroen y las corrompen, acumulad riquezas en los cielos, porque donde está vuestro corazón está vuestra riqueza, acumulad las riquezas en el cielo, porque esas son eternamente para siempre.

Y por último:

—Que vuestra mano esté siempre para dar limosna, porque Dios ama tanto a los pobres que no hay palabras que puedan comprender ese amor. No os deis a la avaricia y a la usura, porque eso os hará caer a lo más hondo.

Y también tenía como prueba la Eucaristía. Ay, la última cena. Distinto hubiera sido si se hubiera comido él solo todo el pan y bebido todo el vino, por más que fuera su cuerpo el que iba a ser entregado por ellos mismos para el perdón de los pecados. Pero él dijo:

—Tomad y bebed todos de él porque esta es mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros para el perdón de los pecados.

Es decir: Jesucristo era perdón y amor, amor por los pobres, por los perseguidos, por los que no tenían nada más que hambre y sed, y él, con humildad, estaba dispuesto a hacer lo que creía que Dios haría si estuviera en la Tierra, esto es, amar, comprender, compartir, consolar, ayudar, perdonar.

Pero con lo de las quemadas no pudo. No podía comprender ese odio terrible, por más que él mismo había conocido sacerdotes que no pensaban como él y que quizá no actuaban como él actuaba y que seguramente preferían acumular las riquezas de la tierra, por mucho que el robín y la polilla las corroyeran y las corrompieran y, aparentemente, les importaran bastante poco los pobres a los que Dios (y él mismo) tanto amaban. Haberlos, los había. Él no lo iba a negar. Pero al proclamarse la República, las pastorales de los superiores invitaban a la obediencia al nuevo gobierno, y recomendaban a sus ministros paz y tranquilidad para afrontar la nueva situación. Aun así, al cardenal Segura, que era arzobispo de Toledo y primado de España, lo expulsaron ilegalmente del país, lo mismo que al obispo de Vitoria, monseñor Múgica, porque en sus circulares habían incluido un mensaje de agradecimiento al rey, según decía el *ABC*.

No le entraba en la cabeza ese ensañamiento, ni comprendía qué motivo podía llevar a ningún ser humano a sacar una imagen de una iglesia, desvestirla, someterla a tocamientos obscenos, escupirla, ahorcarla o quemarla. Cuántas obras de arte se destruyeron, y cuántas se destruirían en adelante. Cuánto le dolía. Pero lo peor de todo ese terror callejero no era que quemasen un cuadro y asustasen a los religiosos, qué va, lo peor, lo peor de todo, era que los grupos violentos asaltaban y quemaban

templos, conventos, colegios y asilos a los que asistían únicamente niños y ancianos que no tenían otro sitio adonde ir a educarse o a esperar la muerte, y los dejaban desamparados quienes debían mirar por ellos. Había quien decía, entonces, que lo que los republicanos no podían consentir era que los pobres fuesen amigos de la Iglesia, y también quien sostenía que lo que pretendían era dejar al pueblo sin fe, puesto que un pueblo sin religión era un pueblo fácilmente dominable.

Un año después, Pío Baroja, en los periódicos, se lamentaba:

—En un año de República hemos tenido más muertes que en los últimos cuarenta años de la monarquía.

A José Emilio le dolían todas las muertes, no sólo las violentas, también las tranquilas, las que te pillaban en el campo, o en la cama, o en la plaza, las que venían tras una enfermedad larga y dolorosa, o las que llegaban de repente, las de los mayores y las de los niños (especialmente las de los niños), porque, aunque creía en la vida eterna y en el Paraíso, lo que sabía a ciencia cierta era que aquí, aunque viviésemos en un valle de lágrimas, estábamos bien porque teníamos a nuestro lado a la gente a la que queríamos, y a veces pensaba que cuando estuviésemos en el cielo nos queríamos todos igual, lo mismo a un hijo que a uno que te caía mal en vida, y esa idea no le hacía demasiada gracia. Cuando pensaba esas cosas, se sentía indigno de llevar el mensaje de Dios Nuestro Señor, pero a continuación se decía lo mismo que cuando la boda de Cristina (que Jesús no invitaba a personas perfectas a seguirlo de cerca, sino a hombres y mujeres humildes y honestos, y que él era una vasija de barro que Dios moldearía a su voluntad, etcétera), y entonces se consolaba.

Le dolían todas las muertes, pues, pero las que más daño le hicieron en ese momento, más que las de los mártires que estaban siendo asesinados por los grupos violentos ante la pasividad del gobierno, fueron las de los campesinos de Casas Viejas, en Cádiz, primero porque fue el propio Azaña quien, al parecer, dio la orden; segundo, porque trataron de manipular al pueblo, cayendo ellos mismos en lo que tanto habían criticado, y tercero, porque todos aquellos muertos representaban lo más profundo de la lucha de clases, esa diferencia abismal, marcada a base de años de miseria, de explotación, de injusticia y de poca caridad cristiana.

Poco después, José Emilio Almenar, que leía sobrecogido las informaciones y se había, incluso, comprado el libro que publicó Ramón J. Sender en 1934 titulado *Viaje a la aldea del crimen*, habría muerto de manera tan injusta como los jornaleros de Casas Viejas.

Natalia

Nunca nadie se ha enamorado de mí. Lo pienso muchas veces. Algunas me pone furiosa. Otras, me entristece pero, en general, hago como que me da lo mismo. He aprendido a no preguntarme qué es lo que hay de malo en mí, qué es lo que hace que nadie se acerque lo suficiente como para quererme, qué hago mal, por qué otras personas evidente y objetivamente peores que yo tienen a alguien que las adora por encima de todas las cosas. Tengo ejemplos a montones:

Mi prima hermana, Antonia. Lleva diecisiete años casada con Fabián, un argentino que llegó sin papeles y que los consiguió a través del matrimonio. Ella era una mujer guapa, inteligente, activa y llena de proyectos, pero se quedó embarazada a los dos meses de una boda que, en principio, sólo se había realizado para que a él no le mandasen de vuelta a un país en el que no tenía donde caerse muerto. Tuvo gemelos, Claudio y Marcelo. No recuperó el peso ni el buen humor, porque los niños se llevaban toda su energía y todo su tiempo. Cuando los pequeños tenían año y medio, volvió a quedarse embarazada, esta vez de una niña, Edith Naomi, y renunció definitivamente a trabajar porque la niñera les costaba más de lo que ella ganaba. Fabián, que escogió los nombres de los tres niños y enseñó a mi prima a cocinar comida criolla, montó un negocio de representación artística para las fiestas patronales, en verano, de esas que lo mismo te llevan a Los Pecos que a David Civera a cantar a la plaza del pueblo, según el dinero del que dispongan los festeros. Mi prima se quedaba siempre en casa, con los críos. Y en verano, Fabián los empaquetaba al apartamento de Cullera para que estuvieran frescos mientras él se pasaba esos tres meses trabajando sin parar. O eso le decía a su mujer. La realidad era que estaba liado con una de las *vedettes* del espectáculo, que se llamaba (y se llama). Encarna pero se hace llamar por su nombre artístico, Trudi (de Trudi Ventura). Antes lo había estado con Lina Lirio, Greta Monroe, Licia Rey y Mary Monty. Cuando ella se enteró, Fabián le pidió perdón y aprovechó para explicarle lo de todas las demás. De paso, le dijo que no estaba enamorado de ella, pero que, si ella le perdonaba, nunca la dejaría porque para él tener una familia era lo primero. Ella le perdonó, y él, en un alarde de sinceridad sin precedentes, le anunció su intención de seguir estando con otras mujeres, porque era su naturaleza. Antonia siguió con él, porque le quería.

José Manuel Guzmán, un compañero de la facultad, estuvo enamorado de Ana Valiente desde el primer día de carrera hasta la fecha, que se sepa. Ella es una cretina engreída que se creía que por ser guapa iba a triunfar en la televisión, y estaba en lo cierto, porque en tercero empezó a presentar la desconexión de los informativos de Televisión Española y antes de acabar el curso ya daba las noticias en Canal 9 los fines de semana; de ahí pasó al telediario de las nueve y, a continuación, la fichó Antena 3, donde se encargó de conducir magazines, concursos y programas

especiales, y ahí sigue. La fama no la ha transformado porque ella ya era suficientemente estúpida antes, así que nosotros, los amigos, en general, y José Manuel Guzmán, en particular, no notamos grandes cambios. Durante los primeros años, se enrollaron varias veces, cuando ella no tenía otra cosa mejor que hacer. Luego, cuando se hizo popular y empezó a ganar tepés de oro y demás, a José Manuel se le acabó la suerte. Nunca ha tenido pareja. Si le preguntas por qué, te dice que porque sigue enamorado de ella. Si le preguntas por qué, te dice que porque es maravillosa. Si le preguntas por qué, la conversación termina en este punto: no me toques los cojones, ya te he dicho que la quiero.

Andrés Rambla, que no era mi amigo pero le conocía porque solía entrevistar a algunos de mis clientes en Comunicarte, supo que su hijo pequeño no era su hijo sino de su hermano cuando su mujer y su hermano le dijeron un domingo, en la sobremesa de la paella familiar, que estaban enamorados, que llevaban años amándose en secreto, que se habían dado cuenta de que eran jóvenes y merecían ser felices. Andrés, profundamente enamorado de su mujer y sin fuerzas para enfrentarse a su hermano, no tuvo mejor idea que la de llamar la atención y dar pena y quiso suicidarse con unos cuantos barbitúricos mezclados con whisky, convencido de que le descubrirían antes de que las pastillas le hiciesen efecto, si es que se lo hacían, porque había tomado muy pocas, pero perdió el equilibrio, se resbaló, se cayó, se golpeó la cabeza con el pico de una mesa y murió. Lo último que le dijo, antes de lo de las pastillas, fue que se lo pensara bien, que podían seguir juntos, que la quería.

Isabel Montesinos, mi vecina, llora casi todas las noches porque su novio, que vive en Sevilla, no la llama nunca y cuando ella le llama no tiene tiempo para hablar, y cuando él viene a verla no duermen ni ellos ni yo, porque su dormitorio está pared con pared con el mío y se pasan la noche follando como locos. Ella le dice que le quiere y él no suele contestar, y, a veces, la oigo protestar: ya sé que me deseas, me gustaría saber que me amas, y se pelean porque a él no le gusta que le fuerce una declaración. Las peleas, cuando están juntos, siempre acaban en la cama, con su cabezal dando golpes contra mi tabique. Y cuando no están juntos, a veces él nos despierta a las cuatro de la mañana, porque acaba de volver de fiesta y está cachondo y le apetece tener sexo telefónico, y lo tenemos, los tres. Una vez ella le dijo: me tratas como a una puta, para variar podías tratarme como tu novia, y él le contestó: si sólo tienes quejas de mí, no sé por qué sigues conmigo. Y ella le dijo: porque te quiero.

Anna Sena, amiga de una amiga, lleva cinco años liada con un hombre casado. En este período de tiempo, la mujer de él se ha quedado preñada tres veces. Dos embarazos han llegado a término y uno se ha malogrado por el camino para disgusto de los futuros padres, pero Anna ha tenido que abortar dos veces en una clínica porque a él no le gusta hacerlo con preservativo y no quiere tener hijos fuera del

matrimonio. Siempre le está prometiendo que se va a separar, pero no sólo no lo hace sino que desaparece cuando menos se lo espera para llevar a sus hijos a EuroDisney, a su mujer a las Seychelles, o para irse de caza con sus amigos, y cuando ella le presiona para que regularice su situación, él amenaza con dejarla a ella, y ella recula y le pide por favor que no la abandone, porque le quiere.

Mi madre no deja que su novio, el dominicano, suba amigos a casa, ni que beba cerveza en la botella, ni que vaya al fútbol, ni que tenga el mando de la tele porque en su casa, dice, manda ella.

La dueña de la bodega donde compro el vino no permite que su marido atienda a las clientas que aparentan tener menos de veinticinco años, y si lo hace, le echa unas miradas que nos avergüenzan a todos.

La otra noche fui a cenar a un vegetariano de la calle San Ramón, detrás de mi casa, y una chica se puso a gritarle a su pareja porque le había llenado más de la mitad la copa de vino. Le dijo eres un burro que no tiene ni idea de protocolo, como si en lugar de en un restaurante de barrio con manteles de papel a cuadros estuvieran en El Bulli. Él le pidió perdón. Ella estuvo malhumorada toda la cena.

Una vez, en la cola del cine, vi cómo un hombre llamaba estúpida a la mujer que le acompañaba porque se había dejado el bolso en el coche. Si me rompen el cristal me lo pagas tú, y ella respondió claro, claro.

Otro día escuché una conversación en el metro. Una chica que no era especialmente guapa le contaba a otra por teléfono que no sabía cómo cortar con su novio, que era buen chico y la trataba muy bien y tenían buen sexo, pero que era feo con avaricia y además no pronunciaba las erres, y la avergonzaba mogollón. Hubo un silencio que yo interpreté con una pregunta de la otra (¿y por qué no le dejas?), y ella volvió a hablar y dijo porque cuando se lo sugiero se pone a llorar como un crío y me dice que me quiere más que a nadie y me da como pena dejarlo.

Podría seguir, pero mejor paro. Lo que quiero decir es que yo nunca le he hablado mal a nadie en público ni tampoco en privado, porque soy seca, pero no maleducada. Mis amigos, alguna vez, me han dicho que parezco prepotente, soberbia y algo pedante pero que al poco de conocerme cualquiera se da cuenta de que no es más que una pose, una coraza para protegerme quién sabe de qué, o por qué.

No tengo muchos amigos. Unos cuantos nada más, casi todos de la época de la facultad y alguno que se ha ido añadiendo por el camino, no sé, de un curso de inglés, de la vez que más tiempo duré apuntada en el gimnasio, de vernos por el barrio, pero casi todos se han casado, o se han emparejado, y han tenido hijos, o se han ido a vivir fuera o el trabajo les absorbe.

Ahora que están empezando a separarse, tengo más vida social. Mis amigas, que llevaban años sin llamarme para salir con la excepción de la comida de Navidad, quedan conmigo cuando los hijos les tocan a los ex, y vamos al cine, o a cenar, o al

cine y a cenar, o a tomar una copa por el Carmen. En general, me usan como paño de lágrimas. No me importa. Para eso están los amigos. A veces me canso de oírlas, pero no es culpa de ellas, no saben que cada sábado salgo con una distinta y todas me cuentan lo mismo: que si echan de menos a los críos cuando se los lleva, que si también están mejor porque encuentran más tiempo para ellas, que si él está con otra, que si ya estaba antes, que si es un cabrón, que si es un hombre maravilloso, y lloran y luego van al baño para recomponerse el maquillaje, y vuelven como si no hubieran llorado, y entonces hablamos de cualquier otra cosa, y tratamos de enderezar la noche, y eso me entenece, me entenece ese esfuerzo por aparentar que las cosas van bien, porque eso es lo que mejor se me da: aparentar que nada me afecta, que puedo con todo, que todo está en orden.

Mis amigos, los separados, me llaman menos para salir. Ellas dicen que es porque los tíos, cuando se separan, lo único que quieren es tirarse lo primero que se les pone por delante, y es verdad, porque una noche cené con Lorenzo Prieto, que lo ha dejado con su mujer después de nueve años de casados, y acabamos en mi casa, pegando un polvo que no pasará a la historia de los polvos, porque él se confundió varias veces de nombre, ninguno el de su mujer, que se llama Lola, y me llamó Andrea, Julia, Rosa e Isabel, y como había bebido le costó Dios y ayuda penetrarme, y estuvo torpe y yo, en esas circunstancias, tampoco me concentré. Se quedó a dormir, y por la mañana me dijo, avergonzado, que lo que había pasado era culpa del alcohol, que me apreciaba y me respetaba y me pedía por favor que olvidara esa noche desastrosa. Le dije que sí. No he vuelto a verle.

Si hago memoria, casi todas mis experiencias han sido así, más o menos. No me refiero a que sólo me haya acostado con borrachos que al día siguiente se arrepienten: es que todas han sido penosas.

La primera vez tenía veintidós años. Él se llamaba José Antonio. Fue un desastre. Volví a verle, pero no tuve nada más con él.

La segunda, dos años más tarde, en el viaje de fin de curso de carrera, en la playa de las Américas. Él era camarero. Sabía lo que hacía. No volví a verle.

La tercera, con un compañero de trabajo, un verano que fui becaria. Hubo una cena de despedida. Bebimos. Lo hicimos en el coche. Fue incómodo y rápido. No volví a verle.

La cuarta. La cuarta duró varios meses, casi un año. Él estaba casado, y me juró que dejaría a su mujer. Lo hizo, pero no por mí. Se separó para irse a vivir con su primer amor, con la que se reencontró una mañana, por casualidad, en El Corte Inglés. Así que, aunque sexualmente fue de lo mejor que me ha pasado, podemos concluir que fue un desastre, entendiendo por desastre el hecho inequívoco de que nunca me quiso.

La quinta fue Lorenzo.

Tengo cuarenta y dos años y sólo he estado con cinco hombres. Lo más romántico que nadie ha hecho por mí ha sido preguntarme si quería un vaso de agua después de hacer el amor y traérmelo sin esperar mi respuesta. Nunca me han querido, nadie nunca se ha vuelto loco de amor por mí y me pregunto si yo habré estado enamorada alguna vez. Me pregunto también si es que no me lo merezco, si hay algo en mí, dentro de mí, que hace que la gente mantenga conmigo una distancia de seguridad para no acercarse demasiado, o si es que soy yo misma quien les aleja. Sólo ha habido dos personas a las que no les importó estar tan cerca, tocarme, permitirme que les tocara. Una fue Carmen. La otra, Antonio Almenar.

Antonio

El veinte de mayo de 1944, Antonio Almenar subió la escalerilla del *Franconia*. Era un buque de pasajeros italiano que había sido apresado por los aliados poco antes, y que, a ellos, acostumbrados a vivir en el desierto, les parecía un lujo. Disponían de camarotes para los pasajeros, hamacas en las cubiertas e, incluso, salones de juego, aunque Antonio apenas si pudo disfrutar la travesía, porque se pasó todo el viaje vomitando en cubierta, mareado perdido. Lo primero que le viene a la cabeza es eso, el mareo. Y también que el día que embarcaron hubo una plaga de saltamontes en el puerto, y los insectos se colaron por todos los rincones, en los coches, en el barco, en la ropa, en los petates, y muchos se acordaron de las plagas bíblicas, pero no se atrevieron a decirlo en voz alta por temor a que los demás se rieran de ellos.

Pero lo que más recuerda Antonio de ese viaje que duró once días y que a punto estuvo de terminar de mala manera cuando se cruzaron con un submarino alemán, fue la emoción de ver España cuando el barco pasó por el estrecho de Gibraltar.

Alguien gritó:

—¡Mirad! ¡Si se ve Sierra Nevada!

Y todos corrieron hacia las barandillas para ver, a lo lejos, los picos nevados. Algunos lloraron un poco. Otros se pusieron a silbar el himno de Riego. Todos sintieron que estaban cerca, más cerca, cada vez más cerca. Antonio, de forma instintiva, se tocó con la mano la bandera republicana que llevaba cosida en el hombro. Se la había dado Amado Granell, junto a otras más grandes, que colocaron en cada uno de los carros de combate.

El barco atracó en la desembocadura del río Clyde, en Greenock. Al abandonar la nave, ninguno sabía que dos meses más tarde desembarcarían en las playas de Normandía, librarían batallas épicas en Alençon o Écouché, recorrerían en un solo día los doscientos diez quilómetros que les separaban de París, serían los primeros en entrar en la ciudad para liberarla, y también los últimos en penetrar en el Nido del Águila, el refugio de Hitler en los Alpes.

Muchos eran, también, quienes después de seis meses de entrenamientos en Marruecos, desconocían el destino final, dónde les había llevado ese viaje que comenzó días atrás, pero que, en realidad, para cada uno de ellos había empezado años antes.

Antes, en Jerez de la Frontera, en Canarias, en Barcelona, en Asturias, en Valencia.

Antes, en España.

Antes, en Francia.

Antes, en África.

Los alemanes habían ocupado París el 14 de junio de 1940, tras una guerra

desigual y desastrosa. Tres días después, el mariscal Pétain anunció un armisticio entre el Tercer Reich y el gobierno francés que se firmaría el 22 de junio en un vagón de tren estacionado en Rethondes. No era un vagón cualquiera. Era el mismo en el que el 11 de noviembre de 1918 se firmó el tratado que puso fin a la primera guerra mundial, perdida por los alemanes. En ese mismo escenario, Hitler quiso representar no sólo la derrota de Francia, sino lo que él creía que sería el fin de Europa, e incluso del mundo, tal como se conocía hasta ese momento.

Se trataba de un texto breve, que en sólo veinticuatro artículos entregaba en bandeja el sesenta por ciento del territorio y los refugiados que se encontraban en él. Obligaba a los franceses de la zona ocupada a colaborar con el ejército alemán en aquello que se les requiriese y, al gobierno, al mantenimiento del ejército alemán, pagando una media de cuatrocientos millones de francos diarios. En la zona libre quedaba un ejército compuesto por cien mil hombres privados de armamento pesado y de aviación de guerra. Allí se situó el general De Gaulle, quien desde Inglaterra advirtió a los franceses:

—Esta guerra no se limita al territorio de nuestro país. Esta guerra es una guerra mundial.

Y, a continuación, arengó a los franceses libres:

—¿Ha sido dicha la última palabra? ¿Debe desaparecer la esperanza? ¿La derrota es definitiva? ¡No! Francia ha perdido una batalla, pero no la guerra.

El capitán Philippe François Marie de Hauteclocque fue uno de los primeros en acudir a su llamada para ponerse al servicio del ejército de la Francia Libre. Dos meses más tarde, el capitán Hauteclocque había desaparecido bajo la identidad del comandante François Leclerc y el 6 de agosto volaría hacia África con la orden de comenzar la liberación de Francia recuperando su imperio.

Muchos españoles que se habían enrolado en la Legión Extranjera, se unieron al movimiento de la Francia Libre, y en pocos días consiguieron dominar más de dos millones cuadrados de territorio y tres millones de habitantes, desafiando a las tropas superiores en número, al tiempo, a los cocodrilos y a los mosquitos. Camerún, el Congo y el Chad pertenecían a la Francia Libre liderada por Leclerc, mientras que en la madre patria los franceses se plegaban a las exigencias alemanas y entregaban a los refugiados a Hitler y a Franco.

Esto fue lo que le ocurrió a Lluís Companys, el último presidente de la Generalitat catalana antes de la guerra:

No quiso huir de Francia cuando se firmó el armisticio porque no había perdido la esperanza de reencontrarse con su hijo desaparecido en la confusión de un bombardeo, aun sabiendo que con eso ponía en serio peligro su vida, y fue apresado por Pedro Urraca, un terrible cazador de rojos que actuaba con el sobrenombre de *Unamuno* y que llevó a la Gestapo hasta Companys en agosto de 1940.

Unamuno —es decir, Urraca— trasladó personalmente a Companys hasta la prisión de La Santé, en París, le interrogó y allí mismo le comunicó un destino que se cumpliría en España dos meses después. El 15 de octubre de 1940, el presidente caía abatido por las balas frente al pelotón de fusilamiento en los muros del foso de Santa Eulàlia, en el castillo de Montjuïc.

Companys se enfrentó a los verdugos sin venda en los ojos y sin zapatos, pues quiso morir mirando de frente, no a sus asesinos, sino a la luz pura y limpia del alba de su país y pisando su tierra, y sus últimas palabras sonaron altas y claras antes de que los fusiles dispararan su carga mortal:

—*Assassineu a un home honrat*^[8].

Y aún le dio tiempo a añadir una frase premonitoria:

—*Tornarem a lluitar, tornarem a patir, tornarem a vèncer*^[9].

Fue enterrado en la fosa común de la Pedrera de Montjuïc.

Pedro Urraca también vigiló a Manuel Azaña con la intención de llevárselo a España para que los militares le dieran lo suyo, es decir, para que le fusilaran, y con ese propósito le siguió hasta su último refugio, el Hôtel du Midi, en Montauban. Allí, las complicaciones de una gripe mal curada y graves problemas cardiacos, junto a la tristeza infinita de ver en qué se había convertido su patria, se adelantaron a los planes de Unamuno.

Ya que no podían enterrarlo en una fosa común, como hacían con todos sus enemigos, los franquistas obligaron a Pétain a no permitir que Azaña fuese sepultado con honores de Estado, y exigieron que su féretro quedase cubierto por la bandera roja y gualda, y no por la de la República. Pero, con todo y con eso, tuvo su homenaje, aun después de muerto, y en la habitación del hotel presidió su velatorio, orgullosa, la bandera tricolor. Cuando la comitiva salió a la calle, su escolta, Juan Gregory de Valdés, cubrió el ataúd con los colores de México, y guardó la bandera española sin saber que lo haría, guardarla, durante sesenta y ocho años, y que de vez en cuando la haría ondear en el balcón de su casa sin que sus hijos supieran cuánto significado tenía para él ese trozo de tela roja, amarilla y morada, hasta que por fin, podrían devolverla a España con los honores que no tuvo quien fue su presidente.

Unamuno fue quien comunicó, contrariado, el fallecimiento de Azaña al gobierno de Franco, al que la muerte natural del ex presidente le arrebató la oportunidad de ajusticiarlo tal como le hubiera gustado.

Conocedores o desconocedores de estos detalles, quién sabe, decenas de españoles, obligados por las circunstancias a formar parte de la Legión Francesa, desertaron de las órdenes de Pétain y recorrieron el desierto para unirse a Leclerc. Antonio Almenar era uno de ellos.

Dos años más tarde, las tropas de la Francia Libre ya habían conquistado importantes plazas africanas, como el oasis de Kufra, arrebatado por dos centenares

de soldados a un destacamento italiano compuesto por tres mil hombres que creyeron durante los combates que su enemigo era más numeroso que ellos mismos y que cuando se rindieron a un puñado de legionarios harapientos, descalzos y prácticamente sin armas, no daban crédito a lo que estaban viendo. Antonio Almenar era uno de ellos.

A Kufra le siguió Fezzan; a Fezzan, Trípoli; a Trípoli, Túnez; a Túnez, Gabès, la primera ciudad francesa en ser liberada que recibió entusiasmada a los soldados. Antonio Almenar era uno de ellos.

Los aliados desembarcaron entonces en África, la Francia Libre se unió a ellos y en Argelia se creó el Cuerpo Franco, un batallón regular destinado a combatientes no franceses y que estaba formado en gran parte por españoles. Antonio Almenar era uno de ellos.

El primer combate fue contra el Afrika Korps, compuesto por tropas alemanas e italianas, en diciembre de 1942 en Túnez. El último, en mayo del 43, cuando conquistaron el puerto y la ciudad de Bizerta.

El general Leclerc anunció entonces la creación de una División Blindada para luchar con las tropas aliadas en Europa. Antonio Almenar era uno de ellos.

Los españoles formaron la novena compañía de la División Blindada creada por Leclerc. Por eso se la conocía como «la Nueve» o «la Española». La mayor parte de los españoles eran socialistas, anarquistas, del POUM catalán o apolíticos hostiles a Franco, junto a muy pocos comunistas, mientras que otros simplemente llegaban como desertores de campos de concentración marroquíes y argelinos. En Marruecos, la División recibió armamento procedente de Estados Unidos, como por ejemplo:

160 tanques M4 Sherman.

280 blindados semioruga, *half-track*, M3 y M-8 Greyhound.

Camiones Dodge, GMC, Brockway, Diamond y jeeps.

Los españoles decidieron, en asamblea, bautizar a cada uno de sus *half-tracks*: *Don Quichotte*, *Los Cosacos*, *Madrid*, *Guernica*, *Ebro*, *Guadalajara*, *Teruel*, *España cañí* (más tarde rebautizado como *Liberation*) o *Santander*. Amado Granell entregó a cada uno de los vehículos una bandera republicana. Con ellas liberarían París un año más tarde. Antonio Almenar era uno de ellos.

Carmen

Tiene ganas de ver a Natalia, pero al mismo tiempo, no las tiene. No es que le dé pereza, es sólo que se le atraganta la idea de fijar un día, una hora, un lugar; de pensar en qué va a ponerse, en qué orden le va a contar todo lo que tiene que contar. Lo que le contará lo tiene claro. De hecho, no hace otra cosa que contárselo, mentalmente, como si tuviera delante a su amiga, como si Natalia estuviera sentada frente a ella, en la mesa de un bar, o en el banco de un parque, o en la cafetería de su biblioteca, o en el salón de su casa. En realidad es consciente de que se lo cuenta todo a ella misma, y seguramente por eso le faltan las ganas. A veces lo piensa: no necesito contarle nada a nadie más, sólo quiero contármelo a mí, porque sabe que cuando haya otra persona tendrá que cambiar ese verbo que tanto le gusta (contar) por ese otro que tanto detesta (explicar).

Odia dar explicaciones. Siempre le ha ocurrido. Cuando era pequeña y hacía algo mal y su madre, antes de castigarla, le preguntaba ¿pero por qué no te portas bien?, o cuando fue creciendo y se hizo evidente que no era generosa ni sabía ponerse en el lugar de los demás, sino más bien todo lo contrario, es decir, cuando todo el mundo pudo comprobar que era egoísta y poco dada a empatizar con el resto, o cuando alguien, una amiga, un novio, una compañera de estudios, o de trabajo, se quejaba ¿por qué eres así?, o cuando Javier le echa en cara cualquiera de sus (innumerables) defectos, ella siempre responde:

—Cada uno es como es, o me tomas o me dejas.

Y con eso zanjaba el asunto.

Ella aceptaba a los demás tal como eran, no tenía problemas con eso. Es decir: si le parecían bien, los incluía en su vida. Si no, cortaba la relación. Jamás intentó cambiar a nadie. Le gustaba pensar que era práctica, y que no había nada de malo en eso. No se sentía mala persona. No lo era, en realidad, porque nunca, en toda su vida, había hecho nada malo, ni había lastimado a nadie a propósito. No creía que pensar en primer lugar en ella misma fuera censurable. Estaba firmemente convencida de que si todo el mundo lo hiciera, las cosas irían mucho mejor para todos, y se evitarían disgustos y desengaños, por no hablar de reproches del estilo:

—Con lo que yo he hecho por ti.

O:

—Yo nunca te habría hecho algo así.

O:

—Esto no me lo esperaba de alguien como tú.

Ella nunca le había dicho nada semejante a nadie. Si estaba con alguien, si aceptaba que alguien estuviera con ella, era porque sabía cómo era esa persona, y, lo más importante: porque tenía muy claro qué podía esperar de esa relación.

En clase se acercaba siempre a la que tomaba mejores apuntes porque sabía que eso la ayudaría a sacar mejores notas.

En la facultad se acostó con un profesor, porque estaba segura de que cuando le tocase su asignatura aprobaría sin dificultad.

En el trabajo es amable con sus superiores, aunque no siempre lo es con los usuarios.

Se olvida de los cumpleaños de amigos y familiares.

Si sabe que alguien está enfermo, o ha tenido un bebé, o le han ascendido, o le han despedido, o ha muerto, no se le ocurre hacer una llamada para brindar su ayuda, o para ofrecer una cuna que ya no usa, o para felicitar, o dar su apoyo, o para dar el pésame.

No recuerda la fecha de su aniversario, y si la recuerda, por casualidad, se hace la sueca para no tener que comprar un regalo a Javier.

Nunca envía felicitaciones de Navidad y Año Nuevo, mucho menos SMS que encima le cuestan una pasta.

Suele contactar con la gente sólo cuando necesita algo, ya sea material o intangible.

A cambio:

Nunca se ha enfadado con nadie porque haya dejado de llamarla.

No se le ha pasado por la cabeza sentirse molesta cuando alguien de quien hacía tiempo que no sabía nada le ha pedido alguna cosa que pudiera darle.

Jamás ha dejado de hacer algo (por alguien) porque de repente se acordara de que sentía tirria por esa persona.

El rencor no forma parte de sus sentimientos.

Se sorprende cuando alguien le reprocha su forma de ser, porque ella nunca haría algo así, cuestionar el carácter de otros. Su manera de vivir es más sencilla: me gustas, me quedo contigo; no me gustas, vete de aquí.

Así ha sido siempre, o, al menos, hasta que nacieron sus hijos y descubrió lo que era un amor incondicional. Porque sus hijos no le gustaban. No se lo ha dicho a nadie, ni siquiera piensa contárselo a Natalia cuando la vea, pero mientras sólo se lo esté contando a ella misma, a Carmen López, no puede negar la realidad.

Cuando nació Julián tenía treinta y un años y habían pagado por adelantado un viaje a Estados Unidos y Canadá que en trece días les llevaría a recorrer Nueva York, Washington, las cataratas del Niágara, Toronto, Ottawa, Quebec, Montreal y Boston en hoteles de tres y cuatro estrellas con desayuno incluido, pero tuvieron que anularlo porque para cuando el avión fuese a despegar del aeropuerto de Manises ella estaría probablemente a punto de romper aguas.

No fue así, porque Julián no tenía demasiada prisa por nacer y se retrasó hasta la semana cuarenta y dos. Le provocaron el parto, y, después de estar tumbada y

sufriendo veintidós horas y treinta y nueve minutos, decidieron hacerle una cesárea. Nació, al final, Julián, que, además, heredaba el nombre de su suegro, al que no podía ni ver. Estaba azulado y sucio. Cuando se lo devolvieron, limpio como una patena, seguía teniendo los rasgos hinchados, como deformes, y no le dio la gana de agarrarse a su pezón para mamar, con lo que tuvieron que darle biberón. A Carmen eso le fastidió, porque formaba parte de su carácter el hacerse planes que le costaba romper. Eso lo sabía desde el colegio. Bueno. No es que antes no lo supiera, pero no lo supo científicamente hasta que en sexto de EGB, lo que ahora viene siendo primero de la ESO, una psicóloga que se llamaba Luisa Estany les pasó un test de personalidad a ella y a todos sus compañeros. Quién le hubiera dicho que a partir de preguntas como ¿prefieres jugar sin nadie o acompañada?, ¿te llevas mejor con los chicos o con las chicas?, ¿te importaría vivir sola?, ¿crees que eres rara de carácter?, o ¿te gustaría tener un perro como mascota?, era posible descubrir los secretos de un carácter en formación, pero cuando le llegó el turno de encontrarse con la psicóloga para que le dijera cómo era ella en realidad, le dijo que estaba dotada con una gran imaginación y un gran talento para las matemáticas, pero además añadió:

—No vas a tener problemas en llegar a donde quieras, porque tienes una forma de ser fuerte y constante. Sabes que sólo a base de esfuerzo conseguirás tus metas, y no te importa sacrificarte a cambio de lograrlas.

Siguió mirando sus apuntes.

—Eres muy estricta y disciplinada, sabes acatar las órdenes de los demás y las tuyas propias, pero no puedes soportar que a mitad de camino te cambien un plan. Por ejemplo, aunque te moleste, aunque no te apetezca, eres capaz de asumir que vas a pasar una semana entera pintando una valla de color verde, pero no tolerarás que el martes te digan que tienes que cambiar el color y que por ese cambio sólo vas a trabajar un día y no los siete que te habían dicho.

Así que, con la ciencia de su lado desde veinte años antes, a Carmen le molestó sobremanera no darle pecho a su hijo, porque ya se había hecho otra idea, aunque gracias a eso pudiera hacer dieta para recuperar su peso, dormir más porque Javier podía darle el biberón de las seis de la mañana, o marcharse de fin de semana sin preocuparse por nada. No le gustó, su hijo.

Y además, no le gustó porque lloraba como un condenado; porque tuvo cólicos hasta después de cumplir un año, a pesar de que todo el mundo le decía que a los tres meses acabarían pasando; porque cogió todas las enfermedades posibles y pasó la mayor parte de su baja maternal entrando y saliendo del hospital; porque no aceptó la guardería y tuvieron que contratar a una canguro para que ellos pudieran trabajar; porque... La lista era larga, interminable. No es que no le quisiera, porque quererle le quería más de lo que recordaba haber querido a nadie en este mundo. Sólo que no le gustaba. No era sólo por el crío. Es que no le gustaba tener a alguien dependiendo de

ella en todo momento, buscándola, necesitándola, alguien para el que siempre tuviera que estar dispuesta, a cualquier hora, cualquier día, para toda la vida. Justamente ella, que ni siquiera podía confiar en sí misma, que no había sido de fiar para nadie, mucho menos para quienes más la habían querido y a quienes más había traicionado, no con traiciones grandes, sino con pequeñas mezquindades, con la excepción de Javier, que se había llevado siempre la peor parte aunque ni se lo imaginara.

Se sentía mala persona, mala madre, mal ser humano, y eso hacía que se disgustase más aún con la vida. Hacía esfuerzos por reconciliarse con ella, con la vida misma, porque se daba perfecta cuenta de que también disfrutaba mucho con el niño, con la familia que estaban creando, por ejemplo cuando iban juntos al cine y sentaban a Julián en medio de los dos, con una caja gigante de palomitas, y ellos se quedaban dormidos, y se despertaban cuando los títulos de crédito de *Rugrats en París* aún no habían acabado o cuando Julián les pedía pis o cuando los ronquidos del otro espabilaban al que tenía el sueño más ligero (ella, por lo general), o cuando la película estaba a punto de terminar, pero, por más que se esforzaba, no podía evitar sentir un cierto rencor hacia el hijo y hacia el padre por haber terminado con su vida. Porque era eso lo que le dolía, lo mismo que con la lactancia materna, haberse hecho unos planes y tener que cambiarlos. ¿Cuáles eran sus planes? Nada del otro mundo, lo normal, salir, ir al cine, a cenar, tomar copas, tener sexo de manera habitual, viajar, estudiar, trabajar, dormir, estar delgada, mantener su capacidad de concentración, no llevar la ropa permanentemente manchada de vómito, que no se le cayera el pelo, poder llevar pendientes largos sin que su hijo le desgarrase el lóbulo de la oreja al estirárselos, estar contenta, en fin, ese tipo de cosas de las que le privaba su hijo.

Luego le miraba y se sentía una perra, porque le quería, era la verdad, y se hacía el ánimo de ser de otra manera, como esas madres con las que se encontraba en el parque, o en la puerta de la guardería, y estaban encantadas de la vida y hablaban como si ellas tuvieran uno, dos, tres años, y decían chachi y chupi y guarde y cole y bibe y chupe y cuchufleta y pirindola y se referían a sí mismas como mami y llamaban papi al padre de la criatura y, si el niño o la niña se caía, salían corriendo y exclamaban:

—¡Cachis! Columpio malo, malo, malo.

Y fingían que le arreaban una torta al tobogán:

—¡Toma, toma, toma!

Y soltaban una risa estúpida mientras le limpiaban los mocos a la criatura que no paraba de llorar, seguramente por el bochorno de tener una madre así que se mostrase al mundo sin rubor, y no por el mínimo daño que se pudieran haber hecho al resbalarse.

Todavía andaba con esa particular lucha interna por acomodarse al cambio vital el día que Javier llegó a casa con un regalo adelantado por su cumpleaños.

—En septiembre nos vamos al Caribe —anunció.

—¿Al Caribe?

—Al Caribe, sí.

—... —(incredulidad).

—¿Y eso?

—¿Quién cumple los años el 7 de septiembre?

—¡Yo!

—¿Y qué más motivos quieres para irnos?

—Pero... ¿y el niño?, ¿y el trabajo?

—Ya está todo arreglado. Más adelante nos cogemos esas dos semanas de septiembre, que nadie las quiere, porque todo el mundo prefiere agosto. Y mis padres se vendrán a casa diez días para quedarse con nuestro cachorro.

—Pero Julián empieza el colegio entonces, no es buen momento para irnos...

—Nos iremos a finales de mes, cuando el niño ya se haya adaptado.

—Pero...

—¡Ya basta de peros! ¿Es que no quieres pasarte nueve días tumbada al sol, vuelta y vuelta, y ocho noches durmiendo de un tirón después de haber hecho el amor salvajemente con el sonido de las olas como único sonido y no con el berrido de nuestro querido niño que se despierta cuando menos lo esperamos?

—... —(beso apasionado).

—¿Entonces?

—... —(beso apasionado).

—¿Te parece bien?

—... —(beso apasionado)—. ¡Vámonos hoy!

—... —(beso apasionado)—. No puede ser, tendremos que esperar para darnos ese homenaje.

—¡Pero aún faltan más de nueve meses!

—Las mejores cosas se hacen esperar, lo dice todo el mundo.

—... (beso apasionado).

—... (beso apasionado).

Y así, beso apasionado va, beso apasionado viene, se quedaron sin viaje al Caribe porque en las fechas en las que Carmen debería haber andado preparando las maletas con biquinis, pareos y cremas bronceadoras y antimosquitos estaba en un quirófano de la Casa de la Salud, empujando, llorando, maldiciendo y sufriendo para parir al segundo de sus hijos, que se llamó Álvaro porque a Julián le encantaba el nombre y prometió que si su hermano pequeño se llamaba así, le cuidaría y no le pegaría y le enseñaría cuáles eran los mejores dibujos animados.

Álvaro no lloró, durmió la noche entera desde los dos meses, aceptó la teta de su madre sin rechistar y se cambió al biberón cuando ella se tuvo que reincorporar a la

biblioteca, y devoró la papilla de frutas desde la primera cucharada, y así hasta el día de hoy, pero ella siguió con esa desazón, con esa sensación de que la vida que tenía no era la que quería, y ese sentimiento se multiplicaba por diez, o por más, cuando le sobrevenía un instante de sinceridad y tenía que reconocerse a sí misma que, en realidad, nunca tendría esa vida, la que quería, porque ni siquiera sabía cuál era la vida que quería vivir.

O sí, pero no se atreve. Y eso sí que no quiere contárselo a nadie, y mucho menos a ella misma.

Natalia

Dejo la grabadora sobre la mesa, y la enciendo. Espero que la conversación se registre sin problemas. Me arrepiento de haber accedido a verme con este hombre en el hogar del jubilado, debería haber insistido en buscar un lugar más tranquilo. Sé por experiencia que la gente mayor habla en voz baja y, a veces, tienen dificultad para expresar con claridad lo que piensan o lo que sienten, o se les desordenan los recuerdos y has de ayudarles a encarrilarlos de nuevo. Es normal, lo de la confusión. No es que estén enfermos o seniles, es sólo que tienen tantos que lo más fácil es embarrancarse. Les comprendo y se lo hago saber y casi siempre me recuerdo a mí misma lo poco que me cuesta hacerlo ahora, comprenderlo, con la poca paciencia que he tenido toda la vida.

Ellos a veces lo agradecen, otras se ofenden porque piensan que pienso que están perdiendo la cabeza y la entrevista se va al traste, que es lo que creo que va a pasar con esta porque se oye más el sonido de las fichas del dominó al chocar contra la mesa y, un poco más lejos, el ruido del bombo del bingo al que juegan las mujeres mientras esperan el turno en la peluquería, que lo que él tendrá que contarme.

Lleva boina, una camisa a cuadros verdes oscuros y verdes claros, un chaleco de lana y una chaqueta de piel que, si se mueve, deja entrever en la nuca una etiqueta que dice: *fet a mà en Llombai*^[10]. Debe de estar cociéndose ahí dentro, porque todavía hace calor, y además viste unos pantalones de chándal grises, unos calcetines blancos y unas alpargatas de esparto y lona, viejas y desgastadas, que hace tiempo que no usa porque no puede caminar. En el respaldo de la silla, una manta de lana verde cortesía de la Caja Rural, tal como figura bordado en una de las esquinas (Caja Rural de Torrent les desea feliz Navidad, pone).

Me pregunto si es la muerte, tan cerca, lo que le da frío.

Se llama José Daniel Garcés, tiene ochenta y dos años, y todos los días va al hogar (lo dice así, al hogar) a no ser que esté enfermo y el médico le obligue a guardar cama. Me lo explica Adalberto, el sudamericano que le cuida, cuando le llamo por teléfono.

—Por si se muere.

—¿Cómo por si se muere?

Se aparta el auricular y repite mi pregunta. Se escucha un murmullo, y al cabo de un momento, vuelve Adalberto:

—*Disque* si se muere no quiere que le quede nada por hacer y que..., ¿cómo es lo que dijo? —murmullo—, ah, eso, *disque* está solo, que no tiene a nadie, y que lo único que le queda pendiente es mantenerse invicto en el dominó.

En efecto, José Daniel es soltero; fue el menor de tres hermanos, uno de los cuales murió en la guerra a los veintidós años, y el otro falleció de cáncer de pulmón

a los treinta y nueve, sin tener descendencia. Está solo pero no parece triste.

—He tenido toda la vida para acostumbrarme —me dirá dentro de un rato.

Vive en una casa grande, espaciosa, luminosa, que sus abuelos construyeron a mediados del siglo XIX. En el desván criaron durante muchos años gusanos de seda y comerciaban con el hilo resultante de matar las crisálidas que con tanto primor habían elaborado los insectos, con la esperanza de convertirse en mariposa, diez días después de que los bichos dieran por finalizado su trabajo y se dispusieran a esperar la prodigiosa transformación. José Daniel, aquel trajín de agua hirviendo y de ruecas sacando hilos de los capullos, no llegó a verlo porque los abuelos abandonaron la cría de gusanos por el negocio de la lechería.

Compraron siete vacas y las llevaron al fondo del corral, donde las cuidaban con esmero y las llamaban por sus nombres (*Rosa, Manchas, Pelusa, Marrón, Blanquita, Rosa segunda y Santa*), mientras esperaban la llegada de clientes con lecheras de latón que varias veces al día llamaban a su puerta en busca de leche fresca.

Les fue bien. Con eso, y con los campos que habían heredado de sus respectivos padres, los abuelos de José Daniel hubieran tenido una buena vida, de no haber sido por los disgustos que les dieron sus dos hijos, Salvador y Camilo.

El pequeño siempre andaba en la iglesia, desde que era un renacuajo, siempre detrás del párroco, ya fuera en bautizos, en funerales, en extremaunciones, en lo que fuera, y, claro, al final se hizo cura. Doce años dentro en el seminario, y al salir se enteró de que su hermano mayor se había metido en política. Antes no se lo quisieron decir, para evitarle el disgusto, porque Camilo se había hecho ateo cuando se le murió la primera novia de unas fiebres.

—¿Qué clase de Dios permite que ocurran estas cosas? —se lamentó.

—No blasfemes, hijo, por Dios —le pidió su madre—. Él ha querido que ella estuviera a su lado, y allí te estará esperando para que viváis juntos la vida eterna.

Pero a Camilo ni su madre ni la eternidad le convencían.

—Yo maldigo a Dios —su madre puso cara de espanto, pero Camilo no se arredró—. Maldigo a Dios. Y me cago en Dios, además, madre. Y le digo que desde hoy dejo de ser cristiano.

Camilo, que con el tiempo conocería a otra mujer, se casaría con ella y tendría tres hijos, dos de los cuales vivirían poco y uno demasiado, se introdujo en el Partido Socialista durante la dictadura de Primo de Rivera únicamente para demostrar que no quería tener nada que ver con Dios, y cuando llegó la República se encontró con que le eligieron alcalde sin comerlo ni beberlo. Trató de hacerlo lo mejor que pudo, con sentido común, y quienes le conocieron aseguraban que fue un alcalde justo y un hombre de bien, tan considerado con el prójimo y tan aficionado a procurar el bienestar de los demás que, de no haber sido porque cada dos por tres echaba pestes contra la religión, todos hubieran pensado que, en realidad, era uno de esos socialistas

que creían en Dios.

Por eso, por bueno, acogió en su casa a su hermano cuando llegó una noche, asustado, pidiendo cobijo para que no le mataran, y lo llevó a la buhardilla en la que sus padres habían impedido el milagro de que los gusanos se convirtieran en mariposas con la esperanza de que sucediera otro milagro que tampoco se cumpliría: que nadie fuera a buscarle allí.

A Salvador, que era vicario en la iglesia de San Agustín, algunos del pueblo le habían oído despotricar contra los rojos desde el púlpito cuando iban a escucharle decir misa, porque era el primer cura que conocían que predicaba en la capital y porque tampoco había muchos sitios a los que ir para pasar el domingo, y luego habían contado por ahí que don Salvador andaba notificando que cuando la República terminase él ayudaría con sus propias manos a exterminar a esa plaga que era peor que las siete de la Biblia, y aseguraban que había dicho que a las mujeres rojas habría que quitarles a los hijos de Satanás que hubieran engendrado y, de paso, esterilizarlas para que no pudieran seguir propagando su mal.

Esto no me lo ha contado José Daniel, que conoció a su tío escondido en la andana y pasó las horas muertas dándole conversación y escuchando sus diatribas para que no se aburriese. Me lo ha dicho Víctor Fuentes, que fue profesor de economía en la universidad y ahora está jubilado, y por alguna extraña razón está entusiasmado con este proyecto. Fue concejal, y todo el mundo le conoce en el pueblo, así que cuando quieren localizarme y en el ayuntamiento no quieren darles mi teléfono, recurren a él. Así he conseguido los mejores testimonios, y algunos de los más peñazos también, para qué voy a mentir.

Pero este de José Daniel Garcés parece de los primeros.

Su padre mantuvo oculto a Salvador siete meses, desde el 28 de julio de 1936 hasta el 17 de abril del año siguiente, cuando tres milicianos se presentaron en su casa, de madrugada, y exigieron que el alcalde se lo entregase.

—¿Para qué lo querríais, si es que estuviera aquí? —les preguntó.

—Para llevarlo a la cárcel mientras espera juicio —respondieron.

—¿Tenéis los santos cojones de decirme esa mentira en mi cara?

—Entréguenos a su hermano, señor alcalde —insistieron los otros.

—¿O qué?

—O tendremos que entrar a la fuerza a buscarlo.

Camilo se rio.

—En mi casa están mi mujer y mis hijos pequeños durmiendo. El mayor está en el frente, y no como vosotros, que os quedáis aquí tocando los cojones a la gente.

—Señor alcalde... No nos falte y háganos el favor de darnos a su hermano para que no tengamos que pasar nosotros a por él.

—¿De verdad que vais a entrar?

—Si no nos saca a su hermano, sí, señor alcalde.

—¿Y con qué autoridad?

—...

—Con la del pueblo —respondió otro, ante el silencio de su compañero.

—¿Con la del pueblo? ¿Y me lo decís a mí, que soy el alcalde?

—...

—¿Quién os ha elegido a vosotros? ¿Qué poder os legitima para atemorizar a la gente con esos fusiles, con ese cinto lleno de balas, con ese mono ridículo, y con esa mirada de chulos de putas? ¿Qué pensáis que os diferencia de esos señoritos opresores a los que tanto habéis criticado y a los que os gustaría llevaros por delante pero no os atrevéis porque sois unos acomplejados que sólo os metéis con los que creéis más débiles?

—...

—¿No decís nada?

—Entréguenos a su hermano.

—¿Este es el país que queréis construir? ¿Esta mierda es la que queréis llevar adelante? ¿Este es el futuro que queréis para vuestros hijos, para los míos? ¿Por gente como vosotros estoy yo poniendo en riesgo mi vida?

—... —uno.

—... —el segundo.

Y el tercero:

—Deje de tocarnos los huevos y saque a su hermano de una puta vez.

El padre de José Daniel entró en casa, y salió con una escopeta.

—Aquí tenéis a mi hermano.

—¿Quiere enfrentarse a nosotros?

—¿Queréis vosotros enfrentaros conmigo y que mañana todo el mundo sepa que habéis matado al alcalde?

—A usted no queremos hacerle nada. Lo que queremos es que nos dé a su hermano.

—No os daría ni a vuestro padre aunque lo tuviera escondido en mi casa, porque lo que vais a hacer es un acto tan cobarde, tan ruin, tan poco digno de la República, que justifica cualquier barbaridad que los fascistas hayan hecho antes, y las que hagan después, porque si la República depende de descerebrados como vosotros, *apañaos* vamos.

—Si no nos da a su hermano, vendremos a por usted.

—Venid si tenéis cojones. No le temo a la muerte, pero la gente como vosotros...

Ay... Me da más miedo que un *nublao*...

Se fueron sin Salvador.

Al día siguiente, Camilo fue a dar parte a las autoridades en la Delegación de

Justicia del Consejo Provincial de Valencia. Sacó de su bolsillo un recorte de *El Socialista*, donde había una carta escrita por Indalecio Prieto que se publicó en agosto de 1936 y que leyó con voz calmada:

—«Por muy fidedignas que sean las terribles y trágicas versiones de lo que haya ocurrido y esté ocurriendo en tierras dominadas por nuestros enemigos, aunque día a día nos lleguen agrupados, en montón, los nombres de camaradas, amigos, seres queridos en quienes la adscripción a un ideal baste como condena para sufrir muerte alevosa, no imitéis esa conducta: os lo ruego, os lo suplico. Ante la crueldad ajena, vuestra piedad; ante la sevicia ajena, vuestra clemencia; ante los excesos del enemigo, vuestra benevolencia generosa... ¡No los imitéis! ¡No los imitéis! Superadlos en vuestra conducta moral; superadlos en vuestra generosidad...».

Terminó de leer, dobló el recorte, se sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón, le quitó la goma, metió el papel, le puso la goma otra vez, guardó la cartera en el bolsillo, y miró a los hombres que le escuchaban.

Les recordó que ellos mismos, poco antes, habían mandado una circular en la que comunicaban que la revolución había de continuar majestuosamente, limpia, como una salida de sol, y que habían advertido que quien pretendiese tacharla (a la revolución) con un innecesario crimen, se le aplicaría la misma sentencia.

Volvió a mirarles, y, como no decían nada, se quejó de los malos modos de los milicianos, que andaban por las calles matando a la gente sin ton ni son, y que en el pueblo se limitaban a asustar al personal y mancillar el nombre de la República, porque, por muy en guerra que se estuviese, los republicanos, socialistas, anarquistas, comunistas, cenetistas o lo que quisiera ser cada uno, no eran unos salvajes malnacidos, ni unos asesinos, y con esas actuaciones criminales lo único que conseguían era situarse en el mismo plano que los enemigos contra los que luchaban. Les confesó que, en efecto, su hermano estaba en su casa, escondido como si fuera un delincuente y que aunque él no lo podía ver ni en pintura no pensaba entregárselo a nadie, porque era su hermano, y que si se lo querían llevar, él le defendería con todas sus fuerzas hasta el final, y enfrentarse a él sería como enfrentarse a todo el pueblo que le había votado. Les dijo que el delito de Salvador, aparte de ser un hijo de puta, aunque su madre fuese una santa, era ser cura y haber expresado su opinión, una opinión distinta a la suya, pero, por muy ofensiva que fuera, ellos, él mismo, todos, habían llegado a donde habían llegado para que el mundo entero fuese libre para actuar, para pensar, para decir lo que quisiera sin que nadie coartase esa libertad, y ahora los milicianos se encargaban de ir por las casas, en medio de la noche, como si fueran bandidos, para sacar a la gente de su refugio y descerrajarles un tiro y dejar los cuerpos en la cuneta, como si no fueran mejores que los fascistas.

—Y la historia nos juzgará por eso, señores —les dijo—. Y si perdemos esta guerra, los fascistas nos reducirán a esto: a un grupo de descontrolados que quemaban

iglesias, asesinaban a curas y violaban a las monjas. Y eso será mentira, pero también será verdad, aunque sean sólo unos pocos quienes así actúan.

Salió de allí con un salvoconducto para que Salvador Garcés pudiera huir de Valencia en un barco que le llevaría a Barcelona y de ahí a Marsella, desde donde podría volver a España o quedarse en Francia, lo que mejor le viniera para salvar la vida.

—Por eso me sorprende tanto que mataran al otro cura —me dice José Daniel en el hogar del jubilado.

—¿Por qué?

—Porque los milicianos de aquí eran unos torpes que a la mínima se achantaban y que no er...

Se detiene. Tose. Se pone rojo. Adalberto se levanta de la silla en la que está sentado, en la esquina, saca el Ventolin de la mochila de Pepsi-Cola que lleva colgada al hombro y se lo aplica en la boca.

—Bronquitis crónica —dice, a modo de explicación.

José Daniel levanta la mano, como diciendo «Basta», y cuando recupera el habla y el buen color, lo dice:

—Basta.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí.

—Antes era peor, por el humo de los cigarros. Gracias a Dios que ya no se puede fumar en los bares —dice Adalberto—. Aquí el que no tiene una cosa tiene otra, pero a todos les gusta fumar.

—¿Usted fuma? —me pregunta José Daniel.

—No.

—Mejor. Fumar es de débiles de carácter que no saben qué hacer con las manos y por eso las tienen ocupadas en los cigarrillos de los cojones y de paso nos los tocan a todos los demás con su humito y sus enfermedades.

Pienso:

«Menuda pieza. Este hombre es oro puro».

Pero digo:

—Bueno, hay que ser comprensivo con las debilidades de los demás.

Me mira como si fuese gilipollas. Seguramente es lo que está pensando. Pero dice:

—Aprovechemos este rato que tenemos, no sea que me muera aquí mismo y no me dé tiempo a decirle lo que le quiero decir.

Adalberto interviene, en voz baja:

—Está obsesionado con la muerte, y tiene una salud de hierro, gracias a Dios.

José Daniel se burla:

—Gracias a Dios, gracias a Dios... Pues menudo Dios, que me tiene impedido en una silla de ruedas, con el azúcar y el colesterol por los cielos, la tensión por los suelos, el corazón a pilas, y los pulmones hechos cisco. Si existiera Dios, no permitiría que gente como yo llegásemos a esta edad y que los jóvenes se murieran como se mueren.

—No blasfeme, don José Daniel.

Parece que le va a contestar una grosería, pero me mira y dice:

—Mi abuela siempre le decía eso a mi padre, que no blasfemase. La vida no cambia nada por mucho que pase el tiempo.

Adalberto se retira a su rincón, saca la Biblia y se pone a leer.

—Es evangélico —me dice José Daniel—. Siempre está rezando —sonríe—. La vejez es una lata, señorita.

—Peor es no llegar a viejo, ¿no le parece?

—No sé qué decirle a eso. Yo no pinto nada aquí desde hace mucho tiempo, y he visto marcharse a gente que hacía mucha falta.

—Eso no lo decidimos nosotros, José Daniel.

—¿Y quién lo decide?

De lejos llega una voz:

—Dios, quién si no.

—¡Coño, Adalberto! ¡No se te escapa ni una!

Se vuelve hacia mí.

—Perdone, señorita, que se nos va el santo al Cielo, nunca mejor dicho —se ríe—. No quiero hacerle perder tiempo, y además, a las once empiezo mi partida de dominó con los amigos.

—Me decía que le sorprendía que los milicianos hubieran matado a José Emilio Almenar.

—Eso es.

—¿Le conoció?

—No mucho. Yo era un crío.

—¿Entonces?

—Pero conocí a mi tío, que era un hijo de Satanás aunque fuera cura, y le dejaron vivir.

—Ya, pero ¿qué es lo que le sorprende?

—Pues que aquí no mataron a nadie, sólo a él.

—Usted sabe, José Daniel, que en muchos pueblos de la Comunidad Valenciana, y de España en general, sólo hubo un muerto, y fue el cura...

—Si no le digo yo que no, pero aquí fueron a asesinar a un hombre, bueno, un crío, que no tenía ni treinta años.

—Veinticinco.

—Pues peor me lo pone. Un niño aún. Y además, todo el mundo parecía apreciarle y todos, de un lado y de otro, lamentaron su muerte.

—Entonces ¿qué es lo que piensa que ocurrió?

—Pensar, pensar... A la gente le gusta hablar, que si estaba liado con una, que si el marido amenazaba con matarle cuando bebía más de la cuenta, que si los sermones a veces eran demasiado rojos para ser un cura, que si no estaba bien que en el pueblo se diese misa en la iglesia y no a escondidas cuando Azaña había dicho que España había dejado de ser católica...

—Sí, todo eso ya lo he oído. Pero dígame qué es lo que le escama a usted.

Se encoge de hombros.

—Yo creo que no le mataron por la guerra. Vamos, que le mataron en guerra pero no por la guerra. Que le tenían ganas, por el motivo que fuera, y aprovecharon que el Pisuerga pasaba por Valladolid para que el crimen quedase impune.

—...

—Creo que fue un accidente, que quisieron meterle miedo, meter miedo a los católicos en general, y se les fue la mano.

—Es usted una joya, José Daniel...

—¿Por qué?

—Hombre, porque tiene una teoría totalmente distinta de la oficial...

—Yo sólo digo lo que creo.

—¿Lo que cree o lo que sabe?

Sonríe.

—Es que... la imagen de una panda de milicianos que torturan y asesinan al cura, me resulta tan ofensiva, tan parecida a la historia que nos han vendido los franquistas durante más de cuarenta años, José Daniel...

—Pero tú, que tienes estudios, que eres joven, sabes mejor que nadie que no fue así.

—No es eso lo que usted me está contando ahora, José Daniel.

—¡Y tú no me escuchas! Yo sólo te digo que se les fue la mano, que fue un error, un accidente. Y, además, es que... ¡es la verdad! En los dos bandos se cometieron barbaridades.

Me cabreo.

—No es así. En la guerra se mata gente, a gente que se lo merece, a gente inocente, a gente que está ahí porque no lo ha podido evitar... Pero es la guerra, es una guerra... Pero lo que hicieron los fascistas, los franquistas, durante cuarenta años de dictadura...

José Daniel refunfuña.

—Estás mezclando dos cosas distintas: la guerra, y que durante la dictadura se aniquilara la memoria de los vencidos y se reparara la situación de las víctimas de su

bando mientras que se ignoraba a las del republicano, se las dejaba pudriéndose en cunetas y se hacía polvo su memoria identificándolas con la imagen de asesinos de curas, violadores de monjas, maleantes o borrachos.

—Entonces, estamos diciendo lo mismo.

—No del todo. Mira. Yo he vivido lo que tú has estudiado, y he visto muchas cosas, y he conocido a gente que ha visto más cosas aún que yo, y a estas alturas... Me niego a caer en ese error.

Me estoy cabreando con este pobre hombre.

—Pero sabemos que los excesos en el bando republicano fueron la excepción, mientras que en el bando fascista fueron la norma y en la dictadura elevaron esto a la categoría de mentira histórica.

De pronto, me entra la duda. ¿Y si tiene razón? ¿Y si este pobre viejo, que lo único que quiere es seguir ganando al dominó, tuviera razón?

—Es cierto que hubo excesos, que hubo división interna, que hubo milicianos que no merecieron estar al lado de la República... Entiendo lo que me dice, pero me da tanta rabia, volver otra vez a la eterna historia, el miliciano malo, el cura bueno...

Vuelvo a hacerle la pregunta que ya le he hecho:

—Lo que me ha dicho, José Daniel, ¿es lo que cree, o lo que sabe?

—A esta edad ya no se sabe bien la diferencia entre una cosa y la otra, aunque siempre he pensado que no es cuestión de ser viejo.

—No le sigo.

—Sí, mujer, ¿nunca ha pensado que cada uno vive las cosas a su manera, desde su punto de vista, y luego las recuerda según ese punto de vista, y al final el recuerdo tiene tan poco que ver con la realidad como lo que percibimos en su momento? No sé si me explico...

—Sí, más o menos.

—Que la realidad no es la misma para todo el mundo, eso es lo que digo, que no hay una verdad verdadera, que cada uno tenemos la nuestra, y luego pasamos el resto de nuestra vida con el convencimiento de que estamos en lo cierto con lo que vivimos, sin darnos cuenta de que no es más que una apreciación. ¿Me sigue ahora?

—Un poco más, sí.

—Yo, seguramente porque conocí a mi tío, y vi lo que vi, y escuché lo que escuché, siempre he pensado que a este otro no pudieron matarle sólo por ser cura, porque entonces se hubieran cargado al malparido de mi tío. Con él tuvo que haber algo más, por eso, cuando me enteré de que usted iba a escribir sobre él quise contárselo. Puede que no le sirva de nada.

—Si le soy sincera, nunca se me había ocurrido algo así...

—Ni a usted ni a nadie. Todo el mundo dio por hecho algo que a lo mejor fue así, pero a lo mejor, no.

—...

—Sólo le digo que lo tenga en cuenta, porque las cosas, muchas veces, no son como parecen.

Se hacen las once. Adalberto se levanta, se lo recuerda, y mueve su silla hacia otra mesa, en la que le esperan tres ancianos tan parecidos a él que podrían ser él mismo.

—Es la hora de la partida —me dice José Daniel.

—Vaya —sonríó—. Lo primero es lo primero.

Me despido de él, me pregunto si le veré de nuevo, si será el mejor esa mañana y todas las que vendrán después y se morirá sin que nadie le gane esa partida, cuántas veces dirá ahí va el pito doble, si tendrá razón en esa sospecha que le acompaña desde hace tantos años, si lo que me ha dicho se habrá grabado en la máquina igual que se ha grabado en mi cabeza, y si Carmen querrá verme.

Llego a casa. Compruebo que sí, que la voz de José Daniel está intacta, tal como la he oído durante cuarenta minutos, firme y también temblorosa.

Enciendo el ordenador.

Escribo a Carmen:

15 de noviembre de 2010

Natalia Soler

Carmen: Alguien me ha dicho hoy que las cosas no siempre son lo que parece que son, y creo que tiene toda la razón. ¿Por qué no ponemos en común las dos mitades de nuestra historia, por si conseguimos sacar un todo de nuestras partes?

Enter.

Espero con el ordenador encendido durante toda la mañana.

No hay respuesta.

Antonio

—¿Qué sintió al desembarcar en Normandía?

Antonio tarda en contestar. Se pone a mirar los árboles. Hemos quedado en su casa, pero me ha dicho que le apetecía dar un paseo y nos hemos puesto a andar. Hace buen día, y se ha dejado en casa el garrote y la muleta.

—Si me canso, puedo apoyarme en ti, ¿verdad?

—Pues claro.

Manuela nos mira desde la puerta.

—No te irás a poner celosa ahora, ¿a qué no?

Ella se ríe y le acerca el sombrero, que ya no es de paja, como en verano, sino un borsalino de fieltro marrón que le hace juego con las zapatillas, que son de paño de mismo color que el sombrero y llevan suela antideslizante porque hace unos años se cayó en un descuido y no se rompió la cadera de milagro, así que tuvo que dejar de usar sus zapatos de toda la vida, de piel en invierno y de rejilla en verano.

—Calla, hombre, y no te vayas con la cabeza descubierta, que ahora refresca de repente y por menos de nada pillas una pulmonía que te lleva al otro barrio.

Es improbable que refresque. A mediados de noviembre hace una temperatura casi primaveral. De eso vamos hablando mientras caminamos, del tiempo, de que antes en noviembre hacía frío y en mayo calor, y, ahora, los inviernos son cada vez más cortos y las primaveras más largas, adónde vamos a llegar. Eso del cambio climático le tiene preocupado, no por él sino por sus nietos, que son unos críos y tienen toda la vida por delante.

—Sería una putada haber pasado por todo lo que hemos pasado para que ahora el mundo se acabase por estas cosas, ¿eh? Como les pasó a los dinosaurios...

Se ríe de su propia gracia.

Está de buen humor.

Me pregunta si tengo ganas de pasear o si estoy cansada, y me dice que a él le apetece ir a tomar algo al bar del polideportivo. Vamos, le digo. Caminamos más de media hora. Dejamos atrás la plaza del País Valencià, la calle Mayor, la avenida José Emilio Almenar y el Camí de la Nòria. Pasamos por debajo de las obras del AVE y Antonio las mira.

—¿Sabes lo que costaba antes llegar a Madrid?

No espera mi respuesta.

—Pues ahora, cuando lo terminen, en hora y media te plantarás allí. Ya ves tú.

—¿Conoce usted Madrid?

—Lo conocí, pero ya no lo reconocería. Es lo malo de tener tantos años, que los lugares cambian más rápido que tú y en tu memoria permanecen tal como fueron, y te das cuenta de que ya no estás ni en un sitio ni en otro, ni en el pasado ni en el

presente. Y del futuro... mejor no hablamos.

Seguimos caminando. Pasamos una escuela de fútbol, las canchas de tenis y un colegio concertado donde todo se enseña en valenciano. También lo comenta.

—Antes no podías hablar tu lengua nada más que en tu casa, pero con la democracia todo fueron ayudas para que los gallegos hablasen gallego; los vascos, euskera; los asturianos, bable; los catalanes, catalán; los valencianos, valenciano. Eso estuvo muy bien. No hay que perder las raíces.

Cruzamos una pinada con mesas y bancos de piedra donde la gente del pueblo, con el buen tiempo, hace picnics o comidas o celebra cumpleaños infantiles al aire libre. Al fondo, se ve una valla y tras la valla, la piscina municipal. Nos sentamos en el porche del bar, que tiene el originalísimo nombre de Bar Restaurante La Piscina, así, con todas las iniciales en mayúscula.

El camarero sale, nos saluda, nos pregunta qué queremos tomar y al cabo de un rato nos deja sobre la mesa de plástico serigrafiada con el logotipo de coca-cola una tónica para mí y un carajillo para Antonio, que me guiña el ojo y me dice:

—A Manuela ni una palabra.

—A ver, Antonio, ¿cuándo le he dicho yo a Manuela lo que usted se toma en el bar?

—Es verdad, es verdad. Eres mi amiga, sé que no me vas a traicionar. Puedo confiar en ti.

Toma un sorbo del vaso. Se quema. Se caga en la puta. Guarda silencio y luego dice:

—Me gusta venir aquí, sobre todo cuando la piscina está cerrada, que no hay nadie. Me da mucha paz. Siempre me digo: hay que ver, si cuando yo era joven aquí no había nada.

Le miro y pienso que no es verdad, que cuando él era joven aquí, justo aquí, había una alquería en medio de campos de naranjos y algún melonar, y que para llegar a la alquería desde el pueblo había un camino, pequeño, de tierra, y que ese camino lo bordeaban dos acequias, una a cada lado, y que en una de las acequias, la de la izquierda según se viene, muy cerca de donde estamos ahora, el 4 de agosto de 1938, hacia las siete de la mañana, Abelardo Gomis, un agricultor que estaba esperando que el agua llegase a su terreno, extrañado de que el canal se mantuviera seco, se encontró reteniéndola el cuerpo de José Emilio Almenar con la camisa desabrochada y la camiseta interior, que había sido blanca, toda manchada de sangre, y que Abelardo cogió su bicicleta roja con el sillín y el manillar de cuero que estaba casi nueva y que se había comprado hacía poco, por catálogo, de la fábrica de Honorino Méndez, en Galicia, y pedaleó como un loco hasta que entró en el pueblo gritando han matado al vicario, han matado al vicario, han matado al vicario, y ni los bombardeos ni el miedo a que le mataran a su único hijo, que estaba en el frente, le quitaron el sueño de ahí en

adelante tanto como esa imagen, la del cura, en la acequia, mojado, con los ojos abiertos y esa expresión de paz y de dolor que todavía guardaba su rostro.

Pero como no quiero decírselo, es decir, como no quiero saber aún qué le incomoda a Antonio de la historia de José Emilio Almenar, le pregunto otra cosa, cualquier cosa, y lo único que se me ocurre en este momento es:

—¿Qué sintió al desembarcar en Normandía?

Y mientras Antonio piensa la respuesta, o la recuerda, saco la grabadora justo antes de que empiece a hablar.

—Cogí un poco de arena de la playa. Me pareció que estaba en casa, ya ves tú, después de tanto tiempo, una playa que no tenía nada que ver con las que yo había conocido, con esas inmensas y tranquilas y cálidas playas valencianas... Esa arena estaba fría como el demonio, y eso que estábamos en agosto, pero a mí, y no sólo a mí, a todos los que estábamos allí, nos dio la sensación de que estábamos ya donde queríamos estar, en nuestras casas.

—¿Y eso?

—Porque estábamos convencidos de que ese era el último paso para venir a España y acabar con Franco, igual que íbamos a terminar con Hitler.

Se calla. Da otro trago a su carajillo.

—Yo estaba mareado. Ya te he contado otras veces que los viajes por mar no me sientan bien. Había una marejada terrible que balanceaba los Liberty Ships, que es como se llamaban los barcos, ‘barcos de la libertad’, ya sé que lo sabes, y todos estábamos igual, emocionados, pero con unas ganas de devolver hasta la primera papilla que ni te cuento... —se ríe—. Para entretenerse, algunos se pusieron a cantar. Me parece estar oyéndolos —cierra un poco los ojos, se le borra la sonrisa, y tararea—: la cucaraaaaaacha, la cucaraaaaaacha, ya no puede caminaaaaaaaaaaar porque no tieeeeeeeene, porque le faltaaaaaaan las dos patitas de atrás...

—Marihuana.

—¿Qué?

—Que lo que le falta es marihuana para fumar.

—¡Qué va!

—Que le digo yo que sí, que es una canción tradicional mexicana y la letra se refiere a la marihuana porque durante la revolución, a la marihuana también se la conocía como cucaracha.

—Tú eres muy lista, y te crees más lista aún de lo que eres. Pero ¿a que no estabas en mi barco esa noche?

—No.

—Pues entonces, chitón. Sabrás mucho de historia, pero no tienes ni idea de lo que cantábamos. Y a nuestra cucaracha le faltaban las patas.

—Vale, vale, no se enfade...

—No me enfado. Pero no me interrumpas más.

—Está bien... Continúe, por favor.

Continúa:

—Muchos compañeros lloraban. Sobre todo los franceses. Para nosotros era muy importante, pero para ellos... Para mí era como volver a mi tierra, pero para ellos *era* volver a su tierra... Eso, y la noche que entramos en París fue lo más grande que me ha pasado... Bueno, y tener a mis hijos, y vivir con Manuela... Pero eso..., lo más grande... ¿Me comprendes?

—Claro que sí, Antonio. Son cosas incomparables.

—Sí...

—¿Tuvo miedo, Antonio?

—No, miedo creo que no he tenido nunca. No porque fuera valiente, sino porque era un inconsciente que me creía que no tenía nada que perder, y a lo mejor era verdad, porque cuando conocí a Manuela y me planteé otro tipo de vida, cuando empecé a soñar con otra vida, con tener hijos, con pasar la tarde tranquilamente con mi mujer... entonces ya me dije: a tomar por el culo las guerras, que no me quiero morir sin saber lo que es eso. Pero, entonces, si me preguntas por los sentimientos, lo que más recuerdo es la adrenalina, las ganas de matar a todos esos hijos de puta. Luego se me fueron pasando, las ganas, y sólo quería que se rindieran, hacerlos prisioneros, que los juzgasen otros, porque yo no me sentía capaz de hacerlo más, de juzgarlos y condenarlos a muerte en décimas de segundo. Me preguntaba: ¿y si me equivoco? ¿Y si me estoy equivocando? Porque a veces los miraba y pensaba quién sabe lo que le habrán dicho a este alemán para que venga hasta aquí, tan lejos de su tierra, a morir o a llevarse a otros por delante, lo que habrán tenido que ver ellos también, porque en general eran como nosotros, ¿sabes? Chavales como nosotros, hombres como nosotros, que a lo mejor lo único que querían era que todo terminase, volver a casa, lo mismo que queríamos nosotros. Y también recuerdo mucho un sentimiento de profunda, de infinita tristeza.

—¿De tristeza, por qué?

—Murieron muchos compañeros.

—Eso es verdad, sólo quedaron dieciséis.

—Dieciséis de más de ciento cincuenta, que se dice pronto...

Cierra los ojos, de nuevo, y como creo que va a ponerse a llorar, me pongo a tararear:

—La cucaracha, la cucaracha...

Sonríe.

—Me acuerdo que en uno de los primeros combates después del desembarco vi una cosa horrible... Los alemanes nos bombardeaban por todos los lados, nos estaban dando *pal* pelo. Bombardeaban nuestros tanques, y en cinco o seis de ellos llegaron a

hacer blanco, y, de repente, se abrió la torreta de uno y salió un chaval, un crío, ardiendo, gritando desesperado... Parecía una antorcha... Y gritaba y lloraba y pedía auxilio en inglés y al final, casi a punto de morir, se puso a llamar a su madre, mami, mami, decía, pero nosotros no podíamos hacer nada por él porque nos estaban friendo vivos... Y morían a diario amigos tuyos, sin que pudieras hacer nada.

—Entiendo.

Sonríe.

—Por suerte para ti, no lo puedes entender. Eso no lo sabe más que el que lo ha vivido. Ves la muerte a diario a tu alrededor, y lo sientes, porque pierdes a amigos, pero no amigos como los que tienes tú o como los que tengo yo ahora. Me refiero a amigos de verdad, de los que darían un brazo por ti si te hiciera falta y por los que tú harías lo mismo sin dudar un segundo, pero morían, y te dolía en el alma pero te alegrabas de que hubieran sido ellos y no tú.

—...

—Nosotros estábamos dentro del ejército de Estados Unidos, con el general Patton, ¿lo sabías?

—Sí, toda la División Leclerc formaba parte del tercer ejército estadounidense, y la Nueve también, claro.

—Claro, claro, cómo no ibas a saberlo, señorita Marisabidilla...

—¡Hombre, Antonio! Me he documentado, es lo mínimo...

—Si lo digo con orgullo... Estoy muy orgulloso de ti, chiquilla. Tus padres seguro que también lo están, ¿a que sí?

Sonríe.

—Bueno..., ya le contaré cuando usted termine de contarme lo suyo...

—Te lo digo porque ellos mandaban, claro, y mandaban un huevo, pero les pasaba como a ti con lo de ser lista, que se creían que mandaban más de lo que mandaban en realidad, porque Leclerc y De Gaulle los tenían bien puestos. Los americanos querían ser los primeros en entrar en París, pero los franceses también querían lo mismo, y tenían más derecho que nadie, que para eso era su país.

—Pero aún falta mucho para llegar a París, Antonio. De momento, casi trescientos kilómetros.

—Más todavía, porque no hicimos el camino en línea recta.

—Pues más a mi favor. Vayamos por partes...

—Tuvimos muchas batallas, en Rennes, en Alençon, en Le Mans... Cuando veo las carreras de coches allí digo madre mía, cómo ha cambiado la historia... —se ríe—. ¿Te cuento una cosa graciosa? —le digo que sí—. Los soldados americanos querían conseguir prisioneros alemanes a toda costa, porque cuantos más prisioneros, más medallas, permisos especiales, soplapollecetes de esas, y como nosotros cogíamos alemanes a punta pala porque les teníamos muchas ganas porque ya nos habían

puteado a casi todos en la guerra civil, y los permisos y las medallas nos la traían floja, enseguida inventamos un sistema para sacar partido de las habilidades nuestras y de las tonterías de los otros. Te lo cuento. Nosotros capturábamos a los alemanes y se los dábamos a los americanos como si los hubieran apresado ellos, pero a cambio, por ejemplo, de cinco alemanes, nos tenían que dar un bidón de gasolina; por diez, dos pares de botas; por veinte, una ametralladora, y así hasta motocicletas o coches, si eran peces gordos. ¡Ay, los españoles! —se muere de la risa él solo—. Es que tenemos ese no sé qué que nos distingue del resto, ¿a que sí?

—Se llama picaresca, Antonio.

—Pues picaresca, o lo que sea, pero sabíamos sacarnos las castañas del fuego, buscarnos la vida. Lo mismo que cuando fuimos al Nido del Águila. Ya no estaba Hitler, pero se había dejado sus cosas y... Más de uno se llevó lo que pudo, pensando estos hijos de puta me han jodido la vida, pues ahora me la van a arreglar. Y uno se llevó un ajedrez; otro un cuadro; otros, objetos de oro, libros... Los americanos nos pusieron a caer de un burro, pero nosotros teníamos la conciencia tranquila, porque todo eso había sido robado por los nazis a los judíos, y nosotros nos decíamos eso de que quien roba a un ladrón..., ya sabes lo que dicen. Yo no cogí nada, pero sé de buena tinta que los que se lo llevaron lo vendieron y se apañaron la vida, invirtieron lo que sacaron en montarse un negocio, en comprarse un piso, en salir adelante, que no era poco.

Lo dice con satisfacción. No me sorprende.

—Teníamos fama de valientes, de temerarios, pero a listos no nos ganaba ni Dios. Se ríe con ganas.

—Y hablando de Dios, tengo otra anécdota. ¿A que la quieres?

—Pues claro que la quiero.

—En Écouché hubo una batalla terrible, más de cuatro días defendiendo el pueblo y esperando a que llegasen los americanos, que estaban más rezagados. Allí nos cubrimos de gloria. Resistimos como jabatos, y hasta llegamos a liberar a un montón de prisioneros americanos. Todos los alemanes acabaron presos o muertos, y nosotros perdimos a muchos de los nuestros, también. Pero no te lo cuento por los combates, porque como esos hubo cientos, aunque este fue de los más importantes, el primero de los más grandes. Te lo vengo a referir porque con los bombardeos y demás la iglesia del pueblo quedó hecha fosfatina. El cura se había portado muy bien en los enfrentamientos, la había abierto y la había convertido en un hospital de campaña donde unos curaban a los que podían y otros rezaban lo que sabían, y al final, nos dio mucha pena verle hecho polvo porque se había destrozado el Sagrado Corazón, que era la imagen del patrón o vete tú a saber qué, pero le tenía tanta estima que el pobre hombre lloraba como un niño. Total, que entre unos cuantos decidimos hacer una colecta para recoger dinero y que se comprase otro, para él y para los de Écouché,

aunque nosotros de religiosos teníamos poco, pero ese hombre era un hombre bueno, fuese o no cura ¿me entiendes? Y para la gente del pueblo su imagen era importante. Así que nosotros nos dijimos ¿qué nos cuesta? Pues no nos costaba nada, que ya ves tú para qué queríamos el dinero si estábamos todo el rato matando gente y evitando que nos mataran, y eso sale gratis... Total, que se lo dimos, el dinero, para que se pudiera comprar otra estatua si era lo que quería.

—Eso estuvo muy bien.

—Calla, calla, que aún no he terminado. El cura, que ahora no me acuerdo cómo se llamaba, vino a buscarnos luego para decirnos que quería que fuésemos a misa, y nosotros, hombre, padre, a misa, si somos todos republicanos y ateos, y él, a mí me da igual, yo quiero hacer una misa por todos, por los vivos, por los muertos, por los cristianos, por los judíos, por los protestantes, por todos los hombres buenos que viven y los que han muerto, y por vosotros también, que seguro que al final no sois tan ateos como pensáis y si lo sois me da igual porque lo que sí sois de verdad es buena gente. Y ¿sabes qué? Que fuimos todos a la misa, y los que no fueron fue porque no pudieron, porque estaban de guardia o heridos o muriéndose, y cuando nos marchamos de allí, creo que todos pensábamos: madre mía, si todos los curas fuesen como este qué distinto hubiera sido todo en España...

Me mira, buscando mi confirmación.

—¿Verdad? ¿Verdad que hubiera sido distinto?

Quiero contestarle. Quiero decirle que sí, que es verdad, que hubiera sido distinto, pero también quiero decirle que también hubo curas así, en España, aquí mismo, en este pueblo, que tenían nombres más fáciles de recordar que el del cura de Écouché, que según mis datos se apellidaba Verget, y que no corrieron la misma suerte que aquel. Pero me da miedo su reacción. Mi madre, en mi cabeza, sigue diciéndome adelántate, coño. Y eso es lo que hago. Adelantarme. Un poco más.

José Emilio

El 14 de febrero de 1937, después del primer gran bombardeo italiano sobre la ciudad de Valencia, José Emilio Almenar decidió volver a su casa. Tuvo miedo, y reconocerlo fue peor incluso que tenerlo, por mucho que fuera consciente de que no era nada más que un hombre revestido con uniforme de santo y conociera de sobra las características de su alma imperfecta. Se sentía como Jesús en Getsemaní, no porque también tuviera ganas de pedirle al Padre que apartase de él ese cáliz de amargura, que no las tenía, y, de haberlas tenido, también hubiera dicho lo que dijo Jesús:

—Pero que no se haga como yo quiero, sino como tú quieras.

Se sentía como Jesucristo en el Monte de los Olivos porque, al igual que él, empezó a sentir en toda su alma esa tristeza extraña, ese desasosiego previo a la muerte, pero a diferencia de lo que le ocurrió a Cristo, a él no se le apareció ningún ángel dispuesto a confortarle, a reconciliarle con la idea de que Dios, padre amoroso, quería que su sacrificio, que el sacrificio del Hijo del Hombre, sirviera para salvar a todos los seres humanos que poblaban la tierra.

No. No vino ningún ángel a socorrerle esa noche, y José Emilio tuvo miedo, pero no a morir, sino a perder la fe, porque ¿qué clase de Dios, qué clase de padre amoroso podía permitir los horrores que él vio aquella noche? Ninguno. Ninguno. Ninguno. Hijos de puta.

Como siempre, había ido a la Casa de la Caridad al terminar sus obligaciones en la falsa parroquia de la casa de la calle Quart. Ya de regreso, comenzó a oír las bombas. Nunca llegó a saber que procedían del crucero ligero *Emanuelle Filiberto Duca D'Aosta*, que estaba anclado a seis mil metros de los muelles, y que en menos de diez minutos lanzó sobre la ciudad treinta y dos salvas con un total de ciento veinticinco proyectiles.

En los días sucesivos leyó las páginas de *El Mercantil Valenciano*, que durante varias ediciones informó, equivocadamente, que habían sido dos o tres los barcos enemigos que habían bombardeado Valencia debido a la magnitud de los ataques. Habría de pasar más de medio siglo para que el Ministerio de la Marina italiana desclasificara sus documentos reservados y pudiera así saberse la verdad, que era esta: dos barcos con bandera de Italia navegaron desde Mallorca variando el rumbo en repetidas ocasiones para que nadie fuera capaz de prever su destino. Uno fue hacia Barcelona y la bombardeó desde el mar, causando numerosas víctimas civiles. El otro se dirigió hacia el puerto de Valencia, y, con todas las luces apagadas, lanzó sus bombas contra una ciudad desprevenida cuyos habitantes, a esa hora, o tomaban la cena, o paseaban todavía, animados por la calidez de la noche de mediados de febrero.

Ambos buques remataron su maniobra secreta regresando a Italia aprovechando

la oscuridad y el desconcierto. José Emilio no lo sabía, ni lo llegó a saber nunca porque no vivió esos cincuenta años, pero, de haberlo sabido, le hubiera dado lo mismo: no le importaba de dónde venía la maldad humana; lo que le afectaba, lo que le descorazonaba, lo que le daba terror, era la certeza palpable y súbita de que existía, de que el hombre quizá no merecía ser salvado, ni por el sacrificio divino ni por el suyo propio.

El balance oficial de muertos dado por el gobierno, a las once de la mañana del lunes quince, era de diez fallecidos y unos sesenta heridos. Cuatro días después, ya se decía que los muertos eran al menos veinte, aunque, en realidad, fueron cerca de medio centenar. El periódico contaba que las bombas impactaron, entre otros lugares, en el hospital provincial y en un comedor del Socorro Rojo Internacional para niños de los poblados marítimos, que al ser de noche estaba, afortunadamente, vacío.

A José Emilio esto le resultaba indiferente, es decir, que fueran dos, tres o uno los causantes de aquella tragedia, y sesenta, cincuenta, diez o mil los muertos que había provocado. Él con uno ya tenía suficiente. O, mejor dicho, con seis, los seis a los que él había acompañado en el tránsito hacia el otro mundo sin ser capaz de encontrar una palabra de consuelo para ellos.

De regreso a casa, las bombas comenzaron a caer. Trató de refugiarse en un soportal, pero lo dejó, por inseguro, y se lanzó a correr hacia la Gran Vía, y entonces los vio: seis cuerpos, dos adultos, tres niños y un bebé, tendidos en el suelo como muñecos rotos. Trató de ayudarles, pero no pudo. Ya estaban muertos, y ni siquiera llegó a tiempo de confortarles, de decirles Dios os está esperando y os acogerá en su seno, de ponerles, en vida, los óleos sagrados en los ojos, los oídos, la nariz, la boca, las manos, los costados y los pies, murmurando *Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison, Pater noster*. Ten piedad. Lo hizo, sollozando, sobre los cadáveres, sintiendo que, de alguna manera, él también se estaba muriendo un poco aunque ninguna bomba ni ningún cascote le hubiera dañado.

Más tarde, por el periódico, supo que los niños se llamaban Vicente, Juan, José y Antonio, que tenían seis, cinco, tres y un año, y que las adultas, Rosa y Encarnación, eran madre y abuela de los pequeños. El padre de las criaturas, limpiabotas de profesión, quedó desolado por la terrible pérdida, y fue su sindicato quien corrió con los gastos del funeral.

También supo que la familia del limpiabotas y otros fallecidos, como el repartidor del periódico *La Voz Valenciana*, un chaval que se llamaba José Bartual y que sólo tenía veinte años, fueron depositados en nichos del Cementerio Civil, muy cerca de la tumba de Vicente Blasco Ibáñez, y en cierta manera le hizo feliz saber que sus cuerpos no acabaron en una fosa común, sino en un lugar concreto donde sus familiares pudieran llorarles.

Pensar en la familia del limpiabotas le hizo recordar también a la suya. ¿Qué

hacía él, tan cerca pero tan lejos de sus padres? En realidad no les separaban ni diez kilómetros, menos de dos horas caminando a buen paso, pero para el caso era como si fueran centenares, como si en lugar de en Valencia se encontrase en otra ciudad, en Madrid, por ejemplo, donde por lo que decía la prensa los muertos se contaban por decenas, a diario, y donde los combates por defender la capital de los avances de las tropas rebeldes eran duros y frecuentes. Por el contrario, en Valencia, la situación era tranquila y él hubiera podido estar con sus padres mucho más de lo que estaba.

Pensó hacerlo, visitarles, muchas veces, pero siempre encontró un motivo para quedarse. No parecer cobarde. No huir. No abandonar sus obligaciones.

Seguía diciendo misa, a diario. Es más, comenzó a hacerlo, decir misa, justo cuando comenzó la guerra, porque sus superiores se marcharon cuando los milicianos empezaron a incautar los edificios religiosos de la misma manera que las autoridades republicanas expropiaron campos, empresas o viviendas de quienes consideraban enemigos de la autoridad. Eso le dolió. A ver, qué tipo de enemigo era él, qué tipo de enemigo era Dios, pero no quiso marcharse.

Unos antiguos feligreses le acogieron en su casa, y hasta allí se llevó sus (pocas) pertenencias y los objetos litúrgicos que pudo rescatar de la iglesia, con el propósito de poder seguir diciendo misa: el cáliz, el copón, la patena, las vinajeras, el cubrecáliz, el incensario, la naveta, la custodia, el hisopo, el manutergio, el platillo de comunión, el purificador, la custodia, la lámpara del Santísimo y la cruz procesional, por si acaso podía usarla en algún momento, cuando las cosas mejorasen. Allí, en casa de sus vecinos, decía misa cada día, a las siete en punto de la tarde, una hora extraña, pero que por lo que se ve era la que mejor les venía a los (pocos) fieles, unos diez, doce como mucho, que se atrevían a tocar el timbre de la casa como si fueran a jugar a la brisca y no a rezar el Ave María. Poco a poco fueron siendo cada vez menos. A algunos los detuvieron por desafección a la República. Muchos no volvieron. Otros sí, pero tenían miedo y dejaron de ir a misa de siete e incluso se afiliaron a un sindicato al salir de la prisión, en un intento por salvar la vida que a algunos les fue bien y a otros no tanto, porque de todas formas volvieron a detenerles más de una vez.

José Emilio pensaba en sí mismo y en sus feligreses como si fueran los antiguos cristianos, y se imaginaba que en lugar de estar en un piso de la calle Quart se encontraban escondidos, rezando, en las catacumbas de Roma, y eso le hacía sentir bien, satisfecho, honesto, fiel a sus principios, valiente, defensor de Cristo. Y, además, en honor a la verdad, le gustaba estar en la ciudad, esa ciudad que era la de siempre, pero que también era una ciudad nueva, llena de gente, bulliciosa, que no parecía estar en guerra. Al principio. Luego ya sí, pero durante unos meses mantuvo la fantasía de ser un oasis en medio del horror.

Estaban en guerra, cierto, pero la guerra estaba en otro sitio, lejos, lejos de esas

calles que de repente se habían llenado de coches que impedían la circulación, que hacían sonar sus cláxones para que peatones y animales supieran que andaban por allí y que podían matarlos en vez de una bomba o de una bala perdida, o en lugar de uno de los quince mil presos que los anarquistas liberaron de las cárceles para disgusto de los ciudadanos de bien, a los que les resultaba más o menos indiferente que los que habían estado encarcelados por sus ideas políticas anduvieran libres, pero que temían, con razón, que los ladrones desvalijaran sus casas y los criminales asesinasen a sus familias.

Cuando el gobierno republicano se instaló en Valencia y la declararon capital de la República, en noviembre de 1936, José Emilio no pudo estar más satisfecho. Secretamente, porque no estaba bien visto que un sacerdote que decía misa a escondidas y que vivía oculto vestido de civil comulgase con los republicanos, pero satisfecho al fin y al cabo, porque nunca hubiera imaginado que esa ciudad, hasta entonces tan cerrada y provinciana, pudiera convertirse de la noche a la mañana en un lugar tan abierto al mundo, tan cosmopolita, tan aparentemente feliz, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo.

Claro que a él la guerra no le gustaba, igual que no le gustaban los que habían convertido en tabernas los templos y servían las bebidas en los altares, disfrazados con las ropas de los sacerdotes, ni tampoco la nueva rotulación de las calles, Unión Ferroviaria por Sueca, Socorro Rojo por Abadía de San Martín, Buenaventura Durruti por Marqués del Turia o, lo peor, Cristóbal por San Cristóbal. Pero le hacían gracia los nombres nuevos de los equipos de fútbol, Amanecer Rojo, Estrella Roja, Dependencia Mercantil. Y le gustaba, y mucho, ver las calles de la ciudad repletas de extranjeros, de periodistas, de diplomáticos con sus valijas, y hasta de espías que traficaban con información de embajada en embajada.

Le gustaba mezclarse entre ellos, jugar a adivinar a qué se dedicaba cada uno, pasear por la puerta del Palace, en la calle de la Paz, un hotel reconvertido en Casa de la Cultura que los valencianos llamaban el *hotel dels sabuts*, y observar a los intelectuales que entraban o salían. Reconoció, una tarde, a Rafael Alberti y a su mujer, María Teresa León, y con ellos, a Antonio Machado, y en la plaza de toros se encontró con un joven desorientado y borracho que le rogó que le acompañara al hotel Victoria.

—Pero si está aquí mismo, señor, sólo tiene que seguir todo recto hasta llegar a la plaza de Emilio Castelar y luego tomar la segunda calle a la derecha.

—Acompáñame, se lo ruego, *señora*.

—Señor.

—Perdona. Perdóneme, *caballera*.

—Caballero.

—*I know, I know, but I've drunk too much even for me.*

—¿Pero se puede saber qué dice usted, señor mío? No le entiendo nada.

—*Sorry, sorry...* Perdona, soy *borracha* y no encuentra mi hotel.

José Emilio le acompañó y por el camino, medio en inglés y medio en castellano, le contó que era americano, periodista y republicano convencido. Le dijo que le habían herido en la primera guerra mundial y que la herida le había servido para conocer al amor de su vida, que finalmente le había abandonado con el corazón roto.

—*Mejora.*

—¿Mejora?

—Claro, mi amigo, con el corazón roto se escribe *mejora*.

No podía saber entonces que su muerte le privaría de poder contar que él conoció antes que nadie a aquel americano que iba a escribir *Por quién doblan las campanas*.

Por entonces, todavía no habían llegado las bombas, ni el miedo, ni el hambre, ni las mujeres sentadas en sus sillas desde el alba, cosiendo o tricotando mientras esperaban que los colmados abrieran las puertas con tal parsimonia que interrumpían el paso de la gente, y la autoridad tuvo que prohibir que se formasen las colas antes de las siete de la mañana; ni las cartillas de racionamiento; ni los balcones llenos de gallinas y conejos que garantizaban la alimentación aunque ponían en riesgo la salud pública; ni los hombres que volaban reventados por las bombas porque se colocaban demasiado lejos de los refugios para salir corriendo a recoger los restos de los caballos destrozados por los proyectiles cuando se callaban las sirenas antiaéreas. Todavía era posible comer a dos carrillos en los restaurantes, ver una película en cualquiera de los treinta cines que estaban abiertos o una obra en los siete teatros, o un espectáculo de variedades (no era su caso) en las decenas de cabarés de Ribera o Ruzafa, siempre llenos de gente alborotada.

La prensa de Madrid criticaba a ese Levante feliz que vivía de espaldas a la guerra. La prensa valenciana culpaba del derroche y el desenfreno precisamente a los madrileños que ocupaban la ciudad, amén de los que llegaban de otros puntos del país huyendo de la guerra. A él esas peleas en los periódicos le hacían gracia, como le hacía gracia todo, es decir, al principio, antes de que las complicaciones pusieran cada cosa en su lugar: a más gente, menos comida y menos espacio donde esconderse cuando llegaron los bombardeos.

Por la radio emitían noticias del frente, y la gente escuchaba, por ejemplo, a Queipo de Llano lanzar sus arengas desde Radio Sevilla.

—Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombre. De paso —decía el general— también a las mujeres de los rojos, que ahora por fin han conocido hombres de verdad, y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará.

Desde Valencia, Queipo de Llano se veía lejos y la guerra parecía fácil de ganar; la moral estaba intacta, y los obreros, los campesinos, los jornaleros, las modistas, la

gente, en general, se mantenía eufórica. Hoy más que nunca victoria, decían los carteles en las calles. Victoria, decía la gente, y todos se creían lo que decían. También José Emilio. Ganaremos y la vida será mejor para todos, se decía.

Pero cuando vio a esa familia muerta empezó a pensar menos en la gran familia de la humanidad, en todos los hombres hermanos unos de otros, y le dio por pensar en su familia de verdad, en su padre, que estaba ya mayor para ir solo al campo y en que si le pasaba algo, cualquier cosa, se moriría encima de la tierra sin que nadie le echase una mano; en su madre en un día de mercado, con la compra que había metido poco antes en el bolso de esparto desparramada por el suelo porque había caído una bomba y se la había llevado por delante sin tener ni siquiera el consuelo de haber besado la mano de su hijo cura; en sus hermanas, en la mayor, con sus hijos, y en la pequeña, con los suyos, en la mediana, en la casa de sus amos, todos muertos, mientras él seguía vivo, haciendo más fácil, más cómoda, más piadosa, la vida de los demás, de gente a la que no conocía y a la que fingía apreciar como si fueran algo de él, ignorando a los suyos, a los auténticamente suyos. Y Cristina. Qué sería de Cristina. Cuánto tiempo sin saber de ella, sin pensar en ella, sin permitirse sentir lo que sentía por ella.

Así que una mañana recogió sus cosas, se despidió de sus protectores y se marchó caminando a su pueblo, con la certeza de que hacía lo correcto, de que en su casa estaría a salvo y podría defender a quienes en verdad amaba. Pensaba que cuando la guerra terminase podría regresar de nuevo a Valencia, o a donde las autoridades eclesíásticas le mandasen. Estaba seguro de que esa experiencia le convertiría en mejor sacerdote, que aceptar sus debilidades de hombre le acercaba más a Dios y podría ejercer mejor su ministerio. Se equivocaba.

Carmen

24 de noviembre de 2010

Carmen López

Natalia, tienes que perdonarme que pase tanto tiempo sin contestarte, y más cuando me haces preguntas concretas que tienen una respuesta sencilla. Me preguntas por qué no podemos juntar nuestras dos mitades de la historia para hacer una historia única, no única en el sentido de especial, ya lo sé, sino única en el sentido de una sola versión, no de la época que compartimos, o no sólo de esa época, sino de toda la vida que nos hemos perdido.

Yo no sé nada de ti, y tú no sabes nada de mí, y eso es triste, porque durante mucho tiempo creo que fuimos las personas más importantes del mundo la una para la otra. Me acordé mucho de ti cuando vi *Thelma y Louise*, supongo que la habrás visto. Pero no porque pensara que una de las dos era una amargada reprimida metida en un matrimonio que la hace infeliz y la otra una resentida con la vida que no se fía ni de su sombra, aunque vete tú a saber qué es lo que somos en realidad. Es broma. Lo último, digo. Me acordé de ti porque pensé que en ese momento tú y yo éramos así, más fieles la una a la otra que a ninguna otra cosa o persona de este mundo, capaces de llegar hasta el final, hasta el fondo del precipicio, como ellas.

Pero también creo que este vacío, este paréntesis, es una gran oportunidad. ¿Para qué?, te preguntarás. Pues para poder rellenarlo. ¿No te da la sensación, muchas veces, de que en el día a día tomas decisiones rápidas, muchas veces incluso precipitadas, sobre las que nunca vuelves a reflexionar? Pero ahora es como si tuviéramos un mapa en blanco delante de nosotras y pudiésemos ir colocando, recolocando, mejor dicho, montañas, valles, ríos, pueblos, ciudades, países, continentes, mares y océanos donde siempre tuvieron que estar y no donde estaban, en cualquier lugar, como dejados caer. Porque cada cosa tiene su sitio, tiene su porqué, aunque no nos demos cuenta.

Es verdad que para que algo así, como lo que nosotras teníamos, se rompa tiene que haber una causa. Y es verdad que la hubo, que la hay. Pero no tiene nada que ver contigo, sino conmigo, y es ahora cuando me doy cuenta, gracias a ti, aunque no hayas hecho nada.

Es sólo que en estos meses he pensado tanto en todo lo que te quería contar que al final he acabado contándomelo a mí misma, todo, incluso las cosas que me he estado ocultando toda la vida, la vida entera. Joder.

No pienses que son grandes misterios, no es para tanto.

Es sólo que no soy lo que quiero ser, lo que pretendo ser, lo que aparento ser.

Soy infeliz.

Soy cobarde.

Soy una persona triste.

Soy un ser humano miserable.

Soy alguien que está amargada y que parece disfrutar amargando la vida a quienes están a su alrededor.

Pero eso no es cierto, y sufro cuando lo hago.

Y me pregunto por qué lo hago.

Y no encuentro respuesta.

Y sé que no es verdad: sí, lo sé.

Pero me da miedo.

Odio el gimnasio.

Me tiño el pelo, no soy rubia natural, pero eso tú ya lo sabes porque me conociste morena.

Soy mezquina.

Soy mentirosa.

Soy egoísta.

Se me da bien juntar las tres cosas, esas tres partes de mi carácter, para tergiversar la realidad en mi propio beneficio. Me sale bien. Al menos eso lo puedo decir: soy buena manipulando. Es más, cada vez me sale mejor.

Olé. Bravo por mí.

Soy infiel. Lo he sido tres veces y las tres me he arrepentido porque Javier no se lo merece, eso para empezar, y porque tampoco he conseguido lo que pretendía: sentirme satisfecha, sentirme feliz, sentirme, al

menos, bien.

Me porto mal con la gente que me quiere, tal vez porque sé que me van a aguantar. Por ejemplo, con mis padres. Les trato como si me cayeran mal, y luego me arrepiento y entonces les trato como si les adorase, que es la verdad, porque les adoro. Creo que ellos creen que padezco un trastorno bipolar. A veces yo misma lo creo.

Hago un esfuerzo titánico, titánico, me encanta la palabra, titánico, titánico, titánico, para aparentar que mi vida es feliz, que es perfecta, porque si alguien, cualquiera, cualquier persona, se diera cuenta de la realidad, no de la realidad que me rodea, sino de la realidad que está dentro, en mi interior, saldría corriendo, huyendo, para alejarse de mí.

Creo, no, mejor dicho, sé, que soy la peor persona que pisa la faz de la tierra, que no merezco el aire que respiro.

Pero quiero que sepas que te quiero, que fuiste mi mejor amiga, que eres la única amiga que he tenido, que me acuerdo tanto de ti, tanto, que te debo tanto, que si algún día me atrevo a salir de aquí, de aquí adentro, será gracias a ti, gracias a lo que tú me hiciste sentir, descubrir, desear...

Hace dos minutos

Carmen López

Nat, Natalita, Natalia, tienes que perdonarme.

Esta noche Javier ha salido a celebrar que ha ganado un juicio y cuando he acostado a los niños me he bebido yo sola una botella de vino, y luego me he puesto un gintonic de esos tan fashion con la ginebra azul.

Total, que estoy borracha como una cuba.

No hagas caso de nada de lo que te he contado.

Hace veinticuatro segundos

Carmen López

Borra mis correos, ¿quieres?

Ya estoy avergonzada por todo lo que te he dicho. Voy a vomitar.

Hace aproximadamente una hora

Natalia Soler

¿Estás mejor?

Hace siete minutos

Carmen López

No. He vomitado. Me duele la cabeza y estoy profundamente arrepentida por todo lo que te he contado.

Olvídalo, por favor.

Hace treinta segundos

Natalia Soler

De eso nada, ya sabes lo que dicen.

Hace tres segundos

Carmen López

¿Qué es lo que dicen?

Hace un segundo

Natalia Soler

Pues que los niños y los borrachos dicen toda la verdad.

Hace un segundo

Carmen López

Espera, voy a vomitar

Hace un segundo

Natalia Soler

¿En serio? ¿O es coña?

Hace nueve minutos

Carmen López

En serio, en serio... Creo que mi primera papilla la tomé el 13 de enero de 1969, y la he tirado hoy mismo por el váter. Me ha dado pena, no creas, llevábamos muchos años juntas, la primera papilla y yo.

Hace un segundo

Natalia Soler

Ja, ja, ja.

Qué graciosa eres, incluso borracha!!!!

Hace tres segundos

Carmen López

No estoy borracha, creo que ya he avanzado a modo resaca: me duele todo, me tiembla el cuerpo, me quiero morir y me siento avergonzada y arrepentida de lo que he hecho... Y, además, a Dios pongo por testigo de que jamás volveré a beber alcohol...

Hace un segundo

Natalia Soler

De verdad, eres muy graciosa!

Me estoy riendo tanto que mis vecinos me van a oír. Pero no tienes nada de lo que avergonzarte, al menos que yo sepa...

Hace ocho segundos

Carmen López

No sé... Me siento como si hubiera hecho algo horroroso, como si me hubieran pillado en falta, como cuando éramos unas crías y llegábamos pedo a casa y nuestras madres nos pillaban... ¿Te acuerdas? Pero cambiemos de tema. ¿Cómo llevas tu libro?

Hace un segundo

Natalia Soler

Creo que muy bien... Las entrevistas son todas muy positivas, hasta las que creo que no me van a servir para nada.

A veces tengo la sensación de que este libro va más allá del propio libro. Y mira que yo no he bebido ni una gota esta noche!!! Pero me da la impresión de que me está pasando algo, a mí, mientras lo estoy escribiendo, algo grande, algo como lo que nunca me ha pasado en la vida. Igual te parece una chorrada, una majadería...

Hace un segundo

Carmen López

En estos momentos de soberana vergüenza de mí misma, nada puede parecerme una chorrada... Aprovechate de eso y cuéntame, amiga mía...

Hace un segundo

Natalia Soler

Es que... No sé... Es como si toda esa gente estuviera influyendo en mí, en mi vida... Como si verles, oírles, saber cosas de ellos, hiciera que valorase más lo que tengo, lo que tenemos todos. Creo que escribirlo me está haciendo una persona mejor, y eso me hace feliz...

Hace un minuto

Carmen López

Me alegro mucho... Tienes que ser muy feliz, Natalia.

Hace un segundo

Natalia Soler

Oye...

Hace un segundo

Carmen López

Dime.

Hace un segundo

Natalia Soler

¿Nos vemos mañana?

Hace diez minutos

Natalia Soler

¿Estás ahí?

Hace treinta minutos

Natalia Soler

¿Te has dormido o tengo que llamar al Samur?

Ayer

Carmen López

Vomité, desperté al pequeño, el pequeño despertó al mayor, llegó Javier de su cena, nos encontró a los tres despiertos y a mí con resaca, se enfadó, nos peleamos, volví a vomitar... ¿Sigo?

Hace aproximadamente tres horas

Natalia Soler

Bueno, es grave, pero como yo me había imaginado que al devolver te habías golpeado la nuca en la bañera y tu marido te encontraría muerta en el baño al llegar sin que yo pudiera hacer nada porque ni sé tu teléfono ni tu dirección..., pues lo que me cuentas no me parece para tanto!!

Hoy, que ya estás (más) serena, retomo la cuestión inicial.

¿De verdad te sientes como lo que escribiste, aunque sea remotamente?

Hemos de vernos, Carmen, y hablar de todo, que ahora más que nunca me doy cuenta de que hace mucho, mucho, pero que mucho bien. Ya no me interesa tanto saber qué nos pasó, porque creo que lo importante son las obras completas, no los capítulos, y está claro que tú y yo estamos en el mismo camino que dejamos hace tiempo. Veámonos, por favor.

Un beso cálido y étílico.

Ayer

Carmen López

Sí, veámonos, veámonos.

¿Te vas de puente en diciembre? Nosotros sí, nos hemos cogido toda la semana para irnos a una casa rural en la Sierra del Espadán, en un pueblo que se llama Artana, con unos amigos del colegio de los críos.

Pero a la vuelta, el 13 o el 14, podíamos quedar para cenar juntas, no sé, en cualquier sitio del Carmen que a ti te parezca bien.

Hace diez minutos

Natalia Soler

Hecho. El martes 14, a las nueve. Empezamos tomando algo en el Negrito y luego si quieres cenamos en La bodeguita del gato, que está al lado, en la calle Catalans y hacen unos pinchos de tortilla cojonudos.

Me muero de ganas, de comérmelos y de verte!!

Hace cinco minutos

Carmen López

No sé cómo estará ese pincho, pero me fío de ti. Yo sí me muero de ganas de verte!!!

Antonio

Camino de París, Antonio se encontró por segunda vez en su vida con André Friedmann, aunque tampoco en esa ocasión reparó en él ni se dio cuenta de que estaba con uno de los más importantes reporteros gráficos del mundo, porque la vida, después lo ha pensado muchas veces, tiene esas cosas: te pone cerca de gente que podría enseñarte mucho pero no te enseña a que repares en ellos. ¿Qué hubiera aprendido él de Robert Capa, si hubiera sabido que era Robert Capa? Lo obvio, a fotografiar, le hubiera servido para hacer mejores fotos a los hijos que entonces no sabía que acabaría teniendo, y lo menos evidente, a fijarse en los detalles, a estar permanentemente con la mirada atenta a lo que ocurriese a su alrededor, Capa para disparar su cámara y él para apretar el gatillo de su arma.

Tiempo después, al leer la biografía del fotógrafo, se reconoció en aquella conversación mantenida el día 24 de agosto de 1944, cuando los tanques de la Nueve marchaban hacia París y un grupo de periodistas pretendió entrar en la ciudad con ellos.

Se negaron, obviamente. Las órdenes en ese sentido eran claras y rigurosas. La guerra estaba llena de corresponsales llegados de medio mundo. La mayoría eran plumillas que muchas veces morían por su propia temeridad e inconsciencia, pero algunos eran hombres de fama mundial, como Ernest Hemingway, que tuvo que formar su propia tropa de seguidores porque el mando americano le prohibió participar en la contienda.

Según supo Antonio muchos años más tarde, todas las noches, Hemingway y su grupo salían a perseguir y matar alemanes, a quienes el escritor había bautizado como repollos. Antonio, lector empedernido, leyó una carta que Hemingway le escribió a su editor, Charles Scribner, en 1949:

Una vez maté a un repollo de los SS particularmente descarado. Cuando le advertí que lo mataría si no abandonaba sus propósitos de fuga, el tipo me respondió: Tú no me matarás. Porque tienes miedo de hacerlo y porque perteneces a una raza de bastardos degenerados. Y además, sería una violación de la Convención de Ginebra. Te equivocas, hermano, le dije. Y disparé tres veces, apuntando a su estómago. Cuando cayó, le disparé a la cabeza. El cerebro le salió por la boca o por la nariz, creo.

Leclerc se enfrentó a Hemingway y le ordenó no acercarse a la ciudad porque la liberación de París era un asunto del Ejército de la Francia Libre. Hemingway le contestó escribiendo en un artículo que «un general mal educado es un general nervioso» y lo apodó, justamente, «Leclerc el nervioso».

Pero antes de que llegaran a París, los reporteros insistían en acompañar a los soldados para escribir la crónica de la liberación. Uno de ellos reconoció el acento del soldado que le negaba el paso y descubrió el nombre del *half-track* que le impedía ser testigo de la historia, el *Teruel*.

Les habló en español:

—¡No hay derecho a que me impidáis seguir adelante! Soy uno de vosotros, yo mismo participé en aquella batalla helada y feroz.

Antonio se quedó atónito al escucharle y respondió:

—Si eso que cuentas es cierto, entonces está más que claro que eres uno de nosotros. Tienes que acompañarnos. ¡Ven con nosotros a París en este tanque, el verdadero Teruel!

También en las memorias de Capa leyó cómo el fotógrafo recordaba su entrada en París, esa noche:

Yo sentí que esa entrada en París había sido creada especialmente para mí. A bordo de un tanque fabricado por los estadounidenses (quienes me habían aceptado en su país) y manejado por republicanos españoles (junto a quienes había combatido el fascismo años atrás), regresaba a París, la hermosa ciudad en la que había aprendido a comer, beber y amar. Los miles de rostros que se agolpaban al otro lado de mi cámara se fueron difuminando: el visor estaba cada vez más mojado.

Para Antonio Almenar fue algo parecido, aunque él no hubiera aprendido a comer ni a beber ni a amar, ni en París ni en ningún otro sitio.

Después de hablar con Robert Capa sin saber que era Robert Capa, Antonio regresó a su tanque, y con él inició el camino que había comenzado en Limours a las siete de la mañana de ese mismo día de agosto. Por la carretera nacional número veinte, los hombres capitaneados por Dronne fueron atravesando pequeños pueblos en los que, a pesar de lo intempestivo de la hora, los habitantes les recibían entusiasmados.

—¡Ya están aquí los americanos! ¡Ya están aquí los americanos!

Luego comprobaban las banderas, y se corregían, con más exaltación todavía:

—¡No! ¡Son franceses! ¡Son franceses! ¡Nos van a liberar los franceses!

En Longjumeau, una hora después de salir, los alemanes les plantaron cara.

A mediodía, llegaron a Antony.

En Fresnes hubo algunas bajas, y Dronne recibió la orden de retroceder.

En Croix de Berny, Leclerc ordenó a Dronne que desobedeciera las órdenes aliadas que trataban de impedir que los franceses liberasen París.

Un hombre de paisano guio a la Nueve para que atravesaran Fresnes, L'Haÿ-les-Roses, Cachan, Arcueil y Kremlin-Bicêtre.

A las nueve menos cuarto de la noche, la Nueve se detuvo ante la Puerta de Italia de París, y, tras unos instantes de vacilación, Dronne ordenó:

—*Nous allons à l'Hôtel de Ville.*

Cuarenta y siete minutos después, Dronne mandó un mensaje por radio.

—*Mission accomplie.*

Antonio Almenar entró en el Ayuntamiento, donde se encontró con Pierre Crenesse, que retransmitía la escena por la radio clandestina para todo el país.

—*C'est un français de cep pur, venu de très loin pour libérer la mère patrie.*

Y Antonio le respondió:

—Señor, soy español.

Natalia

—¿Cómo fue la liberación de París, Antonio?

—¿Que cómo fue?

—Sí, cómo fue, cómo la recuerda, cómo la vivió usted.

—Ya te lo he contado montones de veces...

—Eso no es verdad. Lo que me ha dicho es que fue lo más importante que le ha pasado en la vida.

—Junto al nacimiento de mis hijos y mi matrimonio con Manuela..., ¿no me vayas a buscar un lío a estas alturas!

Nos reímos. Desde la cocina, llega también la risa de Manuela.

—A estas alturas, a estas alturas... —rezonga.

—En serio, Antonio. Dígame lo que recuerda, lo que sea, lo primero que se le venga a la cabeza.

Se queda pensativo, unos instantes.

—¿Sabes cómo es el traje tradicional de las alsacianas?

Me encojo de hombros. No lo sé.

—¡Lo sabía! —se da un golpe en la rodilla—. ¡Manuela! ¡Ven aquí! ¿Lo has oído?

—Sí... ¿Ya estás contento?

No entiendo nada.

—Manuela y yo habíamos hecho una apuesta, y he ganado yo.

Entra Manuela con el monedero en la mano y le da un billete de veinte euros a su marido.

—Él estaba seguro de que en menos de un mes te pillaría en algo que no supieras. Dice que nadie puede ser tan lista como tú te crees que eres.

Nos reímos los tres.

—¿Y usted, Manuela, apostó por mí? Se lo agradezco...

—Bueno..., es que uno de los dos tenía que hacerlo, en eso consiste una apuesta.

—¡Qué va! Ella te defendió: decía que tú no eres una sabihonda, pero que te habías preparado este tema.

No puedo evitarlo. Me levanto y le doy un beso a Manuela. Ella no se ruboriza. Yo sí. Es la primera vez en ¿cuánto tiempo?, ¿años?, ¿la vida entera?, que hago algo así, algo cariñoso y espontáneo.

—Vale, de acuerdo, no tengo ni idea de cómo es el traje de las alsacianas, pero tampoco tengo ni idea de a qué viene eso ahora.

—Pues es una respuesta a tu pregunta. Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza: el traje típico de las alsacianas, con ese gorro que parece una madalena.

—¿Y eso por qué?

—Cuando estábamos entrando en París, durante todo el camino, mucha gente se apartaba de la comitiva porque pensaban que éramos alemanes que íbamos a reforzar la ciudad, pero, cuando veían que éramos nosotros, salían a nuestro encuentro desesperados de la alegría. Bueno, no nosotros, los españoles, porque ni nos reconocían ni reconocían la bandera republicana ni nada, se pensaban que éramos todos americanos, ingleses y franceses, pero a nosotros entonces eso nos daba un poco lo mismo, porque íbamos a lo que íbamos, a liberar París.

—Claro.

—Muchos se ofrecían a guiarnos, y lo hacían, nos llevaban por caminos libres donde veíamos carros destrozados, o casas hechas añicos, en fin, el paisaje desolado de una guerra, lo habrás visto en cualquier película. Fíjate si se acercaban que, ya en París, hubo un grupo que se arremolinó a nuestro alrededor cuando aún no era seguro hacerlo, y un cabronazo que estaba escondido, un francotirador, se lio a tiros y menuda escabechina formó... Esa gente que murió ahí me dio una pena tremenda, porque les quedaba tan poco, tan poco...

Guarda silencio. Se rehace. Continúa.

—Nos costó más tiempo y más esfuerzo librarnos de la gente que se nos echaba encima para abrazarnos que lo que nos llevó llegar a París enfrentándonos a los alemanes. ¡Madre mía, qué gente! Creo que nunca me han dado tantos besos... Como dan tres, los franceses... eso sí que lo sabes, ¿no? —no espera mi respuesta—. Pero no te creas que eran besos castos, no, que las mujeres nos los plantaban en los labios y todo..., y nosotros, todos gorrinos que veníamos, todos sudados, todos sucios, ahí estábamos, dejando alto el pabellón.

Se ríe.

—La alsaciana, Antonio, que se pierde...

—Ah, sí, la alsaciana... Es que luego me han venido muchos más recuerdos a la memoria, pero cuando me has pedido el primero, ha sido esa mujer, que se volvió loca de alegría y de un salto se plantó encima del capó del *jeep* de Dronne. La señora estaba de buen año, y del golpe destrozó el cristal del parabrisas, pero ahí se quedó, rodeada de cristales, y Dronne con una cara... No se bajó de ahí hasta que llegamos a la puerta del ayuntamiento. ¡*Mecagüen!* Dronne no sabía dónde meterse con la alsaciana encaramada encima del coche desde la puerta de Italia hasta la puerta del Hôtel de Ville, que es como allí se llama el ayuntamiento, ya, ya sé que ya lo sabes, pero es que era impresionante, la mujer, la cara de Dronne, la cara de todo el mundo al vernos llegar con la alsaciana a cuestas...

Se ríe.

—Por las calles, a nuestro paso, la gente se puso a cantar la *Marsellesa*.

Canta.

—*Allons enfants de la Patrie le jour de gloire est arrivééééééé... Contre nous de*

la tyraniiiiieeeee l'étendard sanglant est leeevéééé, l'étendard sanglant est leeevéééé...

Se calla.

Se emociona.

Me lo dice.

—Perdona..., es que me emociono.

—Normal, Antonio, es que vivir ese momento..., ¿si me he emocionado hasta yo!

—En realidad no lo viví así, como te lo estoy contando. Eso, lo de la *Marsellesa* y demás, lo he leído después, en libros, en reportajes de los periódicos cuando se cumple el aniversario de la liberación, que de vez en cuando los escriben y los tengo todos recortados en un álbum, ¿verdad, Manuela? —dice que sí, otra vez desde la cocina—. Lo que pasa es que entonces, esa noche, con el ruido de los motores de los *jeeps*, de los carros de combate, no se oía ni un pimiento, no se oía nada de nada. Bueno, nada de nada, no.

—...

—En cuanto llegamos al ayuntamiento, escuchamos las campanas de la ciudad. Primero fue Notre-Dame, eso también lo he sabido luego, y he leído también que repicaron más de doscientos campanarios. Entonces no lo sabíamos, cuántos, sólo sabíamos que eran muchos y que primero una, luego otra, luego otra y otra, y otra, todas las iglesias de París nos saludaron desde los campanarios..., ya estáis aquí, ya habéis llegado, bienvenidos, parecían decir, *bienvenus, bienvenus...* La gente se volvió loca, salió a la calle, encendió las luces de todas las casas de la ciudad, les importaba un pito que llegase la aviación alemana y nos friese a todos. París fue esa noche más que ninguna otra la ciudad de la luz, que dicen que es, ¿no? Y en la plaza nosotros estábamos borrachos de gente, de felicidad... Nos pusimos a cantar a grito pelado, todos juntos, *Ay Carmela, A las barricadas...* El bien más preciadoo es la libertaaaad y hay que defenderlaaaaa con fe y con valooooor, alza la bandera revolucionaria..., ¡a las barricadas!, ¡a las barricadas! Por el triunfoooo de la Confederaciioooooónnnnnn.

Cierra los ojos y tarda un rato largo en continuar hablando.

—Fíjate en esto, que es un detalle precioso: al día siguiente, un maestro jubilado que se había refugiado en París y que se había metido en la resistencia, fue a la embajada española, quitó la bandera de Franco y puso...

Se le quiebra la voz. Carraspea.

—Estoooo... Quitó la bandera y puso la nuestra, la republicana, el pobre hombre...

Se emociona de nuevo.

—¿Quiere que lo dejemos?

Da un manotazo al aire.

—¡No! Quiero que sigamos... Yo no he llorado nunca en la vida, coño.

Manuela tose varias veces.

—Bueno, está bien, he llorado muy poco en la vida, he sido un hombre duro y también vergonzoso. No he querido llorar y, si he querido, las veces que he querido, me he tragado las lágrimas por pura vergüenza, pero es que ahora, a la vejez, me he vuelto sensible..., ¡y me da una rabia!

Manuela habla desde la cocina.

—Pues a mí me gustas más así.

Se pone de pie y farfulla que se va al baño, seguramente para llorar un poco sin que nadie le vea. Al cabo de un rato, vuelve.

—Al día siguiente tocó seguir trabajando, limpiando la ciudad, que todavía estaba llena de alemanes, más de veinte mil, nos dijeron. Pero la gente ya no tenía miedo, salía, venía a nuestro encuentro, y nos decía están aquí o están allí. Los miembros de la resistencia eran los que más nos ayudaban, los que más odio les tenían a los alemanes, normal, pero eso nos trajo muchos problemas también.

—¿Y eso?

—Pues porque querían matarlos a todos. Comérselos vivos, querían.

—Es natural.

—Sí, pero nosotros estábamos ahí para garantizar el orden. También en las guerras hay reglas, reglas de honor, y no podíamos permitir que los franceses se tomaran la justicia por su mano, por muy hasta los huevos que estuvieran.

—Esa boca, que tienes nietos —protesta Manuela.

—Hasta las narices, quería decir.

Se ríe.

—Por ejemplo, en el hotel Meurice hubo una batalla terrible, porque estaba defendido por las tropas de élite alemanas que protegían al general Von Choltitz y a su Estado Mayor. Bueno. No te cuento batallitas que seguro que ya sabes. Te lo digo porque el combate fue durísimo, y al final se consiguió vencerles, y entonces entraron en el hotel algunos de la Nueve y acabaron encañonando al general, pero el general no quiso rendirse a ellos y apeló a las leyes de la guerra.

—¿Y qué dicen esas leyes?

—Pues chorradas, jerarquías, protocolos... Vamos, que un general tiene que rendirse a un general, o, si no puede ser, al militar de mayor rango que esté por ahí cerca, y el español, me parece que era Antonio Gutiérrez —se queda pensando—. Sí, era Gutiérrez, seguro, un extremeño, no dejó de encañonarle pero cumplió, e hizo venir al comandante Le Hoire. Y ¿sabes lo que hizo el alemán? Pues le regaló a Gutiérrez su reloj. Sería un hijo de la gran puta, pero le recompensó que actuara con honor. Porque eso es lo queríamos nosotros, actuar con honor todo el tiempo, que nadie pudiera decir que los republicanos éramos esto o aquello. Sólo queríamos que

se dijera de nosotros que éramos hombres de honor que cumplían con su deber y que querían acabar con el fascismo. Por eso nos pusimos como fieras cuando vimos que los civiles se querían vengar impunemente.

—¿Qué pasó?

—Eso, lo que te digo. Ese mismo día nos enfrentamos también a un acuartelamiento que había en la plaza de la República. Joder. Si es que me parece estar viéndolo todavía... Había más de trescientos soldados alemanes en fila, detenidos por nosotros, rendidos y derrotados, y entonces vino una marabunta de gente que les insultaba y les intentaba quitar lo que tenían, las armas, las botas, los relojes, lo que tuvieran. Y digo yo que era para tenerles ganas, para querer decirles hijos de puta, asesinos de judíos, de inocentes, de niños, cabrones..., lo que se te pasara por la cabeza, pero robarles, eso ya no. Así que acabamos haciéndoles frente a los franceses para defender a los alemanes, ya ves tú, las paradojas de la vida. Pero los entregamos a los militares, que de rositas no se fueron los muy malnacidos, no.

—¿Y luego?

Entorna los ojos.

—¡Uy, luego!... Luego fue el acabose. Leclerc y De Gaulle quisieron darnos el lugar que merecíamos, por haber estado siempre donde habíamos estado, en la vanguardia, siempre delante, sin miedo a nada, desde el principio hasta el final, y nosotros abrimos el desfile de la Victoria en los Campos Elíseos. Escoltamos a De Gaulle vestidos con nuestro uniforme, y nuestros tanques con nombres españoles, y, lo mejor de todo, con nuestra bandera... Nuestra bandera —repite, y la voz se le quiebra otra vez.

Manuela entra en el comedor y le mira con ¿arrobo?, ¿admiración?, ¿amor? Se acerca y le pone la mano en el hombro. Él la acaricia con la suya, en la que le faltan algunos dedos, y asiente con la cabeza.

—Al empezar el desfile la gente gritaba, aplaudía, estaba loca de contento, nos vitoreaba... Pero había un grupo que gritaba más fuerte que los demás. Me fijé en ellos y ¿sabes lo que hicieron? Desplegaron una bandera enorme, de treinta o cuarenta metros, roja, morada, amarilla... Nosotros les saludamos con la mano, con el puño en alto, y les gritamos que el próximo desfile sería en España... Y no pudo ser, me cago en la puta... No pudo ser...

—Eso no dependía de ustedes, Antonio. Hicieron lo que pudieron.

—Sí... y nos engañaron como a niños... O nos engañamos nosotros mismos, porque en verdad nadie nos prometió nada, nadie nos dijo si hacéis esto, si sois los más temerarios, los más valientes, los que más alemanes matáis o capturáis, lo siguiente que haremos será ir a España, rescatar a los prisioneros, liberarlos, vengar a vuestros muertos acabando con Franco, que es igual que Hitler pero no mata judíos... —niega con la cabeza—. No. Nadie nos dijo tal cosa. Esa es la realidad. Pero

nosotros lo creímos así, todos, cada uno por separado llegó a la misma conclusión, y estando juntos no hicimos más que reforzar la idea, afianzarla en la cabeza del grupo: volveremos, volveremos, liberaremos a España igual que hemos liberado París y liberaremos Francia entera, pueblo a pueblo hasta que acabe la guerra, y en lugar de eso nos dijeron ¿qué queréis hacer? ¿Os desmilitarizáis? ¿Os reengancháis al ejército? ¿Os vais con Leclerc a Indochina a hacer que siga siendo francesa? ¡Coño! A Indochina..., a ver qué se nos había perdido allí... Y de volver a España, de volver a por Franco, ni una palabra... Hijos de puta...

—Si está emocionado, Antonio, lo dejamos por hoy.

—Que te digo que no, joder, no me contradigas todo el tiempo... Las emociones se quedaron en el desfile. O al menos, las emociones buenas, las positivas. Hay otras que vienen después, pero esas me cabrean, me enervan...

—¿Se refiere a lo que hicieron después los franceses?

—¿Los franceses? No sólo fueron ellos. Fueron los franceses, los ingleses, los americanos... Que nos borraron, joder, nos borraron de la historia, como si nunca hubiéramos estado allí... Y estuvimos, estamos. Mira las fotografías.

Se levanta, sale de la habitación y regresa con una caja de madera, pequeña. La abre.

—Fíjate.

Hay recortes de periódico y algunas fotos originales, desgastadas. Se reconoce a Antonio sobre una tanqueta, cerca de De Gaulle y de Leclerc; en otra, de pie en su *half-track* mientras el general pasa revista; en otra, bromeando junto a sus compañeros. Muchas están sacadas de internet, de una de esas páginas de recuperación de la memoria histórica.

—Pasamos las de Caín para...

—¿Para nada, Antonio?

Guarda la caja.

—No. Para nada no...

—¿Seguimos, entonces?

—Pues claro, mujer, que para eso estás aquí.

—No sólo para eso, Antonio. Me gusta estar con usted y con Manuela...

—¡Anda ya!...

—Bueno, pues no se lo crea.

—Venga, sigamos con París.

—Sigamos.

—Nos quedamos allí, descansando, unas dos semanas. No sabes cómo nos trataba la gente... Madre mía... Nunca habíamos visto cosa igual, ni yo la he visto después. Estuvimos acampados en el bosque de Bolonia, y a diario venían a visitarnos enfermeras que nos habían atendido, personas que habíamos conocido aunque fuera

de pasada, españoles exiliados en París, miembros de la resistencia... Y nos traían cosas, no grandes cosas, pero sí importantes, porque demostraban que sentían afecto por nosotros...

—Eran solidarios.

—No, no era solidaridad, porque a nosotros lo único que nos hacía falta era gasolina para seguir hacia Alemania, y de eso no nos traían, pero porque no la tenían, que si no... —se ríe—. Iban a vernos porque querían, porque nos querían. De hecho, de ahí salieron muchas relaciones. Los que sobrevivieron y no se fueron detrás de Leclerc a Indochina, volvieron a París y encontraron trabajo, o residencia, o novia, de la mano de esas personas que se convirtieron en casi familia.

—Pero no se quedaron mucho tiempo en Bolonia.

—No, no, qué va. Unas dos semanas, lo justo para reponernos y para que llegara el material que necesitábamos para seguir, la gasolina y demás, ya te lo he comentado. Seguimos hacia Alemania, todo tieso, directos a Alemania.

—Y llegaron.

—Pues claro que llegamos, ¡¿cómo no íbamos a llegar?! Lo que pasa es que al final la Nueve ya no era la Nueve.

—¿Y eso por qué?

—¿Me lo preguntas? Si seguro que ya lo sabes... —nos reímos—. Porque había muchas bajas, muchos muertos, muchos heridos por fuera, y todos heridos por dentro. Hasta Granell tuvo que irse de reposo, con lo que él había sido. Pero las condiciones se fueron haciendo terribles conforme nos metíamos hacia el norte, los hombres sufrían congelaciones a mansalva, y las batallas seguían siendo muy duras, aunque los alemanes también estaban cansados de todo y yo creo que ya se veían venir lo que se les acabaría cayendo encima.

De repente sonrío, y la sonrisa se le transforma en una carcajada que le dura varios minutos. Manuela, desde la cocina, pregunta:

—¿Te llevo agua? Que te me vas a ahogar de tanta risa...

Antonio tose, ríe, tose, ríe, durante un buen rato.

—Es que me acabo de acordar de una cosa, una tontería... Ay... Nada, resulta que, al poco de dejar París, entrábamos en un pueblo, Mattancourt, me parece que se llamaba, sigilosos, esperando encontrar una feroz resistencia, y, bueno, sí que encontramos a un montón de alemanes, unos doscientos, que estaban en una formación perfecta, detrás de su coronel, esperándonos para rendirse... ¿No te hace gracia? Ya. Lo entiendo. Pero es que tenían una estampa que... *pa* mear y no echar ni gota, como decía el sevillano...

Bebe un trago.

—Ya sabes que no me gusta contarte batallitas, y no te las pienso contar. Como a ti te va eso de documentarte, si quieres, pues te documentas. Yo sólo te quiero decir,

de esa parte que fue la más difícil, que veíamos caer a los compañeros como moscas, y los que no caían acababan cogiéndolas, a las moscas. En esos días desapareció Campos, que estaba al mando de la tercera sección y era el hombre de más confianza de Dronne y le dejaba hacer lo que le daba la gana. Todos le seguíamos como un perro sigue a su amo, con admiración y sin plantearnos nada más. Y, un día, se fue y no volvió nunca más. Unos decían que murió y otros que se volvió a España, harto de tanta mamonería, y que emprendió su propia guerra, pero el caso es que nadie volvió a verle ni vivo ni muerto y para nosotros se convirtió en una leyenda.

—...

—Psicológicamente estábamos agotados, y las órdenes que nos llegaban no siempre eran fáciles de digerir: sigue por aquí, abandona este pueblo a su suerte, muérete de frío... La gente se moría, los amigos se morían, y te traían a otros, como si las cosas fueran tan fáciles, como si sustituir a una persona fuera como cambiar la rueda de un *jeep*, que también se las traía, no te creas.

—Llevaban mucho tiempo de guerra a sus espaldas.

—Mucho. Demasiado, demasiado... Pero cumplimos hasta el final. Los dieciséis que quedamos vivos cumplimos hasta el final, hasta que llegamos al Nido del Águila, en los Alpes, que ya te he hablado de eso, ¿no?

—Sí, me contó que después de entrar en el refugio de Hitler muchos se llevaron auténticos tesoros que les salvaron la vida.

—Bueno, es una forma de verlo. Salvarles la vida, no sé, pero, desde luego, les sirvió para empezar de nuevo, para recomenzar sus vidas después de haberse pasado años de guerra en guerra.

—Ya.

—Eso, lo del Nido, fue el 5 de mayo, no se me olvidará en la vida, y la guerra acabó tres días después. Pero ese día era 5 de mayo de 1945. Yo tenía veintitrés años y llevaba con un fusil en la mano desde los diecisiete.

—¿Y por qué no se llevó nada?

—Porque no me hacía falta nada. Yo tenía mis dos manos para trabajar y mis cojones para salir adelante. Pero yo también tuve mi recompensa, no te pienses que me fui de vacío.

—¿Ah, no?

—No, no. Ese día Leclerc llegó en un *jeep* a Berchtesgaden, que era donde estaba el Nido. ¿Sabes qué? Pues que el Nido era un chalet, no te creas, no era un castillo ni una fortaleza ni nada, era eso, una casa, un chalet que los nazis le regalaron a Hitler cuando cumplió cincuenta años, eso lo he leído después. Bueno. El caso es que llegó Leclerc, se bajó del *jeep* y al rato alguien colocó una enorme, gigantesca y gloriosa bandera tricolor, que estuvo ondeando en el viento no sé ni cuánto tiempo, hasta que la quitaron de ahí.

Guarda silencio.

—Me acordé tanto de mi padre, al ver esa imagen, esos colores, tan lejos de nuestra casa... Yo no pensaba nunca en él, ni ahora, no soy capaz, y si me viene a la cabeza actúo como si estuviera de viaje y no pudiera verlo por eso. No me creo que esté muerto, no sé, como si fuera a volver en cualquier momento de ese viaje. Ni siquiera sueño con él, no sé cómo lo he conseguido, pero me gusta que sea así. No quiero pensar en él, porque me da un dolor aquí... —se señala el pecho—. Pero ese día sí pensé, pensé en él, porque yo toda la vida, desde pequeño, quería ser como él, siempre andaba detrás de él, imitándole, en el pueblo, en la colonia, en el partido... Tenía una perra con mi padre... Y había una cosa que quería preguntarle pero nunca lo hice, no me atreví, porque me daba una vergüenza horrorosa..., pero ese día, en los Alpes, con los pies congelados, con el ánimo por los suelos, cansado como nunca y hasta un poco triste, ya ves tú, a pesar de que habíamos hecho lo que teníamos que hacer, me di permiso para acordarme de él, para hacerle la pregunta, y supe que la respuesta era que sí, que hubiera sido que sí todo el tiempo, pero que entonces lo era más todavía.

Se pone a llorar, por fin. Se tapa la boca con una mano y con la otra, se restriega los ojos.

No sé si levantarme y dejarle solo. Le digo algo, sin pensar.

—¿Cómo perdió los dedos, Antonio?

—¿Qué?

—Los dedos, que en qué batalla los perdió.

Sonríe, pero no deja de llorar.

—En la batalla contra una picadora de carne. Fue un enfrentamiento durísimo.

—¡Vaya! Estaba convencida de que fue en la guerra...

—Pues no. Fue en un trabajo que tuve al dejar el ejército, justamente. Todos esos años sin que me rozara ni una bala, y luego, en una tranquila carnicería...

Nos reímos los dos, aunque él sigue llorando discretamente.

—¿Y pudo continuar...? Con el Che y todo eso, digo.

—Sí, sí, claro. Luego, lo poco que hice, estuvo más bien enfocado a la táctica, no volví a entrar en combate nunca más.

—Las cosas no son como parecen...

—Casi nunca, es verdad.

Saca un pañuelo del bolsillo, se seca las lágrimas, se suena los mocos con estruendo, y se lo guarda.

—¿No quieres saber cuál era la pregunta, la de mi padre?

Aunque imagino la respuesta, le pido que me la diga, pero al empezar a hablar vuelve de nuevo a llorar. Me levanto. Le abrazo. Le doy un beso en la cabeza. Me avergüenzo, pero no me arrepiento. Me da unas palmadas en la mano. Le digo:

—Tranquilo, Antonio, llore lo que quiera, no hace falta que hable.
No es preciso. Yo también sé que su padre estaría orgulloso de él.

Carmen

Se siente aliviada, aunque los primeros días no ha podido evitar cierto bochorno, ese tan típico que precede a las grandes borracheras en las que se habla más de la cuenta y se dicen justo las cosas que no se querían decir. Le ha pasado siempre, toda la vida. No sabe beber.

Por beber le fue infiel a Javier la primera vez, y también la tercera. ¿Se avergüenza? Por supuesto. ¿Se arrepiente? No. No se arrepiente porque no está familiarizada con el arrepentimiento, porque sabe que no sirve de nada y, a ella, las cosas que no son útiles para algo, para mejorar, para aprender, para enriquecerse física y económicamente, no le son de provecho. Y además, tampoco se arrepiente porque no ha tenido ninguna repercusión en su vida. Nadie lo ha sabido y nadie lo sabrá. Como mucho, le sabe mal ser tan poco original: cena de Navidad en el trabajo, beber hasta el agua de los floreros, bailar sobre la barra de la discoteca, sentir amor desahogado por todos sus compañeros, pedir perdón por las veces que se ha portado mal, conocer a alguien al ir a pedir un *gin-tonic*, hacerse la interesante con la lengua de trapo, desaparecer del local, pegar un polvo en el coche de ese desconocido, pedir un taxi para volver a casa con las bragas o las medias rotas, dormir en el sofá para que su marido no se dé cuenta de nada, pasar el día siguiente entre la cama y el baño, vomitando sin parar, explicar en el trabajo que llamó a Javier para que viniera a por ella, no volver jamás de los jamases a ese local.

La segunda fue distinta, aunque sigue sin arrepentirse, y tampoco le avergüenza. Fue entre los dos niños, y estuvo a un paso de dejar a su marido y de volverse loca de amor. Él se llamaba Jacinto, Jacinto Monleón, y todos los martes iba a la biblioteca para devolver el libro de la semana anterior y llevarse uno nuevo. Al principio, ni le miraba, pero al cabo del tiempo, su presencia se volvió familiar. Aunque sabía su nombre (Jacinto Monleón), su fecha de nacimiento (15 de febrero de 1965), su profesión (pensionista), su número de carnet de la biblioteca (el seiscientos treinta y ocho), empezó a preguntarse cosas sobre él, como:

¿Por qué es pensionista, si es tan joven?

¿Habría tenido un accidente?

¿Sufriría una enfermedad?

¿Estaría casado?

¿Tendría hijos?

¿Cuántos?

¿Qué le parecerían los libros que se llevaba?

¿Los leería todos por primera vez, o ya andaría relejendo ejemplares?

¿Le gustaría el cine, o sólo leer?

¿Se plancharía él mismo la ropa, de esa manera tan impecable?

¿Cuánto tiempo dedicaría a hacerse la raya del pantalón?

¿Habría llevado siempre barba?

¿Viviría solo?

¿Se habría dado cuenta de que ella se había fijado en él?

¿Qué pensaría él de ella?

¿Pensaría él en ella?

Un martes rompió su rutina y no fue a devolver el libro por la mañana, sino por la tarde, y no pudo verle; al martes siguiente, su hijo mayor cogió anginas y tuvo que llevarlo al médico. La semana se le hizo eterna; estaba inquieta y no sabía dar con el motivo. El lunes le dolió la tripa, y vomitó. El martes se despertó antes de tiempo, se puso maquillaje del bueno, el de Guerlain, que era más caro pero le dejaba la piel como la de una adolescente, sin manchas ni marcas, y se cambió varias veces de ropa, como si fuera idiota. Al final se puso un vestido de Mango, marrón, ancho, con dibujos de flores en el dobladillo y en las mangas, que no le marcaba las tetas pero tampoco esos michelines que se había puesto encima en verano y que tres meses después seguían ahí, anclados en sus caderas. Se calzó unas botas de piel marrones, de Flamenco, bordadas en hilo rojo, y se pintó lo mejor que supo, porque no estaba acostumbrada a esmerarse tanto. Estaba guapa. Se lo dijo todo el mundo, qué mona estás, chica, pero qué arreglada, hoy ligas fijo, y cosas así, pero a ella no le hacían gracia porque estaba enfadada, con ella misma, con el mundo entero. No entendía por qué se había arreglado, por qué estaba cada vez más nerviosa, con el pulso acelerado, como con taquicardia. No quiso almorzar nada más que un cortado, ella, que todas las mañanas se comía en dos mordiscos el bocadillo del día del bar, pero ese día, ese martes, tenía el estómago cerrado y los nervios a flor de piel. Conforme avanzó la mañana, se peleó con varias usuarias, y sus compañeras, la administrativa, la auxiliar, la limpiadora que de vez en cuando pasaba por ahí, la dejaron por imposible. Tiene un mal día, se avisaban unas a otras.

Era verdad. Tenía un día de perros, y lo que peor la ponía era no saber por qué. Hacia las dos y media, tal vez ya las tres menos cuarto, cuando estaba recogiendo sus cosas para marcharse, se dio cuenta de lo que le pasaba: él no había ido, y, lo que era peor, ella le había estado esperando.

A las tres semanas sin noticias, sin que pasara por la biblioteca ni por la mañana ni por la tarde, ni un martes ni ningún otro día de la semana, y sin que Carmen hubiera dejado de pensar en él ni un momento de cada día, a veces para preguntarse qué le habría ocurrido y otras para cagarse en todo lo que se meneara porque no se le iba de la cabeza, y a ver por qué, a estas alturas de su vida, tenía ella que colgarse de un desconocido, decidió hacer lo que nunca había hecho y lo que les recomendaba no hacer jamás a sus compañeras: llamar por teléfono al usuario.

—Es mejor dar el libro por perdido a que te den el coñazo... —les decía.

Y las compañeras la ignoraban.

—Buenos días, busco a Jacinto Monleón. ¿Vive ahí?

Al otro lado, una mujer.

—Sí, sí, ¿qué ocurre?

—Llamo de la biblioteca. Es que hay un libro...

—Gracias, pero no queremos ningún libro.

—No le estoy vendiendo nada, señora. Lo que ocurre es que hace ya varias semanas que se llevó un libro de la biblioteca y todavía no lo ha devuelto. Nos preguntábamos si... —se arriesgó—..., si su marido ha tenido algún problema con..., esto... con el libro en cuestión, o de salud, o algo...

Risas al otro lado del teléfono.

—No es mi marido..., ¡es mi hijo!

Alivio.

—Ah, perdone, como la he oído con una voz tan joven...

—Muchas gracias, señorita.

—¿Le ha pasado algo, entonces?

—¿Al libro?

—No, bueno, sí, claro, también al libro.

—Pues no lo sé, se lo preguntaré. Espere un momento.

Se escucha el sonido del auricular al dejarlo sobre la mesa y un ruido apagado de pasos, susurros, y al cabo de un momento, regresó la misma voz:

—El libro está perfecto, señorita. Mañana mismo se lo llevaré yo.

—Muy bien, muy amable.

—Adiós.

—Espere un momento, señora. ¿Está bien su hijo? ¿Le ha ocurrido algo?

—Bueno... Una gripe que se ha complicado un poco, pero ya está mejor.

—Me alegro mucho. Dígale que todo el equipo de la biblioteca le desea una rápida recuperación.

—Se lo diré. ¿Cuál es su nombre?

—Ehhh... Isabel Costa. Dígaselo: le ha llamado Isabel Costa.

—Muy amable, Isabel, gracias por llamar.

Al día siguiente, en efecto, la madre de Jacinto le llevó el ejemplar y le preguntó por Isabel Costa.

—Hoy no trabaja. Se ha marchado de vacaciones.

Cuando Jacinto regresó a por una nueva lectura, preguntó por Isabel, y volvió a preguntar a la semana siguiente, y así durante tres semanas más, hasta que Carmen le contó que Isabel había sido despedida fulminantemente porque la habían sorprendido robando libros de las estanterías.

—Vaya... Con lo amable que le pareció a mi madre...

—Es que no puedes fiarte de nadie...

—Es verdad. De nadie...

Cada vez hablaban más, del tiempo pasaron a la literatura, de la literatura al cine, del cine a la música, de la música a la poesía, de la poesía a la imaginación, de la imaginación a los sueños, de los sueños a la realidad, de la realidad a la vida cotidiana, de la vida cotidiana a si tenían familia, de si tenían familia a si querían tomar algo después de trabajar, de tomar algo después de trabajar a quedar para ir al cine, de quedar para ir al cine a tomar algo para comentar la película, y así sucesivamente, hasta que una tarde, cuando Carmen ya sabía que Jacinto:

A los treinta y cuatro años había sufrido un infarto que casi le mata.

No.

Sí.

No.

No.

Algunos libros le parecían un tostón, otros una maravilla, otros los devolvía sin leer porque quería volver a verla.

Le gustaba más releer a los clásicos que la literatura contemporánea.

Prefería leer, porque no tenía con quien ir al cine.

Se encargaba de la plancha y de todas las tareas de la casa, porque si algo le sobraba era tiempo.

Se esmeraba especialmente en los pantalones, aunque nunca había contado el tiempo que tardaba en cada uno.

Antes de la barba llevó bigote, y antes de eso se afeitaba a diario.

Vivía solo, aunque cuando se encontraba mal, fatigado, o raro, o decaído, su madre se iba a vivir unos días con él, hasta que mejoraba, o se le pasaba.

Sí, se había dado cuenta de que ella se había fijado en él.

Que se había inventado lo de Isabel Costa.

Continuamente. A diario.

Cuando ya sabía todo eso, y algunas cosas más como que le gustaba la cerveza, la tortilla de patatas, dormir la siesta, escribir poemas y pasear, se encontró desnuda dentro de la cama de Jacinto.

No fue lo que había imaginado. Se sentía torpe, estaba nerviosa y, estando como estaba acostumbrada al cuerpo de Javier, le faltaba conocimiento del nuevo medio en el que se encontraba. Demasiados años acostándose con el mismo hombre, repitiendo la misma coreografía: besos con lengua (si no iba a haber sexo, la lengua se mantenía escondida); caricias en el pecho, un mordisco en un pezón, algo de sexo oral, ella se subía sobre Javier y entre sesenta y noventa segundos más tarde todo había terminado. A veces se preguntaban, el uno al otro, si no estarían cayendo en la monotonía sexual, pero siempre acababan por rendirse a la evidencia: para qué iban a

cambiar si así les iba bien a los dos. Rapidez y efectividad a las doce de la noche, con un niño pequeño que se despertaba con el vuelo de una mosca y un trabajo agotador, eran dos de las mejores características que podía tener el sexo. Pero Jacinto, que como tenía tanto tiempo libre estaba acostumbrado a restaurantes con estrellas Michelin y no a locales de comida rápida, no se conformó con eso.

Fue por eso, porque la primera vez fue un desastre, por lo que Carmen se vio obligada a repetir. Quería dejarle claro a Jacinto que ella era capaz de hacerlo mejor y, para consolidar el aprendizaje, repitieron veinte veces en un mes. En todo ese tiempo no fue consciente de sentir por ese hombre nada más que un deseo irrefrenable y una obsesión que le hacía pensar en él día y noche, pero cuando él la dejó, todo ese amor que había estado escondido quien sabe dónde, en algún lugar de su corazón o tal vez en ningún sitio, apareció como de la nada hasta convertir su vida en insoportable.

Quizá porque fue de repente, porque nada lo anunció, porque en realidad se había enamorado o porque, como siempre ocurre, no hay nada como el abandono para afianzar el amor en el que cree que ama a alguien. El caso es que Jacinto no volvió más a la biblioteca y Carmen sintió que moriría de ese dolor.

Isabel Costa volvió a llamar a su casa, pero ya no encontró una explicación que le viniera bien. Su madre le dijo que había encontrado una biblioteca que le pillaba más cerca y tenía mejores fondos. Y ya no volvió.

¿Por qué terminaron? Ella lo ignoró pero la realidad fue la siguiente:

Una tarde, después de hacer el amor, Jacinto la acercó hasta el trabajo en su coche. Se despidieron acariciándose la mano, porque Carmen sentía terror ante la idea de que alguien les descubriera. Se bajó del vehículo y se despidió con un gesto. Él inició de nuevo la marcha, y al poco, se detuvo en un semáforo. Por el retrovisor vio que dos coches por detrás del suyo estaba Carmen, restregándose la cara con una toallita de bebé. Como el semáforo era lento, le dio tiempo a ver que ella se maquillaba de nuevo, se retocaba el pelo, se echaba colonia, se limpiaba, en fin, cualquier huella que él pudiera haberle dejado en el cuerpo. Y decidió dejar para siempre una relación que ni le hacía feliz, porque era prohibida, ni le llevaba a ningún sitio, por la misma razón.

Se marchó de viaje, para pasar el disgusto, quince días a Cancún. Desde allí le mandó una postal de la Playa del Carmen con el siguiente párrafo escrito en maya:

Chauac u kab ah matan. Má caaput u chabal yah. K'éek'ene' je'tu'ux ka' xi'ike' léeyli' k'éek'ene'.

Carmen no supo nunca lo que quería decir, y eso que buscó y buscó y trató de conseguir diccionarios por todos los medios que tuvo a su alcance (básicamente, Google y otros buscadores similares). Al final, se rindió a la evidencia: su amante había huido y le había dejado como despedida un enigmático texto que ella nunca

podría descifrar y que seguramente contenía las claves de su amor, desafortunado, imposible, inalcanzable y, en suma, acabado.

Tardó en superarlo, porque en la distancia y en el abandono le dio por pensar que Jacinto Monleón había sido su auténtico y verdadero amor, pero al final la vida la puso en su lugar: otro hijo, otros problemas, otras rutinas. Dejó de verle en cada persona, de imaginarle en cada coche con el que se cruzaba, de esperar que fuera él cada vez que sonaba el teléfono. Se acostumbró a su realidad. Soy lo que soy, no esperes nada más de mí.

Puede hablarle de Jacinto a Natalia, pero contarle su secreto, ese secreto, ese pequeño secreto que no es nada para los demás pero que a ella la martiriza desde hace tanto tiempo, es superior a sus fuerzas. Sabe que tiene que hacerlo, y que seguramente lo hará, pronto. Intuye que pronunciar esas palabras en voz alta la liberará, que, de alguna manera, al compartirlo con alguien, y más que con alguien, con ella, con Natalia, comprenderá que no tuvo ninguna importancia, y que en caso de tenerla, puede seguir adelante con su vida sin tener que castigarse siempre, continuamente, por haber sentido lo que sintió. Tal vez, incluso se ríen. Porque tiene gracia.

Se lo imagina. Natalia, ¿sabes qué? Durante mucho tiempo creí que estabas enamorada de mí, que flirteabas conmigo, y una noche, en mi casa, en mi cama, cuando nos acostamos después de repasar para un examen de griego, me asusté al pensar que también yo sentía algo por ti. Eso le dirá, dejando bien claro que lo de ella fue un espejismo, una confusión, a la que llegó a fuerza de que la otra le tirara los tejos.

Y su amiga la mirará con asombro, y después se empezará a reír, y su risa la contagiará a ella, y se abrazarán, y al tocarla, al sentirla, al tenerla cerca, se dará cuenta de que aquello ya pasó, o mejor aún, de que aquello no fue real, de que, como decía Pedro Salinas, aquello tan de verdad no tuvo cuerpo ni nombre y que, como le pasó al poeta, sólo perdía una sombra, un sueño más.

Lo hará, se dice. Le da miedo, pero lo hará. Está segura. Lo sabe. Pensar en esa cita con Natalia le hace recordar más que nunca a Jacinto. Piensa en él, y le parece estar viéndolo. La melancolía le hace rescatar la postal y leerla una y otra vez, sin saber que lo que lee, en realidad, no es una declaración de amor, ni siquiera una despedida, sino tres refranes sin sentido, sacados del folleto de publicidad de una librería.

Es larga la mano del mendigo. No se cae dos veces seguidas en la dificultad. Donde sea que vaya el puerco siempre será puerco.

José Emilio

Lo primero que hizo José Emilio al llegar a su pueblo fue dormir durante tres días en su cama, la misma que había dejado cuando era un niño que no sabía bien qué era lo que quería pero que no tenía dudas sobre lo que debía querer.

Los pies le sobresalían del colchón de lana, y el ruido de la casa y de la calle llegaba sin cesar: el trajinar de su madre; los carros que pasaban por la puerta; la gente que se saludaba a voces y se preguntaba qué tal el día o la noche, o por la salud de menganito o de fulanito; los perros que ladraban, las mujeres que amenazaban con cargarse al perro que se les meaba en la esquina; los cuchicheos de sus padres, contándose que ya eran varias las personas que les habían preguntado si era verdad o no que José Emilio había vuelto a la casa, pero nada de aquello conseguía despertarle, pues se había dormido con la tranquilidad de saberse en el sitio en el que tenía que estar y con el agotamiento de quien lleva noches enteras sin dormir por el miedo, por la preocupación, y un poco también por la duda de no saber bien qué decisión tomar.

Fueron sus padres quienes, alarmados por un sueño tan profundo, le despertaron al tercer día.

La madre dijo:

—Es como Jesucristo nuestro Señor.

Y el padre:

—¿Cómo Jesucristo? ¿Eso es lo que quieres tú para nuestro hijo?

—¿Qué quieres decir?

—Que lo detengan, que lo juzguen, que lo paseen, que lo maten...

—Que alcance la gloria eterna, que al tercer día resucite...

—Pero es nuestro hijo pequeño, el pequeño... ¿Tú sabes el peligro que corre aquí?

—Todo lo contrario: aquí la gente le conoce, le quiere, le protegerá... Nosotros le protegeremos.

El padre cabeceó, apesadumbrado.

—Yo no las tengo todas conmigo... Ojalá tengas tú razón.

El murmullo de las voces de sus padres le despertó, por fin.

Desayunó leche con migas de pan y un poco de canela, como cuando era un niño y su madre quería premiarle por algo que había hecho bien, o por algo que haría bien sin que pasara demasiado tiempo entre la última cucharada y la buena acción, pero ese día su madre no se salió con la suya. Ella quería que José Emilio se quedara en casa, no que se escondiera, ojo, sino que se quedara allí, adentro, ayudándola en lo que ella necesitara, lo que fuera, a llenar la palangana de agua, a doblar alguna sábana, o a darle conversación, que para eso había pasado meses enteros sin saber nada de él. Quería que descansara, que se recuperase, que cogiese algo de peso

aunque para conseguirlo tuviera que quitarse ella misma la comida de la boca, que dejara pasar el tiempo para que las cosas se apaciguaran y los rumores le dieran a su presencia un aire de normalidad. Pero José Emilio tenía otros planes, que no se parecían a los que su madre había trazado para él en esos tres días.

Lo primero, ir a ver al alcalde.

Lo segundo, abrir la iglesia, si el alcalde le daba permiso.

Lo tercero, buscar un lugar para el culto, si el alcalde se lo denegaba.

Lo cuarto, acercarse a las colonias para ponerse a disposición del director.

Lo quinto, buscar a Cristina y asegurarse de que estaba bien.

Camilo Garcés lo recibió en la huerta, donde estaba recogiendo alcachofas y los primeros puñados de habas.

—¿Qué se le ofrece, padre?

José Emilio se sorprendió.

—¿Sabe usted quién soy?

—Claro. Todo el pueblo lo comenta.

—¿Y qué dicen?

—Pues que ha venido usted a esconderse a casa de sus padres.

—Ya ve que no es verdad.

—Ya veo, ya.

El alcalde le miró.

—¿Querrá llevarse unas habas para su madre?

José Emilio se dejó vencer por la soberbia, aunque sabía que era un pecado.

—No, muchas gracias.

El otro se encogió de hombros.

—Entonces ¿a qué ha venido al huerto?

—He ido a buscarle al ayuntamiento y me han dicho que estaría por aquí.

—Ya. ¿Y en qué puedo ayudarle, si puede saberse?

—Me gustaría decir misa, confesar a quien quiera confesarse, dar auxilio espiritual a quien lo necesite.

—¿Está usted loco? ¿No sabe a lo que se expone si hace eso en estos momentos?

José Emilio se encogió de hombros.

—He venido a decírselo para que lo sepa, porque usted es la autoridad, pero si no me da permiso para abrir la iglesia, buscaré otro lugar y se acabará sabiendo de todas formas.

—¿Qué cojones tiene, padre.

—No es cuestión de cojones, sino de hacer lo que se debe, y creo que eso es algo que usted y yo tenemos en común. No es fácil significarse en estos momentos de incertidumbre.

El alcalde le sostuvo la mirada un instante. Se limpió las manos, sucias de tierra,

en los pantalones, y se dio la vuelta. Fue hasta el carro, que ya estaba medio cargado, y regresó con un saco, lleno hasta la mitad con habas y alcachofas.

—Le he dicho que no nos hace falta, Camilo.

—Lléveselo. Y si en su casa sobra, repártalo entre los vecinos. Y si en otoño quiere usted darnos naranjas, serán bien recibidas.

—En ese caso...

—El saco ya me lo devolverá cuando pueda, que no tengo muchos.

—Descuide.

—Y abra la iglesia, una vez a la semana, pero no haga repicar las campanas. Y atienda a domicilio esas necesidades espirituales de las que me habla. Pase mañana por el ayuntamiento, y tendrá la documentación que le acredita el permiso; por escrito, que aquí la gente es muy cazurra y, aunque la mayoría son analfabetos, se fían de los papeles que no pueden leer.

—Sobre eso también quería hablarle.

—¿Sobre los papeles?

—No, sobre el analfabetismo. Yo puedo ayudar en eso... Había pensado dar clases de alfabetización, o ayudar en las colonias que están en los Huertos.

—Hable con Miguel Almenar. Él es el director de las colonias. Si se pone de acuerdo con él, por mí no hay ningún problema.

—Muchas gracias, alcalde.

—Ándese con cuidado. No dé por el culo más de la cuenta. Se lo digo por su propia seguridad.

Una semana y tres días después de esa conversación, el 7 de marzo, la iglesia estaba abierta, y la sacristía habilitada para que los adultos que quisieran aprender a leer y a escribir pudieran hacerlo cada tarde a partir de las seis. No acudieron muchos, ni a una cosa ni a la otra. La gente tenía miedo.

Quienes creían en Dios habían asumido que el Señor se encontraba dentro de cada uno de nosotros y no entre las paredes de un templo, y, como seguían rezando en sus casas, al amparo de las miradas y de las denuncias, mantenían tranquilas las conciencias.

Sólo sus padres fueron a misa los primeros domingos; luego se sumó Cristina y a continuación algunos parientes y amigos de esos parientes, y también se acercaron, de vez en cuando, al principio del culto, Miguel Almenar, el director de la Colonia, y su mujer, Antonia, porque querían corresponder al interés del vicario por la enseñanza y la cultura, y por eso le mostraban en público la admiración que sentían por su valentía y por su voluntad de cambiar el mundo, aunque fuera de una forma tan distinta a la suya.

Solían pasar mucho tiempo juntos, José Emilio y Miguel Almenar. Congeniaron de inmediato, a pesar de todo lo que en apariencia les separaba, desde la edad hasta el

anticlericalismo del profesor, pero no tardaron en comprender que muchas veces los puntos distantes están más cerca de lo que parece a simple vista.

José Emilio le visitaba con frecuencia en la Colonia. Le gustaba estar ahí, entre todos esos niños que se sobreponían a la separación de sus familias a través de la educación.

Si hacía buen tiempo, salían a la terraza y charlaban durante horas, o hasta que el trabajo reclamaba a Miguel. A veces se les unía su mujer y, de vez en cuando, su hijo, Antonio, que les escuchaba sin atreverse a entrar en la conversación. Cualquiera que les hubiera visto no hubiese podido pensar que estaban, en teoría, enfrentados por la guerra.

También pasaba mucho tiempo con Cristina, pero nunca a solas. Todas las tardes, se sentaba en primera fila en las improvisadas clases de alfabetización en la sacristía. Junto a ella, otra mujer, un hombre y dos ancianos trataban de aprender que un círculo era una o; medio círculo una ce; un palo con un punto encima, una i. Al principio les enseñaba, como a aquellos niños de la Casa de la Caridad, a reconocer las letras que formaban sus nombres, y al cabo de un tiempo, muchos ya sabían leer el periódico a trompicones. Eso animó a más gente. José Emilio tuvo que hacer dos turnos, uno de mañanas y otro de tardes, y también a la iglesia iban cada vez más fieles los domingos. Las campanas seguían sin repicar, y más de una vez algún miliciano decía cuando se cruzaba con él en la calle:

—No tendría que quedar ni una iglesia en pie.

O:

—Debería ahogarse en su pila de agua bendita.

O:

—Habría que ahorcar a los frailes con las tripas de los curas.

Pero José Emilio se sentía seguro en todos los sentidos: seguro porque tenía el convencimiento de hacer lo que tenía que hacer, y seguro porque pensaba que eran más quienes le apreciaban que quienes le odiaban, y que incluso estos no tenían ese sentimiento hacia él, sino hacia lo que representaba.

Discutía sobre esto con Miguel, muchas tardes, asomados al balcón, mientras observaban a los niños hacer sus ejercicios de gimnasia, o sentados al aire libre, encorvados sobre las mesas con un lapicero en la mano.

—Lo que me apena es que caen en lo que ellos mismos critican.

—Explícate, padre.

—Pues que son unos sectarios, Miguel. Se ha generado un odio hacia «la Iglesia» como si las partes estuviesen absorbidas por el todo. Se les llena la boca proclamando la libertad y reclamando la esencia del individuo, de la persona, y luego no son capaces de pensar en el ser humano como tal, sin identificarlo con el grupo del que forma parte.

—Pero tú haces lo mismo.

—¿Cuándo hago yo lo mismo, si puede saberse?

—Pues ahora, en este instante, acabas de hacerlo. Has hablado de un pequeño número de personas como si representaran a todos, y no es así.

—No, no es así, pero resulta que ese pequeño grupo de personas asalta iglesias y mata sacerdotes, religiosos y creyentes, y, si me cruzo con ellos por la calle, amenazan con hacer lo mismo conmigo.

—Bueno, padre, sin quitarle importancia a lo que dices, te recuerdo que eso pasó hace tiempo, al principio, cuando todo esto era un desgobierno.

—Eso explícaselo a los asesinados.

—Tienes razón, y, si tienes razón, la tienes. Pero también tengo razón yo: la gente de este pueblo te ha recibido con los brazos abiertos, no has tenido ningún problema ni para tu libre circulación ni para la libre circulación de tus ideas ni de tu fe...

—Siempre y cuando no haga doblar las campanas...

—Pues sí, pero eso es por tu propio bien. Somos conscientes de que entre los nuestros hay más de un descerebrado que lo interpreta todo como una provocación.

—Sí, pero ¿qué tipo de agresión cometo yo? Es ahí adónde voy: reclaman libertades quienes impiden a los demás que ejerzan las suyas.

—Hay que contextualizarlo todo... Nunca se ha tratado de eliminar a los individuos que forman la Iglesia, sino de acabar con ella como institución que impide el avance de las personas, que condena a los hombres y a las mujeres a vivir en la Edad Media en lugar de en el siglo xx, en el futuro. Durante siglos enteros la Iglesia ha dominado el mundo, ha propagado un oscurantismo religioso que ha envenenado las mentes del pueblo a través del terror. Mientras los pobres se morían de hambre, los obispos lucían joyas en sus dedos y adornaban sus paredes con cuadros y obras de arte de incalculable valor. Los viernes de cuaresma no se come carne, a menos que puedas pagar la bula. Yo no digo que los curas como tú, los religiosos como tú, no den consuelo espiritual y físico a las personas, pero como institución, padre, es obsoleta y sobre todo, injusta. Muchos de esos hombres han visto morir a hijos o a hermanos de hambre y miseria mientras veían la opulencia de los obispos, o la doble moral de muchos de sus ministros.

—...

—Todos no son como tú. Y es una lástima.

—Pues precisamente, todos no somos tampoco como esos obispos y esos ministros de la Iglesia a los que te refieres.

—Claro que no, por supuesto. Por eso mismo la situación está cambiando en ese sentido. Mira, por ejemplo, el caso de Leocadio Lobo. ¿Sabes quién es?

—Sí, algo he leído.

—Es un defensor de los derechos del hombre y de los principios de la República,

y ¿cuál ha sido la respuesta de la Iglesia?

—Hombre, Miguel, ¿qué esperabas que hicieran, más que excomulgarlo? En esos momentos, estar a favor de la República es estar a favor de quienes queman iglesias y conventos o matan a los religiosos... ¿Qué haríais vosotros en ese caso?

—Pero tú mismo eres bastante republicano.

—Ya, pero eso nadie lo sabe, ni tiene por qué saberlo

—¡Claro! Tú te crees que la gente es tonta, que no se da cuenta de que aunque lleves sotana..., bueno..., en sentido figurado, porque lo que se dice llevar no la llevas, que vas vestido de civil.

—No quiero provocar...

—Haces muy bien. Eso de que el hábito no hace al monje es una verdad como un templo, si me permites la expresión —rio—. No necesitas sotana para que todo el mundo sepa que eres el vicario, y tampoco necesitas enarbolar la bandera republicana para que todo el mundo sepa hacia dónde tira tu corazón.

—No sé... Pero yo no me considero republicano. Me considero humanista, en el sentido de que defendiendo al ser humano y hago todo lo posible por mejorar su vida eterna pero sin descuidar su vida terrenal. Por eso me duelen los insultos, no porque me afecten, que no me afectan, sino porque me duele la injusticia, venga de quien venga y vaya a quien vaya.

No era eso lo único que le dolía. También Cristina le provocaba un sentimiento extraño que no sabía en qué lado colocar, si en el de la tristeza o en el de la alegría, porque verla, estar con ella, tenerla cerca, le hacía sentir mal y bien.

Bien, porque le gustaba su manera de agarrar el lápiz, de sacarle punta, o su mirada, tan reconcentrada, cuando trataba de escribir su nombre o de leer lo que él había escrito en la pizarra, o su forma de caminar, ladeando, muy poco, muy levemente, la cabeza hacia la izquierda, o su sonrisa, que aparecía tan fácilmente por cualquier motivo.

Mal, porque cuando la veía agarrando el lápiz, sacándole punta, mirando reconcentrada el papel en el que escribía su nombre o la pizarra en la que él había escrito antes, o alejándose, caminando, dándole la espalda y ladeando la cabeza hacia la izquierda, muy poco, muy levemente, o sonriendo, con esa sonrisa que aparecía tan fácilmente, por cualquier motivo; cada vez que algo de eso ocurría, y ocurría a diario, y si no ocurría, lo recordaba, volvía a sentir por ella lo mismo que venía sintiendo desde hacía más de diez años, desde que no tenía ni doce, desde que era un crío que no sabía lo que quería hacer pero sí sabía lo que debía.

La amaba. Lo supo en esas tardes en las que la enseñaba a leer y a escribir, en esos domingos de misa, cuando le daba el cuerpo de Cristo después de decir:

—Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.

La miraba.

—Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias lo bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.

La miraba.

—Este es el sacramento de nuestra fe.

Y dejaba caer la hostia consagrada en su boca entreabierta, y ella entonces no tenía más remedio que devolverle la mirada, a los ojos, por primera vez en toda la ceremonia, y decía:

—Amén.

Se preguntaba si Cristina sentiría lo mismo que él, si habría superado ese amor infantil, tierno, virgen, si se habría enamorado del hombre que tenía al lado, el que dormía junto a ella, el que la poseía por las noches, se imaginaba que todas, en la búsqueda de ese hijo que la Providencia les negaba. Se preguntaba si le pasaría como a él, y sería capaz de estar conforme con las dos vidas que le habían tocado en suerte, la que tenía y la que querría, la real y la que nunca ocurriría; si seguiría soñando con los días que no vivirían juntos, con los niños que se parecerían a él, con las niñas que serían como ella; si llegaría, siempre, a la misma conclusión que él, cuando esa fantasía se revelase como lo que era, una quimera, una ilusión: pudimos elegir, y elegimos otro camino, otra vida, otra realidad. Y aun así. Su manera de agarrar el lápiz, de sacarle punta. Su mirada, tan reconcentrada, al escribir su nombre o al leer lo que él había escrito en la pizarra. Su forma de caminar, ladeando, tan poco, tan levemente, la cabeza hacia la izquierda. Su sonrisa, que aparecía tan fácilmente por cualquier motivo. Y aun así.

Natalia

—¿Por qué no aparece su nombre en ningún libro, en ningún documento, y sí estuvo presente en el homenaje de París de 2004?

—Porque tuve muchos nombres, muchos documentos de identidad, era como una especie de espía...

Se ríe.

—La otra periodista, Evelyn Mesquida, me localizó para el libro, por teléfono. Me explicó lo que estaba haciendo, con quién había contactado, y me dijo que vendría a casa a entrevistarme, pero le contesté que no era yo, que se había confundido de persona.

—¿Por qué?

—¿La verdad?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. A veces uno hace cosas para las que no encuentra explicación, en el día a día. Ahora, contigo, me he preguntado muchas veces por qué no quise dar la cara entonces, y supongo que fue porque me pilló en un momento en el que no quería recordar el pasado, removerlo.

—¿Y ahora sí?

—Ya ves.

Vuelve a encogerse de hombros.

—Ahora no tengo la sensación de estar removiendo nada, sino de estar contando algo, algo que me pasó —se corrige—: algo que pasó, mejor dicho, y que yo tuve la oportunidad de vivir. De pronto pensé algo que no había pensado nunca, en toda la vida...

—...

—Me dije: Antonio, si no lo cuentas, esto se va a perder, tus hijos se te van a perder, porque la gente que me conoce no me conoce en realidad si no sabe algo tan importante de mi vida.

Sonríe.

—No fue por vanidad, ni porque tú me parecieras mejor que la otra, aunque tú nos gustaste a los dos, a Manuela y a mí, cuando te conocimos. Nos reímos mucho después. Nos pareciste tan formal, con esa manía de no tutearnos aunque te pedimos que no nos tratases de usted...

—¿Y luego, qué? ¿Ya no les parezco lo mismo?

—No, no, nos sigues pareciendo formal, pero ahora ya te hemos cogido aprecio.

—Menos mal.

Nos reímos.

—Bueno, Antonio, volvamos a lo nuestro, que ya nos queda poco...

—Pues sí, la aventura está a punto de terminar.

—Cuénteme. ¿Qué hizo cuando se desmilitarizó?

—Me quedé en París una temporada, hasta el cincuenta, creo. Ya te conté que cuando estuvimos en el bosque de Bolonia vino mucha gente a visitarnos y se trabaron amistades que luego resultaron ser para toda la vida. No fue mi caso, pero sí el de algunos de mis compañeros, así que regresé a París cuando me aseguré de que mi madre estaba bien en Carcassonne, donde había pasado la guerra con otros exiliados españoles que conocimos en el campo de Argelès-sur-Mer.

Me doy cuenta de que cuando un recuerdo le resulta doloroso, Antonio guarda silencio. Ahora lo hace. Calla.

—Estaba pensando cómo responde la gente en situaciones extremas. Uno piensa que se saca lo mejor que se lleva dentro, lo más noble, lo más solidario... Y es verdad, porque se forjan relaciones sólidas, más aún que muchas de las que te vienen de cuna, por sangre, como estos amigos de mi madre, que no se separaron de ella hasta que nos volvimos a casa, más de treinta años acompañándola, cuidándola, queriéndola, como si fuera algo suyo... Pero luego también hay mucho cabrón, mucho hijo de puta que queda diluido en la historia en medio de la bondad del resto de la gente.

—...

—No me refiero a grandes traiciones, ni nada de eso, sino a gente que va a la suya, que sólo mira por ellos mismos, que delataba a otras personas pensando que les beneficiaría, o que les daba la espalda si tenían un problema creyendo que les perjudicaría ayudar al otro, gente en la que confiabas, que pensabas que nunca te la iba a jugar. La bondad enmascara muchas maldades, que no se te olvide.

Asiento.

—La cuestión es que fui a ver a mi madre y me quedé unos días con ella. Hubiera podido trabajar allí. Carcassonne era una ciudad muy bonita, toda amurallada, y había muchos españoles. ¿Has estado?

—Sí, fui hace unos años de vacaciones con unas amigas.

—¿Y qué te pareció?

—Me impresionó el cementerio, lleno de tumbas de españoles.

—Ya te digo que hubo muchos exiliados.

—¿Ha vuelto usted?

—No, desde que Manuela y yo nos trajimos a mi madre.

—La encontraría muy cambiada. Ahora es una ciudad volcada en el turismo, en la época medieval, con los cátaros, los instrumentos de tortura... Y en el rodaje de *Robin Hood* de Kevin Costner.

Se ríe.

—¿De *Robin Hood*?

—Sí, allí se rodó la escena de la boda con la princesa Marian.

—Vaya... ¡Con lo que a mi madre le gustaba el cine!

—Ya ve.

—Todo cambia, Natalia... O mejor dicho, todo parece que cambie, y, al mismo tiempo, todo permanece igual.

—Tiene razón, como siempre.

—Bueno, no me hagas perder el hilo —protesta—. Sigamos con París. No me quedé en Carcassonne porque me pareció un destino demasiado tranquilo para lo que ya llevaba vivido, ¿me entiendes?

Le digo que sí.

—Busqué a algunos de mis compañeros de la Nueve. La mayoría se había vuelto a París. Nadie volvió a España y muy pocos se fueron con Leclerc a seguir la guerra. Encontré ayuda de todo el mundo al que recurrí, esa es la verdad. Me facilitaron encontrar trabajo, vivienda... Estuve un tiempo en una peluquería, bueno, en una barbería, y luego pasé unos meses en una carnicería, que fue donde me pasó esto —me muestra la mano—, pero es que..., no sé..., tenía todo el tiempo una sensación aquí —se señala el pecho— como de estar desperdiciando la vida...

—¿Qué quería hacer? ¿Estudiar?

—No, no... Yo lo que quería era acabar con Franco...

—Comprendo...

—Y cortando barbas o picando carne mucho no iba a conseguir.

—Ya.

—Veía a otros camaradas, que se habían enamorado, que se habían casado, que tenían hijos, que estaban conformes con su vida nueva, con levantarse, trabajar, volver a casa, estar con su familia, acostarse, levantarse, trabajar, así todos los días y les decía pero hombre, con lo que llevamos a las espaldas no os da pena que se corte así, y ellos me decían mira, Antonio, nosotros ya hemos hecho lo nuestro y ahora queremos vivir en paz, y yo, sí, pero mientras tanto en España, y ellos España está muy lejos, Antonio, y nos han dejado solos, y solos no podemos hacer nada, y estamos cansados de jugarlos la vida, y tenemos derecho a disfrutar de estar vivos, que tú no sabes lo que es tener un hijo, una mujer, que eso te hace querer seguir viviendo, que tú no lo sabes, me decían, y luego supe cuánta razón tenían, pero entonces se me llevaban los demonios y les llamaba cobardes, aburguesados, cabrones, traidores... Teníamos unas trifulcas que... Sus mujeres se asustaban, pensaban que tendrían que venir los gendarmes, pero la sangre nunca llegaba al río, no nos comprendíamos, pero nos respetábamos y, fundamentalmente, nos apreciábamos con ese aprecio que da la supervivencia, el haber sobrevivido juntos a todo.

Ríe.

—La cuestión es que me marché.

—¿Dónde?

—Con la cartilla militar podía ir a cualquier sitio. Dudaba entre Luxemburgo, Bélgica... Al final abrí un mapa, y dije: tiro una moneda, y donde caiga, allá que me voy. Y salió Noruega, que ni lo había valorado, ya ves tú, lo que es la suerte. Y para allá que me fui, sin tener ni idea de noruego, ni de nada. Bueno, algo de idea sí tenía, que chapurreaba un poco de inglés, algo de alemán, bastante francés... Me defendí como pude, sí.

Lo dice con orgullo.

—¿Y qué hizo en Noruega?

—Descargaba barcos, lavaba platos...

—Tampoco era lo que estaba buscando.

—Pues no, la verdad, pero al menos tenía la sensación de estar viviendo algo distinto, y no una vida aburguesada, que era lo que más odiaba en el mundo, entonces. Estuve unos meses, nada más. De ahí me bajé a Amberes, donde tenía un amigo de la Legión que se había hecho empresario —se ríe—. Tenía un prostíbulo y me dijo que necesitaba un hombre como yo, que le hiciera el papel de matón. Aguanté poco allí, pero lo pasé muy bien —me guiña el ojo—. Esto no lo pongas, o Manuela me mata.

—Descuide.

—En Amberes estaba muy satisfecho —vuelve a reír—, pero tampoco era lo que quería hacer. Vamos, quería quedarme, pero también quería irme, y como lo de la moneda me había dado buen resultado, volví a lanzarla al aire. Total, que acabé en Bruselas, que era una de las primeras opciones cuando salí de París. Puedes dar todas las vueltas que quieras, pero al final, acabas estando donde tienes que estar...

—¿Cree en el destino, Antonio?

—He pasado por muchas fases: he creído, he dejado de creer, he vuelto a ser crédulo... Pero ahora, en este momento, creo. Creo que los hombres nos forjamos el camino, o creemos que lo hacemos, pero también creo que cada uno venimos a este mundo con una misión, con algo que sólo nosotros podremos llevar a cabo, y acabamos haciéndolo.

—¿Y cuál era su misión, Antonio?

No me contesta.

—En Bruselas, al principio, me alojaba en la pensión de un asturiano que estaba convencido de que yo era un espía de Franco, porque siempre le estaba preguntando por otros españoles, por el movimiento político en la clandestinidad... Yo le decía que no, Mariano (se llamaba Mariano), que yo he hecho la guerra contra Franco y contra Hitler, que yo lo que quiero es seguir luchando por nuestros camaradas que están en España, pero no se acababa de fiar de mí, natural, porque el pobre hombre se

encargaba de hacer papeles falsos para los exiliados y estaba acojonado. Allí empecé a trabajar de conductor, primero en una empresa papelera, pero lo tuve que dejar por un lío de faldas.

—Menudo era usted, Antonio.

—Tampoco lo pongas.

—¡Pues no me lo cuente!

—Es que me vienen tantos recuerdos...

—Está bien, continúe.

—Pero no lo pongas.

—No lo pondré... Pero no me cuente esas cosas, hombre.

—Lo intentaré...

—Siga.

—Sigo. El asturiano ya me había cogido confianza, y me ayudó a entrar en otra empresa, como conductor de reparto de cerveza, y ahí entré en contacto con otros exiliados, y, por fin, empecé a hacer lo que creía que podía hacer entonces, que no era irme a ningún lugar a pegar tiros, sino, como mucho, exponerme a que me pegaran uno a mí, porque yo no me escondía, ¿eh? Yo no me he escondido nunca, nunca en la vida.

—¿Y qué hacía?

—Dábamos charlas por los bares, repartíamos el *Mundo Obrero*... Ayudé a Santiago Carrillo, que daba conferencias en Bruselas, y conocí a Marcelino Camacho, que hacía lo mismo, iba de vez en cuando y hablaba en público para la gente, pobre hombre..., he sentido mucho su muerte...

—Me lo imagino...

Hace un gesto, como diciendo es la vida, qué le vamos a hacer, ahora le ha tocado a él, pronto me tocará a mí.

Continúa.

—También nos manifestábamos y protestábamos por lo que estaba pasando en nuestro país, y de vez en cuando salíamos en los periódicos y todo.

—¿No era eso peligroso?

—Bueno, era más peligrosa la guerra.

—Pero a Franco no le debía gustar que hicieran eso, esa contrapropaganda en Europa...

—No, claro, y de vez en cuando desaparecía gente... Pero yo encontré un poco de calma en mi interior, porque pensaba que estaba haciendo lo que tenía que hacer, que había cambiado el fusil por la palabra, que era otra forma de hacer la guerra para defender a los que se habían quedado dentro, y a los que estaban fuera y querían volver y no podían.

—¿En qué año estamos, Antonio?

—Fueron varios años, varios. En los sesenta, a principios...

—Y entonces, llegó el Che...

—Y entonces llegó el Che, sí.

—¿Cómo le conoció? ¿A través de los movimientos clandestinos?

Se ríe, con ganas.

—¡No!

—¿Por qué se ríe?

—Porque las cosas a veces no son como uno se las imagina... Déjame que te cuente... Es que vi un anuncio en la prensa que decía «Se necesitan asesores militares para el Congo» y como yo era un culo de mal asiento pues me dije, voy a ver qué es eso. Y para allá que me fui.

—¿Al Congo?

—Al Congo Belga, sí. Bueno, entonces ya no era belga. Era el Congo, a secas, bueno, tampoco, era la República Democrática del Congo, porque ya se habían independizado, pero, claro, era una independencia muy *sui generis*, porque los belgas seguían metidos en el negocio de los diamantes. ¿Tú has leído *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad?

—Sí, claro.

—A mí me pasó un poco como a él, si me permites la comparación.

—¿En qué sentido?

—Como él, yo también acabé asqueado de todo lo que vi allí... No fui por dinero, sino por echar una mano, por ayudar, por la aventura... Y luego vi a unos pocos que querían levantar un país, hacer que la vida fuera digna para una gente que había vivido sometida, discriminada, esclavizada... Y a muchos que lo que querían era llenarse los bolsillos. Me repugnó, y me volví a Bruselas. Y eso que viví una experiencia extraordinaria. Fui amigo personal de Moise Tshombe... Imagino que habrás oído hablar de él.

No le digo que no sé ni quién es ni cómo se escribe su nombre para no contrariarle, y en la libreta apunto, con disimulo, que tengo que buscar información sobre él, por si me sirve de algo.

—Y ahí fue cuando conocí al Che, podemos decir que por un anuncio en el periódico. Al volver, contactaron conmigo. Él quería extender la revolución a África, y le parecía que el Congo era el territorio ideal para comenzar, con todo lo que había pasado, la CIA de por medio, que había mandado matar al presidente Lumumba unos años antes y todo...

—¿Cómo le conoció?

—Bueno, ya sabes que había dejado el gobierno cubano, que había renunciado a la nacionalidad. Le escribió una carta a Fidel explicándole todo, una carta que acababa con esa frase, *hasta la victoria siempre*, que luego se convirtió en un lema de

la revolución, lo que no deja de ser curioso, porque, en realidad, la revolución que quería el Che fracasó entonces...

Me lo cuenta todo atropelladamente.

—Se había cambiado el nombre, se había quitado el bigote, la barba, todo... Eso lo sabes, ¿no? Quería pasar desapercibido.

—Sí, lo sé.

—Pues así le conocí yo, como si fuera un hombre normal y corriente, nada de esas fotos que están en todos los sitios, en montones de paredes de cuartos de adolescentes, que muchos las ponen como si fuera un cantante de moda..., ignorantes...

Se enfada. Continúa.

—Lo conocí en el Círculo García Lorca, ahí mantuvimos los primeros contactos.

—¿Y cómo era?

—¿El Círculo?

—No, hombre, el Che.

—Era un hombre muy serio, muy centrado, muy seguro de lo que quería hacer. No me gastó ni una broma en todo ese tiempo, ni se rio de las que le intenté gastar yo. Claro, que en realidad nos vimos pocas veces.

—¿Pocas?

—Sí, muy pocas. Un día le dije ¿por qué no nos vamos a otro sitio, que este está ya muy visto? Y nos fuimos a La Fleur en Papier Doré...

—Y ahí se acabó todo...

—No, Natalia. Ahí empezó todo...

Se le llenan los ojos de lágrimas, y a mí también.

—Yo he visto muchas cosas, Natalia. He estado en muchas batallas, y he visto muchas cosas, pero al final, como en ese poema de Miguel Hernández, mis ojos no son ojos sin los ojos de Manuela, y mis manos sin las tuyas son varios intratables espinos a manojos...

Se calla, y repite.

—Ahí empezó todo. Ahí empezó mi vida.

Guardamos silencio, un buen rato, los dos.

—Antonio...

—Dime.

—Ya hemos acabado.

—¿Ya tienes suficiente? ¿No necesitas nada más?

—Nada más. Con todo lo que me ha contado, y la documentación que he encontrado, puedo escribir lo que necesito.

—...

—Se lo dejaré para que lo lea antes de entregarlo.

—Te lo agradeceré mucho, pero no por cambiar nada, porque seguro que todo estará bien. Confío en ti, porque sé que lo escribirás con cariño.

—No sabe usted cuánto, Antonio...

Se levanta, para acompañarme a la puerta, pero se detiene.

—Natalia, una cosa más antes de despedirnos... Manuela me ha dicho que el libro no va a tratar sólo de esta historia...

Me siento pillada en falta, avergonzada. Ni siquiera he sido capaz de ser yo quien sacara el tema.

—Es verdad. No se lo había dicho porque creí que lo sabía.

—Pues no, no lo sé.

—Verá... El proyecto que presenté trataba de recopilar testimonios, historias, sobre dos personas del mismo pueblo, de este, que vivieron vidas muy distintas, con trayectorias opuestas, con suertes diferentes, pero que en realidad tenían en común la voluntad de hacer del mundo un lugar mejor. Es decir, quiero escribir sobre dos caras de la misma moneda, sobre dos puntos que están más cerca de lo que parece a simple vista.

—Entiendo. ¿Y quién es la otra persona? ¿Le conozco?

—No creo, murió en la guerra. Le mataron aquí.

—¿Quién?

—Los milicianos. Lo secuestraron cuando volvía a su casa, y le pegaron un tiro en la huerta.

—...

—...

—¿El vicario? ¿José Emilio Almenar?

—Sí, José Emilio Almenar.

Se levanta. No dice nada. Me abre la puerta, para que me vaya.

Me voy.

Por entonces empecé a salir con ese chico, Fernando, y te dejé un poco de lado, por lo que te acabo de decir, pero también porque me había enamorado hasta las trancas, como siempre me pasaba cada vez que salía con un chico, ya lo sé.

Y tú insistías, insistías, insistías... No dejabas de llamarme, aunque a veces yo ni me ponía al teléfono y hacía que mi madre te dijera que no estaba en casa aunque fueran las once de la noche de un día de diario. Pero yo te quería, de verdad, y te echaba de menos, así que supongo que te torturé un poco, psicológicamente hablando, porque lo mismo te llamaba y quedaba contigo que pasaba de ti durante bastante tiempo...

Un fin de semana quedamos para estudiar. Teníamos el griego atravesado, ¿te acuerdas?, (). Nos encantaba esa frase. Todo fluye (nada es). Cuánta verdad.

Mis padres no estaban y se habían dejado una botella de vino a medias, así que nos la bebimos en la cena, tú y yo, y se nos soltó la lengua. Bueno, a mí se me soltó la lengua. Tú estabas más bien callada, como siempre.

No sé decirte de qué hablamos, aunque puedo imaginar que hablamos de Fernando, porque yo entonces siempre hablaba de Fernando, pero al final la conversación acabó en el sexo, literalmente. Tú me dijiste, me parece estar viéndote todavía, con ese pijama horroroso gris a rayas negras de punto que te sentaba como una patada en el culo, que nunca habías tocado una polla, y que te morías de asco ante la posibilidad de tener que tocar una algún día. Yo te dije, muerta de la risa, que no era para tanto. Cierra los ojos, te pedí.

Los cerraste.

Te cogí la mano, te separé los dedos, te los acerqué a los párpados, te rocé esa piel blanda, descolgada, con la yema de los tuyos y de los míos.

¿Ves? Es como si ya hubieras tocado una, te dije.

Tú abriste los ojos como platos, y te reíste, y dijiste hombre, pues si es sólo esto no parece que vaya a ser algo tan grave, igual me lo pienso.

Y en ese instante, no sé por qué, no puedo explicarte por qué, ni he podido explicármelo nunca, pero me morí de ganas de besarte, de abrazarte, de hacerte el amor. No lo hice. Y no volví a llamarte nunca más, ni a responder a tus llamadas, ni a dejar de pensar que por tu culpa yo me sentía atraída por las mujeres, porque eso sí que no se me pasó.

Seguí con Fernando, le dejé, o me dejó, ya no me acuerdo. Y después vinieron muchos, cada vez más, porque me esforzaba en acostarme con cuantos más tíos mejor para demostrarme que no me pasaba nada, que todo era normal.

Me casé con un buen hombre, y le quiero, y quiero a mis hijos. Pero a veces me parece que la vida no me basta, y me siento infeliz, y hago infelices a los que están a mi alrededor, como si les culpase, como si ellos fueran los responsables de que yo no me arriesgue a comprobar qué es lo que soy, cómo soy en realidad, si quiero llevar otra vida o creo que quiero quererla porque no soy más que una señora insatisfecha que tuvo una experiencia que no supo digerir.

No sé si soy lesbiana, bisexual, o qué, porque nunca me he atrevido a acostarme con ninguna mujer y me he limitado a fantasear con la idea, a imaginar que lo hago. Me da miedo. No porque piense que esté mal, sino porque... ¿y si descubro que nada de lo que tengo es real, que todo lo que he construido lo he construido sobre una mentira? Javier, mis hijos, mi vida perfecta de la que ha hecho lo que se espera de ella... Me asusta descubrir que no tengo la vida que debería vivir, que estoy perdiendo el tiempo, desperdiciándolo, y al mismo tiempo, me pregunto si no habré pasado más de veinte años obsesionada con algo que ni siquiera ocurrió, que no es real, que sólo es una fantasía, que la gente las tiene a montones y no las hace realidad (o sí) y eso no les determina la vida.

Pero a mí, la duda me tiene atormentada.

Y ya está. Ese es mi terrible secreto.

Así que ahora, si ya no quieres que volvamos a vernos, si te parezco lo que soy, una estúpida, una imbécil que se fabrica problemas donde no los hay porque vive una vida tan aburrida, tan anodina, que le parece mejor inventarse un drama que resignarse a su realidad..., te entenderé. Me dolerá, pero te entenderé, entenderé que es lo que me merezco y no volveré a molestarte nunca más.

Natalia Soler

Hace tiempo una amiga me contó que se reencontró por Facebook con su primer amor y que estuvieron chateando sin parar una noche entera, poniéndose al día de todo lo que les había pasado en los años que estuvieron separados, es decir, sin verse ni saber nada del otro. Fueron muchas cosas, claro, porque les había pasado como a ti y a mí, que llevaban... pues más de dos décadas sin contacto. Pero lo que más llamó la atención de mi amiga, y mira que él le contó cosas (como, por ejemplo, que había estado preso por un delito de blanqueo de dinero, o mil y una aventuras sexuales que darían para escribir un libro), lo que más le impresionó es que él le dijo, como de pasada, como una de esas notas a pie de página de los libros, que él nunca se había follado a nadie sin preservativo porque no se le iba de la cabeza que la primera vez que se acostó con una mujer (es decir, mi amiga) la había dejado embarazada (es decir, a mi amiga) y había tenido que abortar. Ella le sacó de su error, le explicó que jamás había tenido un embarazo, y menos de él, y menos gratis (porque su única hija era fruto de un tratamiento de fertilidad en el que se había dejado un ojo de la cara). Le dijo que aquello que él recordaba no debió ser más que un retraso, que ella siempre los tenía, antes, durante y después de su relación.

Se estuvieron riendo un buen rato (jajaja, escribían en los mensajes), pero al final a ella ya no le hacía tanta gracia, porque él le dijo algo así como vaya, qué pena, porque yo corté contigo aunque me volvías loco porque la idea del embarazo me asustó.

Mi amiga, que siempre creyó que él la había dejado porque no le gustaba, pasó años encadenando rupturas, porque la mayor parte de las veces se enredaba con hombres que no valían la pena, casados, que vivían en otra ciudad, que eran tontos del culo, que no tenían nada que ver con ella, porque siempre se sintió... digamos poca cosa, porque el amor de su vida, su primer amor, la había rechazado, y, para no ilusionarse, sólo se metía en relaciones abocadas al fracaso.

¿Por qué te lo cuento?

Porque cada uno vive de forma distinta la misma realidad, y luego transforma sus recuerdos para adaptarlos a esa impresión, que a veces es falsa. Mi primera novia se quedó embarazada. Mi primer novio nunca me quiso. Mi mejor amiga se me insinuaba. Soy una persona horrible porque la única persona ante la que me mostré tal como era, salió corriendo y no quiso saber más de mí. Soy lesbiana.

Ni siquiera voy a decirte que estabas equivocada con respecto a mí, porque eso ya no tiene ninguna importancia. Cada una de nosotras, las dos, hemos vivido todos estos años dando por hecho determinadas verdades que, ya ves, al final resultaron no ser tan ciertas. Pero para ti y para mí eran tan indiscutibles como que a las doce es mediodía. A ti te echaba los tejos. Yo no merezco que nadie me quiera.

¿Te gustan las mujeres? No lo sé. No sé si eres lesbiana, ni me importa, ni me preocupa, aunque entiendo que a ti sí.

Tampoco vamos a resolver la duda en un correo, ni en una conversación. Supongo que tendrás que ser sincera contigo misma, o dejar de castigarte, o buscar ayuda profesional, o acostarte con una tía, o hacer un trío con tu marido, para salir de dudas.

Lo que sí sé es que, si quieres, puedes contarme cómo te va en ese proceso.

Y, desde luego, sé que mañana, a las nueve, nos vemos en el Negrito, y después nos comeremos ese pincho de tortilla.

José Emilio

Era tarde, pero todavía hacía calor y aún era de día, así que José Emilio decidió dar un paseo antes de volver a casa, con la despreocupación de quien no sabe que esos son sus últimos momentos en esta vida.

Estaba contento. Ese día, en la clase de alfabetización, dos alumnos nuevos habían leído de carrerilla, con comas, puntos y guiones, la noticia de la página cuatro que había recortado del *ABC*:

La semana de homenaje a Benavente punto y seguido valencia coma 2 punto y seguido ha comenzado la semana de homenaje a don jacinto Benavente punto y seguido ayer tarde se representó en el teatro esclava comillas señora ama comillas coma que fue interpretada maravillosamente por la compañía punto y seguido al final salió al escenario don jacinto coma rodeado de todo el personal del teatro coma el cual le ofreció una corona de laurel punto y seguido el insigne dramaturgo abrazó al primer actor coma soler mari coma y a uno de los tramoyistas coma diciendo que en estos abrazos estrechaba a todo el proletariado punto fue muy aplaudido y se vitoreó entusiastamente a la república punto y seguido guión febus punto final.

Quienes aún no sabían juntar las letras se entusiasmaron tanto como los asistentes al estreno de Benavente, porque comprendieron que, de seguir el ritmo de sus compañeros, pronto dejarían de ser unos iletrados, y enseñarían a sus hijos a leer, y nadie más les tomaría el pelo, y podrían escribir cartas a sus parientes o a sus novias, los que las tuvieran, que era lo que siempre les decía el cura para animarles.

Los que estaban a punto de soltarse se vinieron arriba al escuchar a los otros, que hacía tan poco tiempo estaban como ellos.

Los que ya les habían sobrepasado, se enorgullecieron de sus compañeros, que hacía nada todavía decían con voz temblorosa sus nombres, Je-na-ro, Es-te-ban, o que no entendían que tenían que escribir Francisco aunque dijeran Fransisco, y cosas así.

Y luego estaba Cristina, que ese día se había acercado a la clase, aunque no era su turno, porque su tía Remei, que era de Alboraiá, le había dado unas chufas cuando fue a visitarla hacía unos días, y ella las había puesto a remojo, las había dejado hincharse, les había quitado el agua con los restos, les había añadido más agua con azúcar, las había deshecho, y había dejado enfriar el líquido resultante, que era lo que les había ido a llevar.

—Venga, una horchata, que la he hecho yo misma. No todo va a ser estudiar.

Y se la bebieron de un trago, y también el profesor.

Una vecina le dijo:

—Qué manos tienes, Cristina, contento tienes que tener a tu marido.

Todos rieron, excepto José Emilio y Cristina, que bajó la mirada, avergonzada por el cumplido y por la referencia.

—Es que don José Emilio se porta tan bien con nosotros que he pensado agradecersele, aunque fuera con una humilde horchata...

—Cristina, no tienes nada que agradecerme. Ninguno de vosotros tiene que agradecerme nada. Lo hago con todo el gusto del mundo. Si sabéis leer y escribir, podréis defenderos mucho mejor en la vida, y más con los tiempos que se avecinan.

—¿Por qué, con los tiempos que se avecinan, padre?

—Porque cuando acabe la guerra, si gana la República, la educación va a ser fundamental. Ya veis que para los republicanos alimentar el alma con cultura es tan importante como dar de comer al cuerpo con pan.

—¿Y si pierde?

—Pues si pierde la República y gana Franco... Lo mejor será que nos pille a todos sabiendo leer lo que nos pondrán delante para firmar...

—¿Qué quiere decir?

Movió la mano en el aire, como quitándole importancia a lo que acababa de decir.

—Nada... No me hagáis caso...

—No, padre, que usted es más listo que nosotros, díganos lo que ha querido decir.

—Yo tengo una carrera, pero vosotros sois hombres y mujeres de una inteligencia natural indiscutible, aunque no hayáis podido estudiar. No tengáis miedo, no ha de sucederos nada, pase lo que pase. Ninguno de vosotros se ha significado, sólo habéis seguido trabajando para sacar adelante a vuestras familias. No os pasará nada.

Estaba en lo cierto: a ninguno de sus alumnos les pasó otra cosa más que, a los más rezagados, morir cuando les llegó la hora sin haber aprendido a escribir, pero como entonces no lo sabían, igual que no sabían que a la mañana siguiente, casi de madrugada, Abelardo Gomis entraría en el pueblo dando voces montado en su bicicleta nueva, todos se marcharon a casa contentos, pero también acongojados sin saber explicarse por qué.

Cristina y él se quedaron en la sacristía, recogiendo los vasos y la lechera en la que había traído la horchata.

No se dirigieron la palabra en todo el laborioso proceso, ni al fregar los cacharros, ni al secarlos, ni al colocarlos en la cesta de rafia, ni al caminar juntos hacia la puerta, ni al abrirla, ni al cerrarla. De vez en cuando se miraban, y entonces creían que los dos estaban pensando y sintiendo lo mismo.

Era cierto. No era cierto.

José Emilio pensaba:

Que podían estar juntos sin necesidad de hablar.

Que Cristina olía a lavanda.

Que había cogido peso.

Que quizá estaba embarazada.

Que le gustaría poder bautizar a sus hijos.

Que tenía que hacer esfuerzos para no sentir celos, ni envidia, ni ningún otro sentimiento ni hacia ella ni hacia su marido.

Que tal vez debería acercarse a él, que no sabía ni cómo se llamaba.

Que le sorprendía, positivamente, que la gente no comentara nada sobre ellos.

Que Cristina estaba cada vez más guapa.

Que si seguía aprendiendo a esa velocidad no sería una idea descabellada pedirle que le ayudara en las clases de alfabetización.

Que le encantaría que Miguel Almenar la conociera y le diese trabajo en las Colonias, porque era indudable su buena mano con la gente, con la cocina y con las letras.

Que tenía el pelo brillante.

Que se le había salido un mechón del moño.

Que le daban ganas de colocárselo en su sitio.

Que si la tocaba una vez no sería capaz de no volver a tocarla.

...

Que esa noche rezaría y haría penitencia.

Que no podía permitirse ni esos pensamientos ni esos sentimientos.

Que ni siquiera sabía si ella sentía lo mismo que él.

...

Que era un hombre.

Que era un sacerdote.

Que había tomado una decisión.

Que no podía estar cuestionándosela cada día de su vida.

Que tenía que aprender a vivir con sus contradicciones.

Que Dios no le iba a perdonar.

...

Que sí le perdonaría.

Que no tenía nada que perdonarle.

Que era un soberbio, un prepotente.

Que esos pecados eran mayores que el de sentir amor hacia Cristina.

Que Dios le había hecho Su Llamada sabiendo cómo era.

...

Que si ya estaba otra vez con lo de la vasija de barro.

Que era un pesado.

Sonrió.

Cristina le devolvió la sonrisa, mientras pensaba:

Que llevaba el pelo demasiado largo y descuidado.

Que llevaba la barba demasiado larga y descuidada.

Que nunca habría imaginado que tendría el pelo rizado.

Que en la barba le estaban saliendo canas.

Que cómo sería posible tal cosa, a los veinticinco años.

Que cuánto habría tenido que ver y que sufrir para encanecer tan pronto.
Que estaba tan guapo.
Que Dios la perdonase.
Que estaba tan guapo.
Que le temblaban las piernas.
Ay.
Que tenía que centrarse.
Que su marido era un buen hombre.
Que nunca le había prohibido que fuera a las clases.
Que por las noches le pedía que le enseñase lo que había aprendido.
Que tendría que esforzarse más en amarle.
Que el amor no se podía forzar.
Que era una buena esposa.
Que más no podía ofrecer.
Que ofrecía lo que tenía.
Que le gustaría tener un hijo, o dos, o todos los que Dios le enviase.
Que les querría tanto.
Que a través de ellos conseguiría olvidar ese otro sentimiento.
Que odiaba la guerra.
Que era una persona horrible.
Que se alegraba de que hubiera estallado.
Que gracias a la guerra había vuelto a verle.
Que le gustaba tenerle cerca.
Que cuando estaba con él no sentía ese amor tan grande.
Que ese amor tan grande sólo aparecía cuando no estaban juntos, cuando estaba lejos, cuando podía fantasear con la vida que hubieran vivido si él también la hubiera amado.
Que estaba convencida de que él no sentía nada ni remotamente parecido a lo que sentía ella.
Que aunque no llevara sotana, sino esa camisa blanca que hacía que los ojos verdes fueran aún más verdes y que le volvía la sonrisa todavía más luminosa, no era un hombre sino un sacerdote.
Que aunque fuese un hombre, no era suyo sino de Dios.
Que el suyo le esperaría en casa, extrañado de que no estuviera.
Que cuando le dijera que había ido a llevarles horchata a los compañeros de alfabetización, se preguntaría si le habría dejado un poco a él.
Que le diría que sí, y se la ofrecería.
Que daría media vida, la vida entera, por que las cosas no fueran así, sino de otra manera.

Ay.

Llegaron caminando hasta la plaza.

Volvieron a sonreírse, antes de la despedida.

—¿Va hacia casa, padre?

José Emilio pensó antes de responder.

—Creo que no.

Miró al cielo.

—Hace tan buena tarde que voy a dar un paseo...

—...

—Quizá me acerque a las Colonias. He pensado que podría pedirle algo a Miguel Almenar, el director.

—...

—Es algo que te afecta.

—¿A mí?

Sonrieron.

—Sí... Verás... Eres muy rápida aprendiendo, y tienes paciencia con los demás... Tal vez, si tú quisieras, si tu marido está de acuerdo, podrías trabajar allí, ayudando en las clases de los más pequeños, o en lo que hiciera falta... Al menos hasta que acabe la guerra, o hasta que tú tengas tus propios hijos... ¿Te gustaría?

—¿Tener hijos? Por supuesto...

—Ya verás cómo llegan pronto. ¿Cuánto tiempo llevas casada?

—Cuatro años.

—Los hijos llegarán, confía...

—Confío. Confiamos.

—¿Le digo eso a Miguel, entonces?

—Sí, dígaselo. Mi marido y yo quedaríamos muy agradecidos.

—Voy, pues.

—Yo iré a ver a mis padres antes de regresar a casa.

José Emilio dudó un instante. Caminar un poco más con ella. Pasear entre la huerta. Devoción. Obligación. Ese era su destino. Sonrió. Cristina, sin saber el motivo de su sonrisa, se la devolvió.

—¿Nos veremos mañana?

—Sí, claro. Si no nos vemos en clase, me acercaré a buscarte para contarte la conversación con el director.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

José Emilio comenzó a pasear. Dejó atrás la plaza y la calle Sant Josep. Después, cuando todo ya hubo ocurrido, unos y otros contaron que se cruzaron con él y le saludaron, afectuosamente, como siempre. *Bona nit, pare. Bona nit, retor. Bona nit.*

Bona nit.

A lo lejos, por el Camí dels Horts, José Emilio vio a un grupo de hombres, uniformados, con el mono azul de los milicianos y se sobresaltó, pero, aguzando la vista, le pareció distinguir entre ellos a su amigo Miguel y a su hijo, Antonio, y se tranquilizó.

Era jueves, 4 de agosto de 1938.

Cristina sí le vio al día siguiente.

Natalia

Son las nueve. No he querido llegar demasiado pronto. Entro por la plaza del Negrito, que a estas horas, y en estas fechas, está medio vacía. Sólo algunos fumadores desafían al frío para poder seguir fumando, mientras maldicen la ley antitabaco. Me hacen reír. Yo nunca he fumado.

Me acuerdo del hijo del alcalde republicano. Mejor. Fumar es de débiles de carácter que no saben qué hacer con las manos.

Pienso que este libro me ha cambiado. No sé cómo es posible. Pero me siento mejor. No mejor en el sentido de más guapa, más realizada, más rica. Mejor persona.

Abro la puerta.

Miro a la derecha. Una pareja se besa.

Miro enfrente. La camarera me saluda desde la barra.

Miro a la izquierda.

Ahí estás.

Antonio

Me gusta Natalia. Nos gustó desde el principio, a los dos. Nos cayó bien, con ese aspecto de niña inocente, temerosa, que todavía tenía que crecer. Es lo bueno de ser tan viejos, o lo malo, que todo el mundo nos parece joven. Pero es que Natalia nos dio la sensación de estar todavía a medio formar, de tener muchas cosas dentro que aún no habían salido fuera. Hemos vivido mucho, y hemos visto a mucha gente; algunos todavía nos engañan, nos hacen creer que son de una pieza y luego nos muestran su verdadera cara, pero por lo general nuestra intuición no nos traiciona.

¿Cuánto tiempo hemos pasado con ella? No mucho. Vino a vernos por primera vez en primavera, con Víctor Fuentes. No recuerdo cuándo, pero sé que fue por entonces porque Manuela estaba en cama, con la alergia de las narices, nunca mejor dicho. Vino para contarnos que se había presentado a los premios de estudios locales con un proyecto que trataba de recuperar la memoria histórica de personas anónimas que habían desempeñado un papel importante en la historia del mundo y que, sin embargo, pasaban desapercibidas.

Antes de verano volvió. Trajo un litro de horchata, medio de limón, medio de cebada, *fartons* y rosquilletas, porque no sabía lo que nos gustaba. Sobró. Porque gustarnos nos gusta todo, pero con el azúcar no se puede jugar y Manuela me lleva a rajatabla el régimen, menuda sargenta. Natalia se bebió dos vasos de horchata con limón, y nosotros picoteamos unas rosquilletas mientras ella nos contaba eso, que había estado buscando documentación, y que le gustaría ir entrevistándonos de vez en cuando para que yo le contase mis experiencias en la guerra y demás.

Maldita la gracia que me hizo, pero soy un hombre de palabra y ya le había dicho que sí, así que tuve que apechugar con las consecuencias de mis actos, a regañadientes. No fue tan grave. Natalia me gusta. Nos gusta. Ya lo he dicho. Pero recordar, revivir, reinterpretar todos esos acontecimientos, pensamientos, sentimientos, sensaciones fue mejor de lo que había pensado, incluso cuando Natalia me habló de José Emilio Almenar.

Por eso la llamo. La cito en mi casa. La espero. Le hablo. Le cuento algo, aunque ella ya me ha dicho que tiene suficiente para su trabajo.

Le digo:

—No me importa que el libro trate sobre José Emilio Almenar.

—¿De verdad?

—De verdad... Tendría huevos que me hubiera pasado media vida luchando contra los dictadores para que ahora yo te impusiera mi voluntad...

—Antonio... Yo no sé qué es lo que pasa con esto, pero si tiene algún problema, dígamelo, porque he estado haciendo números, y puedo devolver el dinero del premio sin ningún problema. No publico el libro y se acabó, porque lo que me importa de

verdad no es...

Levanto la mano. Quiero que se calle.

—Calla.

—No, déjeme terminar. Lo que me importa de verdad es volver aquí, poder seguir viéndoles, no hacer nada que les lastime o les moleste.

¿A que se pone a llorar y me hace llorar a mí?

—No se te ocurra llorar, porque tengo algo que decirte.

—Lo intentaré.

—No lo intentes: hazlo. No llores. Publica el libro, que quiero que todo el mundo sepa quién soy, coño.

—Muy bien. Yo quiero justo lo mismo.

—Pero tienes que saber una cosa primero.

—¿Lo que pasó con José Emilio Almenar?

—Lo que pasó con José Emilio Almenar, sí.

—...

—¿Has averiguado algo sobre su muerte, sobre cómo murió?

—Bueno, eso lo sabe todo el mundo.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Que apareció muerto en una acequia el cuatro de agosto del treinta y ocho? ¿Que nadie sabe quién o por qué lo mataron?

—Justo eso. Hay muchos testimonios de personas que le conocieron, o que conocieron a personas que le conocieron pero, lamentablemente, no queda nadie vivo que me pueda contar qué ocurrió esa tarde noche...

—¿Estás segura?

—No he encontrado a nadie en todo el pueblo, Antonio. Y he buscado hasta debajo de las piedras, se lo aseguro.

—A mí no me has preguntado.

—¿Qué?

—Eso, que a mí no me has preguntado.

—¿Qué?

Hoy está más espesa de lo habitual. Me esfuerzo en no perder la paciencia, pero a mi edad es complicado.

—Que me lo preguntes, coño. Y deja de repetir ¿qué? Que pareces un loro...

Se queda perpleja.

—Estoooo... ¿Sabe usted qué ocurrió ese día, Antonio?

Por fin. Respiro hondo.

—Sí, lo sé.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque yo estuve allí.

—¿Qué?

Lo ha repetido, y mira que le he prohibido que lo hiciera. Me lo nota en la cara. Se corrige.

—Perdón..., pero... ¿cómo que estuvo allí?

—Ese día, por la tarde, los milicianos vinieron a la Colonia. Tenían que hacer un informe sobre la intendencia de la casa, lo que faltaba en la cocina, materiales, cosas de esas. Hacía mucho calor, y se entretuvieron bañándose en la alberca, hablando con los alumnos, jugando con los más pequeños... Dando la lata, porque mi padre y yo queríamos volver pronto a casa para dar un paseo con mi madre, que era su cumpleaños.

Me parece estar viéndolos, con sus calzones largos, chapoteando en el agua, haciéndose ahogadillas unos a otros, riéndose como críos. No eran mala gente. No todos. No del todo.

—Se hizo tarde. Mi padre estuvo más de media hora metiéndoles prisa, venga, coño, que mirad qué hora es, que mi parienta me mata, que es su cumpleaños, no deis más por el culo, vámonos ya... Si hubiera tenido más paciencia con ellos, si les hubiera dejado más tiempo para desfogarse, o si los hubiera sacado antes de allí, si no les hubiera dicho pues daros un baño la décima vez que se quejaron del calor...

—¿Qué hubiera pasado entonces?

—Calla, no me interrumpas...

—Perdón. Continúe.

—Se vistieron de mala gana, enfadados. Se pusieron los pantalones encima de la ropa mojada, y se les fueron calando poco a poco, por el camino. Iban tan poco dignos, así, empapados, como si se hubieran meado encima...

—...

—Esa gente toleraba mal que otros les dieran órdenes y, además, en el pueblo casi todo el mundo se pitorreaba de ellos. De vez en cuando se ponían farrucos, y amenazaban a diestro y siniestro, como se nos hinchen los cojones vais a ver quiénes somos, que somos la República, hostia, que nos tomáis por el pito del sereno...

Se me seca la boca. Bebo agua.

—Y se ve que esa tarde los tenían hinchados, los cojones.

Vuelvo a beber.

—Cuando regresábamos a casa, a lo lejos, le vimos venir hacia nosotros.

—¿A José Emilio?

—A José Emilio, sí. Venía a las Colonias, a ver a mi padre. Lo hacía muchas veces, eran muy amigos. No era mucho mayor que yo pero, conmigo no conectaba... Con mi padre, en cambio, era otra cosa... Yo le tenía rabia, porque era cura, pero sobre todo, porque mi padre le miraba con admiración, se pasaba el rato hablando de él, qué huevos tiene el curita, tendría que ser ministro, si hubiera más como él, decía, y yo entonces, que aún era un crío, no quería otra cosa más que me mirase así a mí,

que hablase de mí con esa... fascinación... No sé... Al reconocerle, mi padre no dijo nada para no llamar la atención, porque los milicianos estaban cabreados, y seguramente pensó que a lo mejor no venía hacia nosotros sino que tomaba otro camino para su paseo y no le veían.

—Pero le vieron.

—Claro. Le vieron desde lejos y uno de ellos dijo anda, si es el cura, y otro por qué no le damos un susto, y otro venga, vamos a bajarle los humos, que los tiene muy subidos, y mi padre dijo va, tengamos la fiesta en paz, que este hombre no ha hecho nada malo, no hace mal a nadie, si hasta da clases de alfabetización, si es más republicano que todos nosotros, pero ellos ya habían decidido darle un escarmiento y no le hicieron caso a mi padre.

También me parece estar viéndolo. Llevaba una camisa blanca, unos pantalones oscuros atados con un cinturón roto. Levantó el brazo cuando nos reconoció y vi sus labios pronunciar el nombre de mi padre, Miguel, dijo, pero no le oímos, porque aún estaba lejos. Sonrió al vernos.

—Sólo le querían dar un susto, ¿sabes? No querían hacerle nada malo.

—¿Qué pasó, entonces?

Me encojo de hombros, porque en realidad no lo sé. No sé lo que pasó. Se les fue la mano, o la cabeza. Quién sabe.

—Le obligaron a ir con ellos a apartarse a un lado del camino, justo detrás del cementerio. Le ataron las manos a la espalda, le escupieron, le amenazaron, le pegaron...

—¿Y su padre? ¿Y usted?

—Mi padre se interpuso, trató de defenderle, de hacerles entrar en razón, pero no hubo forma humana de que pararan. Estaban fuera de sí y mi padre también, hasta que le dijeron, mira Miguel, no vamos a hacerle nada más, sólo le queremos dar un escarmiento, pero si sigues así le vamos a matar, y después a ti, y después a tu hijo y después a tu mujer, vete de aquí y déjanos en paz. José Emilio miró a mi padre y le pidió que se fuera, que les obedeciera, que estaba seguro de que no le iban a hacer nada, y luego se volvió hacia ellos y les dijo que les daba su bendición para que Dios no les tuviera en cuenta la locura que iban a cometer.

Otra vez la boca seca. Bebo.

—No tenía miedo, ¿sabes? Creo que él sabía lo que le iba a pasar, pero no tenía ningún miedo.

—...

—Yo estiré del brazo a mi padre para que nos fuésemos. Por el camino, me giré. Le estaban apuntando, y se oyó un disparo. José Emilio cayó al suelo, y un miliciano se llevó las manos a la cabeza. Otro pareció increparle. El tercero se arrodilló sobre el cura, se levantó y golpeó a su compañero. Mi padre también estaba mirando y yo

pensé que querría volver, pero nos quedamos paralizados, en el camino, sin saber qué hacer. Hay cosas que es preciso vivir para comprender, para entender por qué eliges sobrevivir tú en lugar de arriesgar tu vida y la de los tuyos. Desde fuera es fácil juzgar, decir yo hubiera hecho esto o aquello, pero hay que vivirlo... Hay que vivirlo para saberlo... ¿me comprendes? —me dice que sí—. Y al cabo de un rato, me puso la mano en el hombro y me dijo vamos a casa. Y nos fuimos, sin pronunciar palabra.

—...

—Al día siguiente, como todos en el pueblo, nos dimos por enterados de la noticia. Los milicianos vinieron a ver a mi padre a casa y estuvieron un buen rato encerrados con él. No sé lo que le dijeron, porque nunca más volvimos a mencionar el tema, como si no hubiera pasado, como si José Emilio Almenar no hubiera sido uno de los mejores amigos de mi padre durante un tiempo, como si no hubiéramos podido evitar su muerte, o denunciar a quienes lo mataron, porque eso era posible, Natalia, las autoridades no querían que se asociase la República con esos matones, pero nosotros guardamos silencio, fuimos cómplices de todo...

Natalia carraspea, busca algo que decir, pero tarda un buen rato en encontrarlo.

—Usted no hizo nada, Antonio.

—Justamente. No disparé, pero no lo impedí. El único esfuerzo que hice fue el de no mearme en los pantalones. Y luego, no fui capaz ni de decirle a mi padre, venga, padre, denunciémoslos, vengamos la muerte de este inocente, porque la guerra no es esto, la República no es esto...

Se muerde el labio.

—No soy tan bueno como creías... Ya ves que los héroes también podemos ser villanos...

—Pero es que usted no hizo nada, ni su padre, esos hombres le hubieran matado igual cualquier otro día...

—¿Tú crees?

—...

—...

—Sí, creo que sí... Estoy segura.

—...

—Fue un accidente. Sólo eso. Un accidente, una maldita casualidad...

Me encojo de hombros.

—La cuestión es que ya tienes el final de tu historia, aunque no fuera la que te esperabas, ni la que a mí me hubiera gustado.

—¿Qué le hubiera gustado?

—Que no pasara, Natalia, que no pasara nada de lo que pasó, que José Emilio hubiera seguido vivo... Aunque tampoco eso hubiera cambiado nada. La vida, el mundo, sería lo mismo sin nuestras pequeñas historias. Nosotros no cambiamos nada.

Somos insignificantes.

—...

—En fin... Ya tienes toda la información que necesitabas. Nosotros ya hemos terminado, ahora te toca a ti escribirlo, para que todo el mundo lo sepa.

Traga saliva.

Me levanto. La acompaño hasta la puerta. No quiero seguir viéndola, al menos hoy. Me alegro de haberle contado algo que me ha atormentado, tanto, desde hace tanto tiempo, pero a la vez me siento avergonzado, y triste. Me da pena dejar de ser el superhombre que ella se ha inventado, el que liberó París, el que nunca tuvo miedo, el que siempre hizo las cosas bien.

Se lo digo.

—Las personas somos capaces de hacer lo mejor y lo peor, Natalia.

Ella niega con la cabeza.

—Usted no ha hecho nada. Entonces no era más que un niño, Antonio.

—Sí, sí he hecho muchas cosas.

Me mira, con la misma mirada que mi padre solía dirigir a José Emilio. Con admiración.

—¿De qué se arrepiente, Antonio?

—Arrepentirse no sirve de nada, eso sale hasta en los sobres del azúcar del café que te tomas en el bar. No sirve de nada porque no puedes cambiar lo que ya has hecho.

—¿Volvería a hacerlo, entonces?

—Una persona que ha vivido lo que yo, que se ha pasado tanto tiempo disparando, matando a gente, aunque fuera con el convencimiento de que estaba en el lado correcto... no puede estar tranquila con su pasado. Puedes olvidarlo, hacer como que no te afecta, pero cuando menos te lo esperas, cuando crees que no va a pasar, te golpea, te deja noqueado, roto. Como esos incendios, ¿sabes?, los que causan esos rayos que se quedan dentro de los árboles y lo van quemando sin que se percaten ni los bomberos, ni los agentes forestales, nadie, y luego salen afuera y provocan incendios catastróficos porque pasan cuando no se esperan, cuando no hay medios para evitarlos ni para luchar contra ellos.

—Los rayos dormidos.

—¿Se llaman así?

—Sí, dormidos, latentes o silenciosos.

No puedo evitar reírme.

—Pues así es esto. Se queda dormido, se despierta, te destroza..., hasta que consigues hacer como que eso en realidad no te ha ocurrido nunca, que no lo has hecho tú, que no eras tú sino otro hombre el que hacía todas esas barbaridades.

Me mira. Creo que me aprecia.

—Yo no estoy satisfecho de todo lo que he hecho... ¿Cómo podría estarlo? He quitado la vida a otros seres humanos, Natalia. Eso no me enorgullece.

—...

—Si pudiera volver atrás, me gustaría hacer las cosas mejor, pero ¿sabes qué? Ceo que haría lo mismo, que no me quedaría más remedio que hacer lo mismo que hice, con los errores, con las cobardías, con las mezquindades... Porque todo lo hice creyendo que era lo mejor.

Me da un beso. Salgo tras ella. La acompaño al patio. Le abro la puerta. Sale a la calle. Camina. Se da la vuelta. Me mira. Le digo adiós con la mano.

La veo desaparecer.

«Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya».

ANTONIO MACHADO

Apéndice

Casas Viejas

La noche del 10 al 11 de enero de 1933, un grupo de anarquistas de Casas Viejas, o Benalup de Sidonia, una pequeña aldea dominada desde hacía siglos por los latifundistas de la zona, creyó que la revolución libertaria anarco-sindicalista convocada por la CNT había triunfado en todo el país (Barcelona, Madrid, Valencia). Como no sabían leer ni se fiaban de la radio, creyeron que las informaciones que llegaban hasta el pueblo indicando lo contrario eran falsas y continuaron con el plan.

Según fueron desgranando los periódicos durante los días sucesivos señalando fuentes oficiales del gobierno, los jornaleros del pueblo, encabezados por Francisco Cruz Gutiérrez, conocido como *Seisdedos* o *el libertario*, cortaron las líneas telefónicas y telegráficas y abrieron zanjas en las carreteras. Concentrados en la plaza destituyeron al alcalde de filiación republicano-radical y le exigieron que comunicase a los guardias civiles que toda resistencia era inútil. Los guardias se resistieron y los campesinos quemaron el ayuntamiento y la casa de arbitrios. Esa misma tarde, llegaron los refuerzos desde San Fernando, que ocuparon el pueblo, mataron a un campesino e hirieron a otros dos. Doce guardias de asalto y cuatro guardias civiles al mando del teniente Fernández Artal ocuparon el pueblo y comenzaron los registros de las casas. Se detuvo entonces a Manuel Quijada Pino, reconocido por la Guardia Civil como uno de los que disparaban por la mañana contra el cuartel, y lo encaminan hacia la choza de Seisdedos, líder de la revuelta, donde murió uno de los guardias, cayendo en el interior de la choza, y también falleció en la refriega el propio Manuel Quijada.

El teniente trató de convencer a los anarquistas para que se rindieran durante horas, hasta que en mitad de la escaramuza se prendió fuego en la choza inmediata a la de Seisdedos y rápidamente el fuego se extendió a la cubierta de paja donde estaban los rebeldes. Lograron escapar una mujer y un niño, después dos más que fueron abatidos por el fuego de la ametralladora, una joven y su padre. En la choza murieron seis personas. Al amanecer, los guardias recorrieron distintas casas con la orden de disparar contra el que se resistiera a abrir su puerta; un viejo fue muerto en el umbral de su casa; a doce jóvenes se los fusiló en aplicación de la ley de fugas.

Un mes después, Ramón J. Sender publicó en *La Libertad* una crónica que había publicado por entregas de sus pesquisas de los sucesos titulada «Las evidencias de Casas Viejas»:

Las evidencias de Casas Viejas

He aquí las conclusiones que pude desprender de las averiguaciones en Casas Viejas tres días después de los sucesos y que van a comprobar diputados y periodistas de todos los sectores, desde el monárquico hasta los grupos burgueses radicalizados. Algunos han comenzado a hacerlo ya en sus periódicos.

Las conclusiones son:

- Los pocos propietarios que hay en Medina Sidonia y Casas Viejas son monárquicos de tipo feudal. La República que representan Azaña y los socialistas puso a su servicio todo el aparato de represión de un régimen votado por los enemigos del feudalismo y de la monarquía.
- La inmensa mayoría de los vecinos de Casas Viejas son jornaleros sin trabajo, abandonados a la miseria. Hoy, después de haber sido muertos a tiros más de veinte, detenidos un centenar y ahuyentados por el terror muchos de los restantes, quedan en el pueblo cuatrocientos cincuenta, de los cuales trabajan sólo treinta.
- Se da el subsidio de una peseta a los casados sin familia y una cincuenta a los que la tienen. Ese subsidio no es diario, y cuando lo dan es a través del sacerdote, que lo acompaña con pláticas de carácter político. Vive esta inmensa mayoría de jornaleros en chozas miserables, hechas con barro y paja.
- Los campesinos que se alzaron el día 10 de enero lo hicieron con el deseo de distribuir las tierras en cultivo y roturar las yermas, acuciados por la necesidad. Se hicieron dueños del pueblo a la voz de «¡La tierra es de todos!» y «¡Se han acabado las limosnas!». Ya es sabido que llaman «limosnas» al subsidio de paro.
- Antes de atacar a la Guardia Civil, los campesinos agotaron todos los medios de persuasión.
- Dueños del pueblo, su única preocupación fue ordenar la distribución de las tierras. Ni las casas de los propietarios, ni la iglesia fueron atacadas. Siendo totalmente dueños de la aldea, lo que adquirieron en la tienda de víveres lo pagaron.
- Las fuerzas de represión llegaron y ocuparon militarmente el pueblo. Dispararon sobre los dos únicos vecinos que vieron en la calle. Los dos iban sin armas. Uno quedó muerto en el acto, y el otro fue trasladado al hospital de Cádiz, donde se encuentra, con una herida de bala que lo atraviesa a la altura del costado.
- Registraron casas y chozas, y en una de ellas mataron a un viejo de setenta y cuatro años, llamado Barberán, que se hallaba con un nieto de once años. Aunque estaba sin armas, parece que protestó de palabra contra las violencias de los guardias.
- Estos bloquearon durante toda la noche la choza de Seisdedos y la atacaron con fusiles, ametralladoras, bombas de mano y teas encendidas.
- En la choza había cuatro hombres y dos mujeres, que murieron abrasados. Algunos que quisieron huir fueron cazados a tiros.
- Los detenidos que llevaban consigo los guardias eran conducidos a puntapiés y a culatazos. Algo después de medianoche enviaron a parlamentar a uno de ellos, maniatado. Cuando regresaba hicieron fuego caprichosamente sobre él y lo mataron. Al amanecer mataron también a tiros a los restantes detenidos. Para ello bastaba con la sospecha de que hubieran podido intervenir en la organización del levantamiento. Un guardia civil se opuso a que siguieran los fusilamientos; pero no le hicieron caso.
- Los guardias de asalto fusilaron a algunos detenidos tras de las cercas donde estaban parapetados, y trasladaron los cadáveres a la choza de Seisdedos. A otros los hicieron ir por su pie a la choza y los fusilaron allí. Hecho esto continuaron registrando casas y deteniendo campesinos. Como la mayor parte habían huido al campo —más de cuatrocientos—, muchos con la mujer y los hijos, no pudieron detener más que a unos cincuenta. Los restantes, hasta el centenar, los detuvo la Guardia Civil después, a medida que se presentaban.
- Un guardia disparó delante del juez de instrucción contra unas chumberas, donde creyó ver a un campesino. Lo hizo alegremente, advirtiéndole: —Por allí asoma la pestaña un manús.
- Otros detalles como este, fácilmente comprobables, dan idea del estado moral de los guardias, de su absoluta confianza en la irresponsabilidad de sus actos, y esa confianza, conociendo lo estrecho de la disciplina de los Cuerpos armados, sólo podía dársela el mando, que, a su vez, la habría adquirido gracias a órdenes superiores.
- Están aún por identificar los restos carbonizados en la choza de Seisdedos. Como varios de los

cadáveres arrojados al fuego por los guardias pudieron quemarse, aunque la mayor parte aparecían sólo chamuscados, en el pueblo no se sabe aún si algunos de los desaparecidos viven o fueron muertos allí. Los identificados llegan a diecinueve. Fuera del pueblo ha muerto una mujer por malos tratos. Había sido detenida y era conducida a Medina Sidonia. En el pueblo murió una anciana —la madre del Gitano— de terror. El herido que se encuentra en el hospital de Cádiz no ha curado aún. Entre los detenidos hay enfermos por malos tratos, a los que no permiten visitar.

Estas son —expuestas sumariamente— las conclusiones ciertas e inequívocas de lo ocurrido en Casas Viejas. El gobierno republicano y socialista puede que todavía no haya tenido tiempo de enterarse, preocupado por la «siembra de avena loca» a orilla del Henares. Esta preocupación no está en absoluto fuera de lógica. Responde exactamente al estado de conciencia, que hace posible la falta de control sobre los órganos del Estado. En el caso más favorable para el gobierno, esa falta de control pudo determinar lo de Casas Viejas. Si es admisible o no ese argumento para la oposición, allá ellos. Por nuestra parte, no lo aceptamos, porque aunque las apariencias sean esas, no creemos en la «falta de control». Ni cree Casares Quiroga. Se la brindamos, sin embargo, al gobierno como un asidero. Inseguro y todo, no hay otro. Por infantil que sea —se limitarían a reconocer su incapacidad—, siempre será más lógico que algunos argumentos que en su desconcierto han aducido. El subsecretario de Gobernación, al contestar en el Congreso a un diputado que preguntaba: «¿Cómo es que en la choza de Seisdedos aparecieron un par de esposas?», respondió recordando que el detenido que fue a parlamentar iba esposado y quedó muerto junto a la choza. La verdad de esas esposas era más sencilla. Se la vamos a brindar al gobierno, por si vuelven a plantearle la misma cuestión. El guardia muerto y quemado después en la choza llevaba, probablemente como todos, en el bolsillo uno o dos pares de ese artefacto. Estaríamos dispuestos a darles otros argumentos, todos aquellos que de los hechos se pueden deducir como atenuantes. Entre todos juntos no lograrían hacer palidecer en lo más mínimo su responsabilidad como gobernantes y la del sistema al cual sirven. No es eso. El detalle no importa. Si los «relatos realistas» —como dijo Azaña, que cree, sin duda, más eficaz que el realismo en la política el lirismo del Arcipreste de Hita— se apoyan en el detalle, es para destacar la configuración política del hecho en su conjunto. Eso es necesario para que el país conozca la verdad y pueda deducir las responsabilidades e imponerlas ejemplarmente. No es sólo cuestión de un par de esposas de metal. Los diecinueve muertos acusan y seguirán acusando. Como tampoco es cuestión de este gobierno, ni del otro. La cosa es más profunda. Es una cuestión de sistema. ¿Qué dice usted, Bruno Alonso? ¿Qué nueva lógica oportunista y maquiavélica encontrarán para este caso los dirigentes socialistas? Porque la base hace tiempo que ha calificado los hechos.

El Tribunal Supremo condenó en enero de 1936 al capitán Manuel Rojas a tres años de prisión como responsable del homicidio de los campesinos. Esa sentencia revocó una anterior de la Audiencia Provincial de Cádiz, de 1935, que había condenado a Rojas por catorce asesinatos a veintidós años de prisión. La nueva y definitiva resolución, que recogía la eximente incompleta de obediencia debida, puso al militar, encarcelado desde marzo de 1933, a las puertas de la libertad. Por eso, dos meses después, en marzo de 1936, cumplidos los tres años en prisión, cumplida la condena, Rojas estaba en la calle.

Colonias Escolares

Durante la Segunda República se crearon más de doscientas Colonias Escolares, la mayoría en la Comunitat Valenciana durante la guerra civil, que fueron a la vez refugio, familia y escuela para niños evacuados de Madrid y otras ciudades bombardeadas. En septiembre de 1937, en la zona leal, en régimen familiar había 406 colonias con 33.121 infantes y 159 colonias colectivas con 12.027 niños y niñas. En agosto de 1938 había 310 colonias colectivas, que atendían a más de 23.000 colonos. En noviembre de 1938, el total general de niños y niñas, residentes en la zona republicana, ascendía a 3.715.000.

El fin de estas colonias era librar a los niños de los horrores de la guerra y humanizar las circunstancias que atravesaba la infancia. Los 185 alumnos de Picanya fueron trasladados a Mula (Murcia) en julio de 1938, con el fin de destinar los chalets al reagrupamiento de las Brigadas Internacionales tras la orden de retirada.

Las tres de las primeras diez Colonias Escolares que el Ministerio de Instrucción Pública (MIP) habilitó en Valencia estuvieron instaladas en la localidad de Picanya, en los chalets modernistas de tres fincas de naranjos incautadas a sus propietarios (los huertos de Albiñana, Lis y Coll), y se convirtieron en un modelo para las colonias creadas en la retaguardia. *L'Hort* de Lis se conocía como la colonia holandesa, al estar apadrinada por la asociación humanitaria Hulp aan Spanje (Ayuda a España) de Ámsterdam, mientras que *l'Hort* de Coll contó con el respaldo del North American Committee to Aid Spanish Democracy (Comité Norteamericano de Ayuda a la Democracia Española) de Nueva York.

El cartelista valenciano Arturo Ballester ilustró una serie de posibles imágenes de los alumnos, para que los menores evacuados escribieran a sus familias. Antonio Machado escribió estos versos que acompañaban las postales: «Ved al niño, encaramado en el árbol de la ciencia; entre sus piernas, la rama, el fruto entre ceja y ceja».

Personajes

ALONSO GONZÁLEZ, BRUNO

(Castillo Siete Villas, Cantabria, 1887 – Ciudad de México en 1977)

Fundador de las Juventudes Socialistas de Santander, miembro de la UGT, y diputado socialista por Santander en 1931, 1933 y 1936.

ANDRÉS ESTELLÉS, VICENT

(Burjassot, València, 4 de septiembre de 1924 – Valencia, 27 de marzo de 1993)

Periodista y poeta, calificado como uno de los más importantes personajes del siglo XX y uno de los más destacados poetas de la lengua valenciana.

AZAÑA DÍAZ, MANUEL

(Alcalá de Henares, 10 de enero de 1880 – Montauban, Francia, 3 de noviembre de 1940)

Político y escritor, fue presidente del gobierno de España (1931-1933, 1936) y presidente de la Segunda República española (1936-1939).

BENAVENTE MARTÍNEZ, JACINTO

(Madrid, 12 de agosto de 1866 – Galapagar, 14 de julio de 1954)

Dramaturgo, director, guionista y productor de cine español, Premio Nobel de Literatura 1922.

CAMACHO ABAD, MARCELINO

(Osma-La Rasa, Soria, 21 de enero de 1918 – Madrid, 29 de octubre de 2010)

Fundador y primer secretario general de Comisiones Obreras (CC. OO.) entre 1976 y 1987, y diputado comunista por Madrid entre 1977 y 1981.

CARRILLO SOLARES, SANTIAGO JOSÉ

(Gijón, Asturias, 18 de enero de 1915)

Secretario general del Partido Comunista de España (PCE) entre 1960 y 1982. Participó en la guerra civil española durante la cual fue miembro de la Junta de Madrid.

COMPANYS I JOVER, LLUÍS

(Tarrós, Lérida, 21 de junio de 1882 – Barcelona, 15 de octubre de 1940)

Político y abogado. Lideró Esquerra Republicana de Catalunya y fue ministro del gobierno de España durante 1933 y presidente de la Generalidad de Cataluña durante la Segunda República española, desde 1934 hasta 1940. Exiliado tras la guerra civil, fue capturado en Francia por la policía franquista en colaboración con la Gestapo. Trasladado a España, fue torturado, y fusilado.

CONRAD, JÓZEF TEODOR

(Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, 3 de diciembre de 1857 – Bishopsbourne, Inglaterra, 3 de agosto de 1924)

Escritor de origen polaco, es considerado como uno de los grandes autores modernos en lengua inglesa.

DE GAULLE, CHARLES-ANDRÉ-JOSEPH-MARIE

(Lille, 22 de noviembre de 1890 – Colombey-les-Deux-Églises, 9 de noviembre de 1970)

Militar, político y escritor. Fue presidente de la República francesa de 1958 a 1969. Se le considera promotor de la reconciliación franco-alemana y una de las figuras influyentes en la construcción de la Unión Europea.

DRONNE, RAYMOND

(Mayet, Francia, 8 de marzo de 1908 – París, 5 de septiembre de 1991)

Fue el primer oficial Aliado que entró en París como la parte de las fuerzas de liberación durante la segunda guerra mundial, al mando de la 9.ª Compagnie du Régiment de Marche du Tchad.

FRIEDMANN, ANDRÉ

(Budapest, Hungría, 22 de octubre de 1913 – Thai Binh Vietnam, 25 de mayo de 1954)

Fotógrafo y corresponsal de guerra húngaro.

En 1936, junto con su compañera Gerda Taro, inventó la figura de Robert Capa.

El prestigio internacional le llegó con sus reportajes sobre la guerra civil española y sobre la segunda guerra mundial para la revista *Life*.

En 1947, con Henri Cartier-Bresson, Rodger, Vandiver y David (*Chim*) Seymour, fundó Magnum Photos.

Murió en Indochina, en 1954, al pisar una mina.

GUEVARA DE LA SERNA, ERNESTO *CHE*

(Rosario, Argentina, 14 de mayo de 1928 – La Higuera, Bolivia, 9 de octubre de 1967)

Guerrillero, político, escritor, periodista y médico.

Tras el triunfo de la revolución cubana, fue jefe de la milicia, director del Instituto de Reforma Agraria, presidente del Banco Nacional, ministro de Economía y ministro de Industria. Se retiró de la política en 1965 y se trasladó al

Congo, al frente de un grupo guerrillero cubano.

En agosto de 1966 entró en Bolivia con la identidad de Ramón Benítez. El 8 de octubre de 1967, fue hecho prisionero por una patrulla de *rangers* con mando norteamericano en la quebrada del Churo, donde fue fusilado en la escuela de La Higuera.

Antes de enterrarlo, le cortaron las manos para impedir su identificación.

Su cuerpo fue descubierto en 1997.

HEMINGWAY, ERNEST MILLER

(Oak Park, Illinois, 21 de julio de 1899 – Ketchum, Idaho, 2 de julio de 1961)

Escritor y periodista estadounidense, y uno de los principales novelistas y cuentistas del siglo XX. Ganó el Premio Pulitzer en 1953 por *El viejo y el mar* y al año siguiente el Premio Nobel de Literatura por su obra completa.

Mantuvo fuertes vínculos con Valencia, donde vivió y en la que se inspiró para escribir su novela *Fiesta*, en 1929. Regresaba con frecuencia a la ciudad para asistir a las corridas de toros del Coso de la calle Xàtiva y se alojaba en el hotel Inglés o en el Reina Victoria. Más tarde, volvió a vivir en la ciudad durante la Guerra Civil.

HITLER, ADOLF

(Braunau, Bohemia, 1889 – Berlín, 1945)

Máximo dirigente de la Alemania nazi.

LECLERC DE HAUTECLOCQUE, PHILIPPE

(Belloy-Saint-Léonard, 22 de noviembre de 1902 – proximidades de Colomb-Béchar, Argelia, 28 de noviembre de 1947)

Militar francés, lideró el ejército de las fuerzas de la Francia Libre durante la segunda guerra mundial.

Murió en un accidente aéreo en Argelia.

LUMUMBA, PATRICE ÉMERY

(2 de julio de 1925 – 17 de enero de 1961)

Líder anticolonialista y nacionalista congolés. Fue el primero en ocupar el cargo de primer ministro de la República Democrática del Congo entre junio y septiembre de 1960. Fue nombrado héroe nacional en 1966.

PESET ALEIXANDRE, JOAN BAPTISTA

(Godella, 1886 – Paterna, 24 de mayo de 1941)

Médico, catedrático de universidad y político español, fue fusilado por las autoridades franquistas tras el final de la guerra civil.

Entre 1930 y 1934 fue decano de la facultad de medicina, vicerrector y rector de la Universidad de Valencia entre 1931 y 1934, período en el que trató de impulsar la democratización de la universidad. Como responsable de salud pública del Ayuntamiento de Valencia, dirigió campañas de vacunación para acabar con las epidemias.

Presidente de Izquierda Republicana en Valencia, fue candidato del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 en las que, con 84.106 votos, se convirtió en candidato más votado en la circunscripción.

Conocido por sus labores humanitarias, durante la guerra civil llegó a refugiarse en su propio domicilio a perseguidos de ambos bandos y fue comisario civil del Ejército y responsable de varios hospitales.

Tras la última sesión de las Cortes republicanas en Figueras el 1 de febrero de 1939, se exilió a Francia, pero regresó a España para mediar en el golpe de Estado del coronel Casado. Al finalizar la guerra fue detenido por los franquistas y trasladado a diversos campos de concentración.

Mientras tanto, mediante una orden publicada el 29 de julio de 1939, fue separado de su cátedra por ser «pública y notoria la desafección [...] no solamente por sus actuaciones en las zonas que han sufrido la dominación marxista, sino también por su pertinaz política antinacional y antiespañola en los tiempos precedentes al Glorioso Movimiento Nacional».

Fue fusilado tras ser sometido a dos consejos de guerra, en marzo de 1940.

En el primero, realizado ante la denuncia hecha por los médicos falangistas Francisco Marco Merenciano, Ángel Moreu González-Pola y Antonio Ortega Tena, fue condenado a muerte, recomendando sin embargo la propia sentencia la conmutación por una pena de reclusión de treinta años.

Dos días después de emitirse ese veredicto, otro médico, el odontólogo José Roca Meca, reclamó un nuevo juicio. Para justificar su solicitud, remitió al auditor de guerra el texto de una conferencia que Peset había impartido en 1937, en la que calificaba la sublevación de respuesta inadecuada de los que no habían aceptado que habían perdido las elecciones, logrando una segunda sentencia en la que ya no había ninguna recomendación de gracia.

Poco después, fue fusilado contra las tapias del cementerio de Paterna.

Hoy, Valencia recuerda su figura con orgullo. Un hospital y un colegio mayor universitario llevan su nombre.

PÉTAİN, HENRI PHILIPPE BENONI OMER JOSEPH

(Cauchy-à-la-Tour, Francia, 24 de abril de 1856 – Port-Joinville, Isla de Yeu, 23 de julio de 1951)

General y político francés y jefe de Estado de la Francia de Vichy desde 1940 a 1944.

Mantuvo una política colaboracionista con Alemania, lo que cuando acabó la guerra le costó la degradación y la condena a muerte, conmutada finalmente por la de cadena perpetua.

POHORYLLE, GERTA

(Stuttgart, Alemania, 1 de agosto de 1910 – El Escorial, España, el 26 de julio de 1937)

Periodista gráfica, pionera en la historia del fotoperiodismo que, en 1936, junto a André Friedmann, creó el personaje ficticio de Robert Capa. Así, se hacía llamar André, que firmaba las fotografías que ambos realizaban. Con el seudónimo de Gerda Taro, consiguió su primer carnet de prensa en ese mismo año.

Falleció arrollada por la cadena de un carro de combate republicano, siendo la primera fotoreportera de la historia caída en un conflicto bélico.

QUEIPO DE LLANO Y SIERRA, GONZALO

(Tordesillas, 5 de febrero de 1875 – Sevilla, 9 de marzo de 1951)

Militar español. Ocupó cargos importantes durante la República, aunque evolucionó hasta formar parte del bando sublevado.

Se destacó por su uso de la radiodifusión como medio de guerra psicológica, con sus famosas charlas a través de Unión Radio Sevilla. Nombrado jefe del Ejército del Sur, asumió el gobierno militar y civil, y a lo largo de la guerra actuó con casi total independencia, lo que le llevó a ser conocido como el «Virrey de Andalucía».

También esta ideología evolucionó hasta convertirse en un abierto enfrentamiento con Franco, que le postergó y le arrinconó y que fue apodado por Queipo de Llano como «Paca la Culona».

SENDER GARCÉS, RAMÓN J.

(Chalamera el 3 de febrero de 1901 – San Diego, 16 de enero de 1982)

Escritor. Participó como soldado, cabo, sargento, suboficial y alférez de complemento en la guerra de Marruecos, durante los años 1922-1924. A su regreso ingresó en la redacción de *El Sol*.

Los conflictos violentos dentro de las facciones que se disputaban el poder en el bando republicano le decepcionaron y salió de España en 1938. Ofreció varias veces sus servicios a los comunistas, pero lo rechazaron. Se exilió a México, donde vivió hasta 1942. Entonces se trasladó a Estados Unidos, donde compaginó la escritura con su trabajo como profesor de literatura española en varias universidades.

Fue propuesto varias veces para obtener el Premio Nobel.

Murió lejos de su país, al que regresó en varias ocasiones. Sus cenizas, por expreso deseo del escritor, fueron arrojadas al océano Pacífico.

TSHOMBE, MOISE KAPENDA

(Musumba, Congo, 10 de noviembre de 1919 – 29 de junio de 1969)

Político de la República Democrática del Congo y antiguo presidente del Estado de Katanga.

URRACA RENDUELES, PEDRO

(Valladolid, 22 de enero de 1904 – Madrid, 14 de septiembre de 1989)

Jefe policial de la operación de represión organizada por la dictadura de Franco para eliminar a las principales autoridades de la República española en el exilio. Dirigió una red de agentes secretos distribuidos por Francia dedicada al espionaje y la detención de dirigentes republicanos para conducirlos a la frontera española.

La lista de perseguidos incluye muchos nombres, desde Julián Zugazagoitia (ministro de la Gobernación con Negrín, detenido en París, entregado y fusilado en Madrid), Manuel Portela Valladares (ex presidente del Consejo de Ministros), Josep Tarradellas, Juan Morata (subsecretario de Gobernación), a Lluís Companys o Mariano Ansó (ministro de Justicia) y otros muchos.

Fue condenado a muerte por el Estado francés por su colaboración con el régimen de Vichy y la Gestapo, pero la condena nunca se ejecutó porque jamás le encontraron.

VON CHOLTITZ, DIETRICH

(9 de noviembre de 1894 – 4 de noviembre de 1966)

Fue gobernador alemán militar de París durante los días de cierre de la ocupación alemana de aquella ciudad durante la segunda guerra mundial.

Bibliografía

y agradecimientos

Parte de esta novela está inspirada en acontecimientos y personas reales, a los que he tenido la fortuna de conocer y entrevistar gracias a mi trabajo como periodista. Me refiero a personas mayores, supervivientes de un lado y del otro de aquella guerra que no debe ser olvidada y cuyas heridas no pueden volver a abrirse porque no se cerrarán mientras se sigan llorando a las víctimas que continúan desaparecidas. Aun antes de saber que escribiría esta novela, de ellos aprendí que, muchas veces, los polos opuestos están más cerca de lo que parece. A todos, infinitas gracias.

Lo que no me han contado, y no pertenece estrictamente al mundo de la ficción, está extraído de varios libros. Estoy especialmente agradecida a *La Nueve. Los olvidados de la historia* (Ediciones B), de Evelyn Mesquida. A este libro le debo no sólo la documentación precisa que me ha servido para dar experiencias y profundidad humana a Antonio Almenar, sino el aprendizaje emocionado de todo lo que ocurrió en esos años, protagonizado por un puñado de hombres que no merecieron el desprecio con el que les trató la historia a pesar de su increíble gesta. No conozco a la autora, pero desde aquí le agradezco profundamente que escribiera este libro imprescindible. Y, sobre todo, que les rescatara con nombres, apellidos, emociones y recuerdos.

Pero también he leído y subrayado:

Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla (Inédita), de J. Glenn Gray.

El español de la foto de París (Inédita), de Basilio Trilles.

La lluvia muerta (Ediciones B), de Víctor Mora.

El horts solidaris. Les Colònies Escolars de Picanya. 1937-1939 (Pont Vell), de Cristina Escrivà y Rafael Maestre.

Historia de los españoles en la II Guerra Mundial (Almuzara), de Alfonso Domingo.

La otra memoria histórica. Últimas investigaciones sobre las persecuciones y ejecuciones en la España republicana durante la Guerra Civil (Nowtilus), de Miquel Mir y Mariano Santamaría.

Feixistes, rojos i capellans (Servei de Publicacions de la Universitat de València), de Ramir Reig y Josep Picó.

Viaje a la aldea del crimen, de Ramón J. Sender.

Las armas y las letras (Destino), de Andrés Trapiello.

Esperando a Robert Capa (Planeta), de Susana Fortes.

Por quién doblan las campanas (Booket), de Ernest Hemingway.

Las hemerotecas me han servido de gran ayuda, especialmente las de los diarios *ABC*, *El País* y *El Mercantil Valenciano*. Las primeras, en edición digital y la tercera, en los tomos polvorientos que se guardan encuadernados en grandes libros granates, que consulté durante mucho tiempo, tomando notas, también antes de que esta novela se metiera en mi cabeza.

Levante-EMV, que recuperó la cabecera *El Mercantil Valenciano* para rescatar la memoria del periódico liberal y republicano que se publicó en Valencia desde 1872

Quiero agradecer, además, a las personas que en el momento adecuado me han dicho lo que necesitaba escuchar o me han apuntado el consejo preciso. Gracias a Pedro Muelas, Susana Fortes y Ana Portaceli.

Gracias a Carlos López Olano, Alicia Piquer, Isabel Costa, Julia Ruiz y Luis Andrés, por ser los primeros lectores y críticos. A Amat Sapena, Natalia Alberó Soler y Xelo Montesinos, que siempre están ahí.

Gracias a Silvia Mey Martínez, que ha ejercido de traductora de maya desde México.

Gracias a Emili Rosales y a Silvia Sesé por la paciencia y la confianza. A Silvia, además, gracias por ser mi amiga y por compartir sentimientos.

El agradecimiento a Víctor Fuentes es tan enorme que no cabe en unas pocas líneas. Gracias por ser documentalista, facilitador de entrevistas, entusiasta de la libertad y, sobre todo, amigo de sus amigos.

También quiero acordarme de la memoria del sacerdote Ricardo Capella, que fue asesinado durante la guerra, en mi pueblo, que fue el suyo.

Y, por último, gracias, de nuevo, a Pablo, que me contó su historia, me enseñó sus fotos, me abrió las puertas de su casa y sólo me pidió, a cambio, que no le pusiera su nombre al protagonista de la novela.



MARÍA CARMEN AMORAGA TOLEDO nació en Picanya, Valencia, en 1969. Es licenciada en Ciencias de la Información por el CEU San Pablo de Moncada, y trabaja en el diario Levante. En 1997 obtuvo el II Premio Ateneo Joven con su primera novela, *Para que nada se pierda*.

Su segunda novela, *Todas las caricias*, mantiene la apreciación de la crítica y en ella la autora sabe, en palabras de Ángel Basanta, “resolver con acierto el tratamiento de graves inquietudes en el corazón de los seres humanos”.

En 2007 resulta finalista del LXIII Premio Nadal con la novela *Algo tan parecido al amor*, el relato de diferentes tipos de amor centrado en la vida de tres amigas.

Tras el nacimiento de su primera hija, Carmen, escribe *Todo lo que no te contarán sobre la maternidad*, un libro, a modo de guía, que además incluye su experiencia personal y entrevistas a diversas personalidades sobre sus experiencias personales.

Es columnista en el diario Levante-EMV y la Cartelera Turia, y colabora en tertulias en Punto Radio, Radio 9 y Canal 9 TVV.

En 2010 quedó finalista del LIX Premio Planeta de Novela con *El tiempo mientras tanto*, una novela coral sobre la relación de una madre y su hija. En 2014 *La vida era eso* recibe el premio Nadal de Novela.

Notas

[1] Tenemos que volver. <<

[2] Tenemos que volver a llevar flores a la tumba de tu padre. <<

[3] Pues la buscamos hasta que la encontremos. Nadie puede ser tan hijo de puta como para dejar que un hombre bueno esté debajo de una cuneta como si fuera un perro. <<

[4] Después nos quedamos, para volver a llevarlas el domingo que viene. <<

[5] No había en Valencia dos amantes como nosotros, / ferozmente nos amábamos desde la mañana a la noche. <<

[6] Yo no quiero la muerte, quiero la vida que podrá ser útil todavía. <<

[7] Y tú ciudad, ciudad que olvidas demasiado fácilmente y tendrás que purgar tus culpas. <<

[8] Asesináis a un hombre honrado. <<

[9] Volveremos a luchar, volveremos a sufrir, volveremos a vencer. <<

[10] Hecho a mano en Llombai. <<